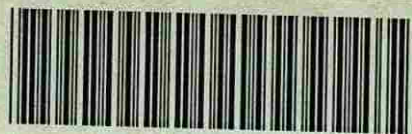




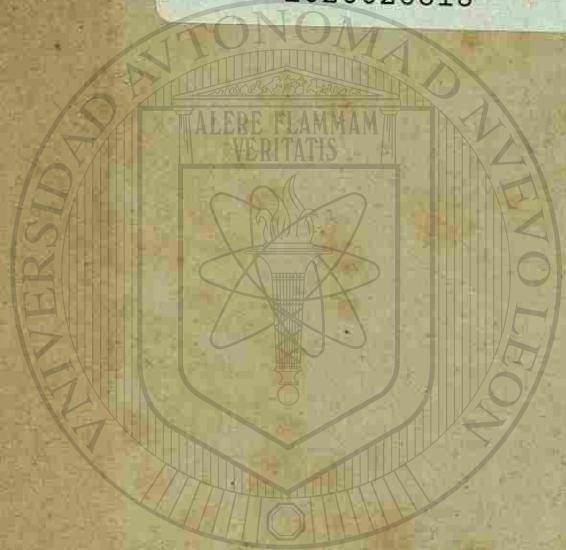
SANDEAU

TALEGAS  
Y  
ERGAMINO

PQ2421  
.S2  
T38



1020026818



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OBRAS COMPLETAS  
DE  
JULIO SANDEAU  
DE LA ACADEMIA FRANCESA

TALEGAS Y PERGAMINOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor \_\_\_\_\_  
Núm. Adg. \_\_\_\_\_  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

S 2101  
30738  
-8-

OBRAS COMPLETAS

DE

JULIO SANDEAU

DE LA ACADEMIA FRANCESA

Talegas y pergaminos. . . . .	1 vol.
Mariana. . . . .	1 —
El Doctor Herbeau. . . . .	1 —
Magdalena. . . . .	1 —
La familia de Penarvan. . . . .	1 —
Catalina. . . . .	1 —
La señorita de la Seigliere. . . . .	1 —
Fernanda y otras novelas. . . . .	1 —
Una Herencia. . . . .	1 —
Olivier y otras novelas. . . . .	1 —
La quinta de Montsabrey. . . . .	1 —

MADRID, 1884. — Imprenta de A. Alonso, Soldado, 8.

TALEGAS

Y

PERGAMINOS

POR

JULIO SANDEAU

DE LA ACADEMIA FRANCESA

C. O. M.

100366

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS MADRID  
54, AVENUE KLÉBER CEDACEROS, 13

1884

Derechos reservados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO 123"  
1925 MONTERREY, MEXICO

30733

873.  
S.

PQ2421  
S2  
T38



**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FONSO REYES"  
COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## TALEGAS Y PERGAMINOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSINA"  
Año. 1925 MONTECARMEL, MEXICO

I

La tontería es una enfermedad que no han podido corregir todas las recetas del gran médico Moliere. M. Levrault era un mercader que se había enriquecido vendiendo paños; cuando llegó á persuadirse que había labrado completamente su fortuna, el orgullo y la ambicion se le subieron en locas llamaradas á la cabeza. Es necesario convenir en que los doblones producen, como el vino, vapores que alucinan. Cuando nuestro héroe se vió dueño de doce millones, honrada y trabajosamente ganados en la tienda que le dejaron sus padres, se sintió acometido de vértigos; descubrió que la riqueza, que hasta entonces solo había sido por él el fin de su destino, no era sino un punto de partida. Desde este momento experimentó la necesidad de trasformarse, de salir de la oscura

medianía en que hasta entonces había vivido, y echar á volar, como una mariposa escapada de su crisálide, hácia las esferas brillantes que ofuscaban su imaginación. Estas ideas que se habían introducido furtivamente en su ánimo, primero de una manera vaga, luego con timidez y sin atreverse á confesarlas, concluyeron por arraigarse y desarrollarse de una manera formidable. Estábamos por entonces un poco distantes de esta época de caprichos democráticos que nos enseñó la revolución de Julio; y aunque la aristocracia *financiera* manifestaba un sí es no es de desden hácia su hermana mayor, no faltaban todavía gentes bonachonas que se chupaban los dedos de contento cuando obtenían títulos de nobleza.

Además de que M. Levrault pertenecía á esta clase, tenía la pretensión de hacerse hombre importante de gobierno. Los puestos culminantes eran su fuerte, y á fin de no desmayar en su propósito se complacia á cada paso en compulsar los fastos recientes de la *bourgeoisie*. Por todas partes y hasta en sueños se le aparecían fantasmas que le excitaban á proseguir en sus nuevos planes. En todas partes veía ministros de Estado, pares de Francia, ilustres caballeros de nuevo cuño á quienes conocía perfectamente por haber tenido con ellos relaciones mercantiles y haberles comprado ó vendido en más de una ocasión paños

de Elbeuf ó de Louviers. A fuerza de oír estas sacramentales palabras: «nosotros los grandes fabricantes, los grandes industriales,» había concluido por olvidar que sus riquezas le provenían de ganancias hechas cuarto á cuarto, vendiendo al por menor. Se complacia en recordar las categorías instituidas para el reclutamiento de la Cámara de los pares, y se decía á sí mismo que en todo caso y bien reflexionado, no tendría maldito el inconveniente en pagar más de tres mil francos de contribución directa. Una noche soñó que su portero le despertaba y que le entregaba un pliego dirigido al señor baron Levrault, dentro del cual encontraba un título de par. Todavía le duraba al siguiente día la pesadilla, puesto que dió una gratificación de cinco francos á su portero, el cual no sabía á qué atribuir tan inusitado acto de munificencia. En una época en que con el dinero podía aspirarse á todo, nada tenían de extraordinario las visiones de un millonario.

Sin embargo, es más que probable que su esposa le dirigiera prudentes y merecidos sermones: «Levrault, le diría, eres un tonto y hazme el favor de no pensar en locuras; nada tenemos que hacer nosotros, ni mezclarnos en nada con los hombres de alta jerarquía, y ménos con los honores y dignidades. Bastante debemos al cielo con ser ricos y gocemos modestamente de nuestra fortuna. Por

más que digan el dinero no lo puede y lo vale todo; nosotros hemos podido muy bien ganar doce millones sin añadir un quilate á nuestro mérito personal. Permanezcamos, pues, en nuestra posición, sin avergonzarnos de nuestro origen y alcurnia. Continuemos viviendo entre gentes que nos conocen y estiman, y no nos metamos en un mundo que podrá burlarse de nosotros. Cuanto más te miro, más me persuado de que no podrás engañar á nadie acerca de tu mérito, y por mi parte cuanto más me examino ménos descubro en mí la estofa de una mujer de categoría. En cambio, y en nuestra clase de comerciantes ricos, no tenemos tan mal aire que no podamos presentarnos sin rubor en todas las casas del barrio. Déjate de tonterías: compra una buena posesión, y hazla producir, y puesto que hormiguea en tí la ambición, constitúyete en amo de tu lugar y hazte nombrar fabriquero de la parroquia.

Vuelve á tu antigua ambición de pescador de caña; festeja y obsequia á tus amigos y da limosnas á los pobres; ten buen jardín y cuida de las dalias. En fin, casa á tu hija con un honrado manco que no se avergüence de la familia de su mujer, y que pueda decir un día á sus hijos: vuestro abuelo fué un excelente hombre que vendió paños, y si teneis pan y provista la despensa á él se lo debeis. Estas y otras muchas reflexiones más ó

ménos morales y oportunas hubiera hecho probablemente Mme. Levrault á su marido, y probablemente hubiera conseguido atraerle al buen camino, si la fiera parca no hubiera cortado, hacia diez años, el hilo de sus días, llevándose en pos de sí todo el juicio y sensatez de la casa.»

M. Levrault sabia demasiado bien que las dignidades y los honores no habian de ir á buscarle á su entresuelo de la calle de Bourdonnais. Pero separado como se hallaba de todos sus amigos, aguardaba á que su hija Laura saliese del colegio, para empezar una vida nueva. Ignorando además completamente la manera de penetrar en el mundo de las grandezas, objeto de sus ansias, resolvió seguir en todo las inspiraciones de la señorita Levrault, la cual correspondió dignamente á sus esperanzas.

La señorita Laura Levrault, educada en uno de los colegios más aristocráticos de París, hubiera pasado quizás por una criatura encantadora, si se hubiera encerrado en los límites de su modesta condición. Empero trasplantada desde sus más tiernos años á un jardín de condesas en flor y de marquesas en ciernes, habia perdido en su infancia su gracia y su perfume naturales. Excusado es decir que lo primero que aprendió fué á sufrir que sus compañeras le echaran en cara su nacimiento. Las chanzonetas, las alusiones picantes



que aquellas le dirigian á este propósito, habian irritado su sufrimiento. Las niñas se tratan tan despiadadamente unas á otras, como si fueran ya mujeres. Pero Laura, en lugar de devolver injuria por injuria á aquellos traviesos diablillos que se entretenian en humillarla, callaba pacientemente, y adquiria un ódio serdo y profundo á la tienda donde habia nacido, á toda la calle de los Bourdonnais, y hasta al apellido Levrault, que iba haciéndose insoportable. Cuando este nombre maldito, cuando este nombre funesto, pronunciado casi siempre con afectacion, sonaba á sus oidos en las salas de estudio ó en los patios de recreo, se estremecia dolorosamente y le parecia que iba á morir de vergüenza.—Un dia que estrenó un traje de paño pardo, le dijo la señorita de B.... :

—¡Magnífico vestido!—ya se conoce que no has tenido que pagar por él más que las hechuras.

Todas las colegialas celebraron con carcajadas esta ocurrencia, excepto Laura, la cual devoraba sus lágrimas en silencio.—Otro dia la preguntaron si era verdad que uno de sus abuelos tenia en sus cuarteles un campo de Paño de oro.—Poco tiempo despues se reunieron la señorita de R.... y la de C.... ambas á dos á cual más versadas en la ciencia heráldica, para formarle un escudo. Los emblemas que discurrieron eran tales, que costaron á Laura una enfermedad.

Bajo cualquier pretexto, tomando pié de las cosas más insignificantes, sus compañeras de pension la abrumaban con los sarcasmos más pican-tes, y se entretenian en ahondar sus heridas.

Júzguese, pues, qué clase de simpatias misteriosas y de secretas inteligencias estableceria semejante educacion entre M. Levrault y su hija: júzguese tambien si estos dos orgullos se prestarian un apoyo mútuo cuando se hallaron uno frente al otro.

A la edad de diez y seis años, la señorita Levrault era lo que se llama una linda muchacha: blanco y sonrosado semblante, hermosos cabellos castaños, ojos rasgados, frente pura y un talle elegante, en el cual se traslucia sin embargo cierto no sé qué de mostrador, constituian la parte física de la pobre colegiala. Entre sus cualidades morales se distinguian un carácter firme y positivo, una imaginacion apagada, y un corazon seguro de sí mismo, que no habia viajado aún por el país de los ensueños y de las ilusiones. La vanidad habia marchitado en ella con su helado hálito todas las flores que iban abriendo sus pétalos á la primavera de la vida. Si su madre hubiese vivido más tiempo, quizás hubiera conseguido que los gérmenes preciosos sofocados por el orgullo, hubiesen llegado á un completo desarrollo.

Pero Laura, entregada á sí misma demasiado

pronto, había descuidado, creyéndolas unas plantas inútiles, todas sus buenas cualidades, para no cultivar más que las perversas. Es inútil añadir que su talento era mucho más precoz de lo que suele serlo generalmente el de otras muchachas de su edad. Rebajada como se veía constantemente por sus compañeras, había hecho todo lo posible para hacerse superior á ellas. Era una música excelente, y pintaba paisajes con toda la habilidad de que es susceptible un pintor de este género, que no haya estudiado la naturaleza. Federico Chopin, y Pablo de Huet, habían sido sus maestros. Todas estas cosas las había aprendido únicamente por vanidad.

Así que salió del colegio, y cuando comprendió la extensión de sus riquezas, Laura abarcó con ávidas miradas la brillante perspectiva que se ofrecía á su vista.

Tenia demasiado talento para dejar de comprender que con cuatro millones de dote y con esperanzas de heredar otros ocho, no le era lícito abrigar la confianza de que haría un casamiento por amor. Esta pasión, de consiguiente, no la preocupaba lo más mínimo. Sus ideas sobre el matrimonio eran demasiado positivas, para que, sabiendo como sabía, que el hombre que pidiese su mano consideraría esta alianza como un negocio mercantil, dejase también por su parte de escoger marido que

satisficiera su ambición; en este concepto declaró resueltamente á su padre que solo se casaría con un noble. Enternecido M. Levrault la estrechó en sus brazos, reconociendo que corría su propia sangre por las venas de su hija. Por otra parte, este era para él el mejor camino para introducirse en el gran mundo, donde esperaba hacer gran papel. No se le ocultaba que tenía que dar un gran salto, y contaba, para no quedar embarrancado, con el auxilio de su futuro yerno.

Tratábase, pues, de buscar uno que de seguro no se encontraría en el barrio. M. Levrault había oído decir que de todas las provincias de Francia, la Bretaña era la más abundante en antiguas y nobles familias, y en donde había más palacios que cabañas. Nada hubiera sido tan fácil como persuadirle que los torreones y almenas crecían como los hongos. Así, pues, decidió trasladarse á Bretaña; allí era preciso vivir con lujo y magnificencia y echar el anzuelo donde debía engancharse el fénix de los yernos. Acordado este plan escribió á un notario de Nantes á quien había conocido de amañense en París.

«Mi querido M. Jolibois:

Ha llegado al fin el tiempo de que pueda descansar habitando entre unas gentes, cuyos hábitos

están tan acordes con mis gustos é inclinaciones. Durante mis trabajos y especulaciones industriales, he deseado constantemente para la vejez, un asilo consagrado por los grandes nombres de nuestra historia. La Bretaña ha merecido siempre mis simpatías por sus heróicos recuerdos. Laura, á la que como V. sabe, he dado una brillante educacion digna de su rango, me entretiene y distrae con los recuerdos de esa tierra caballeresca. Tambien le consta á V. que he tenido siempre la intencion de adquirir algunas propiedades en ella, solo que no quisiera, sirviéndome de una expresion vulgar, hacer el primo en esta adquisicion. Antes de decirme, creo oportuno recorrer ese país en todas direcciones, conocer su situacion y estudiar sus costumbres.

Ahora bien, mi querido M. Jolibois; dirijome á V. contando con su amistad; tomad en arrendamiento por un año en las cercanías de Nantes alguna finca cuya posicion me permita anudar con facilidad todas mis antiguas relaciones familiares con la nobleza del país. Despues de esta prueba de un año ya me será más fácil la eleccion.

Creo inútil advertir á V. que deseo vivir con la mayor ostentacion y tener mi casa y servidumbre bajo un pié completamente señorial. No insisto más sobre esto: al cuidado de V. queda organizar y alhajar, desde la antesala hasta la buhardilla,

desde la cueva hasta la cuadra, desde el corredor hasta el salon. Escepto el aya y doncellas de mi hija, á nadie más llevaré de París. Me será muy grato verme rodeado de algunos de esos antiguos servidores, tipos de adhesion y fidelidad, que viven y mueren donde han nacido; procure V., por tanto, que encuentre á mi llegada cuatro ó cinco de ellos. Que todo esté pronto para recibirme; nada economiceis, pues tengo doce millones. La vida en que voy á entrar será una vida de fiestas y de hospitalidad á lo príncipe. Que el país sepa con anticipacion quién soy. Hable V. de mis trabajos, de mi opulencia; en una palabra, haga V. porque me conozca todo el mundo. Aun cuando voy decidido á no tratarme más que con personas de elevada alcurnia, V., sin embargo, será admitido en las reuniones de confianza y correreis un ciervo conmigo alguna que otra vez.

Con anticipacion me recreo á la sola idea de acabar mis dias en la patria de Clisson y de Du-Guesclin. Laura me habla continuamente de estos grandes señores, y me tendria por muy feliz si pudiese conocer á sus descendientes y admitirlos á mi mesa. No olvide V. sobre todo que debo tener á mi alrededor la flor de la aristocracia, y descubrir desde mis balcones una docena de castillos feudales con sus torreones, fosos y puentes levadizos.

Páselo V. bien, mi querido Jolibois.

Cuento con su exactitud, como puede V. contar con mi benevolencia.

LEVRAULT.»

Este notario era casualmente un hombre de chispa. Dos ó tres conozco yo que se encuentran en el mismo caso. Vivía en París desempeñando el empleo de oficial mayor de una escribanía y aspiraba á recibirse escribano, cuando olfateando los millones de M. Levrault, se había determinado á pedir la mano de su hija. Piénsese lo que quiera, decía, si el duque de Lauzun aspiró á la mano de la hija de Enrique IV, Estéban Jolibois bien puede casarse con la hija de M. Levrault. Pero este con aire desdeñoso le dió á entender que se había equivocado en sus cálculos. Estéban Jolibois tuvo que retirarse, pues, con la cabeza baja, desesperado de no poder manifestarle su reconocimiento.

M. Jolibois que, á pesar de su gravedad escribanil, no se había olvidado todavía de las travesuras estudiantiles, se restregó las manos al leer la carta de su suspirado suegro. La simpleza y la impertinencia que se descubrían en la epístola, hubieran bastado para escitar el buen humor del hombre más tétrico. El escribano, que era hombre jóven, alegre y burlon, cogió por los cabellos la ocasión que se le ofrecía de vengar una derrota, y hacer al mismo tiempo un excelente negocio. A los ocho

días contestó á M. Levrault en los términos siguientes:

«Apresúrome, caballero, á anunciar á V. que, cumpliendo sus órdenes, he alquilado una habitación, la cual espero que llenará cumplidamente las exigencias de su rango, y todas las condiciones de sus deseos. Es un palacio de arquitectura moderna situado en las orillas del Sevres á ocho leguas de Nantes, entre Tiffauge y Clisson. No puedo ocultar á V. que estoy muy satisfecho de haber justificado tan pronta y tan felizmente la confianza que se dignó depositar en mí; para continuar mereciéndola en lo sucesivo, me he ocupado sin perder momento en montar su casa bajo un pié digno de la elevada posición que ocupa V. en el mundo, y sin descuidar ni la más insignificante cosa. Abrigo la lisonjera idea de que ha de quedar V. enteramente satisfecho. Dentro de quince días estará ya todo arreglado, y en disposición de que pueda V. ponerse en camino cuando guste. No he necesitado hacer grandes esfuerzos para reconocer la elevación de sus miras. Usted quiere vivir en medio de sus Pares; con esa mirada rápida y pronta que ha hecho de V. una de las águilas de la industria, ha puesto el dedo sobre el único rincón de tierra digno de dar abrigo á tan alta capacidad. La sociedad escogida, objeto de sus ensueños, la encontrará V. á la puerta de su

casa. Los palacios de Tiffauge, Mortagne y Clisson lo esperan á V. con los brazos abiertos. Los términos en que he hablado de V. á estos señores, espero que serán á medida de su gusto. La nobleza del país, por consiguiente, lo conoce á V. ya, y se disputará por ende el honor de recibirle y obsequiarle. Sabe demasiado bien que la industria es en la actualidad la reina del mundo, para que no sienta hácia su más ilustre representante las más respetuosas simpatías. No vaya V. á creer, sin embargo, que es á su inmensa fortuna á lo que debe estas benevolentes disposiciones: el reconocido mérito de V., es el móvil único de su impaciencia. Desde que anuncié su próxima llegada á este país, nadie habla de otra cosa; á cada paso me veo rodeado y abrumado de preguntas: todos desean saber el día y la hora en que habrá de verificarse. La belleza de la señorita Laura, su hija, despertará también, á no dudarlo, las más agradables tradiciones de los tiempos caballerescos.

Si pudiera disponer hoy de más horas, haría á usted una minuciosa y exacta descripción de las nobles familias cuyos palacios están situados en torno del que va V. á habitar en breve; límitome, por lo tanto, á manifestarle que la antigüedad de las ménos ilustres se remonta á la época de las Cruzadas. La señorita Laura, cuya memoria está tan enriquecida de gloriosas tradiciones, estoy

seguro que no dejará de sentir una emoción placentera, cuando se tropiece en el parque de su padre con un descendiente de Godofredo de Bouillon, noble anciano cuya conversacion es un tesoro de recuerdos, ó con el último vástago de una raza que cuenta entre sus antecesores á los Baudouin y á los Lusignan. Este vástago es el vizconde Gaspar de Montflanquin. Joven, de buena figura, de modales caballerescos, y desinteresado tal vez en demasía, no tiene mas que decir «quiero» y alargar la mano para que la nueva córte, satisfecha y gozosa de atraerlo á su partido, haga por él cuanto le pida. Su escudo de armas representa en campo de plata un leon atigrado, armado y coronado de gules, con la cola anudada, hendida y pasada por una arpa, y el cual se halla tendido bajo una cimera azul con tres roeles de oro.

El vizconde de Montflanquin podrá servir á usted perfectamente de guía en sus escursiones, y en la eleccion de sus amistades. Apresúrese V., pues, amigo mio, á venir á descansar cuanto antes bajo las sombras de la Trelade (me habia olvidado de decir á V. que así se llama su palacio), á descansar de los trabajos de su noble carrera.

Viva V. persuadido que no abusaré de los ofrecimientos que tan generosamente me hace en su apreciable carta: conozco perfectamente la distancia que media entre mi humilde persona y su

elevado rango. Lo que sí acepto muy gustoso es la honra de correr con V. alguno que otro ciervo. De aquí á un año, si se decide V. á establecerse en nuestra Bretaña, espero contarle en el número de mis clientes; su ilustre nombre será la gloria mayor de mi escribanía.

Aprovecho esta nueva ocasion para ofrecer á usted la consideracion respetuosa con que soy de V., etc.

JOLIBOIS.»

Aquel mismo dia escribió el bueno de Jolibois esta otra carta al señor vizconde de Montflanquin:

«SEÑOR VIZCONDE:

»El afecto que á V. profeso me mueve á hablarle de un asunto delicadísimo, en la seguridad de que sabrá V. dar todo el valor que tienen á los motivos de mi resolucion. Sabe V. muy bien, señor vizconde, que nunca he podido acostumbrarme á contemplar sin tristeza los descascarillados muros de su palacio. Frecuentes veces he oido á V. hablar del señor de Ravenswood, y muchas tambien nos hemos separado pensando en los medios de restablecer el antiguo esplendor de su casa. Hoy, á Dios gracias, se presenta una ocasion favorable para conseguir tan loable objeto: en su mano de V. está el aprovecharla: de V. única-

mente depende la restauracion de sus blasones, y el rescate y reunion de todos los trozos de su dispersada herencia. Un plebeyo con humos de hidalgo, un tal M. Levrault, que ha tenido bastante maña para reunir doce millones vendiendo varas de paño, ha dado en la manía de desear adquirir una de las antiguas propiedades que existen en Bretaña. Antes de decidirse á hacer esta compra, se ha propuesto estudiar el país, y con este objeto acaba de alquilar por un año la Trelade. Dentro de quince dias lo más tarde se hallará aqui. Yo le conozco hace mucho tiempo, y sé perfectamente el carácter de su ambicion. Su afan no es otro que el de quitarse de encima la pelusilla de mercader, por medio de un yerno que le sirva al mismo tiempo de escabel y de pasaporte. La señorita Levrault por su parte está tambien bastante impaciente por cambiar el prosáico nombre de su padre por otro que le abra las puertas del gran mundo y de la córte: de consiguiente, no tiene usted que hacer más que presentarse y de seguro la plaza será suya antes de tres meses. No desconozco que una alianza de este género será un poco costosa para su orgullo; pero la señorita Levrault, aunque plebeya, es muy agraciada y esto vale algo. Paréceme que ya podrá V. perdonarla la oscuridad de su nacimiento en gracia de su lindo palmito. Por otra parte, señor vizconde, tres millones de

francos no son ahí un grano de anís..... No es esto decir que á V. le haga efecto el dinero; conozco perfectamente la elevación de su alma, y me consta que, heredero de una raza de héroes, soporta usted dignamente su ruina, y que su gran corazón está al abrigo de las injurias de la suerte. Pero aquí, señor vizconde, no se trata de V., sino de conservar el esplendor del nombre de sus antepasados. ¡Tres millones, señor vizconde!.... Los huesos de los Montflanquin saldrán de sus tumbas para bendecirlo á V. No hay, por lo tanto, que perder un instante. El éxito es seguro con tal de que sepa V. mantener á la conveniente distancia á los Rochelandier: estos únicamente son los temibles: estos son los únicos que pueden disputar á V. el buen bocado que le envía la Providencia. Con que..... ande V. listo: apresúrese á tomarles la delantera y no les deje tiempo para pensar en ello siquiera. Cuide V. sobre todo que ni M. Levrault ni su hija Laura se aproximen ni por pienso á la casa de los Rochelandier, ni que vayan á saber si es posible que semejante familia existe bajo la capa del cielo. Del talento de V., de ese talento brillante, cuya extensión nadie mejor que yo conoce, me atrevo á esperar todo. ¡Qué día tan feliz será aquel en que reciba V. de manos de su suegro el magnífico doté que da á su hija! ¡Qué triunfo para V.! ¡Qué gozo para sus amigos! ¡Qué

alegría para mí que extenderé el contrato! Ningun agradecimiento me debe V. por lo que trato de hacer en su obsequio: mis sentimientos le son demasiado conocidos para que pueda dudar del placer que experimento en obligarle. Servir sin miras ulteriores á aquellos á quienes profeso una sincera estimación, es para mí la ley más dulce y agradable. Si el negocio se lleva á cabo, la sola recompensa que pediré á V. por la intervención que en él he tenido, será el reembolso de los ochenta mil francos que debe V. á la testamentaria de mi padre y cuyos réditos se ha olvidado V. sin duda de mandarme de diez años acá.

Repito á V., señor vizconde, que desconfíe de los Rochelandier, y viva V. seguro de la respetuosa consideración con que soy de V. afectísimo, etc.

JOLIBOIS.»

Estas dos cartas marcharon por un mismo correo.

Quince días después veíase á la puerta de la casa de M. Levrault, situada en la calle de los Bourdonnais, una silla de posta, á la cual estaban enganchados cuatro excelentes caballos. Un mercachife de tres al cuarto hubiera preferido tomar el camino de hierro hasta Tours; pero M. Levrault había querido debutar en la vida señorial por un golpe de bombo para vengarse al mismo tiempo de todos los coches de alquiler que le habían traque-

teado durante veinte años todos los domingos por las cercanías de París. Los caballos pafaban de impaciencia, y los postillones se hallaban cada uno en su puesto. Los vecinos de la calle de los Bourdonnais estaban acechando de las ventanas con una curiosidad envidiosa el momento de la partida. M. Levrault no pudo menos de sentir alguna conmoción al separarse para siempre de la habitación modesta en la que había pasado al lado de su mujer tantos años tranquilos y laboriosos, al paso que Laura paseó en torno de su habitación una mirada de triunfante gozo, sin hallar ni siquiera un suspiro para aquellas paredes, que la recordaban su humilde origen. Así que padre é hija aparecieron en el dintel de la puerta, todas las cabezas se abalanzaron fuera de las ventanas, dejándose oír en todos los pisos del edificio un cuchicheo irónico: ni una mano siquiera se agitó dirigiéndose á ellos en señal de despedida. Al poco rato Laura y su padre subieron al coche; los postillones empezaron á chasquear sus látigos, y los caballos partieron al galope. M. Levrault había tenido buen cuidado de escribir á Jolibois el día y hora en que llegaría á la Trelade.

El día anterior se había encaramado en la imperial de París á Nantes un viajero vestido con traje de caza; este viajero era el vizconde Gaspar de Montflanquin.

## II

No es necesario decir que padre é hija iban meciéndose durante el viaje, halagados por los más dulces ensueños. La carta de Jolibois había sobrecitado los deseos de M. de Levrault. Las hiperboles de que estaba plagada no se habían escapado, sin embargo, á la penetración de Laura, la cual comprendió su verdadero sentido; lo único que no adivinó, fué la intención burlona con que estaba escrito. ¿Y por qué había de desconfiar de maese Jolibois? Ignorando que éste se hubiera atrevido á aspirar á su mano, no veía otra cosa en sus exageradas atenciones que un tributo de homenaje rendido á la riqueza, y Laura no pedía más. Diremos también de paso que la señorita Levrault no participaba seriamente de todas las pretensiones de su padre. Si manifestaba lisonjearse-



teado durante veinte años todos los domingos por las cercanías de París. Los caballos pafaban de impaciencia, y los postillones se hallaban cada uno en su puesto. Los vecinos de la calle de los Bourdonnais estaban acechando de las ventanas con una curiosidad envidiosa el momento de la partida. M. Levrault no pudo menos de sentir alguna conmoción al separarse para siempre de la habitación modesta en la que había pasado al lado de su mujer tantos años tranquilos y laboriosos, al paso que Laura paseó en torno de su habitación una mirada de triunfante gozo, sin hallar ni siquiera un suspiro para aquellas paredes, que la recordaban su humilde origen. Así que padre é hija aparecieron en el dintel de la puerta, todas las cabezas se abalanzaron fuera de las ventanas, dejándose oír en todos los pisos del edificio un cuchicheo irónico: ni una mano siquiera se agitó dirigiéndose á ellos en señal de despedida. Al poco rato Laura y su padre subieron al coche; los postillones empezaron á chasquear sus látigos, y los caballos partieron al galope. M. Levrault había tenido buen cuidado de escribir á Jolibois el día y hora en que llegaría á la Trelade.

El día anterior se había encaramado en la imperial de París á Nantes un viajero vestido con traje de caza; este viajero era el vizconde Gaspar de Montflanquin.

## II

No es necesario decir que padre é hija iban meciéndose durante el viaje, halagados por los más dulces ensueños. La carta de Jolibois había sobrecitado los deseos de M. de Levrault. Las hiperboles de que estaba plagada no se habían escapado, sin embargo, á la penetración de Laura, la cual comprendió su verdadero sentido; lo único que no adivinó, fué la intención burlona con que estaba escrito. ¿Y por qué había de desconfiar de maese Jolibois? Ignorando que éste se hubiera atrevido á aspirar á su mano, no veía otra cosa en sus exageradas atenciones que un tributo de homenaje rendido á la riqueza, y Laura no pedía más. Diremos también de paso que la señorita Levrault no participaba seriamente de todas las pretensiones de su padre. Si manifestaba lisonjearse-

las y adherirse á ellas, era en provecho propio, y en honor de la verdad sabia sacar de esto buen partido. Era cómplice de M. Levrault, pero no vivia engañada como él. Su preocupacion única, como habia dicho perfectamente Estéban Jolibois al vizconde de Montflanquin, era el cambiar el prosáico nombre de su familia por otro que le abriese las puertas del gran mundo y de la córte: una vez alcanzado este objeto, se prometia relevar caritativamente al autor de sus dias del trabajo de tomar parte en el segundo plan de su destino. En cuanto á M. Levrault, más orgulloso con sus talegas que un Montmorency con los blasones de sus antepasados, hallaba muy natural y muy sencillo que la nobleza de Bretaña se preparase á recibirle y obsequiarle; por lo cual estaba dispuesto á tratarse con ella de poder á poder, á humillarla si se presentaba la ocasion, y á sobreponerse á ella.

M. Levrault, no sólo no admitia la posibilidad de que pudiese ocurrírsele á nadie burlarse de un hombre que poseia doce millones, sino que ni habia descubierto siquiera en toda la carta de maese Jolibois una sola expresion que ofendiese su modestia. Habiala leído y releído tantas veces, que la aprendió de memoria, é iba recitándosela á sí mismo mientras que los caballos galopaban por la orilla del Loire. La primavera empezaba á anun-

ciarse con todo su esplendor, pero aun cuando el espacio que media entre Blois y Saumur es un paraíso, el ex-mercader, abismado en sus proyectos de grandeza, nada veia y apenas hablaba una palabra. Su ambicion, que hasta entonces habia necesitado del misterio de la noche y de las ilusiones del sueño para desplegarse, se mostraba en el interior de la silla de postas sin disfraz alguno á la luz del sol. El padre de Laura creia ya ir subiendo en hombros de su yerno y con majestuosos pasos la escalera del Luxemburgo; figurábasele que iba á restablecerse para él el sombrero á lo Enrique IV y el manto de armiño, y que por su abnegacion, por su asiduidad, por sus votos silenciosos y fieles se hacia acreedor á la gratitud de los ministerios de todos colores; que su propiedad de Bretaña se hallaba ya erigida en Baronía; que vivia en la intimidad de los príncipes; y finalmente, que hasta el rey, que era lo que M. Levrault distinguia á más remota distancia, se dirigia hácia él exclamando:—«¡Tambien tenemos por aqui al baron de Levrault!» Laura por su parte tampoco parecia muy sensible á las bellezas del delicioso paisaje que se ofrecia á su vista. La imágen del vizconde de Montflanquin flotaba vagamente en torno suyo, y su imaginacion corria con rapidez hácia la deseada orilla.

La señorita Levrault se inquietaba muy poco en

pensar si el vizconde seria ó no digno de ser amado: el pensamiento que más la preocupaba era el del efecto que producirian los blasones de aquel sobre la portezuela de un *landeau*. El leon atigrado con la cola hendida y atravesada por un aspa, le habia trastornado el cerebro. ¡Qué magnífica respuesta se prometía dar con aquellos á las impertinencias heráldicas de las señoritas de R..... y de C.....! Joven, bonita y ataviada con los más brillantes adornos, se regocijaba de antemano con las envidias que iba á excitar su presencia en el mundo. Figurábase encontrarse ya entre sus antiguas compañeras que tanto la habian humillado con sus irónicos desdenes, y á las cuales abrumaba ella á su vez con su lujo y con el esplendor de su nombre; las delicias de la venganza sazonaban para la hija del ex-mercader los triunfos de la vanidad. Mientras que M. Levrault y su hija se mecian en la silla de postas entregados á sus agradables ensueños, las brisas de Abril les enviaban el perfume de las nacientes flores; los sotos y las praderas les ofrecian sus verdes mantos; los pájaros sus alegres gorgeos, y el Loire, en fin, extendia sus esteras de plata al través de las verdes sábanas de la Turena y del Anju. Esta era la primera vez que M. Levrault y su hija se hallaban en medio de la naturaleza, y á más de seis leguas de distancia de París.

El ex-mercader de paños supo en Nantes que maese Jolibois los esperaba en la Trelade desde la víspera; así es que se apresuró á partir de aquella ciudad para llegar puntualmente al término de su viaje á la hora que habia indicado. Confiando en que maese Jolibois le tendria preparado algun obsequio para recibirle, no queria dejar defraudadas sus esperanzas. La silla de posta habia desempeñado ya los arrabales y rodaba velozmente por el camino de Clisson. M. Levrault asomaba la cabeza por la ventanilla dirigiendo á cada paso ávidas miradas como si quisiera hallar un castillo en cada punto del horizonte: el bueno del ex-mercader iba creido en que desde su salida de Nantes viajaria entre dos hileras de almenas y torreones. Aunque no sin trabajo, Laura logró al fin hacerle comprender que los castillos y los palacios no se encuentran ni aun en Bretaña al lado del camino como si fueran ventas. A la traspuesta del sol los postillones dejaron el camino real para tomar un sendero abierto en los sembrados, y despues de caminar una hora por él, llegó á sus oidos una música estrepitosa á la cual respondieron todos los perros y todos los ecos de las cercanias. Abrióse de par en par como por encanto la verja de la Trelade, cuyas paredes se veian iluminadas con vasos de colores: detuviéronse los caballos cubiertos de espuma al pié del vestibulo, en donde se hallaba

maese Jolibois entre dos filas de lacayos provistos de hachones encendidos, y el cual se acercó á recibir al nuevo castellano, abriendo respetuosamente la portezuela del carruaje y bajando el estribo.

—Gracias, Jolibois, muchas gracias, dijo M. Levrault negligentemente y con aires de gran señor habituado á recibimientos semejantes, aun cuando en honor de la verdad no cabia en sí de gozo.

Y apoyándose en el brazo de su hija, subiólentamente las gradas del vestíbulo.

—Buenos días, hijos míos, buenos días, añadió con un tono protector, dirigiéndose á los lacayos que le saludaban inclinando la frente hasta el suelo, y entre los cuales hubo dos ó tres que gritaron ¡viva M. Levrault!

Después, ¡precedido de maese Jolibois, cuya imperturbable serenidad no le abandonó ni un instante, se hizo conducir á un comedor ricamente adornado, en el que le esperaba una espléndida comida. La mesa estaba cubierta de cristal y de flores. M. Levrault tomó asiento entre el notario y su hija, y al reparar en los adornos del comedor, y en la suntuosa manera con que estaba arreglado el festín, á duras penas podia dominar su emocion. Los manjares más exquisitos y los vinos más sabrosos se sucedían con una rapidez asombrosa. Tres lacayos de librea azul con galon de mil co-

lores, con calzones amarillos y guante blanco, se agitaban solícitos alrededor de la mesa, mudos y silenciosos como sombras. Laura, por su parte, tampoco fué insensible á este espectáculo: en cuanto á Jolibois, comía y bebía á guisa de un hombre que está casi seguro de no encontrar en diez años otra ocasion semejante.

Terminada la comida, bajaron al parque, donde maese Jolibois les tenia preparada una sorpresa. Cuando mas descuidados estaban padre é hija paseándose en una vasta pradera, cruzaron por el firmamento algunos cohetes, y M. Levrault vió en seguida á cincuenta pasos de sí una muralla de fuego. Doce soles irradiaban y despedían torrentes de chispas. Las avenidas del castillo estaban iluminadas con millares de luces de Bengala, y por entre la espesura giraban como serpientes luminosas y caían convertidas en una lluvia de estrellas multitud de candelas romanas.

M. Levrault, que hasta entonces habia mostrado una impavididad sorprendente, no pudo resistir á este último golpe: así es que asiendo la mano de Jolibois le dijo con un acento cuya emocion no se cuidaba de ocultar:

—Gracias, Jolibois, gracias; este será el día más delicioso de mi vida. Y sin embargo, añadió cambiando bruscamente de tono: esos cohetes y esos soles despiertan en mi corazón un recuerdo bien

triste. ¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo! ¡Mi querido Timoleon...!

Y así diciendo, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Gran Dios! exclamó Jolibois dándose un golpe en la frente: me había olvidado de esa terrible desgracia.

—¡Ay! Desde aquella noche funesta no he podido soportar la vista de una candela romana sin sentir la emoción más violenta.

—Es muy natural, añadió Jolibois.

—¡Un hijo tan bueno, tan hermoso...! prosiguió M. Levrault con apagado acento. ¡Un muchacho tan arrogante! ¡tan blanco! ¡tan rubio! ¡tan sonrosado! ¡un talento tan precoz...! ¡una inteligencia tan viva!

—¡Ah señor! exclamó Jolibois con tono compungido, y ocultándose la cabeza entre las manos, ¡qué es lo que he hecho! Dignese V. perdonarme esta torpeza en gracia de mis buenas intenciones! Para remediar el mal algún tanto, voy á dar orden de que suspendan el árbol de fuego.

—¡Nada menos que eso! repuso M. Levrault metiéndose el pañuelo en el bolsillo: quiero ver el árbol.

—Pero ¿no conoce V., señor, que eso sería agravar mi falta y prolongar su suplicio?

—¡Quiero ver el árbol! repuso con firmeza monsieur Levrault. Ya he dicho á V. que le daba las

gracias, y repito que, á pesar del funesto recuerdo que acaba de sobrecogerme hace un instante, consideraré el presente como el día más feliz de mi vida. Con que..... vamos, Jolibois, veamos el árbol.

A una señal de maese Jolibois, encendieron el árbol dos lacayos, y durante algunos segundos el ex-mercader casi llegó á persuadirse de que todos los astros del firmamento habían descendido á su parque. Laura, á quien aquella función lisonjeaba también en extremo, aun cuando no lo manifestaba ostensiblemente como su padre, se sonreía al pensar que era este quien pagaba la pólvora, y maese Jolibois el que sacaba la mejor parte de la fiesta.

La noche estaba fría, y de consiguiente Mr. Levrault resolvió volver al castillo. Al dirigirse á él, distinguieron á la luz de los fuegos de Bengala á un lacayo de colosal estatura, que se adelantaba á encontrarlos.

—¿Qué es eso? ¿qué quiere ese bergante? preguntó M. Levrault con el tono de un ministro que se vé importunado, y que siente que le roben su tiempo.

—¡Es Galaor! repuso Jolibois.

—¡Galaor! exclamó M. Levrault.

—¿M. Levrault? preguntó á esta sazón el lacayo acercándose respetuosamente al grupo que formaban el ex-mercader, su hija y Jolibois.

—Yo soy, ¿qué hay? preguntó el padre de Laura.

Galaor sacó del bolsillo una carta y la puso en manos de M. Levrault, el cual estuvo á punto de desmayarse de sorpresa al ver que venía sellada con un escudo de armas. Aquella epístola era la primera con este requisito que pasaba por sus manos.

M. Levrault se puso á examinar el sello, como si quisiera reconocer por él la persona que la escribía, y rompiendo despues el lacre, abrió la carta y leyó en voz alta lo que sigue, mientras que el jóven lacayo ofrecia á Laura, la cual se estremecia de placer, un ramillete enorme de rosas y jazmines:

«El vizconde de Montflanquin (decia la carta) espera con impaciencia saber si M. Levrault y su hija han hecho su viaje con felicidad, y solicita el favor de presentarse á ellos mañana á las dos en el castillo de la Trelade á ofrecerle sus respetos: entre tanto se toma la libertad de poner á los piés de la señorita Laura algunas rosas de su jardin.»

—Ya lo está V. viendo, señor, dijo entonces Jolibois: acaba V. de llegar, y ya empiezan á ofrecerle sus servicios los señores más ilustres y más empingorotados del país.

—Confieso á V., amigo mio, que no soy insensi-

ble á un favor tan distinguido, dijo M. Levrault á Jolibois.

Luego, dirigiéndose al lacayo, añadió:

—Galaor, da las gracias en nuestro nombre á tu amo el vizconde Gaspar de Montflanquin. Dile que hemos hecho el viaje en una silla de posta tirada por cuatro caballos, y que será para nosotros una grande honra el recibirle mañana, á cualquier hora que se presente.

Galaor se inclinó respetuosamente, y sus polainas de paño, su galoneado sombrero y sus grandes botones dorados desaparecieron al punto por el extremo de una calle de árboles.

—¿Conque es decir, mi querido Jolibois, que por lo visto me estaban esperando? continuó M. Levrault asiéndose del brazo del notario con la más afable familiaridad.

—Antes de ocho dias, repuso Jolibois, estoy seguro de que va V. á ver en sus salones á toda la aristocracia de las cercanías: entre ella oirá V. muchos nombres de familias ilustres y esclarecidas; pero viva V. persuadido de que en veinte leguas á la redonda no hay uno que sea más glorioso ni más noble que el del señor vizconde Gaspar de Montflanquin.

—Lo creo muy bien: si no me engaño, me decia V. en su carta que el vizconde contaba entre sus antepasados á los Baudouin y los Lusignan;

de consiguiente, por fuerza debe tener algunas relaciones de parentesco con aquel *barba*, que tan magníficos versos dice en la tragedia *Zaira*.

—Justamente.

—En ese caso, confieso que tendré á grande honra el estrechar su mano.

—Añada V. á todo eso, que aun cuando es el último de su raza, merece por muchos títulos ser el primero. Jamás ha latido corazón más noble dentro de un pecho hidalgo. En una palabra, es un carácter enteramente cortado á la antigua. Hace algunos años se adhirió á la rama de Orleans, y hasta el presente se ignoran los motivos que á ella le impelieron; pero sea que desesperase del regreso de la legitimidad, sea que su teson cediese á instancias augustas, ó que deseara cerrar la puerta á las discordias civiles, lo cierto es que el vizconde de Montflanquin creyó que no debía rehusar por más tiempo el apoyo de su nombre al trono de Julio. Esta conducta, como era natural, ha sido aplaudida por unos y vituperada por otros.

—Hizo perfectamente, exclamó M. Levrault con energía: en su lugar, confieso que yo hubiera obrado de igual manera.

—¿Ha oído V. hablar, preguntó Jolibois, de lo que pasó entre el rey y Montflanquin, la primera vez que este se presentó en la corte?

M. Levrault se aprestó á escuchar con la mayor

atención lo que Jolibois iba á decir: Laura por su parte, que les llevaba alguna delantera, se aproximó también al oficial de notario, el cual, seguro de su auditorio, prosiguió:

«Aquella entrevista fué una de esas escenas que pertenecen á la historia: el vizconde de Montflanquin, que se digna honrarme con su benevolencia, me la ha contado más de una vez. La presentación tuvo efecto en el salón del trono, delante de la reina, de los príncipes, de las princesas y de todos los grandes dignatarios del Estado. «Señor, dijo el vizconde al rey, sin humildad y sin altanería: desde este instante me adhiero espontánea y francamente á vuestra dinastía; pero dignese V. M. permitirme que le imponga una condición.»

Al oír estas palabras frunció el rey el ceño, y la expresión del rostro de los circunstantes pasó con rapidez de la sorpresa al estupor. «Vizconde Gaspar de Montflanquin, repuso á su vez el monarca: nuestra persona suele imponer condiciones cuando le place; pero nunca las aceptamos; esto no obstante, proseguí: estamos dispuestos á hacer cualquier sacrificio, á trueque de añadir un florón tan precioso á nuestra corona.» «Señor, replicó el vizconde; yo me adhiero á la dinastía de V. M. con la condición de que vuestra munificencia no haga nada en obsequio mio, y con tal de

que se me permita quedarme tan pobre como lo soy en el día.»

—¡Qué buen rasgo! exclamó Laura.

—Excelente, añadió M. Levrault: ¿Y qué respondió el monarca?

—El rey abrió sus brazos al vizconde de Montflanquin y lo tuvo estrechado en ellos largo rato. Excuso añadir que sus ojos estaban anegados en lágrimas. «Bien está, le dijo el rey en seguida con la mayor bondad: puesto que lo exigís, no seréis nada; ni par de Francia siquiera. Pero en cambio, os empeñamos nuestra real palabra de concederos todo cuanto nos pidáis, así en favor de vuestros parientes, como de vuestros amigos, en prueba de nuestra gratitud.»

—¿Cómo! ¿eso dijo el rey? exclamó M. Levrault.

—Eso dijo; y á fé que las palabras de S. M. no fueron de esas que se lleva el viento, repuso Jolibois levantando la voz. Arruinado por las revoluciones, retirado en el castillo de sus antepasados, del cual no sale más que alguna que otra vez para ir al palacio de las Tullerías ó á cazar con los príncipes en Chantilly, viviendo con la mayor estrechez, casi sin patrimonio, el vizconde de Montflanquin es, sin embargo, el hombre más poderoso é influyente en la corte de Francia. Conozco más de un funcionario público de los más empingorotados que debe su posición á nuestro vizconde. A

mí me quiere tanto, que me ha ofrecido mil veces proporcionarme una prefectura: no hace muchos días que me dijo: «Jolibois, es preciso que le busquemos á V. un empleo digno de sus recomendables circunstancias.» Pero yo he rehusado, porque mis opiniones políticas no me permiten aceptar nada del actual gobierno.

—En efecto, Jolibois; siempre he creído que tenía V. cierta tendencia hácia las ideas republicanas. Pero volviendo al vizconde, si no me engaño, ¿parece haber oído á V. que vivía con su familia?

—No señor, no, repuso Jolibois; el vizconde de Montflanquin no es casado.....

Y despues de algunos instantes de silencio, durante los cuales se vió irse dilatando como un girasol la cara del ex-mercader, añadió:

—Ni es probable que se case nunca.

—¡Bah! exclamó M. Levrault, ¿eso no es posible!

—¿Por qué? preguntó Laura sonriéndose: ¿es por ventura caballero de la órden de Malta?

—Señorita, repuso Estéban Jolibois: el motivo por el cual he dicho que el vizconde no se casará nunca, segun todas las probabilidades, procede de una sencilla é interesante historia, cuya narracion debería ser hecha por una voz más poética que la de un pobre escribano de provincia. Hé aquí en dos palabras á lo que se reduce: «El vizconde Gaspar de



Montflanquin amó, cuando apenas tenia 22 años, á una señorita tan noble como él, y casi tan hermosa como la hija de M. Levrault: la señorita Fernanda de Chanteplure. Cuantas personas la conocen convienen en que no hay bajo la capa del cielo una criatura más digna de ser amada: así es que Gaspar no pudo ser insensible á sus encantos. Fernanda, por su parte, correspondia tambien á Gaspar. La vispera del dia en que debian celebrarse sus bodas, ambos jóvenes salieron á pasear por las orillas del Sevres con el marqués y la marquesa de Chanteplure. Fernanda iba cosida, por decirlo así, al brazo de su madre; Gaspar y el marqués las seguian á corta distancia, caminando lenta y difícilmente á causa de la gota del último, á quien el vizconde iba sosteniendo con la tierna solicitud de un hijo. De repente oyéronse unos gritos penetrantes, y desprendiéndose Gaspar del marqués, fué volando á incorporarse á madre é hija. Pero ¡qué doloroso espectáculo se ofreció entonces á su vista! Madame de Chanteplure está retorciéndose los brazos de desesperacion, mientras que la infeliz Fernanda iba dando tumbos por las cristalinas ondas. La pobre jóven se habia inclinado á coger una flor, y escurriéndosele un pié, cayó al Sevres, cuya corriente la arrastraba hácia la esclusa de un molino. ¿Qué hace entonces Gaspar de Montflanquin? Va, coge y se echa al rio, y más rápido que las

aguas, agarra á la señorita Fernanda con una mano, se la disputa á las furiosas ondas, la arranca de los dientes de la rueda que iba á despedazar su hermoso cuerpo, y despues de hacer esfuerzos sobrehumanos, la sacó desmayada á la orilla. Mas ¡ay!: Fernanda no despertó de aquel letargo; sobre sus labios, cuyo color envidiara el clavel momentos antes, veianse ya ésparcidas las pálidas violetas de la muerte. Fácilmente comprenderán Vds. el dolor que causaria al marqués y la marquesa semejante catástrofe. En cuanto á lá desesperacion de Gaspar, toda comparacion es poca: arrodillado junto á su prometida, y haciendo extremos del desconsuelo mas amargo, se casó solamente con ella en el fondo de su corazon, y tomando al cielo por testigo, la juró fidelidad eterna. Gaspar ha cumplido su juramento.»

—¡Qué historia tan interesante! exclamó Laura: el vizconde de Montflanquin es todo un héroe de novela.

—Ya he dicho á V., señora, que es uno de esos caracteres que pertenecen únicamente á los tiempos antiguos: para hallar alguno que tenga analogía con él es preciso ir á buscarlo en Plutarco.

—¡Bah, bah! exclamó á su vez M. Levrault; á pesar de todo eso, el vizconde de Montflanquin concluirá por casarse.

—¡No lo conoce V.! replicó Jolibois con firmeza.

30738

Ya se le han ofrecido los mas brillantes y ventajosos partidos, y sin embargo, todos los ha desechado sin piedad.

—Pero eso es una locura, Jolibois: á mí tambien se me murió en mis tiempos una muchacha lindísima á quien amaba con pasion; y sin embargo, no fué un obstáculo su muerte para que yo me casara con Mme de Levrault, la cual me trajo un dote de trescientos mil francos en moneda constante y sonante. Repito, pues, que el vizconde no tiene cabales sus sentidos.

—¡Eso mismo digo yo! repuso Jolibois; asi es que como simple particular no puedo menos de admirar la conducta de Montflanquin; pero como notario, me veo precisado á echar pestes contra él. La razon es muy sencilla: tengo que pagar mi escribanía, y por consiguiente deseo casar á todo el mundo; en prueba de ello, hace muy poco tiempo que le dije por la centésima vez: «Señor vizconde, es preciso que lo casemos á V. á todo trance.» «Jolibois, me respondió dando una expresion á su semblante, que no se me olvidará jamás: el romper con los vivos es una cosa que puede arreglarse fácilmente; pero sería imperdonable el faltar á las palabras que se dan á los muertos.»

—¡Bah! insisto en que se casará á pesar de todo eso, repitió M. Levrault. ¿Qué edad tiene?

—Veinte y ocho años á lo sumo; pero nobles

disgustos han hecho palidecer su frente antes de tiempo.

—Y dígame V., señor Jolibois, ¿ese modelo de fidelidad póstuma, ¿manifiesta en su semblante la pena que corroe su corazón? preguntó Laura deshojando con aire distraido una rosa que tenia en la mano.

—El señor vizconde, señorita, es hermoso, melancólico y arrogante. No faltan, sin embargo, algunas personas que lo tienen por feo; pero estas gentes pertenecen al vulgo, y carecen por tanto del sentimiento de la verdadera belleza. Por lo demás, el fuego sombrío de sus miradas, la nobleza de sus facciones, y la gracia de sus maneras, no pueden menos de llamar la atencion de los que lo miran. En cuanto á mí, no vacilo, señorita, en asegurar á V. que, aun cuando me rio alta y poderosamente de la superioridad de la raza de sus abuelos, y á pesar de que no admito otra aristocracia que la de la inteligencia, al ver al vizconde de Montflanquin me veo precisado á reconocer que lo de las razas no es una vana palabrería.

Y así hablando, llegaron al castillo los tres interlocutores.

Laura se retiró á su cuarto, despues de echar un vistazo por el salon. Maese Jolibois anunció que partiría al amanecer del dia siguiente, pretextando que algunos negocios urgentes lo llamaban á su

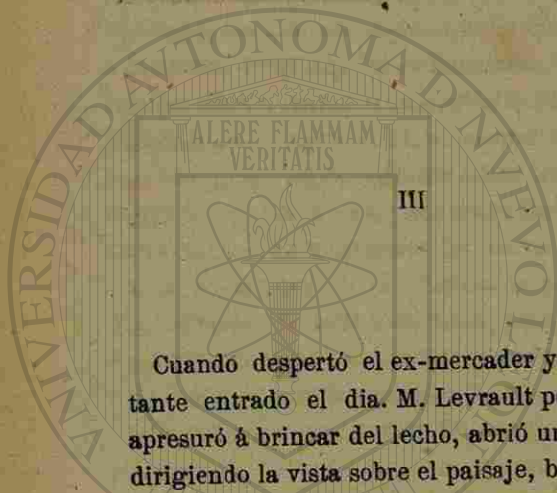
escribanía. M. Levrault, acompañado del oficial de notario, empleó el resto de la noche en visitar y recorrer con una bujía el castillo de la Trelade y sus dependencias. Las instrucciones del ex-mercader habian sido cumplidas fielmente, y su casa se hallaba montada con el mayor lujo. Diez caballos piafaban en la caballeriza; en la cochera se veian tambien cubiertos con guarda polvo un cupé, una carretela, y un char á-banc magníficos. Las perreras estaban hormigueando de perros, las antecámaras de lacayos, y las cocinas de marmitones. M. Levrault se dignó manifestar mas de una vez su satisfaccion á maese Jolibois, el cual marchaba á su lado, durante la exploracion, con el sombrero en la mano, y en una actitud modesta y respetuosa.

—Muy bien, Jolibois, muy bien; decia de vez en cuando el padre de Laura, tocando amistosamente en el hombro á su acompañante; esto está bastante bien.

El bueno del ex-mercader, sin embargo, no dejó de hallar alguna cosa que no era á medida de su gusto: la fisonomía del castillo, por ejemplo, que carecia de aspilleras, almenas y torreones, le parecia un tanto cuanto plebeya. Esto no obstante, en general creyó que tenia sobrados motivos para aplaudir el celo de su mayordomo.

A la mañana siguiente al salir el sol, maese Joli-

bois embriódó por sí mismo su cabalgadura, y partió de la Trelade frotándose las manos, y alegre como un zorro, que sale de un gallinero lamiéndose el hocico.



Cuando despertó el ex-mercader ya estaba bastante entrado el día. M. Levrault por lo tanto se apresuró á brincar del lecho, abrió una ventana, y dirigiendo la vista sobre el paisaje, buscó en vano los doce castillos que había encargado á Jolibois. El semblante del padre de Laura no pudo menos de entristecerse al ver que no descubrian sus ojos mas que algunas telas de Chollet, que estaban puestas á blanquear entre la espesura. Tranquilizóle empero la reflexión de que el valle era angosto, y la de que no podia exigir razonablemente que todos los castillos de la comarca se hubiesen citado en las cercanías de la Trelade para darle la bienvenida. Un talento mezquino hubiera hallado quizás algo de bochornoso en la vecindad de las manufacturas puestas á secar á orillas del Sevres;

pero M. Levrault, que había llegado á creerse con toda formalidad uno de los príncipes de la industria manufacturera, no se ruborizaba del origen de su opulencia, ni temia que se la recordasen. El espectáculo que se ofrecia á su vista acabó de dar un curso alegre á sus pensamientos. Todo cuanto miraba en torno suyo respiraba el fasto de la vida señorial: sus criados iban, venian y se cruzaban en todas direcciones. Sus perros, conducidos por dos vigorosos picadores, aullaban alegremente, y el viento fresco de la mañana traia sus sonoros ecos: los jardineros arreglaban las calles del parque, y recortaban la yerba de las praderas. Sus caballos, cubiertos con caprichosas mantas, regresaban de paseo; sus pavos reales extendian la esplendorosa cola sobre las gradas del vestibulo, y sus cisnes por último nadaban blandamente sobre un lago costado de sauces y copudos olmos. Al contemplar todo esto, que veia á ser una gala de su riqueza, M. Levrault empezó á sonreirse, y á sentir lleno su corazón de orgullo y de gozo. Parecíale que todos los ruidos, todos los rumores y todas las armonias del valle; que el canto de las aves, el murmullo del viento, el estruendo de las presas, el graznido de los pavos, el arrullo de los pichones en el palomar, el cacareo de las gallinas en los corrales, el relincho de los caballos y hasta el aullido de sus perros, se confundian en

una sola voz, inmensa como la del Océano, y que esta voz decía: «M. Levrault tiene doce millones.» A este gran concierto únicamente faltaba la parte de las cañas, de que la fábula hace mención. El ex-mercader, despues de contemplar por largo rato el espectáculo agradable que tenia delante de sí, envuelto en una bata de cachemira con grandes flores de color, bajó al parque, donde estaba paseándose su hija, hacia más de una hora.

Laura, que se habia aclimatado ya á aquella atmósfera de lujo y de elegancia, paseaba de un lado á otro y respiraba en ella como en su elemento natural. Lo único que le faltaba para hallarse enteramente á su gusto, era despojarse del apellido Levrault, que venia á ser para la hija del ex-mercader de paños, lo que era para la princesa del conde de Perrault la horrible piel de asno que la cubria de los piés á la cabeza. Las indiscreciones de maese Jolibois habian producido todo el efecto que aquel astuto compadre habia calculado, y la narracion referente á la presentacion del vizconde en la córte habia inflamado las esperanzas de M. Levrault: la historia de Gaspar y Fernanda no habia influido ménos eficazmente en la imaginacion de su hija.

No es esto decir que aquella imaginacion se viese impulsada ni poco ni mucho hácia los grandes sentimientos; hacia ya mucho tiempo que la vanidad le habia cortado las alas; pero los castos amores de

aquellos dos muchachos tan bruscamente separados por la muerte, el fin lamentable de la señorita de Chanteplure, sumergiéndose en las ondas como la jóven Tarentina, no habian podido ménos de conmover el corazon de Laura, cuyo amor propio picaba algun tanto la obstinada fidelidad del vizconde de Montflanquin. Hacer que Gaspar fuese infiel y perjuro, era una empresa digna de su ambicion, y que prestaba nuevos atractivos al leon atigrado, con la cola hendida y traspasada por un aspa, y acostado bajo una cimera azul con roeles de oro.

Con estos precedentes, no es difícil comprender que el vizconde de Montflanquin no tenia más que presentarse, para tomar por divisa las tres palabras de César.

Padre é hija pasaron toda la tarde esperando al vizconde, y las horas trascurrieron sin que se verificase su llegada. Laura habia ya cambiado tres veces de traje. M. Levrault, vestido á lo hidalgo de aldea, iba y venia mil veces del vestíbulo á la verja, y de la verja al vestíbulo, y nunca veia llegar á nadie. De vez en cuando subia á su habitacion, y mirándose al espejo, se regocijaba creyendo que tenia un aire distinguido. Despues se iba en busca de sus criados, con los cuales se ejercitaba para ir adquiriendo la costumbre de mando y de dignidad.

El sol, sin embargo, continuaba descendiendo hacia su ocaso, y el vizconde no había parecido aun. M. Levrault, que empezaba á encontrar semejante proceder un tanto inconsiderado, no pudo ménos de comunicárselo así á su hija, tan pronto como acabaron de comer. Hay que advertir que M. Levrault había sido en los últimos años de la restauracion uno de los liberales más significados del barrio de Saint-Denis, y que había pasado diez lo ménos en su tienda tronando contra los nombres más ilustres de la monarquía. Sus opiniones se modificaron extraordinariamente despues; quedábale empero, en el corazon, quizás sin que él lo supiese, un resto de su arraigado odio á la antigua nobleza, y aun cuando la vanidad ó el cálculo le hacian correr en pos de ella, la detestaba secretamente y á pesar suyo por hábito, y no se adhería con sinceridad sino á aquella cuyos títulos no se remontan más que al año de 1830. A sus ojos la dignidad, la felicidad y la gloria de la Francia databan solamente de la época en que él había hecho su fortuna. De suerte que el bueno del ex-mercader, irritado de haber estado esperando inútilmente durante todo un dia, decidido á no dejarse poner el pié encima por nadie, y á mantener tiesa y firme la bandera de la nueva aristocracia, de la cual se consideraba uno de los principales representantes, dió rienda suelta á su mal humor.

Quejábbase á su hija de lo mal que sentaba á aquellos señorones que se morían de hambre en sus ruinosos castillos, el conducirse de semejante modo con los corifeos de la gran industria, y exclamaba lleno de indignacion, paseándose agitadamente por la sala, mientras que Laura tocaba con negligencia en el piano una melodía de Schubert:

—¡Si creen ponernos la ley, se equivocan! Su reinado pasó ya; al presente pueden y deben darse por muy contentos de que nosotros nos dignemos servirnos de ellos como de escabeles, comprándoles sus nombres para prolongar los nuestros.

—Padre mio, repuso Laura, dejando correr sus dedos por el teclado; tenga V. presente que aun queda un ratito de dia, y que al vizconde habrá podido ocurrirle algun contratiempo; tal vez vendrá dentro de poco.

—Yo no tengo antepasados, es verdad, prosiguió M. Levrault; pero tengo en cambio doce millones, y con ellos podré comprar cuantos Bandonuin y Lusignan se me vengan á las mientes. El vizconde de Montflanquin debiera saber por la cuenta que le trae que nosotros los grandes fabricantes estamos poco acostumbrados á esperar; que á mí se me da un pito de su león atigrado con la cola rematando en trompeta, y que respecto á sus

roeles de oro, le valdria más tenerlos en su bolsillo que en su escudo.—¡Juan! gritó en seguida á un lacayo que atravesaba el patio en aquel instante.—Pon el coche; vamos á salir ahora mismo.

—¿Cuál? preguntó el lacayo.

—La carretela descubierta á la Daumont; pónle un tiro de cuatro caballos. Celebraré infinito, añadió M. Levrault dirigiéndose á su hija, saber dónde vive el vizconde, para pasar por delante de su palomar; quisiera mostrar á ese pelagatos la leña con que nos calentamos nosotros los fabricantes por mayor.

—Repáre V., padre mio, que el vizconde está en su derecho, repuso Laura sin moverse de su asiento; ¿no recuerda V. que le contestó diciéndole que tendríamos á grande honra recibirle á la hora que más le acomodase?

—Sí tal; pero por lo mismo debia ser más exacto, puesto que sabe quien soy.

Al terminar estas palabras, abrióse la puerta del salon, y se presentó un lacayo á anunciar al vizconde Gaspar de Montflanquin.

Laura se levantó del piano, y M. Levrault tomó una actitud llena de dignidad.

De allí á un instante entró el vizconde en la estancia.

A pesar de cuanto habia dicho maese Jolibois, y aun cuando me arriesgue á que el oficial de nota-

rio me califique de vulgo, el vizconde estaba muy lejos de ser una buena figura; al contrario, era bastante feo; pero su fealdad no carecia de cierta gracia. Examinándole con una atencion minuciosa, distinguíanse en su semblante ciertos rasgos de nobleza sobre las ruinas de su juventud, como se distingue una inscripcion cuyas dos terceras partes ha borrado la accion del tiempo. Quizás no tendria más que veintiocho años, como habia dicho maese Jolibois; pero podian echársele sin ofenderlo treinta y cinco, á causa sin duda de los nobles disgustos que habian hecho palidecer su frente.

Iba vestido con cierta pretension, y ostentando en el ojal del frac la cinta de una orden extraña y desconocida. Pequeño, pero de buenas proporciones, y con un aire de desenfado y ciertas maneras aristocráticas, que no eran de las de mejor ley; esbelto, petulante, y con una soltura que participaba de la ligereza de un clown y del desembarazo de un marqués, no podia ménos de chocar encontrarle en medio de la Bretaña: en París, y en uno de esos grupos de hidalgos tronados, que en aquella época comentaban la divisa *Nobleza obliga*, y ganaban sus espuelas en el campo de batalla del *lansquenet* y del treinta y cuarenta, á nadie hubiera sorprendido su presencia.

El vizconde hizo al entrar tres cortesías á guisa de saludo, y despues dijo dirigiéndose á M. Levrault y á su hija:

—Pido á Vds. mil perdones por haberme hecho esperar, desatendiendo todos mis deberes. He incurrido en una falta, que me deshonra, y de la cual no me rehabilitaré en toda mi vida. Esto no obstante, juro á Vds., bajo la fé de caballero, que no ha estado en mi mano el evitarlo. Sali á medio dia de Montflanquin, y me dirigia corriendo á la Trelade, cuando al volver el recodo de un soto, tropecé con el conde de Kerlandec, que me detuvo diciéndome con evidentes señales de regocijo:—¿Sabe V. que ha llegado ya M. Levrault?

—Señor vizconde, repuso interrumpiéndole el padre de Laura; dignese V. tomar asiento.

—A los quinientos pasos de donde dejé al conde de Kerlandec, prosiguió el vizconde, sentándose en una butaca, me ví segunda vez detenido por el antiguo caballero de Barbanpré, descendiente de Godofredo de Bouillon por la línea femenina, el cual me dijo con la más sincera alegría:

—Señor vizconde, ya tenemos entre nosotros á M. Levrault.

—Ya lo sé, repuse: ahora mismo voy á visitarlo.

Y aun cuando hice los mayores esfuerzos para separarme de él, no pude conseguirlo en un gran

rato, porque el bueno del caballero me asió de un boton del frac; y me hizo olvidarme de todo, hablándome de V. y de su hermosa hija.

—¿Quiere V. tomar algun refresco, señor vizconde? dijo M. Levrault.

—Mil gracias, amigo mio. Cien varas más adelante me encontré con la marquesa de Francastel, la cual me dijo:—Ya supongo á V. sabedor de la noticia que ocupa actualmente la atencion de todo el pais? M. Levrault ha llegado ayer tarde á la Trelade en una silla de postas arrastrada por cuatro caballos. Cuando V. le vea hágame el obsequio de decirle de mi parte que tendria á grande honra pasar á felicitarle por su feliz llegada á nuestra provincia; pero que me veo imposibilitada de cumplir un deber tan grato, porque tengo precision de salir mañana mismo para París.

—Señor vizconde ¿quiere V. tomar un vasito de vino de Chipre ó de Alicante?

—Lo agradezco infinito, pero no quiero absolutamente nada. Vime, pues, precisado á detenerme más de otra hora hablando de V. con la marquesa, la cual recabó de mí que me fuera á comer con ella á su castillo, en donde volví á hallar al conde de Kerlandec y al caballero de Barbanpré. Durante toda ella la conversacion giró únicamente sobre el mismo asunto. Inmediatamente que se terminó, y cuando apenas nos habíamos levanta-



do de la mesa, me escapé á toda prisa, dejando en el castillo tantos envidiosos como convidados; y aquí me tiene V. avergonzado, confuso, pero dichoso al mismo tiempo por haber llegado á su presencia, y con la osadía bastante para atreverme á suponer que se dignará perdonarme esta falta involuntaria.

—No hay de qué, señor vizconde; repuso M. Levrault, cuya cólera se extinguió en su semblante con la misma rapidez que la luz de un meteoro en el firmamento. Más bien debo dar á V. las gracias más cumplidas por la prontitud con que se ha dignado venir á visitarme.

—Y yo también, caballero, añadió Laura, debo manifestar á V. mi gratitud, por el lindísimo ramillete que me ha mandado con su lacayo. Puedo asegurar á V. que lo he recibido como una prenda de la benevolencia que esperamos encontrar en este hermoso país.

A las primeras palabras que pronunció la hija del ex-mercader, estremecióse el vizconde como si hubiera recibido en su pecho la descarga de una pila de Volta, y se volvió repentinamente hacia la jóven, á quien apenas había mirado hasta aquel momento, quedándose contemplándola con los codos apoyados sobre los brazos de la butaca donde se hallaba sentado. Al verle en aquella posición, cualquiera lo hubiera tomado por un pe-

regriño extasiado á los piés de una Madona. Laura se turbó y bajó los ojos.

M. Levrault no sabía qué pensar.

—¡Cosa extraña! exclamó, en fin, el vizconde restregándose la frente, como quien se encuentra en estado de sonambulismo.

Después, reconcentrando sus ideas, y afirmándose, como suele decirse, en los estribos, volvió á coger el hilo de la conversacion, sin aparentar que había notado la turbacion de Laura y de su padre, con tanto desembarazo como si no hubiera estado en el secreto de lo que acababa de suceder.

—Me jacto, señorita, de haber sido el primero que en esta tierra de Bretaña os he rendido el homenaje de que todo caballero es deudor á la hermosura. Y por lo que respecta á V., M. Levrault, al apresurarme á visitarle no he hecho más que llenar un deber para mí muy grato y satisfactorio. Más de una vez mi notario me había hablado de la laboriosidad de V. y de sus riquezas, que ningun valor tendrían á mis ojos sino fuesen el fruto de las obras de V., y el premio de su inteligencia. No olvidaré jamás lo mucho que debo á Jolibois por haberme proporcionado la ocasion de hacer á usted los honores en esta comarca.

—Y á la mia también, dijo M. Levrault; porque aun cuando nosotros, los grandes fabricantes, es-

temos acostumbrados á ser en todas partes bien recibidos, debo confesar á V., señor vizconde, que estaba muy lejos de esperar tan honrosa distincion.

—¡Pues no faltaba más! Sepa V., amigo mio, que si aun queda por aquí alguno que otro marqués de Carabaca pagado de su ejecutoria, y que rehusa marchar con el siglo, obstinándose en enterrarse vivo en lo pasado, nosotros somos los primeros en burlarnos de su tontería. La nobleza no es ya aquella falange impenetrable que sublevó contra ella tantas sangrientas enemistades, aunque legítimas casi todas, si se quiere; en la actualidad abre sus filas á todas las glorias, á todos los talentos, á todas las superioridades; de consiguiente, caballero, excuso decir á usted que se halla dispuesta á hacerle la más favorable acogida.

—En ese caso, señor vizconde, espero de su bondad que se dignará facilitarme una lista de los castillos á donde debemos presentarnos.

—Y dirigir nuestras excursiones, añadió Laura, por este país, que, segun me han contado, es delicioso.

Al oír la voz de la señorita Levrault, el vizconde se estremeció de una manera visible, y se pasó la mano por la frente; pero dominando al punto su emocion, se apresuró á contestar:

—Estoy enteramente á las órdenes de ustedes; este país es, en efecto, muy delicioso, y me ofrezco á recorrerlo en su compañía, y á presentarlos en algunas quintas de la comarca, si no tienen ustedes inconveniente en concederme tan distinguida honra. Lo único que siento es que de aquí á tres semanas me veré precisado á dejar la Bretaña para restituirme á París.

—¡Es posible, señor vizconde! exclamó consernado M. Levrault.

—¿Qué quiere V.? No puedo ser enteramente insensible á los atractivos del gran mundo; la módica fortuna, por otra parte, que me han dejado las revoluciones, no me permite sostener aquí mi nombre con el esplendor de que es digno. Y eso que una desgracia inconmensurable que me aplanó en la flor de la juventud, la prudencia, y hasta mis naturales inclinaciones, me inducen á apetecer una vida retirada, el silencio de los campos y la soledad de los bosques. Hay exigencias, sin embargo, á las cuales no puede resistir fácilmente un hombre galante; esta mañana, por ejemplo, he recibido una carta de uno de nuestros jóvenes príncipes, invitándome á las carreras de Chantilly. Ahora bien, caballero, ¿qué haria V. en mi lugar?

—Partir inmediatamente, contestó M. Levrault sin vacilar.

—Añada V. á todo esto que el rey y la reina han empezado tambien á extrañar mi larga ausencia, porque hace ya cerca de dos años que no he puesto los piés en las Tullerías. Luego, es tan buena, tan excelente para mí toda esa régia familia, que por todo lo del mundo no quisiera incurrir con ella en la nota de ingrato.

—Tiene V. muchísima razon, señor vizconde; cuando uno tiene tan buenas relaciones, no debe descuidarlas.

Como es fácil suponer, M. Levrault hizo los mayores esfuerzos para mantener la conversacion en este terreno, y lo consiguió sin gran trabajo.

El vizconde, de consiguiente, volvió á referir la historia de su presentacion con los mismos pelos y señales que Jolibois la habia contado el dia anterior, y se apresuró á contestar con una condescendencia infatigable á todas cuantas preguntas le dirigia el ex-mercader. En honor de la verdad, debemos decir que nuestro héroe tenia la lengua demasiado suelta y el humor bastante despejado para un hombre á quien habia aplanado en la flor de su edad una desgracia horrible. Segun él, tenia gran favor en la córte, pero nada queria para sí.

M. Levrault le escuchaba como á un oráculo, y se regocijaba interiormente, pensando en el gran

partido que podria sacar de un yerno semejante.

Considerábale á la vez un puente, muy á propósito para salvar el abismo que le separaba de los honores, una escala para alcanzar el poder, y una llave para abrir las puertas del Luxemburgo. Laura metia tambien su cucharada de vez en cuando en la conversacion, y siempre que abria la boca, el vizconde hacia ademán de extremecerse, se volvia hácia ella, y se quedaba como estático mirándola. La hija del ex-mercader no dejó de hacer alto, un si es no es sorprendida, en el efecto que producía su voz en los nervios del último vástago de los Montflanquin. El mismo M. Levrault formaba tambien sus calendarios sobre esta particularidad; pero ni el padre ni la hija se atrevieron á pedir la explicacion de ella al vizconde.

A ruegos de éste se sentó al piano la hija del ex-mercader, y al escucharla brincaba de admiracion Gaspar de Montflanquin, y daba *bravos* frenéticos, exactamente como si se hallara en una luneta del teatro Italiano. A decir verdad, Laura tocaba el piano lo suficiente para hacerlo soportable. Despues de ejecutar en él algunas brillantes fantasias, cantó una de las mejores melodías de Reber con voz que hubiera podido pasar por excelente, si ella no la hubiera desnaturalizado por aspirar á grandes pretensiones. Cuando, despues

de terminar la romanza, se levantó de la banqueta, se sorprendió alegremente al ver al vizconde inmóvil en la butaca, mirando al cielo, y sin dar señales de vida.

—Si no me engaño, señor vizconde, esa cancioncilla ha producido en V. una impresion bastante violenta, dijo M. Levrault, cuya sorpresa iba tambien en aumento.

—¡Ah! ¡perdone V. caballero, perdone V.! exclamó Gaspar despertando sobresaltado de su profundo éxtasis: la voz de esta señorita me embriaga de placer y me sumerge en las sensaciones más inefables; al escucharla, paréceme estar oyendo la de una adorable criatura, que pasó fugazmente sobre la tierra, y la cual vivirá eternamente en mi corazón. Esta criatura ¡oh Laura! no sólo tenía un timbre muy parecido al de V., sino hasta sus mismas facciones; así es que creo estar viéndola cuando á V. miro, y escuchándola cuando usted habla.

—¡Cómo! exclamó M. Levrault con una satisfaccion orgullosa que no se tomó el trabajo de disimular: ¿es posible, señor vizconde, que se parezca tanto mi hija á la señorita de Chanteplure?

—Vamos, ya veo, repuso aquel, que maese Jolibois ha revelado á Vds. sin ocultarles lo más mínimo el secreto de mi dolor; y, aun cuando no le

agradezco su falta de discrecion, tampoco le guardaré rencor por ello.

En efecto, señor de Levrault, la señorita de Chanteplure era en extremo parecida á la hermosa Laura: el timbre y las inflexiones de voz, lo ovalado del rostro, la mirada y hasta el color de los cabellos de ambas son idénticos. Lo único en que ya hallo alguna diferencia entre su hija de V. y la pobre Fernanda, es en la nariz: la de Laura es, á mi juicio, un poco más graciosa, de líneas más puras, más fina, y un poco más régia, por decirlo así. A excepcion de esto, aseguro á usted bajo palabra de caballero, que jamás se ha visto en la tierra una tan completa semejanza.

—¡Qué muerte tan desgraciada y tan sensible fué la de la señorita de Chanteplure! dijo M. Levrault con compasivo acento.

—¡Ah!..... exclamó Gaspar con gesto desolado.

—Siento muchísimo, señor vizconde, añadió Laura, satisfecha de parecerse á la hija de un marqués, que mi presencia esté condenada á despertar en V. tan penosos recuerdos.

Gaspar no respondió á estas palabras; pero en cambio dirigió á la señorita Levrault una mirada tan profunda, tan tierna y tan apasionada, que la hija del fabricante se libró, merced á ella, de toda inquietud y remordimiento.

La conversacion tomó en seguida un giro mé-

nos lúgubre. Si algo tenía de bueno el vizconde, era que las impresiones tristes duraban en él lo que la nieve en Abril. Al oírle contar la muerte de la señorita de Chanteplure, cualquiera hubiera creído que no le faltaba un tris para ir á sepultarse en la Trapa: cinco minutos despues hablaba de diferentes cosas con la versatilidad, la ligereza y la alegría de un pájaro, cuyas plumas mojadas por el aguacero de una tempestad, acaban de secarse al sol. En su talento, en su verbosidad y en sus maneras, había un no se qué y una cierta cosa que no habrían podido engañar á personas experimentadas, pero que perturbaban fácilmente á los cándidos y faltos de mundo. Hablaba de todo con una facilidad maravillosa, y sabía ir haciendo soportable su fealdad gradualmente. Al hacer mención de la nobleza del país, tuvo buen cuidado de insinuar á M. Levrault que las familias más distinguidas de la comarca se hallaban ausentes de sus respectivas posesiones: nombróle sin embargo las suficientes para no alarmar las ilusiones del bueno del ex-mercader, á quien supo engatusar perfectamente por otro lado, asegurándole que las casas de Barbanpré y de Kerlandec no cedían en ilustración y antigüedad á ninguna otra.

Las horas habían corrido insensiblemente en tan agradable entretenimiento, y M. Levrault

ofreció por lo tanto al vizconde llevarlo á su casa en carretela descubierta á la Daumont, tirada por cuatro caballos. Gaspar respondió que quería volver como había venido, ó sea un pié tras otro, pretextando que para apaciguar su corazón necesitaba el silencio de los dormidos campos.

Y al expresarse así, dirigió á la hija del ex-mercader una tierna y lánguida mirada.

M. Levrault no insistió más; pero con el tacto y delicadeza del rico que cuenta su oro delante del pobre, exigió de Montflanquin que antes de marcharse recorriese su castillo, sus cocheras, sus herrerías y sus caballerizas. No le perdonó ni una habitación, ni un carruaje, ni un caballo, ni un perro. Gaspar había hablado del esplendor de su nombre, de sus relaciones con los príncipes y del favor de que gozaba en la corte; M. Levrault tomó la revancha haciendo sonar sus millones. Afortunadamente este ruido estaba muy lejos de ser desagradable al vizconde de Montflanquin.

—No se olvide V., le dijo el fabricante, de que mañana se le espera á comer en la Trelade. Yo no tengo, prosiguió, la dicha de descender de Godofredo de Bouillon; pero en cambio espero demostrar á V. que mi mesa vale tanto como cualquiera otra.

Gaspar hizo una profunda cortesía á Laura, estrechó cordialmente entre las suyas la mano de

M. Levrault, y se retiró declarando que desde la muerte de la señorita de Chanteplure no se acordaba de haber pasado una noche tan agradable ni aun en la corte misma.

—¿Qué te ha parecido el vizconde? preguntó M. Levrault á su hija, así que se quedaron solos.

—Bastante feo, repuso Laura sin vacilar.

—No te diré lo contrario; pero no podrás menos de convenir conmigo en que se acostumbra uno pronto á su figura. El primer golpe de vista no suele serle favorable; y sin embargo, concibo yo que á la larga es muy posible encontrarle hasta buen mozo. Luego..... tiene un talento!.... una gracia!... unos modales!.... Vamos, vamos; digan lo que quieran, añadió metiéndose las manos en los bolsillos, siempre es lisonjero para uno recibir en su casa personas de este rango.

## IV.

M. Levrault, no obstante, debía tardar muy poco en convencerse de que la Bretaña no era un país tal como él se lo había figurado en sus ensueños. Los castillos arruinados, con sus viejas murallas cubiertas de yedra y con sus torreones habitados únicamente por buhos y lechuzas, abundaban bastante en las cercanías de la Trelade; en cambio eran pocos, muy pocos, muchos menos de los que creía M. Levrault, los que se mantenían en pié, y tenían castellanos ó castellanas. De modo que Clisson, de Mortagne y de Tiffauge, que, según la expresión feliz de maese Jolibois, esperaban al ex-mercader con los brazos abiertos, no eran, desde hacía luengos años, más que unos montones de ruinas. M. Levrault supo con gran estupor y sorpresa suya que todas aquellas casas se habían ex-

M. Levrault, y se retiró declarando que desde la muerte de la señorita de Chanteplure no se acordaba de haber pasado una noche tan agradable ni aun en la corte misma.

—¿Qué te ha parecido el vizconde? preguntó M. Levrault á su hija, así que se quedaron solos.

—Bastante feo, repuso Laura sin vacilar.

—No te diré lo contrario; pero no podrás menos de convenir conmigo en que se acostumbra uno pronto á su figura. El primer golpe de vista no suele serle favorable; y sin embargo, concibo yo que á la larga es muy posible encontrarle hasta buen mozo. Luego..... tiene un talento!.... una gracia!... unos modales!.... Vamos, vamos; digan lo que quieran, añadió metiéndose las manos en los bolsillos, siempre es lisonjero para uno recibir en su casa personas de este rango.

## IV.

M. Levrault, no obstante, debía tardar muy poco en convencerse de que la Bretaña no era un país tal como él se lo había figurado en sus ensueños. Los castillos arruinados, con sus viejas murallas cubiertas de yedra y con sus torreones habitados únicamente por buhos y lechuzas, abundaban bastante en las cercanías de la Trelade; en cambio eran pocos, muy pocos, muchos menos de los que creía M. Levrault, los que se mantenían en pié, y tenían castellanos ó castellanas. De modo que Clisson, de Mortagne y de Tiffauge, que, según la expresión feliz de maese Jolibois, esperaban al ex-mercader con los brazos abiertos, no eran, desde hacía luengos años, más que unos montones de ruinas. M. Levrault supo con gran estupor y sorpresa suya que todas aquellas casas se habían ex-

tinguido ya, y que era preciso, por ende, renunciar á la pretension de recibir á sus descendientes en su mesa. Habian trascurrido cerca de dos meses, y la multitud aristocrática prometida á sus salones se limitaba tan solo al vizconde de Montflanquin, al conde de Kerlandec y al caballero Barbanpré. Respecto á los festejos y á las recepciones á son de trompeta, que le anunciara maese Jolibois, resultaba en limpio que el gran fabricante, exceptuando en su castillo, en ningun otro le brindaron ni siquiera con un vaso de agua.

El conde de Kerlandec era un pajarraco que se hallaba respecto á Montflanquin en el mismo caso que maese Jolibois. Gaspar le debía algunos miles de francos hipotecados sobre la dote de su futura y sobre las nieblas del Sevre; porque hay que advertir que la herencia de sus padres se habia ido, tiempo hacia, con la honda del diablo; así es que cuando M. Levrault calificó en broma el castillo del vizconde con el título de palomar, estaba muy lejos de presumir que habia usado de la palabra más propia. El conde de Kerlandec, enemigo acérrimo de la plebe, á la cual no perdonaba el que se elevara y enriqueciera; de un corazon joven todavía, y burlesco eterno y sempiterno, á pesar de la gota y de los sesenta años que llevaba acuestas, aprovechó con avidez la ocasion que se le ofrecia de reembolsarse y divertirse á expensas

del majadero y rico plebeyo que la fortuna le deparaba. Por otra parte, como no tenia ni carruaje ni caballos, halagábale tambien la idea de pasear su gota en la carretela de M. Levrault. El caballero de Barbanpré se jactaba en efecto de ser descendiente de Godofredo de Bouillon. Era un viejo hidalgo muy simple, muy pobre, muy gloton, y el cual hubiera dado de buena gana su árbol genealógico por una buena comida. M. Levrault, por lo tanto, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para atraerlo á su devocion, y para que pasara la mayor parte de los dias en la Trelade. Las gentes del pais observaron, al poco tiempo de la llegada del fabricante, que M. de Barbanpré no iba jamás á casa del padre de Laura despues de comer, ni salia de ella antes.

M. Levrault y su hija fueron presentados por Gaspar, segun este se lo habia prometido, á algunas de las familias arriba designadas; pero sea que el vizconde Montflanquin, como diestro piloto, los hubiese dirigido con intencion deliberada á parajes donde no tuviera por qué temer la concurrencia, ó sea que la madera de que se hacen los yernos escasease real y efectivamente en aquella parte de la Bretaña, lo cierto es que Laura y su padre no tropezaron ni siquiera con un hidalgo casadero. A pesar de sus doce millones, M. Levrault fué recibido únicamente con esa fria política, que



puede pasar por desden y sus esquelas de convite fueron contestadas con otras de papel satinado, y timbrado con una cimera ó una corona. Por más esfuerzos que hacía, aglomerando en torno suyo toda la seducción de la riqueza, su corte estaba reducida á Montflanquin, Barbanpré y el vizconde de Kerlandec: estos tres personajes constituían la multitud que, según los anuncios de M. Jolibois, había de apresurarse á concurrir á los salones del ex-mercader. El más asiduo de ellos era el vizconde, cuya imaginación se esforzaba de un modo extraordinario por consolar á M. Levrault de las decepciones que diariamente sufría con santa paciencia.

A las tres semanas el vizconde declaró que ya no iba á Chantilly, porque las carreras habían sido aplazadas para el otoño. Pasaba la mayor parte del tiempo en la Trelade, á donde se dirigía por la mañana temprano, y de donde no salía hasta la noche. M. Levrault y su hija hubieran debido agradecerle que no se llevara al castillo hasta las babuchas. El ilustré Montflanquin disponía del fabricante como de cosa propia; en la casa nada se hacía sin consultarlo, nada sin obtener antes su aprobación; era el *factotum* de ella. No había cacería, ni paseo, ni partida de campo á que no asistiese. Tan fácil hubiera sido ver á M. Levrault sin su sombra, como hallarle sin que fuese

acompañado por el vizconde de Montflanquin. Vivo, obsequioso y constantemente de buen humor, Gaspar poseía el secreto de llenar la Trelade de animación, de bulla y de alegría. A M. Levrault le sorbía el seso dándole lecciones de equitación, refiriéndole historias de la corte, lisonjeando todas sus necedades, y aplaudiendo y alentando todas sus manías. Laura estaba contentísima de él, porque la había proporcionado un caballo lindísimo que se arrodillaba ante ella, y que la seguía como un carnero embridado. Cada día inventaba una nueva distracción. En una palabra: el vizconde empezó por hacerse útil, y terminó por hacerse indispensable. M. Levrault, satisfecho de haber encontrado su hombre, apenas sentía los disgustillos que le hacía sufrir el resto de la nobleza.

En efecto: ¿qué era lo que había ido á buscar á Bretaña? Un yerno que le allanase el camino de los honores y de las dignidades; este yerno lo había atrapado ya. Gaspar reunía todas las condiciones requeridas: un hombre ilustre para Laura, y una grande influencia para M. Levrault.

El vizconde de Montflanquin era, pues, la realización de los sueños dorados del ex-mercader. Pero desgraciadamente Gaspar no se prestaba del todo, en la apariencia al menos, al buen éxito de estos cálculos; carecía de ambición, y hablaba de la po-

breza hasta con entusiasmo; á sus ojos no tenía atractivo alguno la opulencia. Ningun indicio había dejado entrever todavía que hiciese suponer que Laura conseguiría cautivar al fin su corazón, exceptuando alguno que otro suspiro ahogado, y tal cual mirada de fuego que podía interpretarse muy bien como dirigida únicamente á la imagen de la señorita de Chanteplure.

Constantemente estaba diciendo con la mayor espontaneidad que su vida carecía ya de esperanzas, y que no se casaría nunca. M. Levrault desesperaba algunas veces por lo tanto de poderlo coger en sus redes: el gran fabricante se figuraba que el vizconde era un pez y él un pescador. Las conversaciones que solía tener en el parque con el conde de Kerlandec y el caballero de Barbanpré, hacían crecer de punto su exaltación, porque uno y otro se deshacían en elogiar los méritos y brillantes cualidades del vizconde de Montflanquin. El primero trabajaba en provecho propio, y el segundo por gratitud á un hombre que lo había presentado en una casa donde había tan opípara mesa.

De aquí resultaba que al paso que M. Levrault se consumía de impaciencia, el amor propio de Laura se picaba en extremo. La hija del fabricante no sentía quizás ni un átomo de pasión hacia el vizconde; pero sufría extraordinariamente con su

indiferencia. Tal vez si Gaspar hubiera pedido su mano, no consintiera en otorgársela; esto no obstante, se irritaba mucho de oírle repetir á cada paso que no se casaría nunca.

No le amaba, repetimos, á lo sumo le gustaría un poco; y sin embargo estaba celosa de la joven á quien tanto había aquel querido, y humillada por la fidelidad que guardaba á su memoria. Llegó, empero, un día en que Gaspar cambió visiblemente, volviéndose taciturno, triste y meditabundo. Turbábase extraordinariamente en presencia de Laura, y se conocía á tiro de ballesta que no era la imagen de la señorita de Chanteplure la que producía este efecto. Ya hacia días que no hablaba de Fernanda ni una palabra siquiera. A su alegre locuacidad y á su natural viveza, había sucedido la más negra melancolía; el síntoma más grave, en fin, de su completa transformación, era que en la mesa apenas bebía ni probaba bocado. Un cambio tan repentino no podía escaparse á la penetración de M. Levrault; y aun cuando el vizconde no se había declarado todavía, sus miradas hacían traición á cada paso al cariño que hervía en su pecho; el más torpe hubiera caído al instante en la cuenta.

M. Levrault contemplaba ébrio de gozo esta transformación, en virtud de la cual creía estar ya tocando el término de sus esperanzas. Respecto á

los inconvenientes que podría tener para su hija la pasión del vizconde, ni siquiera se le pasó por el magin al pobre hombre pensar en ellos; al contrario, deducía con la mayor complacencia, que un hombre tan perdidamente enamorado no repararía en pelillos el día en que el contrato se discutiese. El desinterés de Montflanquin, su desprecio de las riquezas y su acendrado amor á la escasez, eran, por otra parte, una excelente garantía de la modestia de sus pretensiones. Fastuoso, al propio tiempo que excesivamente ruin, M. Levrault se felicitaba interiormente de haber echado mano de un hidalgo, que reunía á tantas cualidades preciosas la ventaja de hacer con él un buen negocio. En cuanto á Laura, satisfecho su amor propio con verse amada, gozaba de su triunfo, y apenas se cuidaba ya de Gaspar.

—Es preciso que aguardemos, que reflexionemos, decía á su padre, el cual hablaba ya de la boda como de un hecho en visperas de consumarse. Nada prueba aun hasta el presente que el vizconde se halle resuelto á pedir mi mano; pero caso de que así fuese, la prudencia nos aconseja que no nos aceleremos, y que meditemos despacio antes de tomar una resolución; es imposible que sea el vizconde de Montflanquin el único partido que pueda ofrecernos la Bretaña.

—Pero ¿qué es lo que aguardas tú? replicaba

M. Levrault á su hija, cuya vacilación era para él incomprendible. ¡Un vástago de los Baudouin y los Lusignan! ¿Crees acaso que se hallan por ahí todos los días á patadas? Además, que ya hemos explorado la mayor parte de los castillos de las cercanías, y á ménos que no quieras casarte con el conde de Kerlandec ó con el caballero de Barbanpré, no veo sobre qué otro alguno pueda recaer tu elección.

—Ya he dicho á V. que debemos esperar, repetía Laura con firmeza: ninguna prisa nos corre porque no es puñalada de pícaro. Sabemos, por otra parte, de boca del mismo Gaspar, que las familias más ilustres de la comarca se hallan en la actualidad ausentes de sus posesiones. ¿Quién sabe, pues, si nos veremos reducidos siempre á la compañía del vizconde?

—Vamos, vamos, ya veo, hija mía, que eres muy difícil de contentar. ¡Un gran nombre, una grande influencia, y una gran pasión por añadidura! Jolibois tenía razón; este Montflanquin es un carácter cortado enteramente á la antigua. Seguro está de que nadie le acuse de que su objeto no es otro que el venir buscando nuestro dinero. Yo le observo, sin que él se aperciba de semejante cosa, y me consta de una manera evidente lo que pasa en su interior. Había jurado permanecer fiel á la desgraciada señorita de Chanteplure, y sin embar-

go te amó con todo su corazón: ¡ah! sabe Dios los remordimientos y las severas acusaciones que se dirigirá á sí mismo por esta causa! Pero fuerza irresistible le impele hácia tí, y no lo dudes, Laura, te quiere con entrañable cariño. De suerte que, á pesar de los millones de tu padre, has inspirado un sentimiento romancesco, y todavía no estás contenta: sin embargo: puedes hacer un casamiento por amor y aun no estás satisfecha. ¡Bien por Dios! Posible es que halles algo mejor que Montflanquin; pero me temo todo lo contrario.

En estas palabras últimas de M. Levrault no dejaba de haber alguna cosa que sonaba agradablemente á los oídos de su hija. Pero, como hemos dicho ya, Laura no abrigaba la pretension de ser una heroína de novela. Su imaginación tranquila y reposada la hacían más bien considerar el matrimonio como un medio para satisfacer su ambición, como un negocio de libre cambio. Esto no obstante, lejos de sentir inspirar una pasión desinteresada, y el ser amada por ella misma, la lisonjeaba mucho esta idea. Por otra parte, sus amigas de colegio le habían repetido con sobrada frecuencia, que quizás encontraría algún miserable hidalguillo que consintiese casarse con ella por sus doblones; demasiado comprendía Laura el despecho que manifestarían aquellas cuando supiesen que se había unido por amor con un hombre de esclarecido

linaje. La pasión y el desinterés del vizconde no podían ponerse en duda, y Laura tenía por ende demasiada razón para presumir que no era fácil que se presentase dos veces ocasión semejante á una jóven, abrumada con la dote de cuatro millones de reales.

Luego, aun cuando Gaspar no era en toda la extensión de la palabra lo que se llama un buen mozo, sus blasones en cambio merecían llamar la atención de cualquiera.

Laura no amaba, pues, á Gaspar; pero esto era lo de ménos para ella, puesto que no entraba en sus cálculos la precisión de amar á su marido. Lo que sí la mortificaba un poco, era que no fuese más que vizconde; su ambición y su orgullo hubieran deseado que fuera siquiera marqués. Aquel título, sin embargo, no era de desdeñar, llamándose la señorita Levrault, y teniendo en cuenta que su padre había vendido paño al pormenor en la calle de los Bourdonnais.

Un día que salió á pasear á caballo, se detuvo delante del palomar de Montflanquin, y su vanidad no pudo ménos de sufrir algún tanto al pensar en aquel montón de paredes descascarilladas, que el vizconde llamaba pomposamente castillo de sus antepasados.

Pero como por otra parte sabía que era bastante rica para reedificarlo, Laura acabó por per-

suadirse de que ningún embarazo debía ofrecerle la elección.

Las semanas trascurrían, y las ilustres familias que se hallaban ausentes no se apresuraban, sin embargo, á regresar á sus posesiones. En vano iba diariamente M. Levrault al camino de Nantes en carreta tirada por cuatro caballos y conducido por dos jockeis que llevaban una gorra de terciopelo color de naranja; en vano mandaba á sus picadores sacar á pasear la trahilla por las cercanías, con orden de que dijese á los transeuntes: —«Estos son los caballos y los perros de M. Levrault.» En vano, finalmente, hacia alarde de su inmensa fortuna por todos los medios que se hallaban á su alcance; la concurrencia de la Trelade era siempre la misma. Laura, por lo tanto, creyó que debía adherirse al dictamen de su padre. Restaba, pues, únicamente esperar la declaración del vizconde, que á juzgar por los suspiros que menudeaba el enamorado Gaspar, no debía hacerse aguardar mucho tiempo.

En este estado las cosas, fácilmente se comprenderá que así el inquilino como los concurrentes á la Trelade estarían llenos de gozo: no recuerdo haber visto jamás en ninguna historia tantas gentes felices. Algunos días más, y M. Levrault ponía el pié en la tierra prometida: Laura se veía en medio de la corte: Gaspar de Montflanquin no

tenía más que alargar la mano para coger los cuatro millones, de los cuales no dejaba de tener por lo visto bastante necesidad: maese Jolibois rescataba sus ochenta mil libras, y el conde de Kerlandec sus correspondientes miles de francos: el caballero de Barbanpré pensaba, relamiéndose, en el festin del día de la boda, y Galaor, por último, se mecía en la dulce esperanza de que así que se casase su amo, le pagaría probablemente sus soldadas. Un incidente imprevisto vino á cambiar repentinamente tan lisonjero aspecto.

Antojósele á Laura salir á caballo una mañana despues de almorzar, acompañada de un solo criado. Fué la primera vez que lo hacia sin que la escoltasen su padre y el vizconde de Montflanquin. Gaspar se ofreció á acompañarla; pero M. Levrault, que estaba decidido para terminar del todo sus afanes á atacar al vizconde en sus trincheras, lo retuvo mal de su grado en el castillo, despues de asegurarle que Laura iría á pasear por el lado de Clisson: por la parte de Tiffauge, manifestó serios temores Montflanquin, de que era muy posible que la hija del ex-mercader tuviese malos encuentros. Dócil á la opinion de Gaspar, Laura tomó en un principio la orilla del rio; pero hastiada al corto rato de marchar por caminos conocidos, se dirigió luego por una senda cubierta, que cortaba el valle, se extendía sobre la falda de

un collado, é iba á perderse en un bosque de encinas.

Este bosque, en el cual habia abiertas innumerables calles estrechas, cortas y llenas de maleza, era un verdadero laberinto; Laura lo atravesó á galope, y no notó hasta llegar al extremo opuesto, que no la seguia German, quien sin duda alguna habia perdido sus huellas. Aun cuando la señorita Levrault no tenia una organizacion muy poética, sintió ménos inquietud que gozo al hallarse sola en medio de los campos: así es que, sin cuidarse lo más mínimo de los temores del vizconde, soltó la brida y dejó caminar el caballo á la ventura. Era una de esas mañanas en que no lucia el sol, un poco tristes si se quiere, pero tan deliciosas, que prestan á los esplendores del estío las melancolías del otoño. La tierra un poco húmeda, reposaba, por decirlo así, de los ardores de Julio bajo un cielo pardusco y suave, matizado como las alas de una paloma. ¿En virtud de qué encanto llega Laura á ponerse en comunicacion con la naturaleza? ¿En qué consistia que aquella jóven que hasta entonces habia vivido del orgullo y de la vanidad, tuviese al fin una revelacion confusa de las bellezas de la creacion? Laura habia olvidado sus talegas y los blasones de Gaspar. Al ver la ondulacion de los trigos, al escuchar el susurro de las brisas, y al respirar el embalsamado am-

biente de los prados, su corazon iba desprendiéndose poco á poco de las ambiciones mezquinas que la ocupaban completamente momentos antes. Y es que la buena y santa naturaleza tiene ciertas influencias misteriosas, á las cuales están sujetas hasta las almas más rebeldes; tiene lecciones mudas de una elocuencia irresistible: el espectáculo de las obras de Dios, dice más sobre lo frágil y perecedero de las vanidades mundanas, que todas las oraciones fúnebres de Bossuet y de Masillon. Pero desgraciadamente habia echado en Laura el gérmen del mal profundas raíces, y la pobre niña no debia tardar en verse oprimida por los miserables vínculos, en virtud de los cuales habia sofocado la educacion todos sus buenos instintos.

Laura se dejó conducir largo rato al capricho de su cabalgadura, sin tener en cuenta que con su amazona, su sombrero de fieltro, su velo verde, sola y libre en medio de los campos, y perdida entre las retamas, estaba cien veces más linda que en el salon de su padre. Cuando quiso regresar á la Trelade, se halló tan desorientada que no le fué posible encontrar el camino; despues de haber andado errante algun tiempo sin direccion fija, creyó reconocer una senda, por la cual le habia impedido penetrar el vizconde algunos dias antes, á pretexto de que era muy peligrosa, y de que conducia á unos pantanos.

El año anterior, según Gaspar, se arriesgó una pastora á ir en persecucion de una vaca por este desfiladero, que se llamaba el *Camino del Diablo*, y ni vaca ni pastora volvieron á parecer. Laura replicó á esto con sobrada razon, que no hubiera ocurrido semejante desgracia, si á la entrada del desfiladero se hubiera colocado una barrera ó al ménos un seto de espinos. Esta observacion suministró motivo al vizconde para ponderar hasta lo infinito el talento de Laura, y para deplorar la estupidéz de las gentes del país.

Al hallarse, pues, en la embocadura del camino del Diablo, Laura se paró para reconocerlo, y lo reconoció en efecto; era una calle sinuosa, profundamente abierta entre dos colinas, y que iba serpenteando bajo una cuna de fresnos. La hija del ex-mercader iba ya á alejarse de aquel sitio, cuando descubrió á una niña descalza, mal vestida y con el cabello enmarañado, la cual venia por la calle referida arreando á una vaca roja. Cualquiera imaginacion un poco fogosa y exaltada hubiera creído que la vaca y la niña eran las sombras de aquella pastora y aquella otra vaca, cuyo siniestro destino le habia contado el vizconde; pero la señorita Levrault no era mujer para dejarse fascinar por semejantes ilusiones, y así es que se dirigió á la niña diciéndole:

—Dime, chica, ¿no es este el camino del Diablo?

—¡El camino del Diablo! repitió asustada la pastorcilla: en todo el país no hay un camino de semejante nombre!

—¡Cómo! ¿no has oido tú hablar del camino del Diablo?

—Sí, señora, muchas veces; el señor cura nos suele hablar de él casi todos los dias de fiesta; pero yo no le he visto nunca.

—Pero sabrás, al ménos, que ese sendero que traes es muy peligroso, puesto que conduce á algunos pantanos, en los cuales seria muy arriesgado meterse; el año pasado se perdió en ellos una pastora como tú, que iba tambien detrás de una vaca.

—Vamos, vamos, señorita, ya veo que está usted burlándose de mí. Este sendero es tan seguro como el camino real de Nantes; para salir de él con vida basta penetrar por él en sana salud.

—¿Pues á dónde conduce este camino?

—A nuestra quinta y al castillo de la Rochelandier.

Y al terminar estas palabras, echó á correr la pastorcilla detrás de la vaca que estaba dándose un bu en harton en un sembrado.

Laura continuaba impasible en el mismo sitio, buscando un motivo que explicase los embrollos de Gaspar, y sin hallar ninguno razonable. En su concepto, era preciso que el castillo de la Roche-

landier no fuera más que un monton de ruinas, como los de Clisson, Mortagne y Tiffauge, puesto que de lo contrario no hubiera dejado de incluirlo el vizconde en la lista que remitió á M. Levrault, cuando se trató de relacionar á este con la nobleza de las cercanías. No dudaba, por ende, que este castillo estaba inhabitado; pero á pesar de esto ¿qué objeto tendria Gaspar en decirle que aquel camino era peligroso? ¿A qué venia el haber aplicado al sendero el título de camino del Diablo? ¿Con qué fin le contaria aquella historia de la pastora y su vaca perdidas en los pantanos?

Despues de algunos minutos de reflexion, aplicó Laura un latigazo á su caballo, el cual echó á andar á buen paso por el camino que conducia al castillo de la Rochelandier.

Despues de galopar un largo trecho, la señorita Levrault desembocó en un valle estrecho, y se detuvo al pié de un castillo, que aunque mutilado por los años, conservaba todavia su antiguo aspecto señorial, y ostentaba tan resignado su vestusted como un hidalgo envuelto en su agujereada capa puede desafiar á la pobreza. La siempre pródiga naturaleza habia cubierto sus heridas con flores y ramaje. Los juncos, sauces y espadañas crecian en los fosos ó se movian en los montecillos inmediatos. La yedra y las enredaderas se encaramaban por las torres, y por todas las hendiduras

de los muros salian parietarias y otras yerbas que escogen por morada las ruinas. Una escalinata de diez bancos servia de subida del patio al vestíbulo. Las inmediaciones eran agrestes; las fábricas y manufacturas eran por allí cosa desconocida. El Sevre no ofrecia más atractivos que el lujo de sus sombras.

La aldea que se hallaba situada á dos tiros de fusil del castillo no presentaba á la vista más que unos cuantos caseríos dispersos, en cuyo centro se elevaba un rústico campanario. En este momento el valle se encontraba desierto, y aun en el castillo no se notaba que hubiese gente. Ningun indicio habia por allí de vida; ni un rumor, ni un movimiento, ni aun siquiera una nubecilla de humo se elevaba por aquellos tejados. Por la puerta, que estaba completamente abierta, podia verse crecer la yerba á su antojo entre el empedrado del patio y las grietas de los bancos de piedra de la escalera. Si esta morada no estaba definitivamente abandonada, debia pertenecer á una de las familias aulentas de quienes habia hablado el vizconde; pero ¿por qué razon el vizconde habia dicho que aquel sendero tan suave, fácil y halagüeño estaba erizado de peligros y malos pasos? ¿Por qué no habia hablado nunca de la familia de la Rochelandier? Embebida en estas reflexiones no podia, sin embargo, dejar de comparar el aspecto pobre y



miserable del castillejo de Montflanquin con la bizarría y majestad de esta habitación feudal. Era lo mismo que comparar un agujero de topos con un nido de águila.

Laura se apeó del caballo y levantando su vestido de amazona, penetró en el patio con el fin de examinar más de cerca el escudo de armas esculpido en el dintel de la puerta. El espectáculo de las almenas y torreones había bastado para distraerla de contemplar la naturaleza; la vista de un escudo de armas, borraba de su imaginación toda la poesía de los arenales y prados. Iba á retirarse Laura, cuando apareció en el vestíbulo una señora de aspecto grave. Su primer impulso fué retirarse; pero la noble castellana no le dió tiempo para que pusiese su proyecto por obra.

—Espero, señorita, dijo aquella con amable sonrisa, que mi presencia no es la que causa el miedo de que parece estais poseida. No me consolaría jamás de haber asustado tanta juventud, gracia y belleza.

—Señora, murmuró Laura con el rostro más encarnado que una grana, creí que nadie vivía en este castillo.

—Pues bien, señorita; ya estais castigada de vuestra ligereza, pues sois mi prisionera. Presumo que no tendreis inconveniente en descansar un rato en casa de la marquesa de la Rochelandier.

Y al decir esto la marquesa alargó su blanca mano á la jóven para invitarle á que subiese la escalera.

La señorita Levrault jamás había tropezado con tan buena fortuna; y así fué que, sin hacerse más rogar, aceptó la mano de la marquesa, que la introdujo en una sala, donde se respiraba opulencia, pero que conservaba vestigios de grandeza pasada. Todas las encimeras de las puertas representaban fiestas galantes del género de Watteau, de Lancret y de Francisco Boucher.

Encima de la chimenea, que era inmensa y de mármol blanco, había un espejo, cuyo marco calado terminaba por sus cuatro ángulos con ramajes llenos de nidos de tórtolas, y de otra porción de aves esculpidas. Todo esto se hallaba ahumado, ajado y lleno de grietas. Las sillas y los sillones estaban cubiertos con unas fundas blancas destinadas más bien á tapar que á prevenir las injurias del tiempo. Los tapices que cubrían aquellas viejas paredes reclamaban la aguja á voz en grito. Quizás no hubieran estorbado tampoco algunos muebles más en aquella sala, de la cual eran el mejor adorno los retratos de familia. Todos los Rochelandier se encontraban allí en sus cuadros góticos, armadas hasta los dientes algunas figuras, cubiertas de pieles de armiño otras, y abrumadas de cruces y bandas la mayor parte. Entre los re-

tratos de mujer, el que más llamó la atención de Laura era una gran señora con traje pastoril, vestida de moiré, la cual se erguía gravemente sobre sus carneros, y á cuyo lado se hallaba en el mismo lienzo un la Rochelandier con casaca de terciopelo, cuello de pichon y cubierta la cabeza con un gran sombrero, en actitud de presentarle un conejo blanco recostado en un canastillo lleno de rosas. Aun cuando la marquesa revelaba que había pasado ya la primera y quizá la segunda época de la juventud, era hermosa todavía, y estaba en ademán de caminar con la cabeza erguida, el pecho hácia afuera y con el continente de una reina. Todo indicaba en ella el instinto de la dominación. Sus lábios, que sonreían con una gracia indecible, parecían, sin embargo, más á propósito para expresar espontáneamente el desden que la benevolencia. El orgullo de su raza coronaba, por decirlo así, su frente.

Un ojo perspicaz hubiera adivinado en ella al primer golpe una de esas mujeres amables por cálculo é imperiosas por naturaleza, que Dios ha creado para que reinen; no tanto por las seducciones de la debilidad, como por la sutileza de espíritu, y además una voluntad enérgica.

Apenas entró Laura en el salón, dijo á la marquesa el nombre de su padre, valiéndose de las siguientes palabras, que solo Dios sabe el trabajo

que le costó pronunciar, fascinada por el fuego de las miradas que todos los retratos de la familia parecían tener fijadas en ella:

—Señora, soy la hija de M. Levrault.

Antojábasele que al pronunciar este nombre cada cuadro iba á soltar una sonrisa burlona, que partiría recta como una flecha á clavarse en su corazón.

Refirió en seguida por qué casualidad se había quedado sola en medio de los campos, y cómo había sido la curiosidad tan solo la que la había conducido al patio del castillo.

—¡Cómo! ¿Segun eso, señorita, es V. hija del rico fabricante que ha venido á establecerse en la Trelade? He oído hablar muchas veces de su padre V., y si no estoy mal informada, me parece que ha pasado á visitar á muchas familias de estos contornos. Confieso á V. que me he lisonjeado de que no sería la Rochelandier el último castillo donde tendría á bien presentarse, y esta mañana mismo me sorprendía de que haya sido así; en este instante lo siento en el alma.

—¡Ah, señora marquesa! contestó Laura presurosa; mi padre tiene en eso mucha menos culpa de lo que V. cree. Somos enteramente extraños en el país, y la persona que tomó á su cargo dirigirnos en la elección de nuestras relaciones, no nos ha dicho hasta ahora una palabra del castillo de la

Rochelandier. Desde que nos hallamos en la Trelade no hemos oído el nombre de V. ni una vez siquiera. Escasamente hará una hora que la casualidad me ha deparado tan alta honra. Esto no consistirá en otra cosa, seguramente, sino en que no habrá llegado á noticia del vizconde de Montflanquin el regreso de V. á sus posesiones; á no ser así no comprendo.....

—Perdone V., señorita; repuso la marquesa interrumpiéndola; ¿sería por ventura la persona encargada de dirigirlos á ustedes en la elección de sus relaciones.....?

—Justamente, señora; esa persona es el vizconde de Montflanquin.

—Entonces ya comprendo perfectamente, replicó la condesa con altanería, que el vizconde de Montflanquin no haya intentado presentar á su padre de V. en un castillo, de cuyas puertas no tiene las llaves. En verdad, señorita, prosiguió luego con la mayor afabilidad, que si M. Levrault no ha sido presentado en otras casas más que en las que frecuenta el vizconde, han debido ustedes vivir hasta ahora en una soledad casi absoluta.

—En efecto, señora marquesa; hasta el presente puede decirse que casi estamos aislados, repuso Laura empezando á escuchar con el más vivo interés. Hace tres meses que nos hallamos en

la Trelade, y el círculo de nuestros conocimientos está limitado al vizconde de Montflanquin, al caballero de Barbanpré y al conde de Kerlandec.

Al oír estas palabras, soltó la marquesa una carcajada tan estrepitosa, que parecía más bien el ruido de un torrente. Largo rato estuvo agitándose en su sillón, entregada á la más violenta risa, y Laura la contemplaba estupefacta, sin saber qué continente adoptar.

—Mil perdones, señorita, exclamó al fin Mme. de la Rochelandier, así que se calmó algún tanto su alegre acceso; conozco que he hecho mal en reirme ante V. de personas á quienes M. Levrault recibe con intimidación, y aseguro á V. que no volverá á sucederme nunca. En cambio, prométame V. solamente no juzgar á toda la nobleza de Bretaña por los tres apuntes que acaba de citarme.

—¡Ay, señora marquesa! ¿Qué dirá V. cuando yo le manifieste que el vizconde de Montflanquin nos ha hecho creer que las casas de Kerlandec y de Barbanpré, no cedían en antigüedad é ilustres títulos á ninguna otra, y que yo estaba íntimamente persuadida de que el vizconde y los dos hidalgos mencionados eran la flor y nata de la nobleza del país?

—¡Oh! No hablemos más de esto, señorita, res-

pondió la marquesa dominándose con visible trabajo; de lo contrario no voy á poder ménos de echarme á reir; no me estaria bien el hacerlo, ni sería tampoco conveniente.

Y con gran sentimiento de Laura cambió en seguida de conversacion. La hija del ex-mercader, cuya desconfianza y curiosidad habian sido altamente excitadas con lo que acababa de oír acerca del vizconde, trató en vano de reanudar aquella, lanzando á los tapices el nombre de Montflanquin; la marquesa se encerró en esa reserva obstinada que es la peor de las indiscreciones. Pero en cambio colmó á la señorita Levrault de atenciones de todo género, y se mostró con ella afable y bondadosa en extremo. La marquesa poseia esas elevadas maneras aristocráticas que redoblan el precio de los más insignificantes obsequios, dan valor á la moneda de la política corriente, y hacen de un manojo de yerba una espiga de diamantes. Los cumplimientos no le costaban nada; pero la lisonja, al pasar por sus labios, podia ser considerada como la flor de la verdad.

Un criado se presentó en el salon con una bandeja de frutas y conservas, y la marquesa, que se empeñó en servir por sí misma á la jóven amazona, lo hizo con una galanteria y unos modales tan corteses, que conmovieron vivamente la vanidad de la señorita Levrault. En seguida la llevó á pa-

sear á las plataformas del castillo, y á las calles de un parque que, sin tener grande extension, era sin embargo bellissimo, merced al poco cuidado que habian tenido de él veinte años atrás. Nada habia en aquella posesion que se asimilase á la ostentacion y al fausto de la Trelade, sino que, por el contrario, todo revelaba en él el abandono y la pobreza; pero en compensacion de esto á cada paso se encontraban huellas auténticas de una larga série de antepasados, y Laura hubiera dado de muy buena gana por aquellos blasones, por aquellos retratos de familia y por aquellos torreonnes aspillerados, la Trelade, la trahilla y los diez caballos de su padre, con Barbanpré, Kerlandec y Montflanquin por añadidura.

Las horas se le pasaban á la hija del ex-mercader como minutos; esto no obstante, al breve rato de haber regresado al salon, se levantó para despedirse.

—¿Supongo que volveremos á vernos? le dijo la marquesa con cariñosa voz.

—No dude V., señora marquesa, repuso Laura, que mi padre apresurará el venir á ofrecer á V. sus respetos, y á darle las más expresivas gracias por la buena acogida que yo he hallado en el castillo de la Rochelandier. Por mi parte, señora, aseguro á V. que no olvidaré nunca tan amable hospitalidad.

—Diga V. de la mia á M. Levrault que tiene una hija adorable, y que aun cuando había oído hablar de sus inmensas riquezas, jamás pude presumir que tuviera un tesoro tan precioso..... pero ahora que me acuerdo, señorita, añadió la marquesa golpeándose en la frente; V. no puede volver sola á la Trelade, porque nuestras veredas deben serle muy poco conocidas; dignese V., por lo tanto, aguardar á que vuelva mi hijo Gaston, el cual tendrá un verdadero placer en acompañarla.

Como madama de Rochelandier no había dicho hasta entonces ni una palabra siquiera acerca de su hijo, Laura no pudo ménos de estremecerse á tan inesperada revelacion. Casi al mismo instante llegó á sus oídos el galope de un caballo que se detuvo en el patio del castillo, y algunos segundos despues se presentó en el salon un hermoso jóven de dulce al par que arrogante fisonomía. En su frente, á cuyos lados caía con gracia una rizada cabellera de color rubio ceniciento, se veían marcados destellos de inteligencia. Aun cuando todo revelaba en él que se hallaba en la primavera de la vida, su mirada triste y su aire melancólico denotaban secretos padecimientos. Era alto, delgado, de gentil continente, é iba vestido con elegante sencillez; la edad que representaba, seria á lo sumo la de veinticinco años.

Laura no necesitó más que verle, para compren-

der el sentido y la moralidad de las fábulas de Montflanquin. La presencia del jóven fué para ella un torrente de luz que iluminó de repente las tinieblas del camino del Diablo. Gaston no había tenido que hacer otra cosa que mostrarse, para correr el velo con que se cubria Gaspar. Así que penetró en la sala se inclinó profundamente ante la jóven, y besó la mano de la marquesa con una ternura mezclada de respeto.

—Gaston, le dijo esta con risueño semblante; ¿no es verdad que estabas muy lejos de presumir que hallarias á tu regreso dentro de nuestras viejas paredes una flor tan linda? Complácete de la casualidad que te ha proporcionado tan agradable sorpresa. La señorita Laura te permite que la acompañes á la Trelade, donde si, como supongo, ves á M. Levrault, lo cumplimentarás de mi parte por su llegada á nuestro país.

Gaston, que conocia perfectamente hasta dónde llegaba el orgullo de su madre, no pudo prescindir de echarla una mirada de curiosidad; pero reponiéndose al punto, dijo dirigiéndose á Laura:

—Señorita, estoy á las órdenes de V.; aun no he mandado quitar la silla á mi caballo; de consiguiente podremos marchar cuando V. guste.

La señorita Levrault hizo todos los esfuerzos posibles por ahorrar esta molestia al jóven marqués; opino, sin embargo, que si lo hubiera conseguido

no hubiese quedado muy satisfecha; pero felizmente fueron tales las instancias de la madre de Gaston, que Laura no pudo ménos que ceder á ellas, así como tampoco á las que la dirigió Gaston por mera política. Mme. de la Rochelandier los acompañó hasta el vestíbulo, los vió montar á caballo, los signió con la vista á través del valle, y no regresó al castillo hasta que desaparecieron por las profundidades de la senda. Al volver al salon, la marquesa tenia el aire satisfecho de una persona que no ha perdido su jornada.

Un poeta, ó cualquiera otro hombre de esos que viven de ilusiones, es bien seguro que hubiera exclamado al ver á Laura y á Gaston marchando juntos por la espesura y rodeados de una atmósfera embalsamada por las flores: «Hé ahí dos enamorados,» y quizás su corazon se hubiera abismado en la melancolía de un lejano recuerdo. Yo mismo, si me fuera dado obedecer á mi fantasía, no vacilara en decir que aquellos dos jóvenes llegaron á sentirse atraídos el uno hácia el otro, y tal vez procuraria hallar los acentos de la juventud para cantar el dulce poema de las ternuras que se desarrollan á la sombra de los bosques, á la orilla de los arroyuelos, y en la profundidad de los valles. Pero desgraciadamente esta historia no es un idilio, y compadezco por lo tanto con toda mi alma á aquellos que se obstinan en buscar en esta

narracion la frescura, la poesia y la gracia de sus sentimientos.

¿Quiere el lector saber lo que preocupaba á la señorita Levrault mientras que Gaston iba cabalgando al lado suyo? Pues bien: la hija del gran fabricante no pensaba ni en la buena figura del joven, ni en la elegancia de su persona, ni en la tristeza de su mirada: pensaba únicamente en su título de marqués. No es esto decir que se la ocultase que Gaston era más joven, mejor mozo, y más arrogante que el vizconde de Montflanquin; pero ante todo, Gaston era marqués, y Montflanquin no era más que vizconde. La hija del ex-mercader se cuidaba muy poco del valor personal de su compañero de viaje; pero el regresar á la Trelade escoltada por un marqués lisonjeaba en extremo su vanidad. Añádase á esto el regocijo que sentia de antemano al considerar el estupor y el despecho de Montflanquin, y se comprenderá fácilmente, si semejantes meditaciones eran á propósito para llamar el amor. Ocultar á los ojos de Laura un joven bien parecido, que podia llegar á ser un esposo excelente, podia pasar; pero tener encubierta la existencia de un marqués en las cercanías, semejante pecado era superior á la indulgencia de la hija del gran fabricante. En cuanto al joven La Rochelandier, debo confesar que mientras iba caminando tan inmediato á Laura, que

muchas veces su rostro había sentido el velo de la amazona, pensaba mal de su grado en los millones de M. Levrault; y que teniendo como tenía un alma tan delicada y orgullosa cual la de Montflanquin, preocupación semejante hubiera bastado para cerrar su corazón al amor, caso de que el amor hubiera andado revoloteando en torno suyo.

Aun cuando no sufría su pobreza con grande conformidad, la respetaba, sin embargo, lo bastante para no consentir por nada en el mundo humillarla ante la opulencia. Por eso, sin duda, adoptó con la señorita Levrault un continente frío, reservado, y hasta un si es no es altanero. Si hubiese sido pobre como él, á buen seguro que no hubiera dejado de notar su esbelto talle y su linda figura, porque Laura, era, en efecto, bastante hermosa; pero así como esta solo veía en aquel un marqués, así Gaston veía solamente en Laura la hija de un millonario.

Bajo este supuesto, escusado es añadir que el paseo de Laura y Gaston no tuvo nada de sentimental. El que los hubiera escuchado siguiéndolos oculto al través de los setos, no hubiera podido ménos de sorprenderse al oír á Laura hacer grandes esfuerzos para probar ante el marqués de La Rochelandier, que no era hija de un antiguo mercader de paños, como suponían malas lenguas en

el país, y qué se hallaba unida con relaciones muy estrechas á las jóvenes de la más alta aristocracia. Sus antiguas compañeras de colegio, á quienes tan cordialmente detestaba, se habían convertido de golpe y porrazo en íntimas amigas suyas. Gaston, al escucharla, no podía ménos de sonreírse. Más de una vez intentó Laura obligarle mañosamente á que se explicase acerca del vizconde de Montflanquin; pero Gaston imitó en un todo la reserva y discreción de su madre, mordándose sin embargo los labios para no reírse, y reprimiendo á duras penas un movimiento de loca alegría, cuando aquella le interrogó sobre la señorita Chanteplure.

Después de caminar cosa de dos horas, distinguieron al través del follaje el tejado de la Trelade, y Gaston, á quien no atormentaba gran cosa el deseo de ofrecer sus respetos á M. Levrault, dijo á Laura:

—Señorita, hemos llegado al fin de nuestro viaje; si no me equivoco esa es la casa de M. Levrault; mi misión por lo tanto ha terminado ya, y si usted me da su permiso, estoy dispuesto á no pasar más adelante.

Pero Laura veía las cosas de otro modo. La presencia del marqués era necesaria para que su entrada produjera todo el efecto apetecido, y quería además que el joven La Rochelandier volviese á su

castillo llevando alguna idea del lujo de M. Levrault. Así es que volviéndose á Gaston, le dijo con amabilidad:

—Mi padre, caballero, no me perdonaría nunca el que lo dejara á V. marcharse de ese modo, y quizás cobraría aversión á V. mismo por haber evitado que le expresase su gratitud por la acogida favorable que he debido á la señora marquesa. Yo no he tenido reparo alguno en descansar en el castillo de la Rochelandier; de consiguiente, caballero, tampoco debe tenerlo V. en hacer otro tanto en el castillo de la Trelade; mi padre tendrá también un placer infinito en conocerle y en oír de su boca las lisonjeras palabras que la señora marquesa ha encargado á V. que le dijera en su nombre.

Gaston no parecía muy convencido que digamos de la necesidad de cumplimentar al improvisado magnate.

Laura, sin embargo, redobló sus instancias, y embebidos en este ligero debate, llegaron á la verja del castillo.

V

Por la manera con que M. Levrault había insistido en que el vizconde se quedase en la Trelade, éste comprendió al punto que estaba tocando el momento decisivo. Efectivamente, el gran fabricante se había levantado aquel día de la cama, prometiéndose que no llegaría á la noche sin ver coronadas sus esperanzas, y en esta atención había resuelto para precipitar el desenlace obrar con Montflanquin como Mahoma con la montaña: en otros términos; hallábase dispuesto á encajarle su hija y sus talegas. De suerte que el bueno de Gaspar, como llevo dicho, iba á lograr sus fines. Cerca de dos meses hacía ya que le estaba dando en las narices el grato olorillo de los millones de M. Levrault; pero en vez de aparentar deseos ávi-



castillo llevando alguna idea del lujo de M. Levrault. Así es que volviéndose á Gaston, le dijo con amabilidad:

—Mi padre, caballero, no me perdonaría nunca el que lo dejara á V. marcharse de ese modo, y quizás cobraría aversión á V. mismo por haber evitado que le expresase su gratitud por la acogida favorable que he debido á la señora marquesa. Yo no he tenido reparo alguno en descansar en el castillo de la Rochelandier; de consiguiente, caballero, tampoco debe tenerlo V. en hacer otro tanto en el castillo de la Trelade; mi padre tendrá también un placer infinito en conocerle y en oír de su boca las lisonjeras palabras que la señora marquesa ha encargado á V. que le dijera en su nombre.

Gaston no parecía muy convencido que digamos de la necesidad de cumplimentar al improvisado magnate.

Laura, sin embargo, redobló sus instancias, y embebidos en este ligero debate, llegaron á la verja del castillo.

V

Por la manera con que M. Levrault había insistido en que el vizconde se quedase en la Trelade, éste comprendió al punto que estaba tocando el momento decisivo. Efectivamente, el gran fabricante se había levantado aquel día de la cama, prometiéndose que no llegaría á la noche sin ver coronadas sus esperanzas, y en esta atención había resuelto para precipitar el desenlace obrar con Montflanquin como Mahoma con la montaña: en otros términos; hallábase dispuesto á encajarle su hija y sus talegas. De suerte que el bueno de Gaspar, como llevo dicho, iba á lograr sus fines. Cerca de dos meses hacía ya que le estaba dando en las narices el grato olorillo de los millones de M. Levrault; pero en vez de aparentar deseos ávi-

dos de atraparlos y de exponerse, por ir demasiado de prisa, á que se le escurriesen de entre los dedos como una anguila, habia preferido esperar, con el objeto de asegurar el golpe, á que ellos mismos se le viniesen á la sartén. El vizconde, pues, se hallaba ya muy próximo á gozar de este espectáculo, sólo y único, segun creo, en los anales de la pesca.

Despues de asegurarse de que Laura se dirigia hácia Clisson, y daba la espalda al castillo de la Rochelandier, el bueno de Gaspar se volvió muy tranquilo á incorporarse con M. Levrault, que se habia quedado bajo los árboles del parque. El padre de Laura habia pasado la noche combinando las maniobras que habia de emplear para traer á Montflanquin á verdadero mandamiento, porque el pobre fabricante desconfiaba mucho de su destreza y habilidad; ¡tanto temia el que se le escapase su presa! Para preparar el camino, y hacer al vizconde puente de oro, empezó por hablarle de sus proyectos con la mayor amabilidad. Díjole que sus sueños dorados eran casar á su hija en Bretaña y comprar una gran posesion en las cercanías de la Trelade; que el país le agradaba en extremo, que el marido de Laura tenia que ser noble imprescindiblemente; pero que en cuanto á su fortuna, por modesta que fuese, por arruinado que tuviera su castillo, estaba dispuesto á no reparar en

ella, y á recomponer los torreones de éste ó reedificarlo de nuevo, así como tambien á reconstituir el esplendor de sus ilustres antepasados. M. Levrault hacia alto de vez en cuando en su perorata para preguntar su opinion al vizconde de Montflanquin.

—¿Qué dice V. á esto, señor vizconde?

—¿Qué le parece á V. de mi plan?

—¿Tengo ó no razon en pensar de este modo?

El señor vizconde escuchaba al parecer con aire distraido, movia de un lado á otro la cabeza y apenas contestaba, acaso porque queria aborrazar á este vencedor el trabajo de forzar puertas que se hallaban abiertas de par en par, el de cañonear baluartes desmantelados, y de asaltar una plaza sin guarnicion. M. Levrault prosiguió exponiendo sus proyectos, y terminado que hubo esta empresa, abordó, valiéndose de una transicion ingeniosa, el porvenir y el destino del vizconde. Mostrábase asaz sorprendido el padre de Laura, y no acertaba, segun decia, á comprender cómo el heredero de una familia tan ilustre se condenaba voluntariamente á la inaccion y á la oscuridad, en vez de buscar para restablecer el esplendor de su casa. El vivo interés, el afecto casi paternal que Gaspar le inspiraba, le autorizaban para hablarle con la severidad que lo hacia.

Repetíale muchas veces que era muy culpable,

porque al concentrarse en sí mismo hacia traición también á la memoria de sus antepasados.

—¿Cómo cree V., le preguntaba, que interpretarán su conducta las sombras consternadas de los Baudouin y los Lusignan?

El antiguo mercader de paños de la calle de los Bourdonnais trató esta parte de su discurso con una grandilocuencia, de la cual me guardaré muy bien de querer dar una remota idea; básteme decir, que un Rohan no se hubiera expresado con más pompa oratoria sobre los deberes que impone un nombre grande y preclaro. M. Levrault se admiraba á sí mismo, y se regocijaba interiormente de la actitud humilde de Montflanquin, que parecía abrumado bajo el peso de las duras verdades que le hacia escuchar, y el cual iba con la cabeza baja y deteniéndose de vez en cuando para llevarse la mano á la frente. Para irritar el ataque, disputaba al ex-mercader palmo á palmo el terreno, y recobraba algunas veces las ventajas que habia perdido. M. Levrault avanzó en la discusión por ende con la impetuosidad de un hipopótamo á través de las cañas que caen tronchadas á su paso. El vizconde se vió entonces precisado á confesar humildemente su derrota.

—¡Tiene V. mil razones! exclamó Gaspar con un gesto de resignación. Las palabras acaban de derramar la luz sobre mi espíritu, y no puedo mé-

nos de reconocer que he faltado á todos mis deberes. ¡Plugüiera al cielo que le hubiera conocido á usted antes! Ilustrado, dirigido por su elevada inteligencia, no hubiera consumido yo en la ociosidad los mejores años de mi juventud. Al presente ya no es tiempo. Al adherirme á la dinastía de Orleans, he quemado mis naves. No tengo más que decir una palabra para conciliarme el favor de la corte..... pero ¡ay!..... no la diré.

—Apruebo en un todo tan delicada conducta, señor vizconde, y no será seguramente un Levrault quien aconseje á V. nunca una acción villana. Crea V. que comprendo perfectamente la sublimidad de sus miras. V. no quiere que pueda suponerse jamás que su adhesión á esa dinastía es hija del cálculo ó del interés personal. La influencia que con ella tiene, desea sin duda reservar para sus parientes más próximos y para sus amigos; para sí no apetece V. nada. Un Montflanquin se da, pero no se vende. Eso es muy bueno, muy grande, muy caballeresco; en el lugar de V. haría yo otro tanto. Pero felizmente, señor vizconde, tiene V. otro medio honroso y seguro para restaurar su casa, y recobrar en el mundo el elevado rango que le corresponde.

—¿Qué medio, amigo mío? preguntó Gaspar con una sonrisa de credulidad. Ya me ha hecho usted la honra de visitar mis estados, y sabe

tambien como yo lo que me han dejado las revoluciones.

—Señor vizconde, repuso M. Levrault con tono solemne; ya pasó el tiempo en que la plebe y la nobleza vivian entre sí como perros y gatos; y perdone V. esta expresion propia del vulgo. La nobleza y la plebe, rivales acérrimas en otra época, se han reconciliado bajo la sombra del trono de Julio, y estas dos grandes potencias tienden á estrecharse más y más cada dia, en tales términos, que no es raro ya verlas darse la mano recíprocamente, mezclar su sangre, confundir sus intereses y prestarse un mútuo apoyo. Ningun noble cree rebajarse ya por contraer matrimonio con la hija de un rico banquero ó con la de un gran fabricante. Yo conozco los sentimientos de V., señor vizconde, y creo que no haya pensado V. jamás en sublevarse contra esas alianzas que se hacen cada dia más frecuentes, y que vienen á ser como un símbolo de union entre lo pasado y lo porvenir de nuestra hermosa pátria.

—En el hecho de adherirme á la dinastía de 1830, repuso Gaspar gravemente, creo haber manifestado ya cuál es mi modo de pensar acerca de ese punto. ¿Qué otro objeto pudiera haberme inducido á dar semejante paso, sino el de inaugurar el sistema de fusion entre la clase noble y la plebeya? Era preciso que los personajes más elevados

diesen el ejemplo, y no he vacilado por lo tanto en ofrecerme. Siempre he procurado honrar cuanto me ha sido posible á la clase media, y jamás he hecho un misterio de las simpatías que me inspira; para manifestárselo no he aguardado tampoco á que se hallara en el poder. Yo aprecio sus trabajos y me inclino ante sus virtudes. Hija de sus obras, ella es quien rige y gobierna en el dia; ella la que representa las fuerzas vivas de la nacion, y ella es, en fin, asimismo, una aristocracia cuyos títulos están inscritos en todas las páginas del libro de oro de la Francia.

—Entiéndase empero, añadió M. Levrault, que aquí no hablamos de esa clase intermediaria que pertenece aun al pueblo por sus costumbres y por sus necesidades, sino de la alta banca, de la grande industria, que son las únicas que representan la nueva aristocracia. Ahora bien, señor vizconde: ¿qué inconveniente halla V. en buscar entre las filas de esta clase, á la que hace completa justicia, una alianza que le permita restablecer y sostener el brillo de su nombre? Supongo que no será su ánimo llorar eternamente á la señorita de Chanteplore. Nuestros deberes en este valle de lágrimas no se limitan á dar sepultura á nuestros muertos; se extienden á otras muchas cosas. Aquí me tiene usted á mí, sin ir más lejos; yo tenia un hijo, al cual tuvo Dios á bien llamarlo á sí; la pérdida de

este ángel, sin embargo, no me ha impedido ganar doce millones de reales. ¿Que se ahogó la señorita de Chanteplure? es una desgracia, concedo. Pero aun cuando llore V. más que el difunto Jeremías, sus lágrimas no lograrán restituirle la existencia. ¿Que la juró V. ser eternamente fiel á su memoria? Todos los amantes dicen lo mismo. Créame V., señor vizconde; ya es llegado el tiempo de que empiece V. á mirar la vida por el lado serio. Dios no nos ha puesto sobre la tierra para que vivamos gimoteando como chiquillos. La perpetuación de la raza y la herencia de un nombre ilustre, impone á aquel que la recibe la obligación de transmitirla. Escuche V., pues, por mi boca, lo que le dicen á coro los Montflanquin, los Baudouin y los Lusignan:

—«Vizconde Gaspar, es preciso casarse.»

Y embebidos en esta conversacion, el ex-mercader y Gaspar llegaron sin sentirlo al salon del castillo de la Trelade. Las palabras «Es preciso casarse» fueron pronunciadas ya en él, y el vizconde de Montflanquin, al oirlas, se dejó caer en una butaca y ocultó la cara entre las manos. En esta situacion permaneció largo rato, durante el cual le contemplaba M. Levrault en pié, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y lanzándole miradas victoriosas.

—¡Ya es mio! exclamaba para sí el ex-mercader.

—¡Cayó en el lazo! pensaba interiormente Gaspar, riéndose para sus adentros y ébrio de gozo.

—Séame el cielo testigo, añadió éste con voz ahogada, que la ambicion no hubiera triunfado en mi alma jamás de la señorita de Chanteplure. ¿Qué me importan los honores, las riquezas, el esplendor de mi raza ni el brillo de mis blasones? ¡Perezca en la memoria de los hombres el nombre de Montflanquin, antes que en la mia el dulce nombre de Fernanda! Sí; yo habia jurado permanecerle fiel; pero ¡ay! el diamante se mella con otro diamante..... y el amor ha acabado por hacerme perjuro.

Y aparentando extremecerse por la confesion que acababa de escapársele, volvió la frente hácia el respaldo de la butaca donde se hallaba sentado, á fin de ocultar su turbacion y su vergüenza á las miradas de M. Levrault.

—¿Y bien, y qué? exclamó alegremente el ex-fabricante; ¡no será esta la primera jugarreta de ese género que habrá hecho á los mortales el Dios vendado! Laura, que sabe al dedillo toda la historia de Francia, me ha hablado mil veces de un rey á quien el amor de su dama impelió á reconquistar su reino. ¡Vaya por el amor, señor vizconde! ¿A qué viene ahora el ruborizarse por ello? ¿A qué el bajar los ojos? ¿A qué el ocultar de mi vista ese noble semblante? Alce V. la cabeza, heróico jóven.

Harto tiempo ha sufrido V., y harto tambien ha combatido; la señorita de Chanteplure no tiene nada por qué reconvenirle. Si sus manes no están satisfechos, ¡lléveme el diablo si atino que más pueden pedir! Continúe V., pues, hablándome con franqueza; complete su declaracion sobre la llama que arde en su pecho; confie V. á su antiguo amigo, á su viejo Levrault, el nombre de la hermosa dama que ha conseguido encantarle. Sea quien fuere, respondo á V. que obtendrá ser feliz con ella. ¿Qué familia no se apresurará gozosa á admitirlo á sus hogares? ¿qué mujer no se jactará con arrogancia de haber domeñado un corazon como ese? ¿Qué padre no se contemplará feliz con llamarlo á usted yerno suyo?

Imposible era que Gaspar pudiese resistir por más tiempo á tan seductoras palabras; así es que se levantó de un brinco, como uno de esos muñecos de resorte, cuando se abre la caja dentro de la cual están encerrados. Sobre su frente destellaba la felicidad de los elegidos, y por espacio de un momento estuvo como transfigurado. Dió algunos pasos hácia M. Levrault, que lanzaba sobre él miradas fascinadoras, y ya se hallaban prontos sus labios á dejar escapar el secreto de su alma, cuando abriéndose de improviso la puerta del salon, entró en él arrogantemente la señorita Laura, seguida del vizconde de la Rochelandier.

Tan brusca é inopinada aparicion hizo comprender á Gaspar que la estatua del comendador y la sombra de Banco eran, comparativamente con lo que á él le sucedia en aquel instante, juegos de chiquillos; el pobre vizconde se quedó como petrificado en el sitio donde se hallaba, y M. Levrault, por su parte, tampoco dejó de sorprenderse al ver entrar en su salon una visita, que no era el caballero de Barbanpré ni el conde de Kerlandec.

—Padre mio, le dijo Laura despues de reparar en la presencia del vizconde; presento á V. al marqués de la Rochelandier, el cual se ha dignado acompañarme hasta la Trelade.

Y la jóven refirió acto continuo en dos palabras la casualidad que la habia conducido al castillo del jóven marqués.

Gaspar hubiera estado de seguro mucho mejor en un lecho de espinas ó sobre las parrillas de San Lorenzo: de buen grado hubiera dado sus pergaminos, su condecoracion de la espuela de oro, y hasta la última piedra de su castillo, por sentir, aun con peligro de su propia vida, que se hundía el piso del salon donde se hallaba. Dentro de su pecho batallaban encarnizadamente la confusion, el despecho y la cólera. Para comprender su estado, figúrese el lector á un gavilan pronto á desplumar su presa, cuando llega un águila y se la arrebató de las uñas. En cuanto á M. Levrault, en-

tregado enteramente á sus preocupaciones, nada preveía ni sospechaba remotamente que pudiese haber alguna águila bajo la roca. La llegada de un marqués á la Trelade no habia cambiado lo más mínimo el curso de sus ideas; para él nada importaba semejante acontecimiento; ateniase meramente al vizconde, el cual bastaba para llenar su ambicion. Además de que no era ingrato, no le lisonjeaba tampoco la loca esperanza de hallar un yerno de más campanillas. Gaspar de Montflanquin era en su opinion el yerno modelo; M. Levrault creia que no era fácil hallar otro más adecuado á sus miras, ni aun hecho de encargo. La actitud de Gaston, por otra parte, no era tampoco la más idónea para trastornar la cabeza del gran fabricante. El marqués de la Rochelandier, grave, silencioso, frio y severo, tenia el continente arrogante que tan bien sienta á la pobreza, cuando se halla con la opulencia frente á frente.

—Ignoraba, señor marqués, que hubiese V. regresado á su castillo, se resolvió á decir Gaspar conociendo la necesidad en que se veía de arros-trar por todo.

Gaston le miró con altanería, y únicamente contestó con una ligera inclinacion de cabeza, pareciéndole que no debia bajo ningun pretexto aceptar papel de ninguna clase en la comedia que se estaba representando en la Trelade. De allí á

corto rato se despidió de M. Levrault y de su hija y se retiró lo mismo que habia entrado, es decir, sin saludar al vizconde.

Libre de la presencia de visita tan incómoda, Gaspar respiró mas á sus anchas. La aparicion del marqués, su corta estancia en el salon, la reserva de sus modales, el efecto que habia producido sobre M. Levrault, el silencio mismo de la jóven que hasta aquel instante se habia abstenido de hacer la alusion mas mínima al camino del Diablo, tranquilizaron casi completamente al vizconde, el cual se preparaba á reanudar con su futuro papá-suegro la conversacion fatalmente interrumpida en el momento más interesante; pero estaba decretado que Gaspar no habia de conseguir tan loable objeto.

—Señor vizconde, dijo á esta sazón Laura con una sequedad que nada bueno presagiaba: no sabia yo que hubiese semejantes la Rochelandier en las cercanías de nuestro castillo, y todavía lo estaria ignorando á estas horas, si la casualidad hubiese imitado la discrecion de V. Paréceme, sin embargo, que la marquesa de la Rochelandier y su hijo valen tanto al menos como el conde de Kerlandec y el caballero de Barbanpré..... y tenga en cuenta, señor vizconde, que no se extiende á V. mi comparacion,

—Por mi parte declaro que el tal marqués no

me hace maldita la gracia; exclamó monsieur Levrault con soberano desden. ¿Qué casta de pájaros vienen á ser esos la Rochelandier? ¿De dónde proceden? ¿á dónde se anidan? Esta es la primera vez que oigo hablar de semejantes gentes.

—Repito, contestó Gaspar afectando una serenidad que estaba muy lejos de tener, que ignoraba el regreso de esa familia á sus posesiones.

—¡Pues es bien extraño, señor vizconde! añadió Laura con aire distraído, y jugando con el látigo que conservaba todavía en la mano. La marquesa y su hijo hace ya tres años que se hayan de regreso en sus tierras; paréceme, por tanto, que ha tenido V. tiempo de saber su llegada.

—Yo creía, señorita, y aun se me figura que lo he dicho antes de ahora, que los la Rochelandier habian partido para Frohsdorf á fines del invierno último. Al presente debo añadir que esa familia pertenece á la fracción de la nobleza, con la que he tenido relaciones hasta hace algun tiempo, pero á la cual he dejado de visitar absolutamente.

—¡Ah! ¿con que ya no se visita V. con los la Rochelandier, señor vizconde.....? Debiera haberlo adivinado, aun cuando no fuera más que por el modo con que ha saludado á V. el marqués al entrar y al despedirse.

—¿Qué diablos significa todo eso? exclamó monsieur Levrault, que no comprendía absolutamente

á donde queria ir á parar su hija. El tal marquesito es un mozo bastante mal criado, á quien vendria como de molde una buena leccion. ¿No es cierto, Gaspar, que el mequetrefe ese no me ha guardado todas las consideraciones debidas á mi rango? ¡Qué orgullo tan necio! Venir á echarla conmigo de hombre de *pro*, cuando si V. me apura, me atrevo á apostar que tengo aquí, en mi bolsillo, más dinero que el necesario para comprar sus posesiones, su castillo y todos sus títulos y ejecutorias.

Y así diciendo, sacó del bolsillo un puñado de oro, que hizo brillar en la palma de su mano descomunal.

Apoyado Montflanquin por M. Levrault, repuso con más aplomo:

Los la Rochelandier no me perdonarán jamás el que al adherirme al trono de Julio, haya pacificado la Vendée y arruinado en los departamentos del Oeste las últimas esperanzas de la moribunda legitimidad. Esa familia representa en Bretaña aquella fracción de la nobleza incorregible que nada ha aprendido, ni nada ha olvidado. Semejantes gentes, infestadas por todas las preocupaciones peculiares de su raza, hinchadas y envaneidas con sus pergaminos, y enemigos natos de todas las ideas nuevas, echan de menos el feudalismo, y viven en sus castillos desmoronados



soñando con el diezmo y las pechas. Créense llamadas á restaurar la monarquía de derecho divino, sin otra razon que por la de que aun les quedan tres ó cuatro torreones desvencijados. Hablarles de la clase media es dirigirles el mayor de los insultos, porque la detestan con toda su alma. La industria, esa gloria de la Francia, esa jóven reina del mundo, esa potencia de los tiempos modernos, la desdennan, la tratan con el mayor desprecio, y la consideran como indigna de su atencion de alto á bajo. Para ellas la clase media y la plebe son una misma cosa: ninguna distincion establecen entre un gran fabricante y un mercachifle.

—¡Oh! ¡Eso es demasiado! exclamó M. Levrault.

—Pues ahí tiene V., caballero, lo que son los la Rochelandier. ¡Ya ha visto V. al marqués! ¡qué vanidad! ¡qué insolencia! ¿Ha dado á entender ni por pienso, ese hidalgo pelafustran, mientras ha estado en esta sala, que tenia la honra de hablar con uno de los más ilustres representantes de la alta industria? Le aseguro á V. que me ha hecho padecer extraordinariamente, no solo por V. sino por él mismo. A pesar de ser todavía muy jóven, de mi edad sobre poco más ó ménos, ¿no diria cualquiera que es ya todo un marqués de *Forlipon*? ¡Pues ayúdeme V. á sentir con su madre! Es una princesa Micomicona en toda la extension de la palabra.

—Preciso es, señor vizconde, repuso Laura, la cual habia escuchado hasta entonces sin pestañear siquiera, que la marquesa y su hijo hayan cambiado mucho desde que V. no los vé. Mme. la Rochelandier me ha parecido la gracia y la amabilidad personificadas; apenas me vió llegar á su posesion, salió á recibirme, y me condujo de la mano al salon de su castillo, (castillo desmoronado, si V. quiere); pero que todavía se sostiene en pié no obstante. Alguno conozco yo en Bretaña del cual no pudiera decirse otro tanto. Por lo demás ignoro si la marquesa es ó no hostil á la clase media; pero lo que si puedo afirmar es que me ha hablado de mi padre con la mayor consideracion, y de sus trabajos industriales con la mayor deferencia.

—No deja de ser eso lisonjero, exclamó monsieur Levrault acariciándose la barba.

—Finalmente, señor vizconde, la marquesa, prosiguió Laura con intencion, me ha hecho toda clase de obsequios con una amabilidad, una finura y unos modales tan distinguidos, que francamente hablando, no han podido menos de sorprenderme. En cuanto al jóven marqués, si es orgulloso, quizás consistirá en que tenga para ello sus motivos: por mi parte sé decir que no me parece mal que un noble marche con la cabeza erguida.

—¡Señorita, repuso Gaspar con sonrisa malicio-

sa, la marquesa es una excelente madre. Tal vez si la examina V. con cuidado hallará el secreto de sus zalamerías!

—¿Qué quiere decir eso, señor vizconde? repuso Laura con cierta acritud. ¿Presume V. por ventura que cuantos obsequios se me hacen van dirigidos únicamente á las talegas de mi padre? También es muy posible que al buscar el secreto de las zalamerías de la marquesa, encontrásemos el de las prevenciones que se nos han hecho desde la noche primera que hemos pasado en la Trelade.

Al oír estas palabras Gaspar se levantó pálido de cólera. Más pálido aun que Gaspar, y mudo de espanto, contemplaba alternativamente M. Levrault al vizconde y á su hija, y se preguntaba interiormente si sería aquel momento el de la ruina de sus esperanzas. Lo único que le tranquilizaba un poco, era el figurarse que estaba soñando y que era juguete de una abominable pesadilla.

—Vamos, siéntese V., señor vizconde, repuso Laura con voz melosa, aunque sin dar á su acento una expresión de sinceridad. Ruego á V. que crea que no he tenido intención de ofenderle, ni de poner en duda el desinterés del afecto que nos profesa y la lealtad de su carácter. Vamos, siéntese usted, repito; no quiero que nos separemos de esa manera. Si se me ha escapado alguna palabra que

haya herido alguna de sus susceptibilidades, sea V. generoso y perdónemela V.

—¡Eso es lo que se llama hablar en razón! exclamó el ex-mercader, á quien estas últimas palabras volvieron á la vida. Pero ¿qué demonios tienes tú hoy, hija mía? ¿Qué mosca te ha picado? Vaya, hijos míos, daos la mano y dejaos ¡por Dios! de esos la Rochelandier ó esas alforjas.

Hasta el mismo Gaspar se creyó ya en puerto de salvación, al ver el giro que iba tomando el asunto: el bueno del vizconde se apresuró á coger los dedos de Laura, y ya iba á llevárselos á los labios cuando esta prosiguió con la mayor sangre fría:

—¿No le parece á V. bien, señor vizconde, que hablemos un poco para divertirnos del camino del Diablo?

Gaspar se estremeció al oír esta salida, y retiró su mano como si hubiera sentido que las uñas de los dedos de la hija del ex-mercader se alargaban traidoramente para introducirse en su carne.

—Señorita, á los piés de V., dijo mordiendo los labios hasta hacerse sangre; yo me retiro, dejándola á V. entregada á sus nuevas afecciones. ¡Plegue al cielo, que no eche V. de menos algún día á este hombre á quien acaba de tratar tan indignamente! Tales son los votos que dirigirá al Altísimo el noble y tierno corazón, que no re-

cogerá en premio de su rendimiento mas que ingratitude y ultrajes.

Y así diciendo, salió de la estancia como un huracán.

No queria decir esto, sin embargo, que el bueno de Montflanquin abandonase del todo la partida; nuestro amigo Gaspar no era hombre para dejar escapar así como quiera un millon de dote; habia conocido, empero, que en el punto en que se hallaban las cosas, era necesario dar un golpe de bombo, y así lo hizo en la confianza de que M. Levrault correria en pos de él, ó mandaria llamarlo. El pobre Montflanquin, por otra parte, tenia necesidad de coordinar sus ideas y de buscar medios para reparar el rudo ataque que acababa de sufrir.

Renuncio á describir el estupor que se apoderó del gran fabricante: para tener de él una pálida idea, figúrese el lector un muchacho que, al tocar con la punta de los dedos la cola de un pájaro que intenta coger, lo vé echar á volar rápidamente é ir á posarse sobre una rama. El primer movimiento del padre de Laura fué correr detras de Montflanquin para detenerlo; pero sus piés estaban como clavados en la sala: luego quiso llamarle, y no parecia sino que una mano de hierro le apretaba la garganta.

Laura, entre tanto, recostada sobre un divan, se golpeaba ligeramente la amazona con un

látigo, y miraba tranquilamente á las moscas que se estaban paseando por la cornisa del techo.

—¡Mala peste en los Rochelandier! exclamó al fin M. Levrault pasando repentinamente del estupor á la cólera y á la desesperacion. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿qué ocurre? ¿dónde está el vizconde? ¡Desgraciado de mí! ¡haberme tomado tanta pena durante dos meses, haber trabajado tanto para cogerlo y todo sin fruto! ¡Cuánto talento, cuánta destreza no ha habido menester para llegar á donde llegó! ¡Ya habia conseguido vencer todos sus escrúpulos! ¡mis brazos se abrian ya para recibirle! ¡ya iba á llamarme su papá-suegro! Tres meses me faltaban únicamente para ser baron, y para tomar asiento en la alta Cámara. Vamos, mujer, habla, dime, cuéntame lo que te ha hecho ese modelo de hidalguía. Por tí se hallaba pronto á renunciar á la pobreza que tan grata le ha sido siempre; á la vüdez, en cuyo estado habia prometido hacerse viejo: el pobre vizconde consentia ya en hacer traicion á la señorita de Chanteplure, y en casarse contigo, y ahora... así... sin más ni más... sin razon ni motivo alguno vas tú á exasperarlo, irritarlo, y á lanzarle al rostro los más violentos insultos...! ¿Es así como remuneras los sacrificios de ese generoso corazón?

Así que se calmó algun tanto la exasperacion de M. Levrault, Laura le refirió de la Cruz á la fecha

la razon por qué habia llegado á sospechar del desinterés y buena fé del vizconde, y la de por qué sus dudas inciertas y vagas en un principio se habian cambiado ya en una casi certeza.

—¡Vaya al diablo el castillo de la Rochelandier! exclamó M. Levrault cuando cesó de hablar su hija. ¿Qué necesidad tenias tú de ir á descansar á esa guarida de facciosos? El vizconde tiene razon; esa gente no le perdonará nunca el que haya hundido á la legitimidad adhiriéndose á la dinastía de Junio: no le perdonará el que haya dado el golpe de gracia á ese partido retrógrado, que nosotros los grandes fabricantes derribamos del poder en 1830. No me sorprende, por lo tanto, que así tu marquesa, como el tonto de su hijo te hayan hablado mal de Montflanquin. En ese partido no se conocen otras armas que la calumnia, á excepcion de las bayonetas extranjeras. Por mi parte tengo á Gaspar por el pundonor y la lealtad personificados. ¿A qué habia de habérselo presentado sino Jolibois, como la flor y nata de los nobles? ¿Con qué oculto fin cantarían sus méritos y virtudes el caballero de Barbanpré y el conde de Kerlandec, esas dos irrecusables autoridades de la antigua Armórica?

—Pero, padre mio, ¿á qué venia entonces la carcajada que soltó la marquesa al oirme nombrar á Kerlandec y al caballero de Barbanpré?

—¡Por los clavos de Cristo, te ruego que no ha-

blemos más de la tal marquesa! Ahora mismo voy á llamar á Montflanquin, y punto concluido. Un Levrault no tiene por qué avergonzarse de correr en pos del vástago de una casa, entre cuyos ascendientes figuran los Baudouin y los Lusignan.

Laura se plantó arrogantemente en la puerta del salon, y estorbó el paso á su padre. Nuestra heroína se empeñó en defender á su marqués con tanta tenacidad, como defendia M. Levrault al vizconde.

El lector no habrá olvidado que las simpatías de la hija del ex-mercader hácia Gaspar estaban lejos de ser muy vivas: antes bien pudiera decirse que habia luchado largo tiempo contra las sugerencias de su padre, y que si, aun cuando con repugnancia, pareció acceder á ellas, fué únicamente en la conviccion de que en toda Bretaña no encontraria un partido mas ventajoso que el vizconde de Montflanquin. Así es que la aparicion de un marqués cualquiera en la escena hubiera bastado para cambiar repentinamente sus disposiciones y trastornar de arriba abajo su corazon. Añádase á esto que el marqués aparecido era bastante buen mozo, y, aun cuando esta circunstancia no importaba gran cosa á la señorita Levrault, para quien un marido jóven y bien parecido era lo mismo que uno feo y viejo, con todo, no dejó de influir algo. La razon principal de su preferencia hácia Gascon

consistía, no obstante, en que Laura, con ese delicado instinto que poseen las mujeres en tan alto grado, había conocido al vuelo la distancia que separaba á Montflanquin de los Rochelandier. La hija de M. Levrault no se engañó ni un solo instante acerca del buen perfume aristocrático esparcido en el salón de aquel castillo, á donde la había llevado su buena estrella. Las opiniones políticas de la marquesa y de su hijo no le importaban un ardite: la hija del ex-mercader se curaba muy poco de que el autor de sus días llegase ó no á obtener un asiento en la Cámara de los Pares; su orgullo creía suficientemente compensada la privación de la asistencia á la corte con el trato de las duquesas del barrio de Saint-Germain.

Sabia además que la calle de los Bourdonnais estaba, desde 1830, ménos lejos de las Tullerías que del barrio Saint-Germain, objeto de sus dorados ensueños.

Pero aun cuando hubiera estado firmemente persuadida de que por este lado no tenía que esperar nada, no por eso hubiera dejado de volver á la Trelade ménos resuelta á romper de frente con el vizconde, á quien había conocido lo bastante en las pocas horas que había durado su solitario paseo.

Prescindiendo de la peregrina invención de la vaca y la pastora, el silencio de la marquesa y de su hijo acerca de Gaspar, era para ella más que sufi-

ciente: aquel silencio delator lo interpretó Laura en su verdadero sentido. Por último, el continente noble del jóven la Rochelandier la hizo conocer al vuelo que lo único que tenía de distinguido el vizconde de Montflanquin era el nombre. El estupor que manifestó Gaspar en el semblante al ver al marqués, y la actitud altiva y desdenosa de Gaston para con el vizconde, acabaron de abrirle completamente los ojos. M. Levrault se resistía en un principio á oír á su hija; pero Laura consiguió detenerlo, y habló con tal copia de razones, con un acento de convicción tan profunda, y con tanta autoridad, que alcanzó al fin que aquella escuchase.

—Lo único que pido á V., padre mio, le decía despues de haber quebrantado algun tanto la confianza que tenía M. Levrault en el vizconde, es que obre V. con prudencia y sin precipitacion. En lugar de ir corriendo en pos del vizconde, estémonos quietos en nuestra casa: pierda V. cuidado; él volverá si es de ley. Quizás tenga V. el gusto de verlo esta misma noche ó mañana lo más tarde. Observémosle entonces, mantengámonos en guardia, y respondo que V. será el primero que lo plantará en la calle antes de ocho dias.

M. Levrault no tuvo otro remedio que adherirse á los consejos de su hija; fácilmente habrá adivinado ya el lector que ésta hacia de él cuanto le daba la gana. El dia, por lo tanto, terminó triste-

mente. Durante la comida hubo el más lúgubre silencio. El gran fabricante, á quien la presencia de Gaspar alegraba en extremo, estaba uraño como un jabalí, reprendía ásperamente á los criados sin el menor motivo, y llevó su irritabilidad hasta despedir á dos ó tres de ellos. Su confianza en el vizconde, que habia vacilado durante un momento, renació más floreciente y más robusta que nunca, despues de una hora de reflexion. El pobre hombre estaba seguro de que la calumnia queria hacer presa sobre Gaspar, y esperaba que éste saldría victorioso así que volviese á la Trelade. Esta esperanza le sostuvo hasta que llegó la noche; pero las estrellas iluminaron el cielo, y Gaspar, cual otro Malborough, no vino. El infortunado M. Levrault se dejó caer entonces en una butaca, entregado al más hondo abatimiento. Poco despues se levantó lleno de impaciencia, é iba de habitacion en habitacion maldiciendo á los la Rochelandier, y pidiendo su vizconde á su hija, como Augusto pedia á Varo sus legiones.

## VI

El vizconde entre tanto, despues de haber vuelto la cabeza más de veinte veces, para ver si M. Levrault ó alguno de sus criados le seguia, despues de haberse sentado de cuarto en cuarto de hora á lo largo de las avenidas, habia regresado al fin al castillo de sus antepasados. Pero en qué estado, ¡justo cielo! Imagínelo cualquiera. Galaor apenas pudo reconocerlo, y empezó á temblar por su salario. El castillo venia á ser un monton de piedras, en medio de las cuales quedaba en pié una sola ala del edificio. Los chuscos de la comarca solian decir que la casa de Montflanquin no volaba, sino con una ala sola.

Esta ala rebelde, cuyo estado era ménos sólido que el pintoresco, no debia ofrecer un asilo muy seguro cuando hubiera temporal. En aquel asilo,

mente. Durante la comida hubo el más lúgubre silencio. El gran fabricante, á quien la presencia de Gaspar alegraba en extremo, estaba uraño como un jabalí, reprendía ásperamente á los criados sin el menor motivo, y llevó su irritabilidad hasta despedir á dos ó tres de ellos. Su confianza en el vizconde, que habia vacilado durante un momento, renació más floreciente y más robusta que nunca, despues de una hora de reflexion. El pobre hombre estaba seguro de que la calumnia queria hacer presa sobre Gaspar, y esperaba que éste saldría victorioso así que volviese á la Trelade. Esta esperanza le sostuvo hasta que llegó la noche; pero las estrellas iluminaron el cielo, y Gaspar, cual otro Malborough, no vino. El infortunado M. Levrault se dejó caer entonces en una butaca, entregado al más hondo abatimiento. Poco despues se levantó lleno de impaciencia, é iba de habitacion en habitacion maldiciendo á los la Rochelandier, y pidiendo su vizconde á su hija, como Augusto pedia á Varo sus legiones.

## VI

El vizconde entre tanto, despues de haber vuelto la cabeza más de veinte veces, para ver si M. Levrault ó alguno de sus criados le seguia, despues de haberse sentado de cuarto en cuarto de hora á lo largo de las avenidas, habia regresado al fin al castillo de sus antepasados. Pero en qué estado, ¡justo cielo! Imagínelo cualquiera. Galaor apenas pudo reconocerlo, y empezó á temblar por su salario. El castillo venia á ser un monton de piedras, en medio de las cuales quedaba en pié una sola ala del edificio. Los chuscos de la comarca solian decir que la casa de Montflanquin no volaba, sino con una ala sola.

Esta ala rebelde, cuyo estado era ménos sólido que el pintoresco, no debia ofrecer un asilo muy seguro cuando hubiera temporal. En aquel asilo,

sin embargo, solía hallar de vez en cuando un refugio el bueno del vizconde, cuando iba á ella á descansar de la procelosa vida de París, y huyendo de la curiosidad de ciertas gentes. El interior de la casa correspondía todo á la idea del lujo y magnificencia que de ella formaba el que la contemplaba de fuera.

Y aquí hago punto por respeto á la memoria de los Baudouin y los Lusignan.

Cuando el vizconde sintió lo horroroso de su estado con mayor intensidad fué á la hora de comer. Tres meses hacia ya que el pobre Montflanquin dosemeñaba esta función en la Trelade; el insigne Galaor, durante ellos, se las campaneó de su cuenta y riesgo, y aquel día, como todos los demás, con nada más contaba para hacer cocer la olla, que con su inteligencia. Escusado es decir, por lo tanto, que vivía de la rapiña y el pillaje. Los medios que empleaba eran sencillísimos. Rondaba constantemente los gallineros y las conejeras y al menor descuido hacía su agosto. Apenas había en dos leguas á la redonda una cuadra donde el buen tunante no hubiera puesto en práctica alguno de sus recursos. Escasamente habían acabado de poner los huevos las gallinas, cuando ya se hallaban en su bolsillo; raro era además el día en que algun arrendador no tuviera que achacar á la zorra el hurto de un gallo ó de un pavipollo. La

zorra, sin embargo, no era otra que Galaor, el cual merodeaba para cubrir sus necesidades, ni más ni menos que lo hacía Caleb en honra y prez de su señor. ¡Medítese, pues, júzguese, contémplese, cómo se quedaria Montflanquin al ver humear sobre su miserable mesa un guisado de conejo, despues de haberse acostumbrado durante tres meses á las exquisitas viandas y deliciosos vinos de la Trelade! Aquel guisado, un jarro de vino peor que rejalgár, y un poco de queso de leche de cabras, que su lacayo había birlado la víspera en un caserío, era lo que constituía la comida del vizconde Gaspar de Montflanquin.

Puesto de codos sobre la mesa (que no tenía mantel), y con la cabeza apoyada entre las manos, el vizconde no se había resignado aun á hacer los honores á los talentos culinarios de Galaor. Hallábase cada vez más abismado en la amargura de sus pensamientos, cuando sintiendo de improviso que una mano extraña se apoyaba en su hombro, el corazón le dió un vuelco de alegría; aquella mano, en su concepto, no podía ser de otro que de M. Levrault; así es que se quedó no poco sorprendido cuando al volver la cabeza se halló frente á frente con maese Jolibois.

—Vamos á cuentas, señor vizconde, le dijo alegremente el pasante de notario, cuya venida no te-



nia otro objeto que el vigilar de cerca al presunto yerno de M. Levrault. ¿Cómo estamos? ¿á qué altura se hallan nuestros negocios? ¿tardaremos mucho á incorporarnos con los millones del papá-suegro?

—¡Todo se lo llevó ya el diablo! exclamó Montflanquin volviendo á caer casi desfallecido sobre su silla de paja.

—¿Cómo! repuso estupefacto Jolibois, pensando en sus ochenta mil libras. ¿Tiene V. gana de chancarse, señor vizconde.?

—¡Para chanzas estoy yo! ¡Todo se ha perdido.....! estamos arruinados completamente; hemos sido robados y saqueados, como si nos hubieran acometido en lo más intrincado de un bosque! ¡Los la Rochelandier han salido á la plaza!

Maese Jolibois dió un salto descomunal al oír estas palabras, como si hubiera estallado un petardo entre sus piernas.

—¡Condenacion eterna! repuso el vizconde con un gesto cuya salvaje energía es imposible describir. ¡Haber desplegado más génio que demostró tener M. de Talleyrand en el Congreso de Viena; haber imaginado tantas sábias combinaciones, y gastado más talento, paciencia y habilidad de la que se necesitaría para escamotear un reino; no haber descuidado nada, y preverlo y calcularlo todo.....! ¿Y para qué.....? Para fracasar en el

puerto. ¡Estúpida casualidad.....! ¡Oh! maldita seas.....! Ya ibamos á triunfar, Jolibois; ya tenia casi cogido á ese cernicalo de M. Levrault..... ya lo habia conducido á que me lanzara su hija y sus millones á la cabeza..... la partida estaba ya casi ganada..... su semblante irradiaba de bestialidad y de gozo..... ya me abría sus brazos..... ya iba á llamarme su yerno.

—¿Y qué, señor vizconde?

—¿Qué, Jolibois? Que precisamente en aquel momento se presentó su hija, trayendo consigo á ese belitre de la Rochelandier.

—Pero ¡caramba! exclamó Jolibois dando una patada en el carcomido suelo; ¿por qué no ha seguido V. al pié de la letra mis observaciones?

—¡Por vida del demonio, repuso Gaspar! ¿me toma V. acaso por un chiquillo? Hoy, esta mañana, hace solamente algunas horas, ni el padre ni la hija soñaban siquiera, despues de una residencia de tres meses en la Trelade, que existiesen semejantes Rochelandier bajo la capa del cielo. Para alejarlos del castillo fatal, que yo hubiera rodeado á serme posible de lazos de lobo, habia hecho todo cuanto me era dado hacer humanamente; hasta el inventar leyendas. Pero ¡ay! ¡vana precaucion, Jolibois! Estaba escrito, sin duda, que todo se lo habia de llevar la trampa, y se cumplió mi estrella: para esto era preciso que á la tontuela

de Laura se le antojase hacer caracolear á su caballo bajo las ventanas de la Rochelandier, y esa condenada marquesa, que juraría yo que se hallaba hace tres meses asomada á una de ellas, acechando á la señorita Levrault, como la araña á la mosca, se precipitó sobre su presa.

—Grave es eso, señor vizconde, porque la marquesa no habrá dejado de hablar de V. á su futura.

—¡Y figúrese V., si me habrá tratado con compasión! ¡Y eso que de mí no podía decir nada malo, gracias á Dios!..... Esto, no obstante, lejos de desmentir mi ilustre raza, he procurado conservar puro el nombre de mis gloriosos antepasados, diciendo que los la Rochelandier han sido en todas épocas enemigos acérrimos de mi casa, y que mi adhesión al trono de Julio, no debía ser un paso muy á propósito hácia nuestra reconciliación. Pero en resumidas cuentas, lo cierto es que la marquesa tiene gran interés, sin duda, en quitarme el concepto para con los Levrault, puesto que se entretiene en contarles lindezas mías.

—¡Muy grave es eso! repitió Jolibois, moviendo de un lado á otro la cabeza.

—Si se tratase únicamente de mí, añadió Gaspar, fácilmente tomaría yo mi partido; pero ya sabe V., mi querido Jolibois, que si me he metido en semejante negocio, ha sido solo en interés su-

yo; solo por V., y para V. trabajaba. En ventaja ó provecho propio, puedo jurarle que no hubiera rebajado jamás la dignidad de mi carácter hasta ir á los alcances de la hija y de los millones de un triste mercader de paños. La amistad que á usted profeso, y el reconocimiento que á él me liga, han sido los únicos motivos que á ello pudieron decidirme. Lo que al presente me desconsuela es el pensar que tendrá V. que esperar todavía por algún tiempo el reembolso de la cantidad que soy en deberle.

—¡Cómo! ¿me haría V. el ultraje de creer, señor vizconde, que al meterlo á V. en esta empresa, he pensado en mí un solo instante? ¿Sospecharía V., por ventura, de la sinceridad de mi abnegación hasta el punto de suponer que, al ofrecerle una ocasión tan calva de restablecer su fortuna, trataba yo únicamente de recuperar mis fondos?

—¡Lo repetiré una y mil veces! exclamó el vizconde, levantando arrogantemente la cabeza; las riquezas importan un bledo á un Montflanquin; los que llevan tan preclaro nombre, lo único que desean es conservarlo sin mancilla. Insisto, pues, Sr. Jolibois, en decir á V. que solo en obsequio suyo podía yo consentir en humillarme ante la opulencia.

—Y yo, repuso Jolibois con orgullo, sino tengo blasones, tengo en cambio un tarjetón sobre lo

puerta de mi casa, cuya conservacion me interesa tanto como puede interesar á V. el conservar sin mancha sus escudos de armas. De consiguiente, al anunciar á V. los millones de M. Levrault, únicamente tenia presentes las ventajas que podia reportar á V. esta noticia y el porvenir de su casa. Si no me engaño, creo que le decia á V. en una de mis cartas que la ley más dulce para mí es la de servir sin esperanza alguna de recompensa y sin segundos fines á las personas á quienes amo y estimo.

—Ya hace algunos años, maese Jolibois, que es V. acreedor mio; prosiguió Gaspar bajando de tono.

—¡Oh! ¡por la Virgen santísima, señor vizconde! ¿á qué viene ahora el hablar de esa miseria? En resumidas cuentas, ¿es más todo ello que una cantidad de ochenta mil libras, cuyos réditos ha descuidado V. de pagar durante diez años? A lo sumo, y ya que V. se empeña, añadiremos á ambas partidas para el arreglo de nuestra cuenta hasta el día, los pequeños adelantos que le hice para que pudiera presentarse en la Trelade de un modo más decoroso. Por lo demás, esto no debe quitarle á V. el sueño. Si en alguna ocasion tuvo V. que sufrir alguna molestia á causa de esos ochenta mil francos, ya sabe V. que no es á mí á quien debe culpar de semejante cosa, sino á la testamentaria de mi padre.

—De suerte, mi querido Jolibois, que, segun eso, ¿ningun inconveniente tendrá V. en aguardarme aun por espacio de algunas semanas? ¡quién sabe si la fortuna, que tan suegra se muestra conmigo hasta la presente, se cansará algun dia de perseguirme!

—Señor vizconde, si V. no tiene ganas de ofenderme y de que tome la puerta, le ruego encarecidamente que no hablemos más del asunto. Ahora que me acuerdo, todavía no me ha contado usted lo que pasó en la Trelade despues del regreso de la señorita Laura.

Gaspar se lo refirió todo, como á un confesor ó á un médico, sin ocultarle ni la más insignificante circunstancia.

—¡Bah! exclamó Jolibois, despues de haberle escuchado sin pestañear siquiera: el asunto no está tan desesperado como yo habia creído en un principio. Aun no se ha perdido del todo la partida, señor vizconde. Tenemos, es verdad, á la hija en contra nuestra; pero el padre está á nuestro favor.

—¡Ah! ¡mi querido Jolibois! eso mismo me decia yo cuando salí de la Trelade: ya me conoce V., y sabe que no soy hombre que se ahoga en poca agua. Pero, ¡ay! aun cuando yo contaba con las inspiraciones de mi génio, aun cuando me parecia imposible que M. Levrault no viniese en persona, ó mandase alguno á buscarme, aun cuan-

do se me figuraba que iba á regresar en triunfo á su castillo, todo me ha faltado á la vez. M. Levrault no ha salido de su huronera, y mi imaginacion, tan fecunda en recursos, ninguno me ha sugerido. Jolibois, mi estrella empieza á apagarse; el brillo de la de los Rochelandier la oscurece.

—Todavía no, señor vizconde, todavía no. Yo no diré que al fin y al cabo no nos arrebatan el triunfo; pero hemos de tener ¡vive Dios! la honra de disputárselo palmo á palmo. No ha de decirse de nosotros que hemos sucumbido sin gloria, ni que hemos rendido las armas antes de combatir. Vamos, alce V. esa frente, tenga valor y esperanza. Las leyes del destino no son invariables. Si hemos tenido nuestra derrota de Waterloo, otro día alcanzaremos la victoria de Austerlitz.

—¡Como! mi querido Jolibois, mi noble amigo, exclamó Gaspar cuyo semblante se alegró como por encanto; ¿tendría V. por fortuna algun medio para reembolsarse de sus maravedises?

—Al ménos creo tener uno, excelente para restablecer el esplendor de la casa de Montflanquin! respondió Jolibois con el tono inspirado de un profeta.

Y ambos interlocutores se lanzaron cariñosamente el uno en brazos del otro.

—¿Qué medio es ese? preguntó Gaspar pasado el primer momento de efusion.

—A los postres se lo diré á V. Pero.... ¡cómo!... ¿es esta toda la comida de V., señor vizconde?

Y al ver que este bajaba los ojos, y que no respondía una palabra, el notario prosiguió con el mayor énfasis:

—No ha de decirse ¡pardiez! de mí, que he visto impasiblemente al heredero de una familia poderosa en otra época, comiendo en el castillo de sus mayores un triste guisado de conejo. Galaor, añadió en voz baja, apareja mi caballo, y vete corriendo á Clisson á traernos que comer y que beber de una manera decorosa. Vamos, hijo mio, anda, que yo soy quien costea la fiesta.

Y así diciendo le puso en las manos unas cuantas monedas de plata.

Una hora despues ya se hallaba de regreso Galaor, el cual puso sobre la mesa dos enormes canastillos llenos de viandas, cuya vista acabó de regocijar al vizconde. La comida fué alegre. Los dos convidados comieron y bebieron por cuatro. La confianza de Jolibois se hizo comunicativa al corazón de Gaspar.

M. Levrault fué el tema invariable de la conversacion; júzguese, pues, si ambos apóstoles se divertirían ó no á sus espensas. Uno y otro se lanzaban alegremente al ex-mercader de paños, y se lo devolvían como una pelota. Si el bueno de M. Levrault hubiera podido escucharlos desde un

rincon, sin ser visto, no dudo que el pobre diablo hubiera quedado satisfecho.

A los postres, segun habia prometido maese Jolibois, expuso el plan de la batalla, que pensaba dar al dia siguiente. Su objeto no era otro que detener los progresos de los Rochelandier, y ganarles la oposicion, valiéndose de un golpe de audacia.

Debian suponer, sin embargo, que no habria descuidado Laura el dar á su padre la voz de alerta; pero Jolibois confiaba, y tenia una casi seguridad en apoderarse del gran fabricante, en cuya opinion tomaba á su cargo el perder á la marquesa y á su hijo, así como el restablecer en ella al vizconde, levantándolo á mayor altura que hasta entonces habia estado. Mientras el pasante de notario emprendia tan árdua empresa, Gaspar iria á echarse á los piés de Laura, ante quien se justificaria, atribuyendo al exceso de su amor las maniobras que habia empleado para alejar á los Rochelandier. Maese Jolibois fundaba sus principales esperanzas en una escena de pasion bien conducida y traída á cuento. El vizconde se comprometió por su parte á estar seductor é irresistible.

Gaspar que conocia perfectamente los deberes de la hospitalidad, propuso á Jolibois que pasase con él la noche en el castillo, y el pasante de nota-

rio aceptó con tanto mas gusto, cuanto que la noche estaba lluviosa y fria. Aun cuando esta se hallaba ya bastante adelantada, no era hora aun, sin embargo, de que nuestros dos amigos pensasen en ir á acostarse.

Para matar el tiempo hasta media noche, el vizconde propuso á Jolibois una partida de *Lansquenet*.

—Pero..... ¿Y naipes? preguntó este á Montflanquin.

—Galaor, dijo el vizconde á su lacayo; registra los bolsillos de mi frac viejo.

Con gran sorpresa de maese Jolibois, Galaor regresó de allí á un momento, y puso sobre la mesa un enorme paquete de barajas.

—¿Y dinero? preguntó segunda vez el notario.

—Es verdad, repuso Montflanquin; pero aun cuando todavia no he tocado este año á un solo maravedí de mis rentas, gracias á V., me quedan todavia algunos francos en mi escarcela.

El vizconde y maese Jolibois proseguian todavia jugando á las dos de la mañana, y el segundo habia ya perdido una suma bastante regular.

Despues de almorzar con los restos del festin de la vispera, Esteban Jolibois y Gaspar de Montflanquin partieron juntos para la Trelade, el segundo á pié, y el primero á caballo para llegar antes, conforme habian convenido.

El oficial de notario se iba adelantando al trote de su cabalgadura, castigando interiormente la arenga que debia encajar á M. Levrault. Escasamente distaria ya tres tiros de fusil del castillo del gran fabricante, cuando su rostro tomó repentinamente una espresion extraña.

Por la mente de maese Jolibois acababa de cruzar en aquel momento la idea mas diabólica.

## VII

Maese Jolibois no se hallaba ya animado del ardor que sentia la víspera. El sueño y la reflexion habian echado agua en su vino. Tan cierto es que cuando uno tiene á su disposicion veinticuatro horas, no hay empresa por árdua y delicada que sea, que no parezca fácil y de un éxito seguro; de nada se duda entonces; todo inspira la mayor confianza; en la imaginacion bullen mil recursos irresistibles, y cree uno tener á la mano mil combinaciones á cual mas ingeniosas, la peor de las cuales bastaria en nuestra opinion para triunfar de todos los obstáculos. Pero á medida que trascurre el tiempo y que el momento de obrar se aproxima, las dificultades de la empresa empiezan á surgir de entre la niebla que las ocultaba á nuestros ojos, se turba uno, vacila, y cuan-

do al fin llega la hora, se convence de que las combinaciones de las cuales se prometia maravillas, no tienen sentido comun, y que las tropas con que contaba, se han convertido cuando mas en soldados de plomo. Todo esto ni más ni ménos sucedia á maese Jolibois, el cual habia partido para la Trelade decidido á llevar á cabo la aventura, pero ménos tranquilo que nunca sobre el reembolso de sus ochenta mil libras.

Jolibois, sin embargo, habia ocultado á Gaspar sus recelos temeroso de desanimarle y de paralizar los medios de que este disponia. Mientras no se separó de él, siempre conservaba un resto de esperanza; pero así que se quedó solo en medio de los campos frente á frente con la realidad, no pudo ménos de sentir un repentino desfallecimiento.

—¿Qué intento es el mio? se preguntaba interricrmente el pasante de notario; en el estado en que se hallan las cosas, lo más probable será que me ahogue en el mismo vaso con Montflanquin. ¡Todo se ha perdido, absolutamente perdido! exclamaba dejando caer la brida sobre el cuello de su caballo; el pobre vizconde tenia razon en decir que su estrella empezaba á apagarse por el brillo de la de los la Rochelandier.

La situacion, en una palabra, no ofrecia á Jolibois aspecto alguno lisongero por cualquier lado que la mirase; en aquel momento la conside-

raba tan enteramente desesperada, que no comprendia cómo habia podido juzgarla de otro modo.

La marquesa era en aquel instante para él una mujer en extremo ladina. Laura no tenia nada de tonta, y el pasante de notario creia además que aun cuando M. Levrault se mostrase propicio al vizconde, era punto menos que imposible que dejase de despertarse su desconfianza, y que consintiese en aceptarlo por yerno á ojos cerrados, como lo hubiera hecho algunos dias antes. Luego sabia muy bien que las virtudes del vizconde no eran de esas que resisten á un detenido exámen; y á la penetracion de maese Jolibois no se le ocultaba que una vez despertada la desconfianza de M. Levrault respecto al vizconde, no dejaria de hacerse extensiva al hombre que habia introducido en la Trelade á aquel modelo de los hijos-dalgos, á aquella perla de la caballería. ¿Con qué cara se presentaria entonces al gran fabricante y á su hija? ¿Qué podria contestar á las justas reconvenciones que tarde ó temprano habrian de dirigirle? Porque Jolibois estaba seguro, de que un dia ú otro, al fin habia de descubrirse la verdad.

Los andamios de mentiras vienen á ser lo que las tapias de los cercados, en las cuales así que se desprende la primera piedra, se lleva detrás de sí á las demás. El oficial de notario no podia desco-

nocer por otra parte que en este asunto había representado un papel del que se prometía menos gloria que provecho, y el cual iba á proporcionarle tanto provecho como gloria. Así es que Estéban Jolibois, bajo todos los puntos de vista que miraba el negocio, no preveía más que ruina, desastres y humillaciones. No podía tampoco resignarse á abandonar la partida, porque no se le quitaba de la memoria sus ochenta mil francos, ni los anticipos que había hecho para adecentar á Galaor y á su amo, ni la comida que había pagado la víspera, ni los cien escudos que, so pretexto de matar las horas, le había ganado al lansquenet el endiablado vizconde; para colmo de su desdicha, pensaba también en la clientela de M. Levrault que iba á irsele de entre las manos, y todo esto reunido le hacía preguntarse interiormente si sería él en resumidas cuentas el víctima de la farsa, el Geronte de la comedia, y el Casandro de la arlequinada. ¿Qué hacer en tan duro trance? El buen Jolibois se comía las uñas de tanto meditar, y por una idea hubiera dado en aquel instante todos sus protocolos, sus clientes, y hasta la escribanía entera. Solamente le faltaban ya algunos pasos para llegar á la Trelade, cuyas pizarras veía brillar al través de la espesura; ya llegaban á sus oídos los ladridos de los perros y el relincho de los caballos, sin que se le hubiese ocurrido al infeliz ningún pensa-

miento consolador, cuando su frente se desarrugó de improviso, y alzándose sobre los estribos con arrogancia, lanzó sobre la Trelade desde la colina, por la cual se preparaba á descender, una mirada de desafío.

Estéban Jolibois se hallaba en la posición del hombre que no teniendo nada que perder, puede aventurarse á todo impunemente. Cuando se llega á semejante estado, un corazón valiente solo toma consejo de su desesperación; la prudencia de nada sirve entonces; únicamente la audacia es la que ofrece probabilidades de éxito. Si está decretado que ha de caer, quiere al ménos que sea de gran altura; si ha de quedar aplanado, desea que, como los Titanes, sea por haber intentado escalar el cielo. Tal es mi opinión, y de esta manera opinaba también maese Jolibois.

Ahora bien; siendo esto así, ¿qué tenía de extraño que el acreedor de Montflanquin, en vez de representar un papel secundario con el objeto de recuperar un centenar de miles de libras que contaba ya con los muertos, aspirase á hacerse por medio de un golpe de mano dueño del campo de batalla donde debían encontrarse los la Rochelandier y el vizconde? ¿Por qué, en lugar de combatir para recobrar la gloria de una bandera deshonorada, no había de pelear por su cuenta y riesgo para plantar valientemente la suya sobre los lares de



Mr. Levrault? ¿Quién le aseguraba que no podría llegar, como el tercer ladrón de la fábula, hasta el punto de conducir con su ronza al Aliboron de la alta industria? El aprendiz de notario ya había rondado una vez los millones del gran fabricante, si bien el asalto había sido tímido y discreto; al presente empero se trataba de un sitio en toda regla, y en todo caso, derrota por derrota, mas valía sucumbir combatiendo por una causa propia, que participar de la humillación del vencimiento con Montflanquin.

En ménos de un cuarto de hora improvisó el plan de campaña más formidable que hubiera concebido jamás un general en derrota. En él ponía su honor á cubierto, adquiría grandes títulos á la gratitud del fabricante y de su hija, y les obligaba á reconocer que los Levrault no tenían un amigo más adicto, más fiel y más apasionado que su persona sobre la tierra. ¿Quién podía calcular hasta donde llegaría la gratitud del ex-mercader? De todos modos, contaba conseguir al ménos libertarse de las sospechas de su complicidad con el vizconde, y de esta manera, aun cuando no atrapase los millones de Mr. Levrault, se aseguraba en cambio para siempre su estimación, ó mejor decir, su clientela.

Pasando revista á todos los proyectiles de que se proponía hacer uso, no desconfiaba tampoco ente-

ramente de volver á apoderarse de aquel plebeyo estúpido, y de variar el curso de sus ideas, imprimiendo á su tontería una nueva dirección. Respecto á la hija, prometíase traerla á mandamiento en tiempo oportuno, y cuando le viniera á las mientes: Jolibois estaba muy lejos de reconocer el temple de Laura, y se lisonjeaba, por tanto, de que se dejaría arrastrar por su padre como un esquiife por un navío de tres puentes. El que nada arriesga, nada gana; Jolibois, sin embargo, poco iba á aventurar y podía ganarlo todo. Ebrio con la exaltación que es compañera inseparable de las resoluciones extremas, lleno de ánimo, ligero como aróilla y locamente contento de no verse ya á la grupa del amigo Gaspar, y dueño de maniobrar por su propia cuenta, metió las dos espuelas al jamelgo, hendió el aire con el látigo, y avanzó resueltamente hácia la Trelade, exclamando *¡Errar ó quitar el banco!* Háblele tocado el turno de entrar en la liza, no como un miserable escudero, sino cubierto con su casco, y lanza en ristre, y se proponía dar el golpe de gracia al vizconde, medir sus armas con los la Rochelandier, y disputar á una aristocracia ambiciosa y rapaz los escudos del gran fabricante. En todo esto había cierto no se qué del espíritu aventurero de otra época, que agradaba extraordinariamente á la imaginación del aprendiz de escribano. Maese Jolibois se sorprendía de que no le hubiese

ocurrido más pronto tan feliz pensamiento. Si su empresa fracasaba, nada perdía en resumidas cuentas; pero en cambio si la daba feliz término, ¡qué gloria para él! No hablo de los millones, porque sabido es que el aprendiz de notario no llevaba su espíritu de partido hasta querer mal al dinero: Jolibois era republicano.

En aquel tiempo, cada provincia se mostraba orgullosa de poseer una media docena de notarios y procuradores que tenían necesidad de cambiar la forma de Gobierno. La necesidad de una nueva revolución se hacía ya sentir en algunas de las notarías del departamento. Maese Jolibois pertenecía á aquella falange de Harmodios de boardilla, que se indignaban al ver el servilismo de su patria, y que aspiraban á libertarla del pesado yugo que gravitaba sobre ella. Bajo un exterior de ligereza y superficialidad, el ex-notario ocultaba las más austeras virtudes. Sus ideas sobre la fraternidad y la igualdad no dejaban que desear nada.

Si despreciaba á los ujieres y á los escribanos de diligencias; si hacía poco caso de los abogados; si trataba á la baqueta á sus escribientes, y como de turco á moro á los parroquianos que no le pagaban, no por eso hubiera llevado con paciencia que alguno sostuviese delante de él que un notario era de peor condicion que un mariscal de

Francia ó un príncipe de la sangre. Cuando le convidaban á comer en alguna casa opulenta, miraba indiferentemente el lujo y la elegancia del servicio: la envidia jamás había tenido entrada en su noble corazón: á lo sumo solía preguntarse á sí mismo al día siguiente de un banquete, por qué algunas personas que valían menos que él usaban vagilla de plata, cuando todo un maese Jolibois gastaba servicio de loza. Pero la cualidad que más ostensiblemente brillaba en él, era ese desprecio del oro, ese antiguo desinterés peculiar tan solo de las almas republicanas. ¡Guárdese el lector de sospechar en nuestro aprendiz de notario ni un átomo de ambición! ¡Dios nos libre! ¡detengámonos con respeto ante uno de los caracteres más puros, de cuya posesión se vanaglorian los tiempos modernos! Si Jolibois se había decidido á dar caza á los millones de Mr. Levrault, era porque pensaba únicamente en las miserias del pueblo y en los medios de aliviarlas. Un castillo, á cuyas puertas el pobre no llamaría jamás en vano, una propiedad vastísima que le permitiese dar trabajo á los demás jornaleros posibles y un palacio en París para reunir en él á sus amigos y consultarles sobre las clases menesterosas, era todo cuanto quería Jolibois: tales eran los sueños modestos de este campeón de la democracia.

Mientras que Jolibois iba marchando hacia la

Trelade con aire de conquistador, Mr. Levrault se entregaba á las más crueles perplejidades. Había pasado muy mala noche, y según las trazas esperaba un día peor que la noche. El sol se hallaba ya á bastante altura, y el vizconde, sin embargo, no había parecido aún. El pobre ex-mercader había andado errante toda la mañana como una alma en pena por el camino que conducía al palomar de Montflanquin. Si Laura no lo hubiese vigilado de cerca, indudablemente hubiera llegado hasta el desmantelado castillo del vizconde.

—Ya lo estás viendo, decía á su hija con aire consternado; Gaspar no vuelve: un Montflanquin no se deja ultrajar así como quiera; el vizconde ya no existe para nosotros.

—Tranquilícese V. padre mío, el vizconde volverá; replicaba Laura con una confianza no desmentida desde la víspera.

Mr. Levrault movía de un lado á otro la cabeza, y lloraba en lo interior de su corazón al yerno que se le iba de entre las manos. ¡Un yerno de tan buen calibre, y que le hubiera costado tan poco! Después de almorzar, se retiró á su habitación, tanto por libertarse de la importunidad de Laura, como para dar rienda suelta á la amargura de sus reflexiones. La hija del ex-mercader había ido tan lejos, que su padre no sabía qué determinación tomar; había aquella además vuelto á la carga

tantas veces, que la cabeza del gran fabricante se parecía á un palenque en el que chocaban los pensamientos más contrarios, combatían encarnizadamente y se destruían como bestias salvajes.

Mr. Levrault no se había encontrado jamás en una situación tan crítica: el bueno del ex-mercader, en una palabra, se hallaba con el agua al cuello. Había instantes en que veía á Gaspar blanco como la nieve, y quería ir á buscarle; otros, llegaba á entrever algo de la verdad, y entonces no podía menos de preguntarse interiormente, si su hija tendría razón. Tan pronto trinaba contra la calumnia, que nada respeta, y andaba á puñetazos con los muebles, y desgarraba su bata con las uñas, como meditaba con profundo abatimiento sobre todo lo que Laura le había revelado. De suerte, que Gaspar, como un navío juguete de las olas, unas veces tocaba á las nubes, y otras estaba á punto de sumergirse en un abismo sin fondo: lucha terrible y silenciosa, que solo tenía á Dios por testigo, y de la cual únicamente Mr. Levrault hacía el gasto.

—¡No, no! ¡es imposible! exclamó de repente el ex-mercader de paños, conjurando con un gesto majestuoso los fantasmas que le asediaban; un Montflanquin no ha engañado á nadie jamás, ni un Levrault es tampoco un maniquí con el cual puede jugarse como con un miserable plebeyo.

¡Bah! yo conozco bien á la aristocracia. Si Gaspar no fuese lo que aparenta ser, no hubiera tenido nadie necesidad de advertírmelo, porque lo hubiese conocido yo al vuelo. El vizconde es digno de su raza, y como aquel caballero del que Laura me ha hablado algunas veces, es valiente é intachable. Y si no fuera así, ¿qué interés tendría Jolibois en habérselo ponderado hasta las nubes? ¿Con qué objeto habia de presentárnoslo como el honor y la lealtad personificados? ¿A qué fin habia de haberlo escogido para que nos dirigiese y acompañase en todas nuestras excursiones? Jolibois es un mozo muy honrado: sabe quién soy yo, de qué manera suelo gastarlas, y qué clase de consideraciones me son debidas, para que pudiera atreverse á introducir en mi casa una virtud dudosa. Demasiado bien conoce la madera de que somos los grandes fabricantes para que ignore que no admitimos así como quiera á las gentes en nuestra intimidad. ¡No, no! es imposible, repetia con una exaltacion creciente por instantes. Estrujaré á la calumnia como á un reptil bajo mis piés, y el vizconde será mi yerno.

Y resuelto esta vez á tenérselas tias á su hija, iba á escaparse para correr hácia el palomar de Montflanquin, cuando sintiendo crugir la escalera, que conducia á su aposento, bajo la presion de fuertes y precipitados pasos, exclamó echándose

hácia atrás y aprestándose á lanzarse sobre su presa:

—¡El es! ¡él es! ya está aquí.

Al ruido de aquellos pasos, no obstante que iban acercándose cada vez mas, iba mezclado el acento de una voz temblorosa y conmovida, que el padre de Laura intentaba en vano reconocer.

—¿Dónde está M. Levrault? preguntaba la voz mencionada, que no era la de Gaspar: ¡es preciso que me lleven donde se halla! es indispensable que yo le vea y le hable! Los momentos son preciosos; ¡no hay que perder ni un segundo!

M. Levrault creyó que se había prendido fuego en la Trelade, y lanzándose desalentadamente fuera de la habitacion, faltó muy poco para que maese Jolibois lo echase por tierra.

En efecto; el recién llegado no era otro que el mismo Jolibois, á quien acabamos de dejar no hace aun un cuarto de hora en el camino de la Trelade, y al cual nos hubiera costado gran trabajo reconocer en este momento, porque estaba desconocido. ¡A qué ejercicios, á qué gimnástica tan desenfadada habia debido entregarse para cambio tan repentino y tan completo! Al ver sus botas empolvadas, su pantalon lleno de barro, su corbata suelta, y todo su traje en el mayor desorden, cualquiera hubiera dicho que venia de correr en posta una distancia de doscientas leguas. Su semblante

estaba en armonía también con el vestido y aun cuando todos los vientos desencadenados se hubiesen disputado su cabellera, no habría estado más enmarañada. Su barba hacía recordar los erizados cabellos de Calchas, y en sus ojos, por último, en su fisonomía, y en todos sus movimientos había cierto no sé qué de extraño que hería de sorpresa y de espanto casi á M. Levrault.

—¿No se ha hecho nada aun? ¿Llego á tiempo? exclamó Jolibois sin respirar, con aire asustado y entrando como un huracán en la habitación. Si ya es tarde, ¡maldición sobre mí!..... porque yo seré, caballero, quien tenga la culpa, y quien haya precipitado á V. en un abismo.

—¡En un abismo! repitió M. Levrault palideciendo: ¡en un abismo! continuó lanzando por la sala miradas de inquietud. ¿Qué quiere V. decir? ¿Qué abismo es ese? ¿Vienen por ventura los facciosos? ¿Intentan acaso atacar el castillo de la Trelade? Yo creía que al adherirse el vizconde al trono de Julio, había puesto fin á las discordias civiles.

—¡No es eso, señor, no es eso! repuso Jolibois fuera de sí: hable V., respóndame, dígame, cuénteme, ¿no se ha hecho nada aún? ¿no se ha concluido nada todavía? No me deje V. por más tiempo en esta incertidumbre, y tenga piedad de mi angustia.

—Pero ¿se ha propuesto V., por ventura, volverme loco? exclamó el ex-mercader, cuyo terror iba redoblándose, á medida que iba observando las trastornadas facciones del aprendiz de escribano. —¿Qué demonios trae V.? ¿qué hay? ¿qué sucede? ¿Cómo quiere V. que yo me compadezca de su agonía si no empieza V. teniendo piedad de la que yo sufro? Si V. no me dice nada, ¿qué quiere que le diga yo?

—Es verdad, repuso Jolibois, golpeándose en la frente; no había caído en ello; y es que he perdido la cabeza: perdone V. mi agitación. Acabo de llegar de Nantes sin otro objeto que el de salvar á usted, si es tiempo todavía, y he andado las ocho leguas en cinco cuartos de hora. Mi caballo se ha caído de fatiga en la verja del castillo, y dudo que vuelva á levantarse. ¡Qué animal tan noble! Según la velocidad que ha traído, no parecía sino que adivinaba que se trataba de la salvación de V. y de la de toda su familia.

—¡Al hecho, Jolibois, al hecho!..... ¡me tiene V. en brasas! tengo en mis caballerizas diez caballos; de consiguiente, si el de V. no puede levantarse, ya lo reemplazaremos. En el servicio de los Levrault nadie pierde nada. Explíquese V., y sea claro y conciso: ¿qué clase de peligros nos amenazan?

—Ahora voy, caballero, ahora voy; pero dígame usted antes si llego á tiempo de sacar á V. del abis-

mo en donde lo he precipitado. ¿El contrato está firmado ya? ¡Ay! ¿Quién habia de decirme que otro que maese Jolibois....? Pero no hablemos de esto; yo he perdido hasta el derecho de quejarme. Si está firmado efectivamente, al menos no es de ningun valor hasta despues del matrimonio. Con que dígame V., prosiguió Jolibois con voz vacilante, y dirigiendo á Mr. Levrault una mirada en la cual se revelaba toda la ansiedad de su corazon: ¿se ha concluido todo? ¿ha consumado el destino de su obra? ¿nos hallamos frente á frente con una desgracia irreparable? ¿Estoy condenado yo á arrastrar un remordimiento eterno? Respóndame V., por Dios, y mas que su respuesta haga sobre mí el efecto de un rayo; ¿se celebró ya el matrimonio?

—¿Qué matrimonio? preguntó M. Levrault con el continente de un hombre, que esperando que va á desplomarse sobre él una bóveda, siente tan solo el golpe de una pompa de jabon en las narices.

—¡Bah! respondió Jolibois, no sin alguna sorpresa; el único de que se habla á esta fecha en toda la Bretaña; el de su hija de V. con el vizconde Gaspar de Montflanquin.

Despues de lo que habia pasado el dia anterior, y en la posicion delicada que se hallaba el ex-mercader respecto del vizconde, las últimas palabras de maese Jolibois se parecian tanto á una

burla, que Mr. Levrault creyó por un instante que se mofaba de él; así es que por toda respuesta no hizo más que encogerse de hombros, meterse las manos en los bolsillos de la bata, y ponerse á dar vueltas en torno de la habitacion como un oso mal domesticado.

—¿Conque, segun eso, caballero, el matrimonio no se ha celebrado aún? continuó maese Jolibois: ¿con que la señorita Laura no se halla unida todavía al vizconde de Montflaquin por lazos indisolubles, por un juramento irrevocable?

—¡Eh! ya he dado á entender que no, amigo mio; contestó el ex-mercader: el casamiento no se ha celebrado. Pero.... ¿de dónde diablos viene usted? ¿de dónde sale? ¿quién le ha contado esas majaderías? Vamos, vamos, dejémonos de eso, que no merece la pena de insistir en ello tanto.

—¡Ah! Todavía no están casados!... ¡loado sea Dios! exclamó Jolibois en un trasporte de gozo celestial. ¡Yo os doy gracias, Dios mio, puesto que habeis prestado las piernas de una [corza á la cabagaldura de un pobre notario de provincia! ¡habéisme permitido además llegar bastante á tiempo para salvar á la inocencia, descubrir los proyectos de un malvado, y para que pudiese reparar todo el mal que he hecho! ¡Gracias otra vez, mi Dios y señor, puesto que no os habeis dignado consentir que la virtud sirviese para el triunfo del

vicio! Ellos no están casados y el daño por consiguiente, es remediable todavía.

Y Jolibois, con las manos juntas, y los ojos elevados al cielo, parecía abismado en un religioso éxtasis: Mr. Levrault le contemplaba estupefacto, preguntándose en su interior si aquel diablo de hombre tenía sus cinco sentidos cabales.

—Pero en resumidas cuentas, querido mío, ¿tiene usted la bondad de decirme qué demonios significa todo eso? preguntó al fin Mr. Levrault, rascándose la oreja. Hasta el presente aun no ha dicho V. una palabra, ni una sola, que no sea un enigma para mí. Ha reventado V. su caballo, se ha dejado caer sobre la Trelade como una bomba; y sin embargo, todavía no me ha dicho el por qué. ¿A V. qué le importa que se hayan casado ó no? ¿Qué tiene usted que ver con ese matrimonio para afligirse ó regocijarse con el extremo que ha hecho ambas cosas?

—¡Oh, alma bellísima! ¡Oh, corazón tres veces noble! exclamó maese Jolibois con una emoción tan bien aparentada que M. Levrault, enternecido sin saber por qué, estuvo á punto de deshacerse en llanto; todavía no ha penetrado la desconfianza en su pecho, ni sospecha nada. A pesar de la disposición asombrosa que tiene para los negocios, es cándido en lo demás é ingenuo como un niño! ¡Marcha sonriendo á través de los peligros, y juega tranquilo á la orilla del cráter que se abre para devorarlo!

¡Solamente en la fuente de Aretusa pudieran encontrarse algunos seres privilegiados que se le pareciesen! ¡Esos seres que se mezclan á las ondas tumultuosas del mundo, sin que se empañe el cristal de su alma! Venga V. acá, desgraciado, añadió en seguida, asiendo de improviso el brazo del gran fabricante: ¿no sabe V. lo que es el vizconde de Montflanquin? respóndame V. ¿No lo sabe?

Estas palabras fueron un rayo desprendido de un cielo azul y sereno. Al oír pregunta tan formidable, M. Levrault no pudo menos de palidecer y estremecerse. Anonadado, con la vista estraviada y palpitante como un pájaro entre las uñas de una ave de rapiña, miraba á Jolibois que le apretaba el brazo como si su mano fuera de acero. En aquel supremo instante habia en la mirada y en la actitud de Estéban Jolibois algo de frío, de siniestro y de terrible, que recordaba á Beltran, al misterioso compañero de Roberto el Diablo. Durante algunos segundos hubo ese imponente silencio que precede de ordinario á las situaciones solemnes. Jolibois fué quien lo rompió el primero, exclamando:

—¡Ah! ¿con que no ha salido todavía de mi boca una palabra que no sea para V. un enigma? ¿Con que ignora V. el objeto que me conduce á su presencia? ¿Con que nada ha comprendido V. aun? Pues bien; ahora va V. á saberlo todo.

Y sin más preámbulos, y con voz seca é incisiva, maese Jolibois le contó todo aquello que el lector, más perspicaz que el ex-mercader, habrá ya adivinado largo rato hace. El aprendiz de escribano desabotonó á Gaspar hasta dejarle enteramente desnudo; deshizo la trama que había ayudado á levantar. Cada una de sus frases era un golpe de maza para las ilusiones del ex-mercader, el cual veía deshacerse al vizconde pieza á pieza y pedazo á pedazo. Montflanquin, en resumen, pertenecía á la antigua nobleza de Bretaña; pero había arrastrado sus blasones por el lodo de toda clase de pantanos.

Después de comerse su patrimonio, había traficado con su nombre, adhiriéndose al trono de julio: pero el rey, la reina, los príncipes y las princesas, no tardaron en volverle la espalda. Abrumado de deudas, sin dinero ni nada equivalente, y siendo de una casa demasiado buena para resignarse al trabajo, vivía en París de la *ruleta y del treinta y cuarenta*, y á espensas de algunas viudas, ninguna de las cuales había gustado de él para marido. En cuanto á la señorita de Chanteplure, había pasado tan rápidamente por aquellos contornos, que nadie se acordaba siquiera de haberla visto.

M. Levrault, que se hallaba preparado desde la víspera para tan extrañas confianzas, conocía que á cada palabra de Jolibois iba cayéndosele una tela

de araña de los ojos. De allí á un cuarto de hora ya no había quedado nada de su antiguo vizconde.

—El muy bellaco, añadió Jolibois, después de terminar el capítulo de culpas del vizconde, había conseguido engañarme y hacer de mí su cómplice. Esta mañana, ¿qué digo? hace algunas horas no más, creía yo en él casi tan confiadamente como pudiera V. mismo. Tan lejos estaba de sospechar lo que era, que al oír la semana anterior que iba á casarse con la señorita Laura, recibí con el mayor regocijo la noticia. Confieso, no obstante, que no dejé de sorprenderme el que no se me llamara para extender el contrato; porque ha de saber V. que hace bastante tiempo que me halaga la esperanza de llegar á ser el notario de su familia; pero como Jolibois no es egoísta, dábame el parabien por este matrimonio, y hasta me regocijaba de haber servido de vínculo intermediario entre la familia de los Levrault y la casa de los Montflanquin; cuando al levantarme del lecho esta mañana, se presentó en mi habitación un respetable magistrado, el cual venía á contarme todo lo que acabo de referir á V. ¡Maldición eterna! ¿Comprende V. ahora mi espanto? ¿extraña V. ya que haya reventado mi caballo y caído sobre la Trelade como una bomba? ¿Adivina V. al fin lo que quería darle y entender cuando le dije que se trataba de una cosa referente á mi honor y á su felicidad?



—Preciso es confesar, repuso M. Levrault, que el tal vizconde es el pillastre más descarado que se cobija bajo el cielo; á pesar de todo, puedo asegurar á V., maese Jolibois, que no tenia yo necesidad de eso para conocer el verdadero valor de ese buen alhaja, escasamente le habia visto tres veces, cuando advirtiendo en él cierto no se qué repugnante, dije para mi coledo:—«Este pájaro no es un verdadero noble.»—Así es, maese Jolibois, que jamás hubiera yo consentido en darle mi hija en matrimonio, aunque francamente hablando, estaba muy lejos de presumir que cupiesen en él tanta audacia y perversidad.

—Pues ha de saber V., prosiguió Jolibois moviendo de un lado á otro la cabeza, que tiene á dos pasos de aquí otro castillo de cuyos propietarios le aconsejo también que se guarde, sino quiere caer de Scilla en Caribdis, y libertarse de un abismo para ir á dar en un nido de víboras.

—¿Qué castillo es ese? preguntó el gran fabricante.

—El castillo de la Rochelandier, en el cual debo advertirle que habita cierta marquesa, mucho más peligrosa aún para V. que el vizconde; si ninguna prevención le hice respecto á ella, á su llegada á la Trelade, era porque la suponía ausente del país: repito, empero, que desconfie del castillo de la Rochelandier, porque la marquesa en Bretaña viene

á ser la Juana de Arco de la legitimidad. Usted es una persona influyente, acaudalada, y ocupa en el mundo un rango demasiado elevado para que no procure, por cuantos medios estén á su alcance, conseguir que los millones de V. redunden en provecho de su hija y del partido que defiende.

—¡Demonio! exclamó M. Levrault: ¿es por ventura algun monte de Torozos esta Bretaña, de la cual me habian dicho que era la tierra clásica del honor y de la lealtad?

—¿Qué quiere V., amigo mio! Usted tenia grande empeño en rozarse con la nobleza, y lo ha conseguido completamente; el vizconde de Montflanquin le ha adulado y proseguirá adulándole con el mayor desinterés. Recibe V. en su casa y admítete á su mesa al caballero de Barbanpré, que no comprende cómo pudo vender Esaú su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, pero el cual seria capaz de dar su alma por un paviplollo trufado. Lleva V. á paseo en su carruaje al conde de Kerlandec, hidalgo de excelente raza, á quien Gaspar debe quince mil francos, para cuyo reembolso únicamente cuenta aquel con el dote de la señorita Laura, y finalmente, ahora se presenta la marquesa de la Rochelandier, que es más astuta, más ambiciosa y más tramposa con mucho que todos los demás. ¡Ya verá V. cómo todos ellos se abaten y giran en torno de sus riquezas, como las

mariposas en torno de la llama de una bugía! El sueño dorado de V. era entrar en relaciones con la aristocracia, y por Dios que debe estar completamente satisfecho. Cuando me confi6 sus proyectos y sus esperanzas, creí que debía respetar sus ilusiones, porque conociendo V. tan á fondo mis ideas políticas, temí que sospechara de mi imparcialidad. ¡Ah! si yo me hubiera atrevido á hablar entonces.....

—¿Qué me hubiera V. dicho, maese Jolibois? le preguntó M. Levrault, tocándole ligeramente en el hombro.

—¿Qué? exclamó el notario con vehemencia; hubiérale á V. dicho: M. Levrault, cuando un hombre como V. quiere relacionarse con la nobleza, lejos de elevarse desciende por el contrario; en vez de usurpar, abdica; hubiérale dicho además: ya se acerca el tiempo en que tienen que verificarse los más notables acontecimientos, y á fé que no será apoyándose en el brazo caduco y decrepito de su hermano mayor, como podrá la nueva aristocracia hacer frente á las tempestades que se ciernen sobre su cabeza.

—¿Qué tempestades? preguntó M. Levrault sorprendido.

—¡Cómo! ¿y es V. quien me lo pregunta, caballero? exclamó Jolibois: ¿no está V. viendo, por ventura, el horizonte cargarse de nubes? ¿no siente

temblar la tierra bajo sus piés? La Francia se agita, y el mundo no puede ménos de estar á la expectativa de grandes sucesos.

—¿Está V. loco, maese Jolibois? Jamás ha sido la Francia más feliz, ni ha estado su industria tan floreciente; la clase media se halla entronizada en el poder: ¿qué más pudiera desear?

—¿Y el pueblo? preguntó maese Jolibois cruzándose lentamente de brazos; ¿se ha olvidado V. del pueblo, por ventura?

—¡El pueblo! repitió asombrado M. Levrault; ¿pues qué le falta? ¿No he sabido yo labrarme una fortuna de doce millones?... ¿quién le impide hacer otro tanto?

—Repito á V., añadió Jolibois, que se preparan grandes acontecimientos. El pueblo anda actualmente á los alcances de la clase media, como la clase media iba en otro tiempo á los de la aristocracia. Aquella mató á la aristocracia: el pueblo matará á la clase media.

—¡Bah! exclamó M. Levrault, mi periódico no me dice de eso ni una palabra.

—El pueblo es grande, es magnánimo, prosiguió Jolibois con sentencioso tono; pero también es terrible. Yo no quiero ocultar á V. que el día en que pida cuentas á la clase media, no dejará esta de pasar un mal rato. Los millones serán entonces una carga muy pesada, y conozco más de un banquero

que se dará por muy contento con salvar su cabeza.

—¿Habla V. formalmente, Jolibois?

—¡Ay! con toda formalidad: siempre que pienso en ello me acuerdo sin poderlo remediar de V. y de su amable hija. Sé perfectamente que V. no ha hecho nada para atraer sobre sí las maldiciones del pueblo, cuyas necesidades se ha apresurado á socorrer en todas épocas, y á cuyas miserias ha procurado dar cuantos consuelos estaban en su mano. V. está muy lejos de formar parte de esos ricos egoistas y despiadados que declaran y sostienen, despues de haber comido opiparamente, la imposibilidad de que nadie se muera de hambre; pero demasiado conoce V. que en las tempestades revolucionarias suelen pagar con frecuencia los inocentes por los culpables. Y si estas sobrevienen, ¿qué será de V., justo cielo? Escuso decir que yo velaré por V. y por su hija tanto como me sea posible, y que apaciguaré al leon desencadenado, en tales términos, que le obligaré á que venga arrastrándose á lamerle los piés, porque el pueblo me conoce y me ama; ¿pero quién puede prever dónde nos hallaremos unos y otros cuando tal suceda? ¿me será dado llegar oportunamente para que mi pecho sirva á Vds. de escudo, y para libertarlos del peligro arrancándolos de él en mis brazos? Créame V., amigo mio; no cuente tan solo con maese Jolibois para

ocasion tan terrible, y en vez de procurar la alianza con un hidalgo, que serviría únicamente para designarlo á V. mejor á la venganza popular, dé V. su hija á un republicano de crédito, que pueda proteger á la vez sus vidas y su fortuna.

Al oír la idea de que casara su hija con un republicano, M. Levrault soltó tan estrepitosa cargada, que tuvo que llevarse la mano á los hijares.

Pero ¿está V. en su juicio, mi querido Jolibois? exclamó despues de su acceso de risa; el pueblo está demasiado contento para soñar siquiera en revoluciones. No puedo negar que me sorprende mucho el que un mozo del talento de V. tenga en política ideas tan chavacanas; aconséjole por lo tanto que se suscriba á mi periódico.

Jolibois volvió otras dos ó tres al asalto, aunque inútilmente. M. Levrault, ó no comprendía ó no quería comprender nada; todas las insinuaciones del honrado republicano, se aplastaban contra la inteligencia del ex-mercader, como las balas en la piel del elefante. El aprendiz de escribano tuvo, por ende, que retirarse con el corazon henchido de rabia y de desconsuelo.

En el recodo de la senda, y como á dos tiros de fusil de la verja, Jolibois encontró al vizconde de Montflanquin, el cual se habia retardado con el objeto de ir haciendo acopio en el camino de algunas frases que habia encontrado entre las cenizas de

su juventud y con cuyo auxilio contaba reducir el corazón recalcitrante de la señorita Levrault. Seguro del efecto que necesariamente habían de producir aquellas, había acelerado el paso, cuando le salió al encuentro maese Jolibois.

—¿Qué tal, amigo mío? preguntó á éste con ansiedad.

—¡Ya puede V. mandar tocar trompetas y clarines! exclamó el notario, blandiendo el látigo con ademán triunfante. ¡Ya pueden acudir á vuestra voz todos los peones albañiles de Bretaña! ¡Levántense de entre sus ruinas las humilladas torres del castillo de los Montflanquin! ¡Levántense hasta las piedras al sonido de los escudos del gran fabricante, como se elevaron en otro tiempo los muros de Tebas al dulce y sonoro eco de la lira de Amfion! ¡Restablézcanse por todas partes las armas y blasones de vuestra familia! ¡Encarámese Galaor á las almenas de vuestro castillo, y despliegue en ellas la bandera de los Montflanquin! ¡Estremézcanse de gozo dentro de sus sudarios los Baudouin y los Lusignan! ¡A V., señor vizconde, le está reservado el sobrepujar sus glorias! ¡No tiene más que presentarse en la Trelade, y los millones de M. Levrault estarán á las órdenes de V.!

—Diga V. más bien á las nuestras, ¡mi querido Jolibois! exclamó Montflanquin en un raptó de entusiasmo y de gratitud que no fué dueño de reprim-

mir. Sí, para nosotros son los millones, y esa endemoniada marquesa se morderá las uñas de rabia. Pero cuénteme V. los pormenores de la entrevista, Jolibois: ¿ha encontrado V. resistencia?

—Debo confesar á V., señor vizconde, que sus acciones se hallaban en una baja considerable á mi llegada. No es esto decir, sin embargo, que dudasen de la lealtad de V.; semejante duda la tengo por imposible, pero vacilaban al ménos; mas al escucharme á mí, todo cambió de aspecto. Los de Rochelandier quedan á cien piés bajo tierra, y V., mucho más alto de lo que lo ha estado nunca. Sin vanidad, señor vizconde, en esta ocasion creo poder lisonjearme de haberle hecho á V. un buen servicio, y de haberle preparado perfectamente el terreno.

—Generoso Jolibois; noble amigo mío, ¡jamás olvidaré que V. ha sido mi verdadero salvador! exclamó Gaspar, buscando honrosos pretextos para frustrar las esperanzas de todos sus acreedores; al fin voy á poder satisfacer á V. cuanto soy en deberle.

—¡Oh! ¡señor vizconde! exclamó á su vez Jolibois; otras atenciones más serias y más importantes deben ocuparle á V. en este momento: el crédito que yo tengo contra su casa es lo de ménos: cancele V. antes lo que debe á la memoria de sus antepasados, prosiguió magnánimamente el apren-

diz de escribano, pensando interiormente si seria ya hora de vengarse de todas las decepciones de Gaspar.

—¡Diantre! ¿con que es decir, preguntó el vizconde, cuyos verdes ojos brillaban á la luz del sol como dos esmeraldas, que podemos contar ya de seguro con los corderos de M. Levrault? ¿No se nos escapan ya, mi querido Jolibois? ¿se hallan efectivamente en nuestro poder?

—Tan en poder nuestro, señor vizconde, como si tuviera V. ya en el bolsillo el millon y ochocientos mil francos de dote que dá el gran fabricante á su hija.

—¡Un millon y ochocientos mil francos! repitió Gaspar, como si viera el cielo abierto.

—Justos y cabales: item más, cien mil libras que le asignan á V. para los gastos de instalacion. El día que el contrato se firme tomará V. posesion de tan bonita dote; segun tengo entendido, el papá suegro piensa además en que el matrimonio viva en su compañía.

—¡Pobre M. Levrault! ¿no le parece á V. que hablamos anoche de él con alguna ligereza? Asegúrole á V. maese Jolibois, que lejos de abochornarme por tener semejante suegro, cuando abra mis salones, diga lo que quiera el mundo, en ellos verá al padre de Laura.

—Vamos, vamos, señor vizconde, repuso Joli-

bois alegremente; al fin consiguió V. su objeto: los malos dias pasaron ya. Su estrella, libre de las nubes que empañaban su brillo, empieza á lucir clara y refulgente. En lo sucesivo ya podrá emprender esa vida de lujo y de boato que tan en armonía está con sus gustos, sus instintos y su elevada alcurnia, ¡un dominio señorial en Bretaña! ¡un palacio en París! ¡Caballos, palco en la ópera.....!

—¡Ay! Tiene V. razon, repuso Montflanquin con aire resignado: en la estacion del calor viajaré, é iré á los baños de Baden, de Homburgo.....

—Para mí será siempre una grande satisfaccion creerlo así, haber contribuido algun tanto á la realizacion de sus ensueños y de sus planes. Mis hijos, si llego á tenerlos, sabrán algun dia que su padre hizo cuanto pudo por restaurar el esplendor de vuestra casa, y por vengar al actual jefe de aquellos ultrajes de la suerte. Aun cuando solamente les dejase esta hermosa página de la historia de mi vida, no tendrán derecho ciertamente para decir que no han recibido herencia alguna.

—Esperó, mi querido maese Jolibois, que dejará V. verse de vez en cuando, así en mi palacio de París, como en mis posesiones.

—¡Tanta bondad, señor vizconde!.... Pero..... permítame V. que le advierta que está perdiendo

un tiempo precioso. M. Levrault debe hallarse impaciente por abrirle sus brazos, y por darle el dulce nombre de hijo, que es como suele llamar á V. de algun tiempo á esta parte. Para el ex-mercader no es V. un yerno, sino un hijo predilecto.

—¡Bien se lo decia yo á V., Jolibois! ¡mi suegro es el mejor de los hombres! exclamó Gaspar con el acento de la más profunda, gratitud. No negaré, sin embargo, que tiene sus extravagancias!.... pero en recompensa, ¡qué alma la suya! ¡qué corazón!....

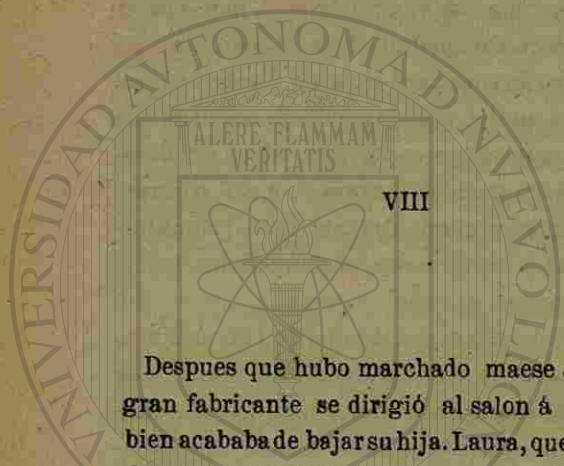
—Un corazón de oro, señor vizconde.—De consiguiente apresúrese V. á ir á la Trelade; corra usted, pues, á donde le aguarda la opulencia, y no olvide V. que tiene que representar á los piés de la chica!....

—¡De la chica!—Llámela V. la señorita Levrault, mi querido Jolibois.

—Eso quise decir.—No olvide V., repito que tiene que representar á los piés de la señorita Levrault la escena de que hablamos ayer. Procure V., señor vizconde, estar elocuente, irresistible. La señorita Laura aspira á la gloria de inspirar una pasión violenta, y no debe V. negarle tan inocente satisfacción. Paréceme á mí que si París valia bien una misa en tiempo del rey Enrique, un millon y ochocientos mil francos de dote, ya valdrán en nuestros días una declaración de amor.

—Gracias por sus buenos consejos, maese Jolibois, repuso el vizconde, sintiendo que su dignidad se iba levantando á la par que su fortuna: mil gracias, amigo mío, y no dude V. que me será fácil seguirlos fielmente. El papel que V. me ha designado no lo considero superior á mis fuerzas. Si es preciso que yo esté cerca de la señorita Levrault elocuente é irresistible, lo estaré sin necesidad de hacer grandes esfuerzos, y sin contraer por ello mérito alguno. Todavía no se ha extinguido en mí, á Dios gracias, el gérmen del amor, ni hallo tampoco extraño y sorprendente el que una jóven tan linda como la señorita Levrault tenga pretensiones de ser querida únicamente por su gracia y por sus hermosos ojos. Con que..... pasarlo bien, mi querido Jolibois, añadió Montflanquin alargándole las puntas de los dedos: no olvidaré en mi vida lo que ha hecho V. por el lustre de mi casa.

Y así diciendo, y dominando á duras penas la emoción que le impelia á brincar de gozo como un gamo, prosiguió gravemente su camino. Si nuestro amigo Gaspar hubiese vuelto por un instante la cabeza, y hubieran tropezado sus ojos en aquel momento con la mirada que lanzaba sobre él maese Jolibois, que permanecía inmóvil en el mismo sitio, á buen seguro que sus piernas habrían empezado á temblar.



Después que hubo marchado maese Jolibois, el gran fabricante se dirigió al salón á donde también acababa de bajar su hija. Laura, que había pasado gran parte de la mañana en uno de los extremos del parque, ni siquiera soñaba que el aprendiz de notario hubiese puesto los pies en la Trelade, y M. Levrault, por su parte, se guardó muy bien de decirselo. Después de andar este un corto rato dando vueltas alrededor del sillón donde estaba sentada su hija, sin dirigirla una palabra, rompió al fin el silencio diciéndola:

—En resumidas cuentas, Laura, parece que tu vizconde no debe ser gran cosa, y me asombra el que hayamos podido admitirle en nuestra intimidad.

—Vamos, padre mío, exclamó Laura; por fin y postre, ha tenido V. que adherirse á mi parecer.

—Dí mas bien que eres tú quien participa al fin de mis secretos sentimientos. Acuérdate sino de la manera que yo me expresé acerca de esa buena alhaja al día siguiente de nuestra llegada á la Trelade. A duras penas lo había visto, y ya estaba desconfiando de él; escasamente se había presentado á mi vista cuando ya me dió en las narices un cierto barrunto de que el tal Montflanquin era un pobre diablo.

—No lo he olvidado, padre mío; pero también recuerdo que el vizconde no tuvo que hacer mas que presentarse para merecer que V. le honrara con sus simpatías.

—¡Mis simpatías! exclamó el fabricante; ¿será preciso que te meta en la cabeza á martillazos que el badulaque de tu Gaspar no las ha merecido nunca? Todo me chocaba en él: su figura, su voz y hasta su manera de presentarse. Sus Baudouin y sus Lusignan no lograron fascinarme ni por un momento, así como tampoco su león atigrado en campo de gules. Sus atenciones continuas y su oficiosidad no me engañaron ni un solo instante; así es que yo decía para mi colete: este truhan ya sabe donde le aprieta el zapato.

—Y sin embargo, repuso Laura reprimiendo á

duras penas la risa, V. lo recibía, y lo festejaba, y hasta llegó á jurar que sería su yerno.

—¡Pardiez! ¿qué querías que hiciera? ¿No estaba yo viendo por ventura que era de tu agrado, que le amabas, y que te habías empeñado en casarte con él á todo trance? Solamente por no contrariarte era por lo que fingía yo que me parecía bien. Esto no obstante, tampoco te negaré que jamás se me pasó por las mientes el dudar de su moralidad. Yo decía para mí: el vizconde no es en verdad ni jóven ni buen mozo; no sé qué mil diablos encontrará en él mi hija que la seduzca; pero como en resumidas cuentas esto no concernía á nadie mas que á tí, me daba por conforme, y he llevado mi complacencia hasta defenderlo contra tus propios taques; ayer, esta mañana mismo he salido á su defensa, por la razon sencilla de que estaba persuadido que obrabas impelida por tu passion y arrebatada por un despecho amoroso. Con todo, como se trataba de tu felicidad, he creído que la ceca merecia la pena de reflexionarse, y cuando yo me pongo á reflexionar, suelo hacerlo de veras. A este fin encerréme en mi cuarto, y al cabo de dos horas de recogimiento y de meditacion silenciosa, he venido en reconocer que tu vizconde no es más que un saltimbanquis y un ganapan.

—¿Apostamos algo, repuso Laura riendo á car-

cajada tendida, que me pone V. todavía en la precision de que yo le defienda?

—¿Crees, por ventura, que con eso llegarías á persuadirme de que ha rehusado los favores de la corte, y de que se lanzó al rio por salvar á la señorita de Chanteplure? ¡Bah! Si es cierto que se ha presentado en las Tullerías, el rey y la reina le habrán vuelto la espalda. Y en cuanto á la tal señorita de Chanteplure, á decir verdad, me figuro que ni ha existido siquiera. Así pues, no vuelvas á hablarme en tu vida de semejante mozo; no me vendas rompiendo los oidos con que le amas, con que le adoras, y con que no te casarás con otro más que con él. Ya es tiempo de que demos fin á esta comedia.

—Pero, padre mio.....

—Nada, nada, no quiero ni oír hablar de semejante cosa; te prohibo terminantemente que pronuncies su nombre en mi presencia. ¡Bribonazo! ¡haberse atrevido á jugar con un hombre de mi importancia! Vamos, cuando pienso que ese embaucador, que ese farsante ha osado poner sus ojos en mi hija, toda la sangre de los Levrault hierve indignada en mis venas.

—Pero, padre mio, reflexione V. que.....

—¡Nada de reflexiones! exclamó el fabricante. Si algun sentimiento me aflige ahora, es el que los trabajos y las ocupaciones peculiares de la indus-



tria me hayan impedido dedicarme al manejo de las armas. Por la primera vez de mi vida me quejo de la suerte que no me ha hecho de raza militar: nosotros los fabricantes somos los mariscales de la paz. ¡Ah! Si Timoleon viviese, mataría dos pájaros de un tiro, vengando al propio tiempo á su hermana y á su padre ultrajados. Pero esto no obstante, ¡que venga el tal Gasparito á afrontar, si se atreve, mi indignacion! Yo le pondré las peras á cuarto, y despues de quitarle la máscara, se la arrojaré al rostro. Todavía no sabe nadie lo que es un Levrault cuando llega á montar en cólera.

—¡Ahí está el vizconde! exclamó Laura, que al levantar los visillos de la ventana, acababa de ver al bueno de Gaspar á través de los barrotes de la verja.

—¡Bah! ¡Es imposible! exclamó M. Levrault.

—¡Le digo á V. que es él! mire V., mire V. ¿no lo vé V. allá abajo? preguntó Laura entreabriendo la cortinilla.

—En efecto, allí viene, dijo M. Levrault; ¡qué feo es, parece una momia! ¡Vamos, por más que me doy de calabazas, no atino como hay quien lo encuentre buen mozo! Hazme el favor, Laura, de reparar en la fria y ceremoniosa política con que voy á recibirle.

—Si V. me lo permite, padre mio, me encargaré yo de recibir á M. Gaspar: esto me parece mejor

y más propio de la dignidad de V., la cual se comprometeria en cierto modo, poniéndose frente á frente con semejante hombre: aléjese V. de aquí, por tanto, y deje V. á mi discrecion el cuidado de darle dimisorias.

—Tienes razon, hija mia; yo me conozco bien á mí mismo, y sé que tarda muy poco á subírseme el San Telmo á las gaviás; una palabra imprudente suya, una sonrisa equívoca, un ligero fruncimiento de cejas, una mirada de reojo, cualquiera cosa, en fin, bastaria para sulfurarme y para ponerme en el disparador: vale más, de consiguiente, que yo no lo vea.

Y M. Levrault, que tenia ciertas sospechas de que el vizconde era un espadachin, y que se alegraba por tanto de que su hija se encargase de terminar aquel negocijo, se escurrió por la puerta-vidriera del parque mientras que Gaspar entraba por la del patio. La entrada del vizconde fué una de las más dramáticas que haya inspirado, desde que el mundo es mundo, el estravío de la pasion. Desde la puerta del salon á la butaca donde se hallaba sentada la hija del negociante, pudiera decirse que no habia dado más que un brinco: en seguida, arrojándose á los piés de la señorita Levrault, como si su cuerpo no tuviese coyunturas, ó por mejor decir, como si fuese una manta de algodón, cayó sobre sus dos rodillas, y hacien-

do un gesto de desesperacion, que hubiera podido pasar igualmente por un movimiento de estudiado coquetismo, ocultó la cara entre sus manos. Todo esto fué tan prontamente hecho, tan rápido, que no parecia sino que el vizconde se encontraba allí por arte de encantamiento. Laura permaneció inmóvil, y manejando con aire distraido un abanico de china que tenia en la mano, miraba á Gaspar tan indiferentemente, como si fuese un animal doméstico acostado en la alfombrilla que tenia á sus piés.

—¡Ah señorita! exclamó al fin el vizconde con voz apasionada: confieso que la he engañado á V., y que he imaginado y puesto en práctica cuanto era posible hacer é imaginar para alejarla del castillo de la Rochelandier. Astucias, mentiras, artimañas, de todo cuanto ha estado á mi alcance, me he valido para conseguirlo. Abrúmeme V., pues, si gusta con su cólera, pero evítame su desprecio, en gracia siquiera de que eran el amor y los celos mis únicas guías. Niña, cuya vida acaba apenas de empezar, fresco y cristalino arroyuelo en el cual no se ha reflejado aun más que el azul de la mañana, flor de inocencia, de gracia y de belleza, flor virginal, á quien bañan todavía las lágrimas de la aurora, V. no puede ménos de ignorar cuán devoradores son los fuegos que abrasan en mitad del dia, y cuantas tempestades no se desencadenan en

un corazon ya devastado. Hay almas en las cuales el amor no es más que un hilo de agua cristalina, que se desliza suavemente por un tapiz de verdura, al paso que hay otras en las que es un torrente impetuoso que atropella por todo cuanto encuentra delante, y que va abriendo su canal por entre las ruinas. Repito, pues, señorita que la he engañado á V., que he abusado de su credulidad, y que he ido siguiéndola y acechándola por todas partes como un espia. Confieso además que, celoso del aire que V. respiraba, de las brisas que jugueteaban con sus cabellos, y de las rosas que rozaban sus lábios, me he rebajado hasta valerme de la mentira ¡yo! ¡el conde de Montflanquin! Pero ¡ay! todo eso lo hacia únicamente por querer ocultarla á V. con una muralla de cien codos de altura, por guardarla, en fin en mi seno como un avaro guarda su tesoro. Sea V. por tanto, si le place, cruel y despiadada conmigo; pero no me ultraje V.; sirvanme de disculpa mi amor y mis celos.

Al pronunciar estas palabras, interrumpióse Gaspar y alzó los ojos hácia la señorita Levrault para ver el efecto que producía en ella su perorata, de la cual no estaba, á decir verdad, el bueno del vizconde del todo descontento. Laura continuaba enredando distraida con su abanico, cuyas varillas abría y cerraba repetidas veces, examinando lo fino del trabajo, admirando lo sublime de los colores,

y en actitud de no haber ni oído siquiera las palabras que acababan de dirigirla. Gaspar, por lo tanto, se quedó hecho una pieza.

—Estoy escuchando á V. señor vizconde, díjole al fin la hija de M. Levrault.

Estas pocas palabras fueron dichas con una voz tan suave y tan cariñosa, que creyéndose victorioso nuestro amigo Montflanquin, prosiguió con melancolía:

—Aun cuando todavía soy jóven, hace ya largo tiempo que creía calmadas para mí las borrascas de la pasión. Abrumado por las penas desde la edad de veinte años, habíame despedido ya de todos los risueños fantasmas de la mañana de la vida, y dando al amor un adiós eterno. Solo me restaba ya encerrarme en mi atahud y acostarme en mi tumba, cuando la presencia de V. vino á regenerar á mí ser. ¡Bendición del cielo! ¿Ha descendido V. sobre la tierra para curar los heridos y resucitar los muertos? Al verla á V. sentí que nacía, y, como Lázaro, tendí hácia el empireo mis brazos resucitados.

—Continúe V., continúe V., dijo Laura á Montflanquin, el cual acababa de despertar su flaca memoria.

—Verla á V. y amarla, todo fué uno. Había jurado á los piés de una moribunda sepultar mi corazón con ella, y por V. me he hecho infiel y perjuro. ¡Ah! ¡Cuál no fué mi espanto cuando me convencí

de que todavía no estaba muerto para todo lo que produce la vida, de que aun era jóven, de que todavía podía amar, y de que amaba en efecto! ¡Oh dulcísima y angelical criatura! ¡Si supiera V. cuántas lágrimas y remordimientos me ha costado! Quería huir de V. y una fuerza irresistible me arrastraba hácia su persona. Todas las noches al separarme de su lado, juraba no volver á verla, y sin embargo volvía á la mañana siguiente, más desgraciado, más ébrio de pasión que la víspera. ¡Ay! ¡asegúrola á V. que he sufrido mucho y que harto he combatido! ¡Tú, Dios mio, que lees en el fondo de los corazones, lo sabes bien! ¡Cuántas veces, al regresar de noche por desiertas sendas al castillo de mis padres, se me ha figurado ver agitarse en la oscuridad el irritado espectro de la señorita de Chanteplure! ¡Cuántas veces he creído oír su voz acusadora al través de los quejidos del viento! ¡Insensato de mí, que no comprendía que en lugar de indignarse por ello su sombra, debía por el contrario regocijarse! ¿No es V., por ventura, un vivo retrato de Fernanda? Al amarla á V., ¿hago acaso otra cosa que proseguir amándola á ella? No, yo no he faltado á la fé jurada, yo no le soy infiel. La señorita de Chanteplure vive, y en este momento me hallo á sus piés: su belleza, es la belleza que contemplo y adoro en este instante, y su mano, la misma que quiere ahora estrechar la mia..... ¡Oh!

¡querida mía! ¡habíame figurado que habíais muerto, y os vuelvo á encontrar más jóven, más radiante y más hermosa que nunca! ¡Miradme, habladme tan cariñosa como en los días de nuestra felicidad! Pero.... ¡cómo! ¿no me decís nada? ¿Habíais cesado por ventura de amarme? ¿No sois ya mi Fernanda, y yo vuestro Gaspar?

—Señor vizconde, replicó Laura con dulce acento, y desasiendo tranquilamente su mano de entre las del vehemente Montflanquin; mentiría si le dijese á V. que me es indiferente; viva V., por el contrario, firmemente persuadido de que estoy tan lisonjeada como debo estarlo por la abnegacion de un corazon como el suyo. No quiero ocultarle tampoco que esperé un día, y aun no lo considero imposible, que llegaran á unirse nuestros corazones. Confieso á V. además, que me hubiera sido muy grato el llevar su nombre, del cual hubiera usado hasta con orgullo. Pero desgraciadamente estoy viendo, señor de Montflanquin, que V. solo ama en mí á la señorita de Chanteplure, y yo no estoy dispuesta á consentir jamás en ser solo para mi marido un retrato ó un recuerdo.

Y al terminar estas palabras, Laura se alzó de su asiento, y recogiendo sus guantes, su sombrero y la sombrilla que estaban sobre el piano, se retiró sin dirigir siquiera una mirada al vizconde, el cual proseguía arrodillado en el mismo sitio.

Nuestro amigo Gaspar no tenia pelo de tonto, y conoció al vuelo que se hallaba perdido, por lo que ahogando en su pecho un rugido de leon exasperado, se caló el sombrero hasta las cejas y salió de la estancia. Con todo, acordándose, al atravesar el patio, de las benévolas disposiciones en que maese Jolibois habia dejado á M. Levrault, y hallándose tan adherido á los millones del fabricante como un aspid que se resiste á soltar su presa, iba ya á retroceder, cuando una voz estertórea pronunció las siguientes palabras desde una de las ventanas:

—¡German! prepara un carruaje, y haz que enganchen los caballos, porque tenemos que ir al castillo de La Rochelandier.

El vizconde alzó la vista y reconoció en el que habia hablado al fabricante, el cual se hallaba en una de las ventanas del primer piso, acariciándose la barba, envuelto en una bata de cachemira, observando de qué lado venia el viento, y cuidándose muy poco de la triste figura que hacia el pobre Montflanquin en el patio. Gaspar no aguardó á más, y bajando las orejas, se escurrió á lo largo de las tapias, abrió la verja, y se marchó sin estrépito alguno.

¿Qué demonios habrá pasado en la Trelade despues de la partida de maese Jolibois? Tal era la pregunta que iba dirigiéndose Montflanquin, esforzándose en vano por penetrar este misterio.

El buen Gaspar no podía suponer efectivamente que el taimado de Jolibois, quien hasta entonces había sido su compadre, tratase de divertirse á sus espensas. Pero como en resumidas cuentas veía más claro que el agua que los millones de M. Levrault se habían ido con la honda del diablo, que la partida se hallaba enteramente perdida, que no había esperanza alguna de revancha, y el bueno del vizconde no era de estos que se despepitan en amargos lamentos, consolábase con la idea de que podía regresar á París con los cien escudos que Jolibois se había dejado ganar la noche anterior tan cándidamente. ¡París! ¿No era esta gran ciudad por ventura el elemento de Gaspar? ¿no respiraba en ella más á gusto que en ninguna otra parte? ¡A París, pues! La provincia donde se hallaba el castillo de sus antepasados, no era digna de poseer un génio tan sublime. El descendiente de los Bandouin y de los Lusignan consolábase también, por otra parte, con la idea del gesto que pondría Jolibois, cuando llegase á su noticia el desenlace de la aventura, y solo de pensar que aquel acreedor taimado é insolente iba á ser víctima de la farsa, se sonreía con marcado júbilo su excelente alma.

A medida que iba aproximándose al castillo de sus mayores, el vizconde de Montflanquin se echó á la cara tres personajes de equívoco aspecto,

los cuales estaban sentados tan tranquilamente sobre el dintel de la puerta del castillo, como si se hallasen en una taberna. Al pié de la colina donde se elevaban las ruinas de aquel, había una especie de carro de violin, al cual estaba enganchado un caballo breton de mala muerte. Gaspar avanzó sin desconfianza alguna, preguntándose interiormente quiénes podrían ser aquellas extrañas visitas que le estaban aguardando. A su llegada levantáronse los tres á un tiempo, y el ménos desaseado y el más feo de ellos le preguntó cortesmente:

—¿Es el señor vizconde Gaspar de Montflanquin á quien tengo la honra de hablar en este momento?

—El mismo, caballero; ¿qué tenia V. que mandarme?

—El señor vizconde podrá enterarse mejor del objeto de nuestra venida por la siguiente carta.

Gaspar rompió el sello, y acto continuo leyó lo que sigue:

SEÑOR VIZCONDE:

«No quiero abandonar á Clisson y partir para Nantes, sin ofrecer á V. primero una nueva prueba del interés que me inspira. La noche que he pasado bajo el mismo techo que cobijó á sus antepasados ilustres, me ha hecho sentir algunas otras emociones, además de las que produce el juego. Los siniestros rumores que me impidieron durante toda ella cerrar los ojos, me hacen temblar asimismo

por la seguridad de V., que veo muy comprometida. Y como yo, ni debo, ni puedo, ni quiero sufrir que el último heredero de una ilustre familia se halle expuesto á que los muros de su castillo se desplomen el día ménos pensado sobre su cabeza, espero que me agradecerá V., señor vizconde, que ponga á su disposicion un alojamiento, en el cual puede V. dormir tranquilo, aun cuando oiga usted silbar los vientos del equinocio.

»Tengo el honor, señor vizconde, de renovar á V. el ofrecimiento y la seguridad de las consideraciones que le son debidas. —JOLIBOIS.»

—Pero ¿qué significa esto? preguntó Gaspar, estremeciéndose como un ciervo al oír el sonido de la corneta y los aullidos de la trahilla.

—Señor vizconde, replicó el alguacil (¡ay! lo era y de los más impertérritos) sacando de su mugriento bolsillo un legajo de papeles, sellados con el de un tribunal; véome en el duro trance de decirle que estoy encargado por maese Jolibois de ejecutar el juicio, en virtud del cual se le condena á V. al reembolso de unos maravedises, que es en deberle, bajo la pena de ser aprehendido y encarcelado en los términos que previene la ley. Con que, vamos claros, ¿se halla V. en disposicion de entregarme 150.000 francos y 75 céntimos, que es el total de la suma que se le reclama, incluyendo en ella capital, intereses y costas?

—¡Ah, traidor Jolibois! ¡ah pérfido! ¡ah verdugo! murmuró Gaspar estrujando entre sus dedos la carta del abominable notario.

Luego, volviéndose á su *groom*, que estaba presenciando esta escena con inquieta curiosidad, Galaor, le dijo negligentemente, ¿tenemos 150.000 francos en la casa?

—Voy á verlo, señor vizconde, repuso aquel modelo de servidores.

Montflanquin tuvo por un instante la idea de huir ó de resistirse; pero examinando atentamente á los dos lebreles que le custodiaban, y que no le perdian de vista, el infeliz comprendió que la resignacion era el único partido que le quedaba.

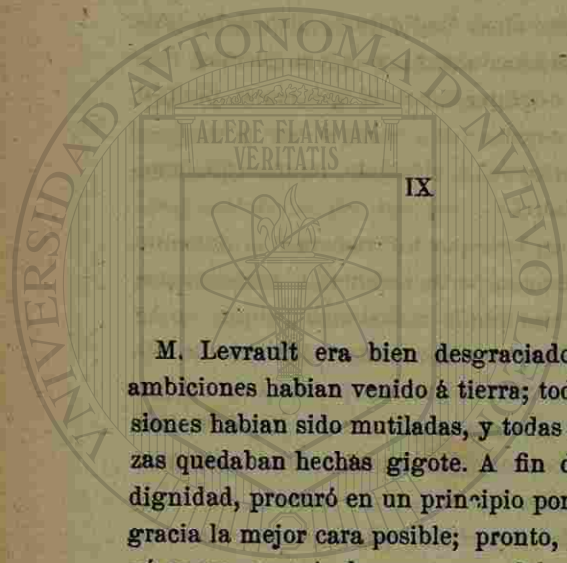
De allí á pocos instantes volvió Galaor, diciendo:

—Señor vizconde, únicamente faltan algunos miles de escudos.

—Adios, hijo mio, adios, pásalo bien hasta tanto que mejoren los tiempos, dijo Gaspar con melancolía: te dejo confiada la custodia del castillo de mis padres.

Un cuarto de hora despues, la carreta de mimbre iba conduciendo hácia Nantes al último retoño de una raza distinguida, entre dos corchetes y un receptor, mientras que Galaor se desgañaba á gritar desde el dintel de la puerta como Sganarelle:

¡Mis soldados! ¡mis soldados! ¡mis soldados!



M. Levrault era bien desgraciado; todas sus ambiciones habían venido á tierra; todas sus ilusiones habían sido mutiladas, y todas sus esperanzas quedaban hechas gigote. A fin de salvar su dignidad, procuró en un principio poner á la desgracia la mejor cara posible; pronto, empero, cayó en una especie de marasmo, del que nada lo podía libertar. Al perder á su vizconde, había perdido el movimiento, el gozo, la felicidad de su vida. ¡Ay! ya no era aquel mismo fabricante, á quien hemos visto lleno de alegría, rebosando contento, y atronando el país á dos leguas á la redonda con el estrépito de sus riquezas. La fé y la confianza habían muerto en él hasta tal punto, que á duras penas creía ya ni aun en su propia importancia. Su sueño, en otro tiempo tan tranquilo y poblado

de halagüeñas imágenes, veíase al presente interrumpido por las más espantosas pesadillas. La mayor parte de las noches soñaba que se hallaba vendiendo paño en la calle de Bourdonnais, y si aquellas eran malas, aun eran peores los días.

El conde de Kerlandec y el vizconde de Barbanpré habían participado también de la desgracia de Montflanquin. La Trelade quedó silencioso como una tumba. Los criados, regocijándose interiormente de los percances de su dueño, se mostraban consternados en su presencia. Los caballos permanecían tranquilos en las caballerizas, y los carruajes cubiertos en la cochera. M. Levrault no salía de su cuarto más que para ir á pasear sus penas á lo más retirado del parque, y caminando con la frente baja y las manos cruzadas á la espalda, lloraba amargamente su título de baron y su nombramiento de par. Y no era esto todo. La última entrevista que había tenido con maese Jolibois había dejado en su espíritu hondas huellas, las cuales, lejos de borrarse, se habían profundizado más con la reflexión: de manera, que habiendo empezado por reírse de las siniestras profecías del notario, á la sazón le alarmaban ya extraordinariamente.

En honor de la verdad, si M. Levrault no era un gallina, estaba muy lejos de ser lo que se llama un hombre valiente. Desde su entrevista últi-

ma con el aprendiz de notario, todos los días consultaba el horizonte político con cierto recelo, rompía temblando las fajas de su periódico, y constantemente se figuraba que iba á encontrar en él la noticia de que el navío del Estado había llegado á encallar impelido por los vientos revolucionarios. Nada faltaba, pues, á sus tribulaciones; todo contribuía, por el contrario, á que se abismase en la más profunda tristeza. La república era su coco: por eso pensaba ya, aunque vagamente, abandonar la Francia, é ir á buscar un rincón del mundo donde su cabeza y sus millones estuviesen al abrigo de las venganzas y apetitos populares.

En una palabra; M. Levrault no sabía qué resolver, ni qué determinación tomar: hallábase flotando entre dos partidos contrapuestos, y hácia cualquiera parte donde tendía la vista, no veía más que peligros, lazos y catástrofes de todo género. La experiencia que acababa de hacer había amortiguado de una manera notable sus ardientes simpatías hácia la nobleza. La Bretaña no era ya á sus ojos más que una vasta madriguera de ladrones. Pero lo que más desconfianza le inspiraba era el castillo de la Rochelandier, donde se obstinaba en figurarse que existía el vivero de los facciosos, el foco de las conspiraciones y el centro de los manejos é intrigas del partido legitimista. Tal

vez no habrá olvidado el lector que en el momento en que Gaspar de Montflanquin abandonaba la Trelade, había gritado una voz de trueno desde las ventanas del castillo, que preparasen un carruaje para ir á la Rochelandier; esta orden, sin embargo, no había sido más que una estratagema, de la cual quiso valerse para dar el golpe de gracia al bueno del vizconde.

Con razón ó sin ella, y sin saberse explicar el por qué, es lo cierto que el ex-comerciante de paños detestaba á los Rochelandier con todo su corazón. Yo no sé por qué diantre de preocupación añeja había llegado nuestro hombre á achacarles la culpa de todos sus infortunios. Todas sus decepciones databan desde el día en que su hija había puesto los piés en el castillo de la marquesa: al paz y la tranquilidad habían desaparecido de la Trelade desde el punto y hora en que el marqués había entrado en el castillo. M. Levrault llevaba su irritabilidad hasta el extremo de figurarse que, á no ser por ellos, Gaspar hubiera sido realmente todo lo que aparentaba; es decir, el modelo de los nobles y el espejo de la caballerosidad. Si Montflanquin no era más que un bribón, los Rochelandier tenían la culpa. Finalmente, el padre de Laura se acordaba de los consejos de Jolibois, y ya que se había libertado de un avispero, no quería caer en un hervidero de víboras.



Mientras que M. Levrault vivía abrumado bajo el peso de su melancolía y gemía como un buho en su agujero solitario, la señorita Laura, ligera y alegre como una corza, se abandonaba enteramente á sus nuevas esperanzas. Ya he dicho y lo repito, para que mis lectores no puedan hacerse ilusión acerca del carácter de esta heroína, que aun cuando Gaspar hubiese sido el honor y la lealtad personificada, aun cuando hubiese sido jóven y buen mozo, en una palabra, todo lo que no era, el corazón de Laura siempre se hubiera mostrado lo mismo hácia él: el vizconde habría sucumbido y su esplendor se hubiera eclipsado ante el marqués, como una perla junto á un diamante, como una estrella al nacer el sol.

Laura no había vuelto á ver á Gaston ni á su madre. Durante el camino que había andado con el primero desde el gótico castillo á la Trelade, Gaston no había pronunciado ni siquiera una palabra que pudiera dar pábulo á las ilusiones de su jóven compañera; sus modales para con ella habían sido graves, severos, estudiados, y hasta un si es no es altivos; en el salón del industrial tampoco quiso detenerse más que cortos momentos, y salió de él lo mismo que había entrado. Laura, á pesar de todo, abrigaba esperanzas, porque había calculado ya todas las probabilidades del triunfo.

El aturdimiento no era seguramente el flaco de

la hija de M. Levrault, ni su patria el país de las quimeras; antes por el contrario, había echado raíces con tiempo en el terreno de la realidad. Como todas las almas frías, hallábase dotada del talento de observación, y habíale bastado una sola visita al castillo de la Rochelandier para saber á qué atenerse acerca de la fortuna de sus moradores. Algunas palabras que se habían escapado á la marquesa y á su hijo, acabaron de iniciarla en el secreto de su destino; y cuanto más reflexionaba en la acogida que la habían hecho, más se fortalecía en la confianza de que le era lícito esperarlo todo. No es esto decir que la señorita Levrault se engañase acerca de la significación de las atenciones con que la había colmado la marquesa: ¡no! comprendía sin humillación, y sin tener que hacer un grande esfuerzo, que eran dirigidas más bien á su opulencia que á su hermosura; bastábasele, empero, con esto, y no ambicionaba más.

En cuanto á la repugnancia que su padre mostrara hácia sus deseos, ni se cuidaba siquiera de pensar en semejante cosa. Una hija mimada casi siempre se sale con la suya, y Laura sabía perfectamente que el día que se la antojase conduciría á M. Levrault al castillo de la Rochelandier como si fuera un niño, presintiendo que sus disposiciones hostiles no tardarían á disiparse ante la gracia y las lisonjas de la castellana. En efecto, escasamen-

te habrían trascurrido seis semanas desde la catástrofe del vizconde, y ya había enarbolado la marquesa en la Trelade el pendon de los La Rochelandier.

Como es fácil de presumir, M. Levrault no había consentido en ir á visitar á la marquesa sin hacer tantos corcobos como una mula que siente por primera vez le bocado y el basto, la espuela ó la vara; pero Laura sabia mejor que nadie el modo de componérselas con él y la manera de aparejarlo, de embridarlo y sacarle al paso.—¿Qué pueden importarle á V. en resumidas cuentas, le dijo, las opiniones políticas de la marquesa? ¿Ignoraba V. por ventura, al salir de París, que la Bretaña era el último baluarte de la legitimidad? Y bien mirado, ¿por qué había de extrañar, en efecto, M. Levrault que una de las casas más ilustres de aquella tierra caballeresca hubiese guardado religiosamente el culto de la desgracia y la religion del destierro? A Dios gracias, no estaban cortados todos los nobles por el mismo patron que el bueno de Gaspar. Por otra parte, ya no se trataba de ir en busca de un yerno que le abriese la puerta de los honores y de las dignidades; no era cuestion de ir á solicitar la alianza con los la Rochelandier; tratábase únicamente de no ser la fábula del país, y de rehacerse á la luz del dia del fuerte descalabro que acababa de experimentar. ¿Qué se di-

ría en toda la comarca si no hubiese ido á establecerse á la Trelade más que para ser juguete de un caballero de industria? Todo el mundo se burlaría de él. ¡Tantos lacayos! ¡tantos coches! ¡tantos caballos! ¿y para qué? ¡para dar con un vizconde de Montflanquin! Era, pues, preciso rehabilitarse por medio de un golpe estrepitoso, y mostrar á los envidiosos y á los necios, que los Levrault no solo no eran repudiados por la nobleza, sino que, cuando se les ponía en las mientes, podían habérselas con los más empingorotados de la aristocracia. El fabricante no pudo resistir á la contundente fuerza de este último argumento. Contaba, no obstante, con que despues de hecha la visita de cumplido, las cosas quedarían en el mismo ser y estado en que se hallaban, pero Laura y la marquesa lo habían dispuesto de otro modo. ¿Cómo era, pues, posible que el pobre hombre resistiese á las maniobras combinadas de aquellas dos voluntades femeninas, que se adivinaban una á otra, que caminaban separadamente á un mismo fin, que se entendían en silencio, y que se prestaban tácitamente un mútuo apoyo? Conozco muchos más astutos que el bueno de M. Levrault, que de seguro habrían sucumbido.—Al poco tiempo habíanse restablecido las relaciones más íntimas entre ambos castillos, y para decirlo de una vez, menos difícil le hubiera sido á Laoconte libertarse de las dos serpientes

que lo tenían enlazado, que á M. Levrault verse libre, despues que trascurrieron las seis semanas antedichas, de los lazos con que lo habia amarrado la marquesa.

M. Levrault se mantuvo en guardia en un principio, porque (usando á mi vez del vocabulario de las gentes vulgares) el gato escaldado huye del agua fria, y el fabricante lo habia sido hasta el punto de levantarle ampollas. Con todo, al ver por vez primera á la marquesa de la Rochelandier, subir las gradas del vestibulo de la Trelade, despues de apresurarse él mismo á abrir las puertas de par en par, y cuando la vió entrar en el salon y avanzar con una gracia imponente, erguida la cabeza, levantado el pecho, y con una sonrisa en los labios, M. Levrault estuvo á pique de morir sofocado de orgullo: creyó ver una reina. Empleando aquí un poco de literatura, pudiera comparar al fabricante con Leicester recibiendo á la reina Isabel en su castillo de Kenilwort. En vano se habia propuesto el pobre hombre mantenerse firme y no dejarse seducir por los encantos de la marquesa: en ménos de seis semanas todas sus desconfianzas, todas sus prevenciones habian ido disipándose una á una. ¿Podia ser ella, en efecto, aquella misma marquesa, de la cual le habia hablado el vizconde, pintándose la como una mujer que rebosaba en insolencia y orgullo, aferrada con los

pergaminos de sus antepasados, enemiga implacable de toda idea moderna, partidaria acérrima del feudalismo, y estaba soñando, en fin, constantemente en su desmoronado castillo con el restablecimiento de las pechas? La marquesa de la Rochelandier llevaba con arrogancia su nombre; pero esta arrogancia no era en ella más que una nueva seducción, una nueva gracia. Lejos de encerrarse en lo pasado, su espíritu habia por el contrario marchado con los tiempos. Su alma era un instrumento cuyas cuerdas vibraban con todos los ruidos del siglo. Apreciaba á la alta industria, y constantemente se la oia hablar con deferencia de sus trabajos y de sus méritos. Sin humillarse ante la nueva aristocracia, era la primera en reconocer sus títulos y en proclamarlos, ¿Podia ser, por tanto, una señora de esta especie aquella marquesa á quien habia pintado maese Jolibois, diciendo que era la Juana de Arco de la legitimidad, una tea de guerra y de discordia, dispuesta siempre á incendiar el país? No: ella permanecia fiel á la desgracia: su corazón habia seguido á la raza de San Luis á una tierra extranjera, y como la golondrina que construye su nido en las minas, su pensamiento habitaba con los desterrados; mas no por eso trataba de disimular las faltas de la restauracion, y se hacia pocas ilusiones sobre las probabilidades de éxito que pudiera tener el pretendiente.

Lo que quería, sobre todo, era el desarrollo de las instituciones liberales, las únicas que, á su juicio, eran susceptibles de asegurar la grandeza y la prosperidad de la Francia. Frecuentemente solía repetir, sin que nadie la escitase á ello, que era imposible una segunda restauracion, á menos que no entrase francamente en la senda del progreso, y se decidiese á apoyarse en la clase media. Si de vez en cuando soñaba con el regreso de la rama primogénita, en cambio no se expresaba jamás sino con una prudente reserva acerca de la rama colateral, manifestaba una gran estimacion hácia la reina, y aun cuando no amaba al rey, respetaba al menos en su persona al elegido por el voto de la nacion. Tal era la marquesa de la Rochelandier. M. Levrault no acababa nunca de sorprenderse al oirla, y lo que más le admiraba era el verse tan desembarazado y tan á gusto al lado suyo. En un principio habíase amostazado ante la idea de que la marquesa querria establecer entre los dos una gran distancia, y obligarle á que recordase la tienda de sus padres. Pero lejos de esto, y sin perder nada de su dignidad, de sus nobles modales, la marquesa habia logrado domesticarle. M. Levrault habia adquirido ya ciertas maneras cortesanas; no era la rosa, más vivía cerca de ella.

La Trelade habia tomado un nuevo aspecto. En aquellos mismos lugares donde Gaspar habia deja-

do la desolacion, el silencio y la soledad, renacia la vida y todo era movimiento y animacion. Laura triunfaba en secreto. M. Levrault habia recobrado el sentimiento de su importancia, y con él su locuacidad y extravagancia habituales. Si recordaba alguna que otra vez las predicciones de Jolibois, solo era para reirse. En efecto; ¿cómo era posible que dudase de la solidez del trono de Julio, cuando la marquesa misma no abrigaba desconfianza alguna?

Con aquella delicadeza de inteligencia, que raras veces le abandonaba, el buen ex-comerciante habia llegado á sospechar de los desinteresados consejos del aprendiz de notario, y no podia ménos de preguntarse interiormente si aquel solapado bribonzuelo no trataria tambien de dar un tiento á sus millones: al ocurrirle esta idea, no podia ménos de felicitarse del comportamiento que habia tenido con maese Jolibois, y presumia que este debió regresar aquel día á su despacho con las orejas bajas.

Felicitémonos tambien nosotros, puesto que hemos vuelto á encontrar á nuestro caro M. Levrault. Embotadas por un instante su majadería y su vanidad á consecuencia de la melancolía, habíanse despertado en él mas vivas y mas florecientes que nunca, y para hacer frente á los modales distinguidos de la noble dama, habia redoblado el

fasto y desplegado, como dicen los marineros, todas las velas.

Jamás había metido hasta entonces tanto ruido con sus escudos, ni desplegado tanto lujo y magnificencia. Cuando iba al castillo de la Rochelandier lo hacía dando un rodeo de dos ó tres leguas, para poder presentarse en un carruaje tirado por cuatro caballos, y vengarse de ese modo de las almenas, de los torreones y de los retratos de familia.

Preciso es confesar, sin embargo, que el fabricante no era feliz. Faltábale cierto no se qué para su dicha, y este no se qué no era otra cosa que la perspectiva de un yerno. Gaston no reemplazaba á Gaspar. M. Levrault no desconocía que una alianza con el partido legitimista no podía conducirle á nada. En vano procuraba Laura lisonjearle con el próximo regreso de Enrique V, y con el alto honor de poder alternar entre tanto con las duquesas del barrio de San German. M. Levrault no entendía ni una palabra por aquel oído, y cuidábase muy poco de los salones de la nobleza, porque sabía sobrado bien que no podía florecer sino con los rayos vivificadores del sol de la clase media. Por otra parte, la conducta del jóven marqués no era ciertamente hasta entonces muy á propósito para infundirle esperanzas, mediante á que, si bien es verdad que Gaston no hacía ascos á los millones del fabricante, no parecía dispuesto sin

embargo á bajarse para recogerlos. Nuestro jóven dejaba al cuidado de su madre las incumbencias del sitio; mas aun cuando era demasiado orgulloso para intentar el asalto, hallábase resuelto, no obstante, á entrar en la plaza así que las puertas se hallasen abiertas. Gaston tenía un corazón leal, pero su alma no era tan poética que desestimase del todo los bienes de tejas abajo. Aunque jóven, había mordido ya las realidades de la vida. Su juventud no había trascurrido constantemente bajo el techo de sus padres. Por espacio de algun tiempo, y aunque sin gastar un gran boato, había vivido en París en medio de un mundo elegante, frívolo, disipado, al par que lleno de delicadeza, el cual le hizo la mejor acogida, así por el esplendor de sus nombre como por lo bien apuesto de su persona. Comprendiendo al cabo de algunos años que los restos de su patrimonio no le permitían ya conservar su rango en aquellas regiones doradas, condenado, por otra parte, á la inacción y consecuencia de las tradiciones de su familia, y siendo demasiado caballero y honrado para aceptar la existencia de un Montflanquin, había adoptado el partido heroico de retirarse al ruinoso castillo de sus mayores, donde su madre y él se estaban muriendo literalmente de tristeza y de fastidio, cuando los Levrault habían ido á establecerse á la Trelade.

Nuestro amigo Gaspar había hecho de la mar-

quesa un retrato asaz poco lisongero, pero muy parecido. En todo el país no se hablaba de otra cosa que de los millones y de la estupidez del ex-comerciante. Madame de la Rochelandier, cuyo orgullo, cansado de luchar durante algun tiempo con las necesidades, se habia decidido al fin á inclinar la frente, reservándose el volver á alzarla más tarde, soñaba para su hijo una alianza desigual y lucrativa, que le ayudara á restaurar la fortuna de su casa y les permitiese aguardar sin grande impaciencia el regreso de la legitimidad.

La señorita Levrault habia venido á ser para él la paloma que le anunciaba el fin del diluvio. La marquesa, que conocia perfectamente todas las fisonomías de la comarca, se persuadió al punto que la jóven y gentil amazona que acababa de parar en el patio de su castillo no podia ser otra que la hija del fabricante. Fácil es adivinar lo demás. Gaston se sublevó en un principio ante la proposición de contraer matrimonio con la hija del ex-mercader; poco despues empezó á vacilar y, para decirlo de una vez, acabó por someterse. Sus visitas á la Trelade habian logrado irritar su apetito de riquezas, y si bien no estaba apasionado de Laura, en cambio sabido es que no hay pecho hidalgo que no consiga fácilmente demostrarse á sí mismo la posibilidad de casarse sin amor con una jóven abrumada con un dote de cuatro millones.

El marqués de la Rochelandier, por otra parte, habia calado á fondo los sentimientos de La ira, y no podia menos de decirse que ya que ella no buscaba en él más que su título, debia serle permitido á él no buscar en su futuramás que la opulencia.

El sitio duraba ya más de dos meses, y los millones no se habian rendido todavía. Cansada de aguardar la marquesa, decidióse al fin á dar el asalto. La madre de Gaston conocia al ex-mercader tanto ó más que nosotros le conocemos, porque habia estudiado su flaco y puéstose al corriente de todas sus manías. Este estudio, á decir verdad, no le costó gran trabajo. El alma de M. Levrault era un abismo, cuyo fondo tardaba poco á tocarse, y un laberinto para salir del cual no era preciso el hilo de Ariadna. Para ver claro en él no habia necesidad mas que de abrir los ojos; para conocer todas sus vueltas y revueltas bastaba con dar uno ó dos pasos. Las confiencias de Laura contribuyeron tambien á completar las observaciones de la marquesa; la jóven no habia vacilado en entregar caritativamente las llaves de la plaza, confiando en que la noble dama sabria aprovecharse de ellas.

Cierto dia que madama de la Rochelandier comió en la Trelade, apoderóse del brazo del anfitrión, y bajo pretexto de respirar el aire embalsa-

mado de la noche se lo llevó dulcemente al parque del castillo. Gaston no había acompañado á su madre aquel día y Laura se retiró temprano, porque se hallaba un poco indispueta. La noche estaba serena y la fresca y perfumada brisa del otoño la hacían deliciosa; pero ni la marquesa ni M. Levrault tenían predispuesto entonces el ánimo para reparar en ello. Caminando poco á poco y embebidos en su conversacion, habían llegado á una de las calles de árboles más misteriosas, cuyo espeso follaje apenas dejaba descubrir el firmamento. Jamás se había apoyado hasta entonces tan tiernamente la noble dama en el brazo del fabricante, ni jamás tampoco había encontrado su voz acentos tan penetrantes y tan dulces.

Hablábale la marquesa del fastidio de la soledad, de los goces de un trato íntimo y del cambio feliz que se había operado en su existencia desde que una jóven y cándida criatura había ido á posarse, batiendo sus alas como una paloma, á la puerta del castillo de la Rochelandier. ¿En qué atmósfera asaz encantada, decía la madre de Gaston al comerciante, en qué regiones asaz luminosas acabarán de desarrollarse los pétalos de esa flor, maravilla de gracia y de belleza? Luego, haciendo recaer melancólicamente la conversacion sobre su persona, preguntábase con tristeza qué iba á ser de ella, si al abandonar M. Levrault la Trelade

no se decidía á establecerse en el país; su corazón se oprimía solo de pensar en ello, porque el fabricante y su hija eran una segunda primavera para su existencia. Al oír todas estas cosas, M. Levrault, semejante al señor cuervo que llevaba un queso en el pico, se creía el fénix de los huéspedes de la Bretaña, engallábase de gusto, pavoneábase, y soltaba de vez en cuando alguna patochada, que la marquesa tenía buen cuidado de reparar, dándole un sentido y una forma galanas. El medio más seguro de lisonjear á los tontos es el prestarles talento. De rodeo en rodeo llegó á interrogarle con una afectuosa solicitud. Sorprendíase de que en una época en que la clase media reinaba y gobernaba, y en la que todos los caminos estaban abiertos á la inteligencia, un hombre de su valía no hubiese tenido la ambicion de quitarle al sol el lugar que á él le estaba reservado; decíale además que no comprendía cómo era que, teniendo tanta experiencia en los negocios y tantas facultades eminentes, se resignaba á la inaccion y la oscuridad, contentándose modestamente con los goces de la fortuna, cuando una multitud de medianías, que ni siquiera servían para descalzarle, se mecían descaradamente en las esferas más elevadas del poder. Ciertamente, añadía la madre de Gaston, que el remontarse hasta la opulencia en alas el génio es asaz meritorio, y yo la considero co-

mo una de las conquistas más respetables, más gloriosas y más legítimas; mas para las almas cien nacidas, la riqueza no es más que un instrumento, un punto de apoyo, y solamente es propio del vulgo el considerarla como el supremo término del destino humano. Estas palabras de la marquesa no caían en saco roto. Animado M. Levrault por el interés que le manifestaba su compañera, abrióle los diques de su corazón, y dejó escapar á torrentes los secretos encerrados en su seno. Dejándose arrastrar por esta corriente, entregóse á expansiones inmoderadas, refirió con la mayor candidez las esperanzas halagüeñas que le habían conducido á la Bretaña, y las amargas decepciones que había sufrido. Escuchábale, suspendida de sus lábios, la marquesa, y de vez en cuando pasaba su blanca y delicada mano sobre la zarpa descomunal del ex-mercader, el cual, adoptando una actitud triunfante, se preguntaba con adorable fatuidad, qué era lo que pensaría Mme. Levrault, si la buena mujer estaba presenciando desde el cielo lo que ocurría en aquel instante en el parque de la Trelade.

Así que M. Levrault terminó la enumeración de sus infortunios, la marquesa se quedó taciturna, y en ademán de hallarse meditando profundamente sobre lo que acababa de oír.

—Amigo mio, dijo al fin, rompiendo el silencio;

comprendo perfectamente, y no puedo ménos de aprobarlo, el móvil que ha conducido á usted á Bretaña; en esta ambición nada encuentro de sorprendente, y por mi parte, sé decirle, que no conozco casa alguna que no se apresurase á abrirle sus puertas, y que no se considerase muy dichosa y muy honrada en admitir en su hogar al ángel que Dios le ha dado á V. por hija. Lo que no acierto á explicarme, dejando á un lado por supuesto lo concerniente á la moralidad del vizconde de Montflanquin, es el que se haya V. dirigido á la nobleza recientemente adherida al trono de Julio, en lugar de tender su mano leal á esa aristocracia caballeresca, cuya fé no ha sido dable quebrantar, y la cual se obstina en lamentar lo presente, sumida en el fondo de sus castillos solitarios.

Al escuchar estas palabras, M. Levrault aguzó los oídos, porque aun no había olvidado las advertencias de maese Jolibois. ¿A donde quería ir á parar la marquesa? Adicto con el alma y la vida al ex-mercader al trono de Julio, á cuya cumbre esperaba crecer en categoría, al cual consideraba como un trono exclusivamente suyo, como de propiedad y pertenencia suya, hallábase muy poco inclinado á poner sus millones al servicio de la legítimidad, y se mantuvo por tanto sobre los estribos.

—Señora marquesa, replicó con reserva, no comprendo bien.....



—Voy á explicarme mas claramente, repuso la marquesa con un tono de dulce autoridad. Hace dos meses que estoy estudiando á V. y observándole. Ninguna de las grandes cuestiones que agitan las sociedades modernas es para V. estraña ó indiferente; y segun mi leal entender, su persona está cortada por el mismo patron que los grandes hombres de Estado. ¿Cuál era, sino, el pensamiento de V. al procurar aliarse con una familia aristocrática? ¿Lo hacian su corazon y su espíritu generosos por obedecer únicamente á un sentimiento de egoismo? No, no, amigo mio. Su primer pensamiento era el de unir dos clases, que han estado divididas por largo tiempo, dando así ejemplo de olvido y de perdon: queria V. consumir la union entre la nobleza y la clase media.

—Así es la verdad, señora marquesa, no lo niego, repuso M. Levrault con modesta seguridad.

—Pues bien, amigo mio; para lograr el elevado objeto que se ha propuesto V., no era á la nobleza reconciliada con las nuevas instituciones á quien debió dirigirse. ¿No comprende V. que semejante alianza tenia que ser indispensable de ningun valor, y del todo insignificante para su porvenir? ¿No se convence V. de que eso hubiera sido una superfetacion, un pleonasmo, un cambio estéril de influencias, de intereses y de idénticas pasiones? ¿No se le alcanza á V., por último, que

en vez de ir á plantar su bandera sobre una fortaleza ya rendida, y de entrar como conquistador de un país sómetido ya, le es mucho más conveniente volver sus miradas hácia esa nobleza enemiga, de la cual le hablaba yo á V. hace un momento? Todavía no es tarde. ¡Qué triunfo no seria para V., qué dicha el arrancar á algun jóven Aquiles de su tienda, restaurar el esplendor de una casa que amenazaba dejar un vacío en la historia, volver á la vida pública uno de los nombres ilustres de la antigua monarquía, é iluminar el cielo de la Francia con una de esas estrellas, cuyo brillo se creia eclipsado para siempre. Y considerándolo bajo el punto de vista de sus ambiciones personales.....

—¿Qué, señora marquesa? preguntó M. Levrault, á quien iban lisonjeando las perspectivas, aunque un poco confusas, que se ofrecian á su vista.

—¡Cómo! exclamó la madre de Gaston; ¿no vislumbra V., caballero, las ventajas de una alianza de este género? ¿No conoce V. que, casando su adorable hija con una de esas familias ilustres, que han permanecido fieles al culto de lo pasado, asegura su fortuna política? Esto es muy sencillo. Así podrá V. añadir á la corona de Julio un florón arrancado de la de San Luis, y á buen seguro que la nueva córte le rehusé nada.

—Tenga V. presente, sin embargo, señora marquesa, repuso M. Levrault, estremeciéndose como

un corcel de buena raza al sonido del clarín, que la aristocracia de que me habla es demasiado encopetada..... demasiado caballeresca, añadió repeniéndose, para adherirse jamás al trono de 1830. Ya conocerá V. que cuando se ha obstinado hasta el presente en morirse de fastidio en el fondo de esos castillos solitarios, no es á mí á quien está reservado el sacarla de ellos, ni en mis manos querrá abjurar sus ódios y sus creencias.

Amigo mio, todo cansa, hasta el aburrimiento, repuso sonriendo la marquesa. El fastidio es un maestro inexorable que ha domado ya infinitas almas y quebrantado infinitas convicciones. Pronto hará veinte años que habita con nosotros, que se sienta diariamente á nuestra mesa, y que se ve más constantemente en nuestros hogares, cada vez más severo y con la cara cada vez más adusta. El aburrirse podrá ser quizás una gran cosa; mas cuando uno lleva ya de aburrimiento cerca de veinte años, experimenta á pesar suyo, cierta necesidad de alegrarse, de distraerse un poco, de vivir como todo el mundo, y de poner buena cara á las gentes. Aquí para entre nosotros, y sin que vaya V. á revelarlo á nadie, debo confesar, que estamos rabiando en silencio y que nuestra fidelidad empieza á pesarnos.

—Pues entónces, señora marquesa, ¡qué diablo! exclamó en un momento de entusiasmo M. Le-

vrault, el cual andaba ya cerca del anzuelo; ¿por qué no se separa V. abiertamente de un partido sin porvenir, partido ¡que, hablando á V. francamente, no ha merecido jamás ni mi aprobacion ni mis simpatías? A la edad de V., señora marquesa, no es cosa de envolverse en un sudario, ni de ir á acostarse entre los muertos. ¿Por qué no habia V. de venir á las Tullerías? Estoy seguro de que el rey y la reina tendrían un placer singular en verla allí.

—No, amigo mio, no; repuso Mme. de la Rochelandier con melancolía. He ido demasiadas veces á aquel palacio para que me sea dable volver jamás, á ménos que algun día..... pero..... ni aún quiero pensar en ello. Me complazco en repetirlo, mi tiempo pasó ya; nada espero para mí acá abajo. Gaston, por su parte, irá á la nueva córte; mas se presentará en ella sin su madre.

—¡Qué digo! ¿Ha dicho V. que su hijo Gaston.....?

—Dios me libre de querer aprisionar su vida en el círculo de mis penas y de mis afectos. Gaston es jóven y ningun compromiso le liga con lo pasado: en su vida ha conocido á sus príncipes legítimos; cuando más se acordará de una manera confusa de la tempestad que hizo fracasar el antiguo trono de Francia, y lanzó al destierro á los últimos descendientes de uná raza de reyes. Gaston es un hijo del siglo. Su naturaleza y su alma se han des-

arrollado libremente en la atmósfera de las ideas liberales. En el colegio se sentaba en los mismos bancos que los príncipes de la rama colateral: así es que los ama y no lo oculta. De consiguiente, ya que puede adherirse á ellos sin vergüenza y sin faltarse á sí mismo, siga enhorabuena la corriente que le arrastra y cúmplase su destino.

—Con que es decir, señora marquesa, preguntó M. Levrault recalcando mucho sus palabras, que su hijo de V., M. Gaston, piensa adherirse formalmente al trono de Julio, y V. no trata de oponerle ningún óbice, ni de quitárselo de la cabeza?

—¡Qué quiere V., amigo mío! Confieso que algo me cuesta este sacrificio; mentiría si dijese lo contrario; pero despues de todo, me hago cuenta de que sea cual fuere la bandera que se tremole en el palacio de las Tullerías, siempre será la bandera de la Francia. ¿No le parece á V. que tengo razon?

—¡Qué si tiene V. razon! exclamó el fabricante, tragándose el anzuelo entero con toda la glotonería de un barbo; no solo la tiene V., sino que me llena con semejante proceder de admiracion y respeto. ¡Plugiése á Dios que todos los legitimistas fuesen lo mismo! ¡Siempre será la bandera de Francia! Aseguro á V., señora marquesa, que no recuerdo haber leído una frase tan soberbia en mi periódico.

—Sin embargo, debo confesar á V. que hay mo-

mentos en que vacilo al pensar que un hijo mio, que un la Rochelandier, va á prestar el apoyo de su nombre á un trono ante el cual no hubiera doblado seguramente ninguno de sus mayores la rodilla. A veces hasta se me figura que los retratos de sus abuelos entreabren sus labios para echarme en cara mi indigna debilidad.

—Otros tiempos, otras costumbres, señora marquesa. Cuando vivian, los antepasados de M. Gaston hicieron lo que les vino á las mientes; sufran por tanto que su nieto obre á su vez conforme le dicte su conciencia. ¿Dónde habria ido á parar el mundo, si cada generacion hubiera imitado servilmente á la generacion que le precediera? A la hora presente andaríamos vestidos aun con pieles de animales. Todo cambia, todo se perfecciona, todo se renueva. Los caminos de hierro han reemplazado á los caminos reales; la monarquía constitucional ha destronado al derecho divino. Mis padres tenian acerca de la alta industria ideas de las cuales estoy yo muy lejos de participar. ¿Qué tiene, pues, de extraño que su hijo de V. tenga en política ideas diferentes de las que tuvieron sus abuelos?

—En tal caso, adhiérase enhorabuena á la actual dinastía! dijo la marquesa con un gesto de resignacion. El día que haga tal un la Rochelandier será un día de regocijo para las Tullerías, al paso que lo será de luto en Frohsdorf.

—Pues bien, señora marquesa, quiere decir que en Frohsdorf tendrán que ponerse de luto; que M. de Chambord se haya empeñado en hacer de rey en un miserable castillo de Alemania, no es una razón para que la nobleza permanezca con los brazos cruzados en sus dominios, y se abstenga de tomar parte en el manejo de los negocios del país.

—¡Entonces que se adhiera! repitió la marquesa suspirando; ni quiero ni debo ser un obstáculo para la suerte de mi hijo. Mas, ¿cree V. que el trono de 1830 está sólidamente establecido? ¿Habría echado en el seno de la nación raíces profundas? ¿Lo juzga V. inquebrantable? La fortuna de los reyes, amigo mio, es muy vária. Cuando tres días han bastado para derrocar un trono que contaba de existencia muchos siglos, es muy lícito dudar de la longevidad de una monarquía que acaba de salir de la cuna. Por eso no quisiera que Gaston se acelerase, y desearia que observase la marcha de los acontecimientos, decidiéndose á aguardar un poco.

—¡Bah! ¿qué precisión hay de esperar? exclamó M. Levrault rabiando de impaciencia por apoderarse del yerno para que se adhirióse á la nueva monarquía. ¿Qué representa el reinado actual? la clase media. ¿Y ésta? la nación entera. De consiguiente, ¿cómo es posible que el trono de Julio sea derribado? Para eso seria preciso que la Fran-

cia consintiese en suicidarse. No faltan, sin embargo, algunas gentecillas que se permiten murmurar de las tendencias del gobierno, y que no tienen pelos en la lengua para hablar del próximo advenimiento de la República.....

—¿De la República? repuso la marquesa con desden. ¡Bah, esas gentes están locas! Al presente no hay ya revolución posible en Francia. Si la nación, en uso de su derecho, se decidiese á echar por tierra el trono que ha erigido por sus propias manos, solamente lo haria, solamente podría hacerlo para volver á la legitimidad. No es imposible que tal suceda. Pero de todos modos, no tendria por qué inquietarme acerca de la suerte de mi hijo. El trono de Julio podrá derrumbarse sin que Gaston quede sepultado entre sus ruinas. Adherido á la dinastía actual, no cesará de pertenecer á la antigua por su nombre, por su madre y por las tradiciones de su familia. Sean, pues, cuales fueren los huéspedes de las Tullerías, sus puertas se abrirán constantemente con orgullo ante un Rochelandier.

La marquesa hizo aquí punto para dar tiempo á que sus palabras infiltrasen en el espíritu de su compañero y produjesen el efecto deseado. Silencioso como ella, M. Levrault saboreaba con delicia gota á gota el brevaie embriagador que acababa de caer de los labios de su interlocutora. El mundo de los honores y de las dignidades volvía á abrirse

delante de él; allanábase de nuevo el camino del poder ante sus pasos, y todos sus ensueños y esperanzas, todas se despertaban batiendo las alas. Al perder al vizconde había encontrado un céntuplo más de lo que había perdido. Lisonjeábase ya de antemano con la gloria de presentar un marqués, un Rochelandier á la nueva corte, y hallábase decidido á sacar partido de esta hazaña. Un Rochelandier no era un grano de anís; preciso era por lo tanto ponerle precio.

Para colmo de ventajas, no había que temer cambio alguno de dinastía; fuese el que fuese, Gaston debía quedar siempre de pié. Dè manera que todo le sonreía; por todas partes se le presentaban goces, satisfacciones, promesas, seguridades. Ya no era cuestión sino componérselas de modo que la marquesa consintiese en una alianza con los Levrault, y para conseguirlo, tenía tantos recursos ingeniosos el ex-comerciante, sentíase el diablo del hombre tan retórico, tan astuto, que no desesperaba de alcanzar sus fines, prendiendo á la marquesa en sus redes.

—Hablemos de V., amigo mio, dijo la marquesa rompiendo el silencio; harto hemos hablado ya de Gaston. ¿En qué estábamos? ¿Qué era lo que yo decía á V.?

—Me decía V., señora marquesa, repuso M. Levrault, que no conocía casa alguna por noble

que fuese que no se considerase dichosa en admitir en sus hogares al ángel que Dios me ha dado por hija.

—Cierto que sí, amigo mio; mas ¿á qué viene?.....

—Viene á que..... Si yo recordase á V. algun día esas palabras, y tomando á mi hija de la mano fuese á decir á V.: señora marquesa, nuestros hijos se aman, ¿le parece á V. que formemos de aquí en adelante una sola familia?

—¡Ah! en tal caso, respondería yo: ¡Bien venidos seais! exclamó la marquesa con efusión; bendito sea el día que me depara una hija!.....

—¡Y á mí un hijo! exclamó M. Levrault cubriendo á besos la blanca mano de la marquesa, y estrechándola entre las suyas.

Luego, y en lo más fuerte de su emoción, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Cómo! ¿qué es eso, amigo mio? preguntó con interés la marquesa: ¿habría tenido V. por ventura la desgracia de perder....?

—¡Ay! sí, señora; un hijo tan hermoso, tan rubio, tan blanco, tan sonrosado! ¡Perdido para siempre....! ¡Funesto recuerdo....! Fué en París..... un domingo que había fuegos artificiales en la plaza de la Concordia.....

—Vamos, amigo mio, repuso la marquesa, que no tenía curiosidad de saber más sobre este punto;

consuélese V. y no seamos ingratos con nuestro destino, mezclando fúnebres imágenes á los dulces goces de lo presente. Ya lo ha dicho V. antes: mi hijo hará las veces del que pasó á mejor vida.

Una hora despues de esta conversacion, la marquesa emprendió el camino de su castillo, y M. Levrault entraba con aire de triunfo en el aposento de su hija.

—¡Señora marquesa, dijo á Laura el ex-mercader; abraza á tu padre!

—¡Hijo mio, decia la marquesa á Gaston, así que regresó al castillo de la Kochelandier, abrázame; ya te he proporcionado algunos millones!

## X

La Bretaña habia dado de sí todo lo que prometia, puesto que la señorita Levrault era ya marquesa. El ex-mercader creía, por lo tanto, que de allí á algunos meses iba á ser presentado en la córte por su yerno, y su imaginacion le llevaba hasta el punto de figurarse que el rey le estrechaba entre sus brazos, y que le daría el título de conde. ¡El conde de Levrault! Esto sonaba mucho mejor á su oído que el título de baron, el cual le parecia ya poca cosa. Y efectivamente, ¿qué menos que conde podia ser el papá suegro de un marqués? En cuanto á la senaduría, considerábala ya como cosa corriente, desde que el conde de Levrault entraba en el Luxemburgo como un asno en un molino. Esto, no obstante, rascábase el pobre hombre

consuélese V. y no seamos ingratos con nuestro destino, mezclando fúnebres imágenes á los dulces goces de lo presente. Ya lo ha dicho V. antes: mi hijo hará las veces del que pasó á mejor vida.

Una hora despues de esta conversacion, la marquesa emprendió el camino de su castillo, y M. Levrault entraba con aire de triunfo en el aposento de su hija.

—¡Señora marquesa, dijo á Laura el ex-mercader; abraza á tu padre!

—¡Hijo mio, decia la marquesa á Gaston, así que regresó al castillo de la Kochelandier, abrázame; ya te he proporcionado algunos millones!

## X

La Bretaña habia dado de sí todo lo que prometia, puesto que la señorita Levrault era ya marquesa. El ex-mercader creía, por lo tanto, que de allí á algunos meses iba á ser presentado en la córte por su yerno, y su imaginacion le llevaba hasta el punto de figurarse que el rey le estrechaba entre sus brazos, y que le daría el título de conde. ¡El conde de Levrault! Esto sonaba mucho mejor á su oído que el título de baron, el cual le parecia ya poca cosa. Y efectivamente, ¿qué menos que conde podia ser el papá suegro de un marqués? En cuanto á la senaduría, considerábala ya como cosa corriente, desde que el conde de Levrault entraba en el Luxemburgo como un asno en un molino. Esto, no obstante, rascábase el pobre hombre

de vez en cuando la oreja, acordándose de que el yerno le costaba un poco caro; mas se consolaba pronto al pensar que podía decir á todas horas: «mi hija la marquesa, mi yerno el marqués!» Para formarse una idea del lujo y de la magnificencia que M. Levrault ostentó en la boda de su hija, no tiene el lector más que acordarse de las bodas de Camacho. En vano habian insistido la marquesa y su hijo en que el matrimonio se verificase sin ostentacion; las fiestas duraron toda una semana. A excepcion del conde de Kerlandec y del caballero de Barbanpré, á quienes no habia perdonado el ex-fabricante su compadrazgo con Montflanquin, toda la nobleza de las cercanías asistió á las bodas, para presenciar la actitud de los la Rochelandier, y cortarles luego un buen sayo. La altivez de la marquesa era demasiado conocida en el país, para que costase trabajo adivinar cuánto debia sufrir en resignarse á la humillacion de semejante alianza.

Pero al considerar los murmuradores que aquella iba á tocar tan de cerca las talegas del ex-mercader de paños, no hubo ni siquiera uno que no deseara hallarse en el pellejo de Gaston, ni viuda que no se creyera capaz de hacer otro tanto que lo que habia hecho la marquesa; todos hubieran agotado aquel cáliz hasta las heces. La madre de Gaston, por otra parte, jamás se habia mostrado tan arrogante como en aquellos dias, y es de suponer

que el diablo no perdió nada en ello. Durante una semana, todo fué bailes, festines y partidas de caza.

M. Levrault corrió un ciervo con su yerno el marqués. Galaor, que por un privilegio exclusivo reunia á las dotes artísticas de la cigarra el talento, previsor de la hormiga, y el cual se hallaba haciendo ya sus provisiones para el invierno, no cesó de rondar en torno de la Trelade durante los ocho dias mencionados, y logró atrapar mas de una presa, mientras que el caballero de Barbanpré, asomado tristemente á una de las ventanas de su miserable castillejo, contemplaba con melancólicos ojos el Eden de donde habia sido desterrado, y en el cual se daban tan opíparas comidas. En cuanto á nuestro amigo Gaspar justo será tambien que le dediquemos algun recuerdo.

Víctima de una legislacion cuya deformidad conocen perfectamente todos los deudores, el vizconde de Montflanquin espiaba entre rejillas alguna que otra calaveradilla de su juventud, y para entretener el fastidio de la cautividad pasaba horas enteras combinando nuevas suertes de lansquenet de treinta y cuarenta. En cuanto á maese Jobois, sus traiciones y sus perfidias acababan de recibir la merecida recompensa, puesto que no solo dejó de extender los contratos, sino que, desconfiando de él M. Levrault desde su última entre-



vista, y no queriendo tener en su casa un *sansculotte*, no le habia convidado á la boda, contentándose con mandarle una esquila de participacion. El buen hombre no presumia la atroz venganza que el bribon del notario debia tomar más tarde de esta proceder poco caballeresco.

Por poco que los lectores hayan conocido el corazon de nuestros personajes, no se mecerán seguramente con la loca esperanza de que Laura y Gaston van á saborear la luna de miel en la Trelade. La estacion era, sin embargo, deliciosa, y el canto de las aves, el murmullo de los arroyuelos y el perfume de las flores de otoño, convidaba á las dulces emociones.

La naturaleza, semejante á una novia que, sintiendo su fin cercano, quiere morir ataviada con las galas de los desposorios, se habia revestido con sus mas brillantes colores, y respondia con una última sonrisa á los últimos rayos del sol. Para los jóvenes amantes hay cierta delicia en pasear, apoyándose uno en el brazo del otro, al través de los setos y de los bosques, diciéndose ternezas, contemplándose á ratos en silencio y levantando á su paso con el pié las hojas desprendidas de los árboles.

En la embriaguez misma de la pasion hay siempre un fondo de tristeza que armoniza perfectamente con la melancolía del otoño, mas todo esto

no importaba nada para Laura y Gaston. ¿De qué podian servirles en efecto el silencio de los campos y los misterios de los bosques? ¿Qué tenian que decirse? ¿Qué atractivos podian retenerlos allí? ¿Qué secretos tenian que confiar á aquellas agrestes soledades? Gaston y Laura no eran seguramente dos pastores de la Arcadia. El primero, durante tres años mortales que habia pasado muriéndose de fastidio en el castillo de sus mayores, habia tenido tiempo de sobra para cansarse de la poesia del idilio, y su pensamiento se hallaba muy distante de las frescas orillas de los arroyuelos.

Laura, por su parte, tampoco habia ido á Breñaña á respirar el aire embalsamado de las praderas y á que los blandos céfiros humedeciesen sus hermosos cabellos. En una palabra, los dos esposos sabian muy bien á qué atenerse sobre los sentimientos que les habian impelido á verificar su enlace. Recuérdese si no la frialdad que Gaston habia manifestado á Laura en su primera entrevista.

Cuando este obtuvo permiso para obsequiar á su futura, no se mostró ni más solícito ni más tierno cerca de ella. Cierto que no la amaba; mas aun cuando así hubiera sido, se habria librado muy bien de dejárselo notar, tanto por orgullo, como porque el temor de aparecer como un cortesano de la opulencia se le hubiera vedado. En cuanto á Laura el

amigo Gaspar la había curado radicalmente de sus hábitos romancescos. Gaston era marqués, y eso era todo cuanto necesitaba. De manera que para los dos jóvenes el matrimonio no había sido más que un negocio de conveniencia: las talegas y los pergaminos habían hecho, así de parte del uno como de la otra, las veces de la coquetería y de la seducción. ¡Dios mío! ¡Y eso que apenas tenían veinte años y la belleza y la gracia se habían repartido entre ellos!

Jóvenes ambos, y dotados los dos de prendas personales, podía muy bien suceder que, después de unidos, llegasen caminando por una pendiente irresistible á encontrar el amor que no buscaban. Quizá lo hubieran encontrado en la Trelademismo. Pero Gaston estaba impaciente por realizar los beneficios de su alianza desventajosa, y Laura, libre ya de su crisálida, despojada de aquel apellido Levrault, que había envuelto su juventud como una mortaja, no aspiraba más que á ostentar delante del mundo su brillante metamorfosis.

M. Levrault, por su parte, no manifestaba menos impaciencia que su hija y que su yerno, ardiendo en deseos de elevarse á las altas regiones para las que creía haber nacido. Para entonces ya le aguardaba en París una casa magnífica, situada en la calle de Varennes. El ex-comerciante había vacilado entre la Chaussée d'Antin, el barrio de

Saint-Honoré y el de la Magdalena; pero la marquesa logró convencerle de que en ninguna parte debía enarbolar su bandera por medio de un golpe de genio y de audacia, sino en el barrio de Saint-Germain, y nuestro hombre se decidió á sentar en él sus reales. En efecto, ¿no era el pensamiento político del ex-mercader, el reunir dos clases, por largo tiempo divididas? Pues bien, para conseguirlo, preciso era empezar por ir á establecerse en el corazón de la aristocracia; ir á sorprenderla en sus últimas trincheras.

Era preciso que la casa de M. Levrault fuese una especie de red tendida sobre la orilla izquierda del Sens; una jaula dorada, á la cual irían á cantar más pronto ó más tarde los pájaros taciturnos de la legitimidad; un centro de fusión, á donde la nobleza y la industria se encontrasen diariamente y llegasen á reconciliarse. Si la marquesa reconocía en él un hombre cortado por el mismo patron que los grandes hombres de Estado, él reconocía en cambio en la marquesa, lo que entre la gente vulgar se llama una buena maestra. El bueno de M. Levrault había oído que todos los hombres eminentes en política tenían su correspondiente Egeria en la manga. ¡Qué mejor Egeria para él que la marquesa! Pero ¿consentiría esta en abandonar sus hábitos sedentarios? ¿Se resignaría á no habitar el gótico castillo, y á renun-

ciar á la sencillez de sus gustos y á la modestia de sus deseos? M. Levrault no se atrevia á esperararlo.

—El mundo, le decia la marquesa melancólicamente, no tiene ya atractivo alguno para mí. Toda mi ambicion estriba en terminar pacíficamente los días que me restan en el fondo de mi valle solitario. Y, sin embargo, conozco que mi presencia en París no le seria á V. enteramente inútil. Hay momentos en que mi ternura se espanta, en que me acuso de egoismo, y en que no puedo ménos de preguntarme si el sitio que debo ocupar no es el hogar de la familia. Nuestra adorable hija es aun demasiado jóven para ocuparse en la administracion doméstica y para hacer con discernimiento los honores en un salon donde se apiñarán y se codearán todas las grandes figuras, todas las notabilidades de la época. Luego, tampoco es difícil que V., por su parte, al entrar en la vida pública, sienta más el vacío que le dejó la muerte de Mme. Levrault. No se alucine V., amigo mio; el sendero que va á abrirse delante de sus pasos, es un sendero escarpado, y lleno de precipicios. Si no trato de separarle á V. de él, es porque mi razon respeta los designios de la Providencia, y porque es preciso que todo destino se cumpla: la alondra oculta su nido entre los surcos, y el águila lo coloca en lo mas elevado de las rocas. Vaya

V. á donde su destino le llama y quiera el cielo que no necesite de una mano que le sostenga, y que enjague el sudor de su frente.

Y de allí á poco prosiguió con voz cariñosa: «Lo que sí desearia, es que en medio de sus trabajos y en la embriaguez de sus triunfos no se olvidara de que tiene una sincera amiga en las márgenes del Sevres; todos los años vendrá V. á verme con mis hijos, así que se cierren las cámaras. Si no recuerdo mal, queria V. comprar un castillo en la Bretaña; pero ya tiene V. uno que nada le cuesta. El de la Rochelandier es suyo, y exijo que de aqui en adelante lleve el nombre de *castillo Levrault*. Restauraremos sus almenas y sus torreones, y llevaremos á él todo el lujo de la Trelade, rescataremos además todas las tierras que pertenecieron á los antepasados de Gaston, y en una palabra, nada ahorraremos para restablecer el esplendor de aquel antiguo castillo, del cual es V. señor y dueño.

Conmovido hasta verter lágrimas, el ex-fabricante habia mandado al castillo de la Rochelandier, convertido ya en castillo de Levrault, todos los muebles, perros, carruajes y caballos de la Trelade, algunos días antes de su marcha á París. El ex-mercader, que no habia podido perdonar á la Trelade su prosáica arquitectura, no se cansaba de admirar la fisonomía feudal que ofrecia su nueva habitacion: llamaba vasallos á los campesinos.

nos, queria restablecer sobre las puertas todos los escudos blasonados de la familia, y habia momentos en que hasta se le figuraba que los retratos suspendidos en las paredes del salon se le daban cierto aire. En mi concepto, no le hubiera sorprendido gran cosa, si alguno le hubiese dicho que aquellos retratos eran los retratos de sus mayores.

Ahora bien, ¿y de qué manera habia de campañárselas para decir á la marquesa que fuese con él á París? Semejante empresa no hubiera podido ménos de asustar á un espíritu mezquino: mas para M. Levrault era asunto de poca importancia. Recuérdese si no con cuánta astucia habia obligado á la marquesa á darle su hijo por yerno! De consiguiente, supo manejárselas igualmente para llevarse á París á la madre de Gaston. En vano se atrincheró madame de la Rochelandier detrás de su pasion por la soledad, y en vano fué que opusiera su predileccion por la vida del campo; M. Levrault triunfó de todos los obstáculos y de todas las resistencias.

Quince días despues, una silla de postas tirada por cuatro caballos llevaba á París á Gaston, á su esposa, á M. Levrault y á la marquesa viuda de la Rochelandier.

## XI

En un principio todo marchaba á las mil maravillas. Al ver á la marquesa con las manos en la masa, el ex-mercader se congratulaba cada vez más por semejante conquista, y cada vez comprendia mejor el inmenso partido que se podia sacar de ella. La marquesa, como es de presumir, fué desde los primeros días la verdadera ama de la casa, sin que Laura se acordase siquiera de disputarle las riendas del gobierno. Gracias á sus desvelos, en todo el barrio de Saint-Germain no habia otra casa montada tan brillantemente como la de M. Levrault, cuya vanidad lisonjeaba en extremo madame de la Rochelandier, diciéndole que si habia desplegado tanto lujo y tanta magnificencia, lo hacia solamente por embellecer la morada de un hombre

nos, queria restablecer sobre las puertas todos los escudos blasonados de la familia, y habia momentos en que hasta se le figuraba que los retratos suspendidos en las paredes del salon se le daban cierto aire. En mi concepto, no le hubiera sorprendido gran cosa, si alguno le hubiese dicho que aquellos retratos eran los retratos de sus mayores.

Ahora bien, ¿y de qué manera habia de campañárselas para decir á la marquesa que fuese con él á París? Semejante empresa no hubiera podido ménos de asustar á un espíritu mezquino: mas para M. Levrault era asunto de poca importancia. Recuérdese si no con cuánta astucia habia obligado á la marquesa á darle su hijo por yerno! De consiguiente, supo manejárselas igualmente para llevarse á París á la madre de Gaston. En vano se atrincheró madame de la Rochelandier detrás de su pasion por la soledad, y en vano fué que opusiera su predileccion por la vida del campo; M. Levrault triunfó de todos los obstáculos y de todas las resistencias.

Quince días despues, una silla de postas tirada por cuatro caballos llevaba á París á Gaston, á su esposa, á M. Levrault y á la marquesa viuda de la Rochelandier.

## XI

En un principio todo marchaba á las mil maravillas. Al ver á la marquesa con las manos en la masa, el ex-mercader se congratulaba cada vez más por semejante conquista, y cada vez comprendia mejor el inmenso partido que se podia sacar de ella. La marquesa, como es de presumir, fué desde los primeros días la verdadera ama de la casa, sin que Laura se acordase siquiera de disputarle las riendas del gobierno. Gracias á sus desvelos, en todo el barrio de Saint-Germain no habia otra casa montada tan brillantemente como la de M. Levrault, cuya vanidad lisonjeaba en extremo madame de la Rochelandier, diciéndole que si habia desplegado tanto lujo y tanta magnificencia, lo hacia solamente por embellecer la morada de un hombre

tan eminente, y á quien aguardaban tan altos destinos, que toda suntuosidad y esplendidez eran pocas. Quería en fin que la jaula fuese digna del pájaro, y el marco digno del retrato, y su cariño llegaba á veces hasta el punto de lamentarse de no tener la varita de las hadas ó la lámpara de Aladino, para proporcionar al ex-fabricante toda clase de satisfacciones. A cada discurso de esta especie, M. Levrault abría una cuarta de pico, y dejaba caer, no solo uno, sino una docena de quesos. La marquesa habia dirigido el adorno de los salones, y los criados de la Trelade, vestidos hasta entonces con libreas tan relumbronas y tan listoneadas y pertrechados de sus correspondientes pelucas de lino, habian sido equipados por orden suya con unos trajes negros tan elegantes, que M. Levrault se hallaba tentado á todas horas á hablarles con el sombrero en la mano. Su cochero traía el cabello empolvado, y su cazador tenia lo ménos seis piés de estatura. Por una de aquellas delicadas atenciones que la marquesa no se cansaba de prodigar á su buen amigo, toda la vagilla, toda la plata y el servicio todo de la casa de M. Levrault, estaba marcado con las armas de la Rochelandier.

La berlina misma del ex comerciante tenia su correspondiente corona de marqués, y M. Levrault, que no podia mostrarse insensible á tan finas solitudes, rebosaba de gozo. Los salones de la casa

empezaban ya á poblarse de figuras aristocráticas. La obra de la conciliacion caminaba, pues, viento en popa. De modo que, segun todas las probabilidades, para de allí á pocos meses, el padre de Laura se prometia haber conseguido que todo el barrio de Saint-Germain se adhiriese á la dinastía de 1830, y que la legitimidad no contase ni un solo partidario á la orilla izquierda del Sena.

Mientras que la marquesa y su apreciable amigo se abandonaban al encanto de la intimidad, los dos esposos vivian, por su parte, en la más completa inteligencia. Ni las exigencias de la pasión, ni las inquietudes del amor, ni las riñas momentáneas, ni las reconciliaciones, ni drama alguno, de esos que se representan á la dulce claridad de la luna de miel, turbaba la union de sus almas. Nada alteraba la tranquilidad de sus dias, brillantes y frios como los diamantes con que gustaba Laura cargarse la cabeza. ¿Qué más querian? ¿No eran felices ambos? Laura tenia un título y Gastor la opulencia; ella era marquesa y él millonario: ¿qué más podían apetecer?

Excuso añadir que la conducta del marqués de la Rochelandier para con su esposa era propia de un verdadero vástago de la sangre azul; su extrema cortesía y exquisitos modales lisonjeaban á Laura mucho más que la expresion de la ternura más viva y más exaltada. La señorita Levrault ha-

bia vivido siempre en la persuasión de que esto era lo más usual y corriente entre personas de elevada categoría, y que el amor en el matrimonio solo cuadraba á los pobres diablos. Laura preparaba sus lujosos trajes, y Gaston compraba los más arrogantes caballos de París. La juventud de su mujer, su gracia y su linda figura le ponian al abrigo de todo comentario injurioso, y le servian de escusa á los ojos del mundo; el jóven marqués se consolaba de su papá-suegro, haciendo que le diese el aire á sus escudos. Por lo demás, Gaston era muy digno de las riquezas que le habia depurado la suerte. Amaba el lujo, como las flores aman el sol; comprendia y admiraba las artes; era, en fin, un hombre de corazon honrado y de un espíritu generoso. Si hasta entonces se habia consumido en la inaccion, habíalo hecho por las exigencias de su nombre, ménos imperiosas aun que la voluntad de su madre. Si habia aceptado los provechos de una alianza desventajosa, era porque ignoraba los medios de que se habia valido la marquesa para lograr este fin. En una palabra, si habia consentido en ofrecer holocaustos al becerro de oro, habíalo hecho sin inclinar la frente, ni doblar la rodilla.

Y hé aquí la razon porque hemos dicho que en un principio todo marchaba á las mil maravillas. Sin embargo, al cabo de seis semanas ó de dos me-

ses á lo sumo, no era muy difícil notar en la intimidad de la marquesa y de su dulce amigo una de esas nubes que los marinos llaman flores de tempestad. A los tres meses, ya rugia esta sobre el techo de la casa de M. Levrault. ¿Qué era, pues, lo que habia ocurrido? Nada que no fuera natural.

Una vez dueña de la casa, la marquesa, que se habia humillado haciéndose la chiquita y mostrándose toda bondad y dulzura, habia empezado ya á sacar los piés de las alforjas. Su voz habia perdido la inflexion cariñosa que conmovia al ex-mercader hasta el fondo del alma. El apreciable amigo iba quedándose ya en Levrault á secas, y este nombre era pronunciado á veces con un acento tan particular que, aterrándose al oirlo el antiguo mercader de paños, se replegaba á la anaquelera de su tienda. Las tiernas espansiones y las conversaciones familiares habian cesado completamente. Aquella marquesa, que no hablaba en otro tiempo más que de la modestia de sus deseos, y á la cual habia sido preciso arrancar poco ménos que á la fuerza de su gótico y solitario castillo, aquella marquesa, que tanta predileccion mostraba poco antes por la soledad y el silencio, no vivia, no respiraba ya más que por las vanidades del mundo. Habia entrado en triunfo en aquella sociedad monárquica, donde habia brillado tanto en tiempo de la Restauracion, y se agitaba en medio de ella, sin

cuidarse de llevar á M. Levrault á ninguna parte, y sin acordarse más de él que si no hubiera existido. A decir verdad, no era esta la Egeria con que el buen hombre había soñado. Y no era esto todo. M. Levrault hacía recordar en su casa á los reyes holgazanes de nuestra historia. La marquesa se había absorbido todos los poderes, y de nadie tomaba consejo más que de sí misma. Gobernando despóticamente en su casa, había pasado de regente á reina. Ella era la que todas las mañanas arreglaba el programa del día, y la que disponía de todo á medida de su gusto. Aunque M. Levrault no era literato, conocía, no obstante, la fábula de la perra de caza y su compañera. Habiéndose regocijado en un principio con la idea de tener diariamente á su mesa quince ó veinte convidados, tardó muy poco en echar de ver que el verdadero anfitrión no suele ser siempre aquel en cuya casa se come. Nuestro hombre, en efecto, notó que él no era más que un convidado más, y que el anfitrión de hecho era la marquesa. Ella era la que por la noche figuraba y se llevaba las atenciones en el salón, mientras que M. Levrault, de quien nadie hacía caso, erraba tristemente confundido entre la concurrencia. Alguna que otra vez, sin embargo, solía hallar algún consuelo para su amor propio, oyendo ponderar en torno suyo el lujo y la elegancia de la casa Rocheandier. Tampoco era raro que alguna

que otra noche se le acercase sonriendo uno de aquellos nobles concurrentes, que después de alargarle la mano, y de llevárselo al hueco de un balcón para hablarle con entusiasmo de su genio y de sus trabajos industriales, terminaba por proponerle algún negocio en comandita, para el cual debía poner el proponente su ilustre nombre y el ex-mercader su dinero. De modo que observando de cerca M. Levrault á la mayor parte de las personas ilustradas que la marquesa atraía á su casa, y examinando sus costumbres, las cuales eran ni más ni menos que las de la aristocracia del día, tenía por fuerza que creer que se hallaba todavía en medio de sus negocios.

El ex-fabricante había aceptado sin despecho y sin murmurar, el extraño papel á que lo tenía reducido la marquesa; no estaba lejano, empero, el momento en que debería tomar su revancha de una manera tan ruidosa, que todo el mundo hablase de ella. Prometiase que una vez sentado en los bancos del Luxemburgo, y revestido con el manto de armiño, cuyo uso no podía menos de restablecerse á su modo de ver, todo cambiaría de aspecto, y que la marquesa, la cual mandaba á la sazón en jefe, se daría por muy contenta con aceptar la hospitalidad, que al presente parecía ofrecerle ella en su propia casa. Hasta que tal sucediese, creía que lo mejor era callar, y se



callaba, en efecto, porque creía que la marquesa era el alma y el encanto de sus salones. Si M. Levrault hubiera entendido tanto de achaques de poesía, como de los precios corrientes de los paños de Elbeuf y de Louviers, hubiérala comparado á la alondra enjaulada de que se sirven los pajareros para atrapar á sus crédulas compañeras. Entretanto, ¡cómo podría menos de no aplaudir su paciencia y su delicada astucia! ¡Cómo había de dejar de reírse al ver á Mme. de la Rochelandier levantar la caza, y traerla á la boca del cañon de su escopeta!

Con todo, trascurriáanse los días y las semanas, y Gaston no parecía hallarse con ánimo, ni hablaba una palabra sobre su presentación en el palacio de las Tullerías. Como hombre bien educado, y á fuer de comerciante que conocía el mundo y sabía apreciar todo el valor de las transacciones humanas, M. Levrault no había hablado hasta entonces á su yerno sobre este asunto en términos formales. Descansando tranquilamente en la confianza que le inspiraba el lenguaje moderado de Gaston, en sus opiniones liberales, y en las simpatías que manifestaba constantemente hácia los jóvenes príncipes de la familia reinante, el ex-mercader no había dudado ni un solo momento que el joven marqués se prestaría dócilmente á todos los proyectos que bullían en su imaginación. Gaston nada ha-

bía prometido; pero la marquesa había empeñado su palabra, y el hijo al cumplir las promesas de su madre, no haría otra cosa que realizar el voto secreto de su conciencia; su intención había sido siempre adherirse á la dinastía reinante: el ex-mercader no abrigaba sobre esto la más mínima inquietud.

Cada vez que hacia alusión, delante de su yerno, á sus ilusiones y á sus esperanzas, Gaston, que no estaba al corriente de la ambición de su padre político, respondía sonriéndose, y M. Levrault convertía esta sonrisa en sustancia. El buen hombre estaba tan lleno de seguridad, que aun cuando hubiera tenido en el bolsillo su nombramiento de par y su título de conde, no habría estado tan tranquilo. Llegó un día, empero, en que esta seguridad se vió defraudada.

La marquesa, que hasta entonces había hablado siempre de la nueva dinastía con cierta deferencia, cobró vuelos al ver la humildad del amo de la casa, y se expresaba con un tono tan sarcástico y tan sumamente desdeñoso, que M. Levrault no podía menos de escucharla con un estupor profundo. Siguiendo los concurrentes tan pernicioso ejemplo, solamente se oían en aquellos salones, donde debía verificarse la unión de la nobleza con la clase media, los más crueles epigramas dirigidos contra el trono de Julio. El ex-mercader estuvo tentado

en más de una ocasión de imponer silencio á apueltos habladores impertinentes, pero la prudencia encadenaba siempre á la indignación en sus labios. Agitado, no obstante, por siniestros presentimientos, el pobre M. Levrault tenía que interrogarse con inquietud, sobre lo que pasaba en torno suyo.

Entretanto, y aun cuando la unión de Gaston y Laura proseguía siendo la misma en la apariencia, empezaba á fermentar en su intimidad los gérmenes de la turbulencia y de la discordia. El barrio de Saint-Germain, donde Laura esperaba recoger los triunfos, no cumplía sus promesas, y aquella misma sociedad cuyas tradiciones y elegantes modales la habían fascinado en un principio, parecía al presente un poco fría y amanerada. Más de una vez llegó á persuadirse, con razón ó sin ella, que aquellas nobles damas no la aceptaban de una manera completamente favorable, y hasta se le figuró leer en sus sonrisas que la tienda del autor de sus días no era un misterio para nadie. ¡Cosa extraña! perdonábasele á Gaston, que hubiese descendido hasta ella, y no se perdonaba á Laura el que se hubiese elevado hasta Gaston. En medio de las fiestas más brillantes, pesaba sobre su corazón una pena y un malestar indefinible. Al regresar á su aposento, repasaba en su memoria todas las palabras, todas las miradas y

hasta las sonrisas que se le habían dirigido, y las interpretaba con una crueldad ingeniosa. Entregado Gaston en cuerpo y alma á sus placeres, no adivinaba las lágrimas de su esposa, y jamás se hallaba á su lado para enjugarlas.

Laura confiaba en que la corte sería más indulgente para con ella que la aristocracia, y convencida, como lo estaba su padre, de que Gaston se adheriría al trono de 1830, consolábase de los desdenes que devoraba en silencio, pensando en la brillante reparación que la aguardaba. Trascurríanse, empero, semanas y semanas, y cuantas veces hablaba á su marido de ir á las Tullerías, Gaston no veía en este deseo más que un capricho, una niñada sin consecuencia, y, ó le contestaba riendo, ó no le contestaba. Teniendo, como tenía, mucha más perspicuidad que su padre, tardó muy poco tiempo en conocer la soberanía que se había abrogado en la casa la marquesa, y no se le ocultó tampoco que ésta se mofaba de la credulidad de M. Levrault. ¿Sería Gaston su cómplice? Esta sospecha fué creciendo diariamente en su ánimo, siendo demasiado orgullosa para reclamar lo que ella consideraba como el cumplimiento de un pacto. Laura se alejó cada vez más de su marido, empezó á dudar de su lealtad, y el despecho que sintiera en un principio, casi llegó á convertirse en odio.

Impaciente por su parte M. Levrault de saber á qué atenerse sobre los proyectos de su yerno, habíase dirigido á su hija, y lejos de calmar esta su ansiedad, acabó por el contrario de exasperarle con su respuesta. En esta atencion resolvió hablar directamente al marido de Laura. Hasta entonces habíalo intentado varias veces, mas no había podido conseguirlo, porque Gaston tenia arregladas sus horas de manera que sólo se encontraba con su suegro á las de comer, y aun solian pasarse frecuentemente algunos dias sin que se vieran uno y otro.

Una mañana, sin embargo, presentóse M. Levrault en el cuarto del marqués, el cual acababa de vestirse y estaba esperando á uno de sus amigos para irse al bosque de Bolonia. El ex-fabricante tomó asiento en una butaca y echando una mirada escudriñadora en torno de la habitacion, exclamó luego con aire satisfecho:

—Veo, señor marqués, que cada dia hace usted nuevas adquisiciones: todos estos bronce me eran del todo desconocidos. ¿Sabe V. que su cuarto es un verdadero museo? Imposible seria escoger algo de más gusto. Verdad es, que V. lo tiene en todo, y por ahí fuera no se habla de otra cosa que de la elegancia de su tren. Acabo de ver en el zaguán el magnífico caballo árabe que compró usted ayer, y en el cual va á salir á paseo; es un animal hermosísimo. Felicito á V. por tan buena compra,

y por lo alegremente que pasa su juventud. Mas como no es posible que viva V. siempre de ese modo, puesto que su caballeriza, su estufa y su galería de pinturas son de lo más completo que puede darse, permítame V. que le pregunte, ¿qué es lo que piensa hacer ahora?

Al oír semejante pregunta, Gaston miró á su suegro con aire sorprendido.

—¿Qué pienso hacer? contestó de allí á un instante: lo que hice ayer, y lo que haré hoy; dividir mi tiempo entre las exigencias del mundo y las de la amistad. Por la mañana ir al bosque y por la noche al teatro Italiano; buscar para mi mujer distracciones agradables; visitar á pintores y escultores de fama; asistir á las carreras de Chantilly, y correr en ellas cuando se ofrezca ocasion: ¿no le parece á V. que con todo esto hay bastante para pasar la vida entretenido?

—Todo eso, señor marqués, bastaría sin duda para un hombre que no pensase más que en comerse sus rentas. Pero V., á Dios gracias, no pertenece á esa clase de hombres, y su nombre, su educacion y su alianza con los Levrault le imponen deberes más serios, los cuales me consta que no ignora; ya sé que se halla V. animado de una noble ambicion.

—¿De qué clase de ambicion quiere V. hablar? preguntó Gaston, cada vez más sorprendido.

—V. está muy lejos de ser un mozo de los del siglo, repuso M. Levrault, acordándose de las mismas palabras de la marquesa; V. ha crecido y se ha desarrollado en la atmósfera de las ideas liberales, y solo por incidencia se acuerda de la tempestad en que fracasó el trono de San Luis. Siempre le he oído á V. hablar con deferencia de la nueva dinastía, y estoy seguro de que ama V. á los príncipes.

—No digo que no, repuso el yerno, devanándose los sesos en vano por adivinar á dónde quería ir á parar el ex-fabricante. En el colegio sentábame al lado de los príncipes, y despues recuerdo haberlos encontrado un dia en Fontainebleau, donde pasé con ellos un dia de caza deliciosísimo. Son unos jóvenes bizarros que sirven lealmente á su país.

—Pues bien, ¿á qué aguarda V. entonces? preguntó M. Levrault con aire triunfante.

—Aguardo á que me explique V....., replicó Gaston.

—¡Pardiez! las intenciones de V., yerno mio, no son un misterio para nadie. Ha comprendido usted perfectamente las obligaciones que le impone su nombre ilustre, y quiere, por tanto, con sobrada justicia, tomar parte en el manejo de los negocios públicos. Un Rochelandier no debía efectivamente perder el tiempo permaneciendo con los brazos cruzados. Lo presente y lo porvenir lo reclaman

á V. á voz en grito, y sé que V. quiere adherirse á la actual dinastía.

—¿Adherirme á la actual dinastía? ¿Y quién me supone semejantes intenciones? Cada cual comprende á su manera las obligaciones que le impone su nacimiento. Confieso que no me inspiran aversion alguna las actuales instituciones, que amo á los jóvenes príncipes, y que ningun resentimiento ha dejado en mí lo pasado; pero ¿se cree, por ventura, que he olvidado la familia á que pertenezco? Mi padre me dió un noble ejemplo y me trazó con su conducta una línea de la cual no me separaré jamás. Si no logro así hacer grandes cosas, tampoco renegaré al menos; no, jamás arrojaré por el suelo las tradiciones de mi familia.

—¿Conque, segun eso, señor marqués, quiere decir que V. jamás pensó en adherirse al trono de Julio?

—Jamás he pensado en semejante cosa, repuso tranquilamente Gaston; mas, dígame V., ¿quién ha podido contar á V. semejante fábula?

—¿Quién? Su madre de V., señor marqués.

—¡Mi madre! repuso Gaston con altivo tono; ¡mi madre! ¡bah! está V. trascordado. Si yo tratase de adherirme, y llegara á noticia de mi madre, me maldeciría: estoy seguro de ello.

A esta sazón abrióse la puerta del aposento y entró un joven elegante, vestido con traje de mon-

tar y con un latiguillo en la mano, con el cual tocó familiarmente á Gaston sobre el hombro. El marido de Laura, que ignoraba la importancia que tenia para M. Levrault la conversacion que entre ellos habia mediado, se escusó para con él en dos palabras, saludó respetuosamente, y salió con el jóven que habia ido á buscarle. M. Levrault se dejó caer pálido, mudo, estúpido, en la butaca de donde se habia levantado, y oyendo rechinar de allí á poco los goznes de la puerta de la caballeriza, se dirigió corriendo á asomarse á uno de los balcones, desde el cual vió á su yerno arrogantemente colocado sobre un caballo de raza, y que poniéndolo al paso, volvía la cabeza hácia el balcon donde él se hallaba y le dirigia un saludo con la empuñadura del látigo.

M. Levrault se plantó de un brinco desde la habitacion de su yerno hasta la de la marquesa, la cual acababa de salir. Pidió su berlina, pero se la habia llevado ésta; entonces fué cuando comprendió por qué habian pintado en ella una corona de marqués, y el lector podrá adivinar cómo se pondria al verse burlado y engañado como un pobre demonio. No pudiendo parar de impaciencia, salió á pié y se dirigió hácia las Tullerías. Habia creído que el bullicio y la animacion disiparian su cólera, y precisamente le sucedió todo lo contrario. Pareciale que todos los transeuntes le

miraban con cierto airecillo burlon, como si estuviesen en el secreto de la jugarreta que acababan de hacerle.

Al llegar á las Tullerías irritóle más y más el aspecto del palacio. Paróse enfrente de él, y permaneció contemplándolo, y preguntándose si aquellas puertas no se abririan nunca para franquearle el paso á las habitaciones. A pesar de las advertencias de maese Jolibois, habia caido de Scila en Caribdis, ó lo que es lo mismo, se habia librado de las garras de Montflanquin para dar en las de la Marquesa. La confusion y la rabia se disputaban su corazon. Despues de pasar una hora sumido en dolorosas reflexiones, resolvió volverse á su casa, á cuyo fin atravesó rápidamente el Puente Real. Al llegar á ella, distinguió una inscripcion sobre la puerta, y su có'era llegó al colmo cuando leyó en letras doradas sobre mármol negro: HOTEL LA ROCHELANDIER. Aquello fué para él la gota de agua que hace rebosar un vaso cuando está ya lleno. La marquesa acababa de entrar, y M. Levrault se dirigió á su aposento.

A la misma hora abandonaba Gaston el bosque de Bolonia, y conforme iba acercándose á su casa, repasaba en su memoria las palabras que le habia dicho su papá-suegro, y no podia ménos de atribuir las á una enagenacion mental. ¿Cómo habia de creer, en efecto, que su madre hubiese hecho

promesa semejante? Poco á poco, sin embargo, se acordó de la actitud de esta en la Trelade, y reuniendo todos sus recuerdos, sintió que el rubor coloraba sus mejillas. Entregado, pues, á las dudas más crueles, y no siendo dueño de contener su impaciencia, metió espuelas al caballo, y partió á galope, decidido á arrancar á la marquesa toda la verdad.

## XII

Al ver entrar en su aposento á M. Levrault, madame de La Rochelandier comprendió al vuelo que iba á verificarse una explicación decisiva, para la cual estaba ya preparada anticipadamente.

—Señora marquesa, dijo M. Levrault sin más preámbulos, deseo saber si es V. quien está en mi casa, ó si soy yo quien vive en la suya; en otros términos: si la casa en que ambos vivimos es el hotel Levrault, ó el hotel Rochelandier.

—¡Jesús, y qué pregunta tan extraña! replicó la marquesa sin conmoverse: no le comprendo á V.: ¿qué quiere V. decir?

—Va V. á comprenderme al instante, señora marquesa; acabó de leer sobre la puerta de casa la inscripción que ha mandado V. fijar en ella.

—Y bien, ¿y qué?

—¿Qué? Que he leído con mis propios ojos: *Hotel La Rochelandier!*

—¡Cómo! ¿le ha incomodado á V. eso, amigo mio? repuso la marquesa, recobrando aquel acento suave y cariñoso que habia usado con el ex-mercader bajo los árboles sombríos de la Trelade. Y sin embargo, es la cosa más sencilla del mundo. ¿No se llama el cast. llo La Rochelandier castillo de Levrault, desde hace algun tiempo? Yo creia hacer á V. un obsequio poniendo el nombre de mi familia á la puerta de su casa: en eso no veia sino un medio delicado de estrechar mas y mas nuestra intimidad.

—¿De modo, señora marquesa, que todavía querrá V. que le dé las gracias encima?

—Entre nosotros, amigo mio, ya sabe V. que no hay necesidad de sem jante cosa. Lo que por usted he hecho no vale la pena, y bien pronto espero que verá al entrar en su casa *Hotel Levrault de la Rochelandier!* No he hecho más que decir dos palabras al guarda-sellos, y creo que no será difícil lograr que pueda V. unir el nombre de su yerno al suyo.

—No haré tal, señora marquesa, no haré tal; estoy contento con el mio, y me basta, replicó monsieur Levrault alzando con orgullo la cabeza. Yo no tengo blasones, ni mis abuelos estuvieron jamás en las cruzadas; pero he enriquecido á mi

pais con mi trabajo y con mi génio, y esta gloria vale como otra cualquiera. Por lo demás, añadí con voz más tranquila y á guisa del hombre que acaba de concederse una reparacion á sí mismo, la inscripcion que he leído hace un momento no me ha enseñado nada, señora marquesa, puesto que aquí reina V. como dueña absoluta.

—¿Es una reconvencion, caballero?

—No, señora, es la verdad. Conozco perfectamente el papel que V. me ha destinado; y sino, dígame V.: ¿quién escoge los convidados que se sientan á nuestra mesa? ¿á nombre de quién vienen? ¿qué clase de gente concurre á mis salones? ¿No se sigue en todo y por todo el capricho de V.?

—Es V. un ingrato, amigo mio, repuso la marquesa con voz angelical. ¿Qué era, pues, lo que esperaba V. al llamarme á su lado? Yo me estaba bien quieta y bien en paz en el fondo de mi castillo, y únicamente por complacerle me decidí á entrar en el torbellino del mundo. Tres meses hace ya que me estoy sacrificando por V., viviendo en medio del bullicio y de las fiestas. ¿Cuál es, pues, el motivo de queja que tiene contra mí? ¿No he reunido en sus salones lo más selecto, la flor y nata de la nobleza?

—Sin duda que sí, señora marquesa. No puedo ménos de confesar que el partido de V. se halla perfectamente representado en mis salones, pero,

¿y el mio? ¿y la clase media? ¿Hay, por ventura, en mi casa alguno que participe de mis opiniones?

—No olvide V., amigo mio, que cada uno de nosotros se habia impuesto su tarea; yo, por mi parte, he hecho todo lo posible por cumplir con la mia; cump'a V., pues, con la suya, y punto concluido. Yo me comprometí á atraer la aristocracia á sus salones; ¿he faltado á mi palabra? De consiguiente, haga V. otro tanto con la clase media, y todo quedará arreglado. Pongámoslas en presencia una y otra; hagamos que se escuchen, que se comprendan mutuamente, y veremos realizados nuestros deseos.

—Perfectamente, señora marquesa; respondió M. Levrault, yendo derecho al grano; siendo eso así, ¿por qué no da su hijo de V. un ejemplo de esa reconciliacion? ¿A qué aguarda para adherirse?

—Mi hijo es libre, y únicamente hace aquello que le dicta su conciencia. Decidase, si le place, en favor de la nueva dinastia, y á buen seguro que sea yo quien se lo quite de la cabeza: pero ya comprende V., amigo mio, que no estaria bien el que yo misma le impeliere á ello.

—¿Pues no me dijo V. en la Trelade que era esa su intencion?

—Sí, amigo mio; yo lo creia así, y por eso se lo dije.

—¿Que lo creia V.! exclamó M. Levrault, pu-

diendo contenerse á duras penas: si no estoy trastornado, V. lo daba como cosa segura, y yo contaba con ello.

—Mal podia yo empeñar mi palabra por mi hijo, ni responder de sus intenciones; mas ¿á qué viene ahora el insistir tanto sobre ese punto? ¿Qué clase de interés puede tener en semejante paso?

—¿Qué clase de interés! demasiado lo sabe V., señora marquesa, puesto que no le es desconocida mi ambicion.

—Vamos, vamos, amigo mio, ¿cómo puede usted desear una vida mas feliz que la que ahora lleva? ¿Qué falta á su felicidad? Rodeado de una familia que le ama, pasa V. el invierno en medio de fiestas y placeres. Llegará la primavera, y entonces se marchará á la Gran-Bretaña, donde le espera su castillo de Levrault, tendiéndole los brazos. ¡Ay! amigo mio; ¡qué injusto es V. con la Providencia! Iniciado como V. se halla, en todos los descubrimientos modernos, ¿qué es lo que le impide hacer en obsequio del patrimonio de los La Rochelandier, en ese dominio reconstituido á nombre de los Levrault, todas las mejoras, todos los adelantos que ha hecho V. en favor de la alta industria?

—¡Ah! No era así como se expresaba V. en la Trelade, señora marquesa! En Bretaña veia V. en mí un hombre cortado por el mismo patron que los



grandes hombres de Estado, y me hacia justicia. El lugar que me correspondia, segun V., era la tribuna, en las sesiones del Consejo. Iejos de condenar mis esperanzas, contribuia V., por el contrario, á que tomaran mayores proporciones. Entonces se sorprendia V. de que un hombre de mi valor se resignase á la inaccion y á la oscuridad, cuando tantas medianías se pavoneaban en las elevadas esferas del poder.

—Pues bien, amigo mio, dijo la marquesa con un gesto de resignacion; si no estima V. en lo que vale su felicidad, si huye de la paz, si la vida señorial no le parece halagüña, si la ambicion es su idea fija, en ese caso, dirijase V. á mi hijo: es el único que puede responderle sobre el particular.

Al oír estas palabras, M. Levrault se levantó poniéndose lívido de cólera.

—Señora marquesa, V. se ha burlado de mí exclamó secamente. Hoy, esta misma mañana he visto á mi yerno, y le he hablado en términos claros y precisos sobre el asunto. M. Gaston no ha tenido jamás las intenciones que V. le atribuía, ni ha hecho ni dicho nada que pudiera inducirle á V. á formar un juicio equivocado. Demasiado bien sabe V. lo que él quiere y lo que piensa. Por mi parte tambien he llegado á comprender el valor que á las palabras de V. debe darse. Usted se moria de fastidio en su castillo ruinoso, y por res-

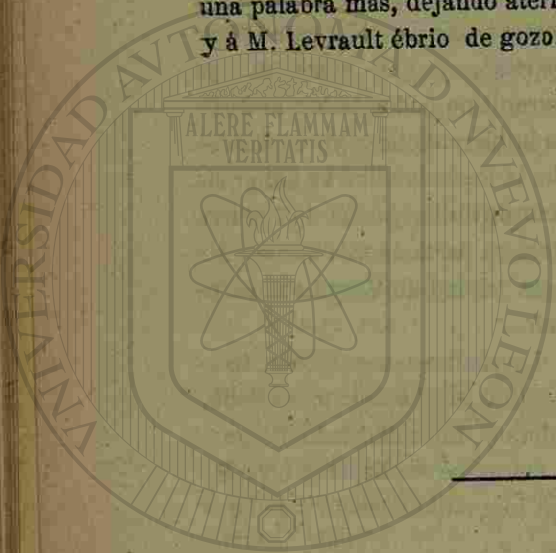
tablecer el esplendor de su casa, por volver á presentarse en el gran mundo, se ha rebajado V. á cortejar, á incensar y á llenar de adulaciones á este pobre tendéro, á quien al presente desdeña. Constantemente me ha oído usted decir que odiaba su partido, y que entre M. de Chambord y los Levrault no podia haber nada de comun. Si V. no me hubiera dicho y yo no hubiera creído, que M. de la Rochelandier se adheriria con el tiempo al trono de Julio, jamás le hubiera dado mi hija ni la tercera parte de mis bienes. Me fié, no obstante, en la lealtad de V., y he sido indignamente engañado.

Al pronunciar M. Levrault estas palabras, Gaston, que acababa de entrar en el aposento, se habia quedado inmóvil, pálido é imposibilitado de pronunciar palabra. La marquesa se disponia á replicar, mas al ver á su hijo guardó silencio y se quedó como petrificada.

—Madre mia, dijo friamente Gaston, despues de haber dado algunos pasos hácia ella; creo comprenderlo todo, y veo con harto sentimiento mio que ha traficado V. con mi nombre. Para eso, hubiera valido cien veces más aceptar nuestra pobreza, ó haberme dedicado al trabajo para restablecer nuestra fortuna. Usted ha cancelado un contrato que no lleva mi firma; pero así y todo, empeño mi palabra de que lo cumpliré.

Luego, volviéndose al padre de Laura, añadió:  
—Tranquilícese usted, iremos á la córte.

Y así diciendo, retiróse Gaston sin añadir ni una palabra más, dejando aterrada á la marquesa, y á M. Levrault ébrio de gozo.



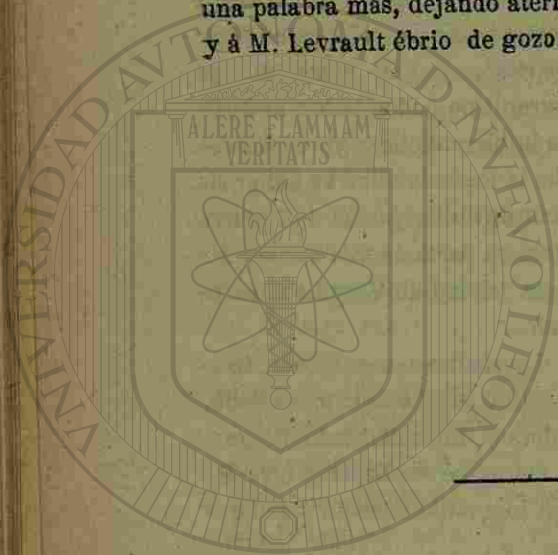
## XIII

Ocho días despues de la escena que acabamos de referir, Laura estaba preparando su tocado de córte, y M. Levrault, que no habia dudado ni un instante que su presentacion sucederia inmediatamente á la de su yerno, se habia mandado hacer un traje de toda etiqueta, porque estaba firmemente decidido á no presentarse al rey, sino de calzón corto y con espada de empuñadura de acero. La familia real acaba de sufrir una sensible pérdida, y Gaston esperaba la terminacion del luto riguroso para presentarse en las Tullerías.

En vano le habia amenazado la marquesa con maldecirle; mostróse sordo á todas sus súplicas y á todas sus amenazas, permaneciendo firme en su resolucion. A consecuencia de esto, la

Luego, volviéndose al padre de Laura, añadió:  
—Tranquilícese usted, iremos á la córte.

Y así diciendo, retiróse Gaston sin añadir ni una palabra más, dejando aterrada á la marquesa, y á M. Levrault ébrio de gozo.



## XIII

Ocho días despues de la escena que acabamos de referir, Laura estaba preparando su tocado de córte, y M. Levrault, que no habia dudado ni un instante que su presentacion sucederia inmediatamente á la de su yerno, se habia mandado hacer un traje de toda etiqueta, porque estaba firmemente decidido á no presentarse al rey, sino de calzón corto y con espada de empuñadura de acero. La familia real acaba de sufrir una sensible pérdida, y Gaston esperaba la terminacion del luto riguroso para presentarse en las Tullerías.

En vano le habia amenazado la marquesa con maldecirle; mostróse sordo á todas sus súplicas y á todas sus amenazas, permaneciendo firme en su resolucion. A consecuencia de esto, la

casa de La Rochelandier, que tan animada estaba pocos días antes, se hallaba á la sazón silenciosa y desierta. En sus salones no entraba visita alguna, ni se daban tampoco fiestas en ellos. El ex-fabricante, sin embargo, estaba lleno de gozo, y ya se le figuraba que tenía en sus manos el nombramiento de par y el título de conde. Cada día le daba más que hacer la composición de su escudo de armas, y asistía á todas las sesiones de la Cámara, no como un mero espectador, sino á manera del comediante que, antes de su estreno, quiere oír á sus camaradas para adquirir los modales y el tono de la casa. Más feliz aun durante sus sueños, creíase ya en la tribuna, desde la cual pronunciaba con voz sonora un discurso que todos escuchaban con religioso silencio. Soñaba además que despues de terminar su perorata, lo acogían con benévolas sonrisas en el banco de los ministros, y que volvía á su sitio recibiendo felicitaciones y apretones de manos.

Una noche que entró un lacayo en su aposento, encontrólo encaramado sobre un sillón, gesticulando, agitándose, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:—«Pido la palabra para una alusion personal.»—¡Qué hombre tan envidiable! tenía y sentía todas las embriagueces de la ambicion, sin participar de ninguna de sus quiebras.

Laura no se mostraba tampoco ménos gozosa que

su padre. La córte habia sido el sueño dorado de su juventud. En ella pensaba encontrar á todas sus compañeras de colegio y burlarse de todos los desdenes y burlas con que la habían mortificado en su infancia. En medio de su embriaguez, no reparaba en el aire sombrío de Gaston, y si alguna vez hacia alto en ello, no se tomaba la pena de preguntarle la causa:

El día en que su marido le anunció su resolución, empezó á batir las palmas y á saltar de alegría, mientras que éste, contemplándola con sorda cólera, lamentábase interiormente de que comprendiese tan mal la extension del sacrificio á que se resignaba, y la acusaba en secreto de haber especulado como su padre con el nombre de La Rochelandier. A medida que iba aproximándose el día de la presentación, el jóven marqués se mostraba más fúscos. La vista de su suegro habia llegado á ser para él odiosa, y la presencia de su mujer insoportable: la alegría de Laura era una cosa que le exasperaba en extremo.

Entretanto, acababan los bordadores de dar la última mano al traje de córte de M. Levrault, el cual despertó una mañana loco de alegría al verle extendido sobre una butaca, con el calzon corto de casimir blanco, una espada de empuñadura de acero, y con un sombrero de tres picos, cuyas alas tenían una especie de fleco de pluma de cisne.

Nuestro mercader no pudo resistir al deseo de repetir sus ensayos en traje de ceremonia, y saltó de la cama.

El futuro legislador se estuvo mirando á un espejo más de una hora, y no podía menos de contemplar con sorpresa su persona. A esta sazón entró un lacayo trayéndole en una bandeja de plata el periódico donde M. Levrault bebía sus convicciones hacia ya treinta años. El ex-mercader se sentó delante del espejo y recorrió con aire distraído las noticias del día. Aun cuando había oído hablar la víspera que reinaba en París alguna agitación, no dió á estos rumores gran importancia, y si bien se acordó de ellos, se encogió de hombros y ni siquiera acabó de leer el diario. Hallábase tan contento de verse vestido de aquel modo, que conservó puesto el traje, y no salió en toda la mañana, por solazarse con el agradable encanto que le ofrecía su figura al reflejarse en todos los espejos de la habitación. Por la noche se vistió de una manera más modesta, y salió á pié para juzgar por sus propios ojos la fisonomía de París.

Al llegar al boulevard, vió desfilar á las tropas que regresaban á sus cuarteles, é iluminadas las casas como en un día de gran solemnidad, y al comparar semejante espectáculo con las noticias que había leído por la mañana, por la primera vez de su vida empezó á dudar de la sagacidad de su

periódico. El motin, por tanto, acerca del cual se concebían temores tan serios, no debía haber sido, en concepto de nuestro hombre, más que humo de pajas. M. Levrault regresó, pues, á su casa gozoso y triunfante, se metió en el lecho y se durmió, mecido por los ensueños más seductores. La vista de su traje bordado había cambiado repentinamente todas sus ideas. En su movible imaginación habían sucedido á los triunfos de la tribuna los triunfos de los salones de baile, y ya creía verse con la espada al costado, figurando en una cuadrilla al frente de las jóvenes princesas. Soñaba también que ya empezaban á cuchichear las damas y á preguntar su nombre, y que un ayudante del rey les respondía en voz baja:—Es el señor conde de Levrault.

A la mañana siguiente despertó con el mejor humor del mundo, y al ver su periódico en la mesa de noche, lo rechazó con mano desdeñosa, como en venganza de las mentidas noticias que había leído en él la víspera. Habiéndose atrevido su ayuda de cámara á decirle que durante la noche se habían oído ciertos rumores siniestros, monsieur Levrault le dijo que era un visionario, y le contó lo que él había visto la víspera, recalcando las palabras con cierta prosopopeya, á guisa de un hombre que no hubiera tenido más que mostrarse para aplacar un motin, y como un nuevo Nep-

tuno ante el cual se apaciguan las olas irritadas.

Después de almorzar solo, lentamente, y como un verdadero gastrónomo exento de cuidados, bajó al jardín, y se ocupó en improvisar el discurso que se proponía dirigir el día de su recepción.

A las dos horas de haber emprendido esta faena logró confeccionar una frase, tan solo una; pero que en honor de la verdad valía por dos: «Señor, mi yerno es quien me presenta á V. M.; pero á mí es á quien V. M. debe la adhesión de mi yerno.» Lleno de orgullo el ex fabricante por haber logrado enjaretar esta frase elocuente, volvió corriendo á su despacho, se apresuró á consignarla en el papel á fin de que su memoria no le hiciese alguna jugarreta, y en seguida lo guardó cuidadosamente en su cartera, como se guarda una alhaja en un estuche.

A eso del medio día, y queriendo volver á ver su querido palacio de las Tullerías, teatro predestinado de sus próximos triunfos, dirigióse hácia él por la rue du Bac, é iba recitando en voz baja su improvisación, y consultando su cartera siempre que su memoria hacia fiasco. En el momento en que por la trigesésima vez repetía con una satisfacción siempre creciente: «Señor, mi yerno es quien me presenta á V. M.; pero á mí es á quien V. M. debe la adhesión de mi yerno,» y al desembocar

por el muelle, distinguió en el pabellón de Flora á ciertos personajes que no llevaban casacas bordadas; pero los cuales se ocupaban en arrojar los muebles por los balcones.

Las inmediaciones de las Tullerías presentaban en aquel instante una escena de confusión y de tumulto, que sería imposible describir. Numerosos pelotones armados recorrían el puente y el muelle: por los balcones del palacio invadido salían los rugidos de la multitud, semejantes á los de la mar. Todo el pueblo, á excepcion de los soldados, los cuales estaban inermes, se hallaba sobre las armas.

M. Levrault miraba y escuchaba todo cuanto pasaba en torno suyo, creyéndose víctima de una pesadilla, cuando una mano que se apoyó sobre su hombro le hizo volver bruscamente la cabeza, y se halló frente á frente con maese Jolibois, el cual estaba armado hasta los dientes. Al ver su semblante manchado de pólvora, hubiérase dicho que era un soldado cuya ocupación no era otra después de algunas horas que morder cartuchos.

Pero las armas de Jolibois no tenían que echarse en cara ningún homicidio, por cuanto á guisa de guerrero prudente, había aguardado á que todo estuviese concluido, para echarse á la calle. El aprendiz de notario marchaba hácia la Cámara á la cabeza de unos veinte hombres de su misma esfe-

ra, y al reconocerle M. Levrault no pudo ménos de estremecerse de espanto.

—¡Qué tal! exclamó maese Jolibois, ¿no se lo decía yo á V.? ¿No tenía yo razon? ¿Rehusará usted todavía creer lo que están viendo sus propios ojos? ¡Oh! tengo yo buenas narices, y lo que ahora está sucediendo, tiempo hace ya que me lo tenía tragado. El pueblo triunfa, la monarquía se ha venido al suelo y la infame clase media ha sucumbido. Mis camaradas y yo vamos á la Cámara á proclamar la República.

—¡La República! balbuceó M. Levrault con voz ahogada.

—Sí, señor, la República; dentro de una hora ya estará V. á sus órdenes.

Y en seguida, llevándosele aparte, como si hubiese temido que sus pa'abras fuesen oídas por sus compañeros, añadió:

—Ha hecho V. un pan como unas hostias, amigo mio; á decir verdad, no quisiera yo hallarme en su pellejo. No ha querido V. por yerno á un notario, y ha preferido á un marqués, como si los millones que V. tiene no hubiesen sido bastante motivo para designarle á la cólera y justicia del pueblo. La casa de V. es en este instante un nido de realistas; pero es muy posible que esta noche no sea ya más que un monton de escombros. Sírvale á V. de aviso, y componérselas como pueda.

Y así diciendo, Jolibois se desprendió de las manos del ex-mercader, que se agarraba fuertemente á su traje, y echó á correr hácia la Cámara. Porzoso es renunciar á describir la consternacion y el terror que de M. Levrault se habia apoderado. La palabra república helábale la sangre de las venas, porque en su concepto era sinónima de asesinato, de incendio y de pillaje. Lleno de miedo, desesperado como un hombre luchando con las olas, creía que á cada paso oía pronunciar su nombre, y se le figuraba leer en todos los semblantes una expresion amenazadora de venganza. Parecíale además que el guarismo de sus millones y el título de su yerno estaban escritos en la copa del sombrero que llevaba. El desgraciado ni aun se atrevia á regresar á su casa de miedo de que lo siguieran, y errando pálido y trémulo de un lado á otro, devanábale los sesos buscando un expediente para poner su casa al abrigo del furor popular, cuando al distinguir á un obrero que llevaban herido sobre una camilla, cruzó un pensamiento luminoso por su mente. Apresurándose á ponerlo en práctica, hizo un gesto á los conductores para que se detuvieran, y les dijo con voz sonora:

—¿Dónde llevais á ese valiente?

—Al hospital.

—¡Al hospital! ¡Cómo se entiende! ¡Llevar al hospital á un hijo del pueblo, á un hombre que ha

vertido su sangre por la libertad, por el entronizamiento de la república! Eso sería una vergüenza para nosotros, amigos míos: conducidle á mi casa; allí se le curará: yo también soy un obrero. ¡Conducidle á casa de Guillermo Levrault! Seguidme, camaradas, y estad tranquilos; nada le hará falta á vuestro compañero.

—¡Viva Guillermo Levrault! exclamó la turba batiendo las palmas.

—Nada de eso, hijos míos, nada de eso; gritad solo, ¡viva la república!

Y poniéndose á la cabeza del cortejo, emprendió con él la marcha hacia su casa en medio de los gritos, mil veces repetidos, de ¡viva Guillermo Levrault! ¡viva la república!

Las voces de la calle habían penetrado al fin hasta la casa de la Rochelandier. La marquesa y Laura se hallaban reunidas en el salón. La segunda, agitada é inquieta, se asomaba á cada paso á los balcones para acechar la llegada de su padre ó de su marido. La marquesa se manifestaba llena de regocijo. A su modo de ver, los acontecimientos de aquel día solo podían tender á un objeto: al regreso de Mr. de Chambord. La clase media tendría que volver á la oscuridad, y la nobleza volvería á entrar en el goce de sus privilegios. Para ella había en aquella catástrofe algo de providencial. Dios no quería, sin duda, que abjurase de sus prin-

cipios un Rochelandier. En medio de su embriaguez, la marquesa perdonaba á Laura y aun al mismo M. Levrault, olvidando sus resentimientos para no pensar más que en su próxima fortuna. A no dudarlo, estaba íntimamente convencida de que iba á ocupar en palacio el taburete que dejó vacío en tiempo de la restauración.

—Cálmese V., hija mía, decía á Laura: ¿qué es lo que teme V.? ¿Qué puede perder con acontecimientos semejantes? V. quiere ir á las Tullerías, é irá; yo misma la presentaré. ¡Ya verá V. qué diferencia va de córte á córte! Consuélese V. amiga mía y no le dé cuidado por eso; el jóven príncipe no podrá rehusar nada á los la Rochelandier.

Al acabar estas palabras entró Gaston en el aposento, y al verlo exclamó la marquesa:

—¡Al fin, hijo mío, hemos triunfado!

—¿Pues qué es lo que V. aguarda, madre mía? preguntó gravemente Gaston.

—¡Qué aguardo! ¡vaya una pregunta! ver á nuestro Enrique V sobre el trono de B.arnés.

—¿Pero..... según eso, madre mía, ignora V. absolutamente lo que pasa?

—No tal; ya sé que la Francia ha dado al fin el grito, y que tiende sus brazos al legítimo rey, prosiguió la marquesa con exaltación. ¿A qué esperas, hijo mío? ¿Por qué no te apresuras á salir á su en-



cuentro? Parte al punto: ¡ah! ¡que no pudiera yo prestarte alas!

—Pero, madre mía, repuso Gaston moviendo de un lado á otro la cabeza; siento mucho tener que decir á V. que padece una equivocacion extraordinaria: lo que estamos presenciando no es la resurreccion de la monarquía de San Luis, sino el advenimiento de la república.

—¡La república! ¡Qué sueño tan insensato! ¡Eso es imposible!

—¡La república! exclamó Laura: ¿con que es decir que no habrá corte?

—¡Bah! Es imposible, replicó la marquesa: tranquícese V. amiga mía; eso no puede ser. Sin duda te has vuelto loco, Gaston. La Francia sabe demasiado bien lo que es la república, para que piense en semejante cosa.

Y al terminar estas palabras, abrióse la puerta del salon, y entró en él M. Levrault, sosteniendo del brazo al obrero, con el cual habian entrado en la casa hasta doce hombres armados. Laura, Gaston y la marquesa contemplaban sorprendidas aquella escena extraña. El herido tendria unos 30 años cuando más, y era una de esas figuras de energía salvaje, que solo suelen aparecer en los motines.

—Inclinense Vds., dijo M. Levrault á su familia, y saluden con respeto á este héroe que ha vertido su sangre por librarnos de la tiranía.

Y luego, volviéndose al herido, añadió:

—Amigo mio, aquí os hallais como en vuestra propia casa, y los valientes que os acompañan se quedarán con vos. Cuanto estais viendo por ahí lo he ganado con el sudor de mi frente. Aquí tenéis á mi yerno, que es un obrero de pensamiento, un republicano como yo, y como vosotros mismos.

—No tal, señores; yo soy el marqués de la Rochelandier, interrumpió bruscamente Gaston; ayer me hallaba dispuesto á comerciar con mi título; mas hoy que se halla proscrito, me comp'azco en reivindicarlo y lo haria á la faz del mundo.

En vano hacia M. Levrault señas á su yerno para que se callara; Gaston terminó con acento firme la frase que habia comenzado, y salió arrogantemente del aposento, lanzando al ex-fabricante una mirada de compasion. La marquesa siguió á su hijo, indignada; Laura queria retirarse tambien á su vez, pero la detuvo un gesto de su padre:

—¡Un marqués! exclamó el herido, paseando en torno de la habitacion miradas de desconfianza; —camaradas, vámonos de aquí; llevadme al hospital.

—Amigos míos, aquí no hay marqués que valga, repuso el ex-comerciante: os hallais en casa de Guillermo Levrault, antiguo tejedor de lanas en

Elbeuf. ¿Conoceis á Jolibois? Pues ese es mi mejor amigo. Acabó de separarme de él en este momento. Todo cuanto hay aquí os pertenece; y puesto que hace un instante os habeis batido como leones, trinquemos ahora juntos.

Desde aquel instante se sintió desfallecer, y con voz moribunda dijo:

—Llevadme al hospital.

M. Levrault tiró del cordon de la campanilla, apareció un criado y volvió á los pocos instantes con una cesta de botellas de vino. Obsequió con ellas M. Levrault á sus amigos, y ofreciendo un vaso lleno al herido, exclamó enternecido:

—¡Bebamos, amigos míos, al brillo y estabilidad de la nueva República! No más reyes, aristocracia ni clase media. Bebamos á la igualdad de todas las clases de la sociedad: no seamos sino una sola y única familia de obreros; seamos todos unos.

El brándis fué acogido con entusiasmo, y todos repitieron:

—¡Viva Guillermo Levrault!

—¡Viva el pueblo de París! gritó Guillermo Levrault.

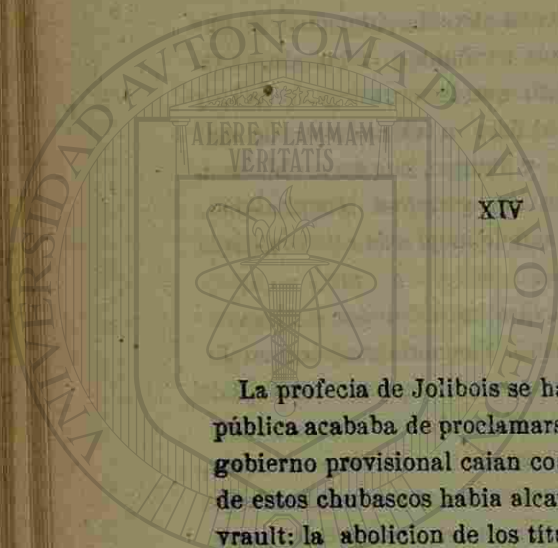
—Amigos míos, dijo el herido muy quedo, despues de saborear el vino; guardaos de ese líquido que os ofrece el propietario.

A pesar del aviso del compañero, los otros llenaron por segunda vez los vasos, y despues de be-

ber hasta la última gota, se miraron unos á otros con aire de incredulidad. El herido se desmayó; lo hizo conducir M. Levrault á una habitacion muy bien acondicionada, lo metió en una cama, cuyas sábanas se habian calentado, envió á buscar un médico que le curase la herida, y puso un ala del edificio á disposicion de sus nuevos compañeros y amigos, que no se hicieron rogar para aceptar tan generosa hospitalidad. Volvió al salon, en donde halló á su hija inmutada y llena de sobresalto.

—Desgraciada, la dijo, mira á donde me ha conducido tu loca vanidad. Yo queria casarte con Jolibois. Tú has querido ser marquesa. ¡Solo Dios sabe qué va á ser de nosotros!

En seguida se fué como un zorro á las cocheras, borró las armas pintadas en las portezuelas de los coches, subió otra vez á su casa, entró en el comedor, recogió toda la plata, corrió presuroso á la bodega, ocultó su tesoro entre las barricas de vino, y salió á la calle con el objeto de comprar unas cuantas docenas de cubiertos de la fábrica de Ruolz y Elkington.



La profecía de Jolibois se había cumplido; la república acababa de proclamarse, y los decretos del gobierno provisional caían como el granizo. Uno de estos chubascos había alcanzado á la casa Levrault: la abolición de los títulos y la de la Cámara de los pares.

Semejante golpe fué muy rudo para Gaston, el cual se había prometido desquitarse con su mujer haciéndola marquesa; al presente, sin embargo, hallábase para con ella en la misma situación que un deudor insolvente con un acreedor apremiante. Cierto que el decreto aboliendo los títulos no tenía para él ningun valor, por cuanto sabia muy bien que un rasgo de pluma no basta para borrar lo pasado, y se hallaba íntimamente convencido

de que lo mismo valia un día antes que un día después; pero conocia la pueril vanidad de Laura y sentia por tanto que esta se viese defraudada en sus esperanzas. Laura se habia casado con Gaston por tener un título y una corona de marquesa, y al presente que la corona estaba rota y el título desgarrado, podia creer que habia sido víctima de un contrato doloso. La hija del ex-merca-ler, sin embargo, no habia proferido a'guna queja. ¿Con qué justicia hubiera podido dirigírsela á su marido? ¿Qué culpa tenia este de los acontecimientos consumados? Gaston, empero, adivinaba perfectamente lo que pasaba en el corazon de su esposa.

Al leer M. Levrault el decreto que abolia la Cámara de los pares, se consideró como despojado, y se encerró to lo un día en su aposento para medir á sus anchas la profundidad del abismo en que acababan de sumergirse to las sus esperanzas. El pobre hombre contemplaba con tristeza sus escudos, fruto de meditaciones tan laboriosas, y los cuales pensaba orlar con una corona de conde; recordaba melancólicamente á aquel Mirabeau que debia enseñarle la elocuencia, y sobre todo, aquella magnífica casaca bordada que debia figurar en las cuadrillas de las Tullerías. Pero ¡oh dolor! nada ya de título, nada de corte, nada de alta Cámara: su yerno se habia presentado en bancarrota.

La marquesa se despertaba cada día mas exasperada que la víspera, echaba pestes contra el mundo entero, y no hablaba de otra cosa que de partir á Frohsdorf ó de ir á sublevar la Vendée. Su primer pensamiento habia sido largarse á la Rochelandier; pero Gaston, que no participaba de los locos terrores de su madre, legró retenerla.

Con lo dicho basta para que el lector pueda formarse una idea de la intimidad de estos cuatro personajes, reunidos bajo un mismo techo. A cada paso se entablaba una nueva discusion, ó sea una nueva querella. M. Levrault habia cerrado las puertas de sus salones á todas aquellas personas que podian comprometerle, y se vengaba de su desacomodo en Gaston y en la marquesa, diciendo que los títulos no eran más que papeles mojados, y tarareando la *Marsellesa* cuando se paseaba por el salon. El bueno del ex-mercader, que pocos dias antes tenia la boca llena de condes, marqueses, duques y príncipes, ya no reconocia otro título que el de ciudadano. Todas las noches se separaban despues de escopetearse con amargos sarcasmos, y á pesar de todo, un sentimiento de comun inquietud los reunia á la mañana siguiente.

El herido recogido por M. Levrault, lejos de mostrarse agradecido, no hablaba otra cosa que de ódios y rencores, habia tomado una actitud hos-

til, y solo aguardaba á curarse para abandonar la casa.

En vano habia procurado el ex-mercader, considerándolo como el áncora de su esperanza, captarse su voluntad. Solon *Marcha Siempre* (que así eran el nombre y el apodo del herido) se habia mostrado inflexible. La marquesa y su hijo se habian negado obstinadamente á visitar al ciudadano Solon. Mm. de la Rochelandier no habia podido resignarse, á pesar de su miedo, á este acto de condescendencia, y Gaston, que en cualquiera otra circunstancia no habria desdeñado estrecharle la mano, se hubiera ruborizado entonces en asociarse en virtud de semejante paso á la cobardía de su suegro. Los amigos del herido, á quienes M. Levrault habia recibido en su casa como un apéndice de garantía, eran una nueva causa de turbacion y de desórden, por cuanto comian bien, bebian mejor, andaban entrando y saliendo á todas horas, y atronaban la casa con sus gritos. Indignado Gaston de oírlos, habia manifestado deseos de echarlos de casa; pero M. Levrault declaró enérgicamente que no consentiria jamás en ello. Un dia, al salir el sol, alborotóse toda la casa con el estruendo de los tiros de fusil que sonaban dentro de ella: los amigos de Solon acababan de plantar en el patio un árbol de la libertad, adornado con cintas, y en cuya cima se veia una bandera trico-

lor con un gorro encarnado en la punta de la lanza. Asustado M. Levrault más que ninguno, bajó al patio para trinchar con ellos, y por la misma causa empleaba la mayor parte de los días en vagar de plaza en plaza, confundiéndose en los grupos y escuchando con atención profunda á los infinitos oradores que se degañitaban al aire libre. Había olvidado las Tullerías por el Hotel-de-Ville, y un iman invencible le atraía hácia el cuartel general de la revolucion.

Su entusiasmo estrepitoso é infatigable, al propio tiempo que los puñados de oro que repartía entre los obreros, le habian hecho adquirir al cabo de algunos dias cierta popularidad. En el momento mismo que se presentaba á ellos oía pronunciar el nombre de Guillermo Levrault. Sus gruesos zapatos claveteados con tachuelas, sus medias alagartadas, su pantalon de pana con franja á los costados, su chaleco de paño encarnado y su casaca azul con botones de metal, le daban el aspecto de un contraamaestre endomingado, y hacian que todos fijasen en él la atención. Jamás pasaba al lado de un cepillo destinado á las limosnas para los heridos sin lanzar en él unas cuantas monedas de cobre. Su lenguaje exaltado, al mismo tiempo que le conciliaba las simpatías de su auditorio, sonaba terriblemente á sus propios oídos. Sus palabras, repetidas por los parásitos como otros

tantos ecos, le parecian amenazas espantosas. Después de haber declarado contra los ricos de mala especie, contra el egoismo de los grandes y contra la explotación del hombre por el hombre, regresaba á casa con el corazón yerto de espanto. Esto, no obstante, á la mañana siguiente volvía á mezclarse en las escenas y deliberaciones tomadas en las calles y plazas públicas. Su ambición, la cual debería creerse sepultada bajo las ruinas de la monarquía, fué levantándose poco á poco y cambió de objeto. Nada de trono; nada de cámara alta; ¡maldición sobre los vencidos! Y en efecto, ¿por qué no habia de corresponder á Guillermo Levrault su parte en la victoria?

Hallándose un día paseando por el Boulevard, y cuando más abismado estaba en sus reflexiones, encontróse frente á frente con el vizconde Gaspar de Montflanquin, á quien la abolición de la prisión por deudas habia devuelto la libertad. El vizconde se acercó con aire triunfante al ex-mercader y con los mismos modales que hubiera podido usar un protector para con su protegido. Su semblante respiraba orgullo y contento.

—¿A dónde bueno, mi querido señor Levrault? le dijo: ¿Qué se hace V.? si no me equivoco, lo que está ocurriendo se halla muy distante de lo que V. esperaba. Cierto que si M. de Chambord volviese á Francia, no habria cosa que no pudiera

conseguir por medio de su yerno; pero parece que ahora no sopla el viento de ese lado. ¿Le habría hecho á V. por ventura la república algun flaco servicio? En cuanto á mí, no tengo, á Dios gracias, de qué quejarme, puesto que me ha hecho justicia. Me alegro infinito de haberlo encontrado á V. para despedirme: mañana parto de París; he sido nombrado cónsul general en Oceanía.

—¡Cónsul general! exclamó Mr. Levrault; pero ¿qué títulos ha alegado V. para conseguir ese puesto importante?

—El principal y el mejor de todos: el de preso político. Hallábame gimiendo en los calabozos de la monarquía, cuando sonó la hora de la libertad. La república me debía una reparacion que metiera ruido, y la he logrado: mi nombramiento fué firmado ayer tarde. Ya supondrá V. que mi ánimo no es quedarme estancado en ese destino. La Oceanía no es para mí más que un escabel..... Mas véome precisado á dejarle, señor Levrault; mañana marchó; ¡tengo tantos asuntos que arreglar! Si la alianza que V. ha contraído con la casa La Rochelandier le produjese algun disgusto, como es de esperar, no se olvide de que en el consulado general de Oceanía tiene un asilo seguro.

Y así diciendo, el vizconde Montflanquin hizo una pirueta y se alejó más que de prisa. Mr. Levrault quedó por el pronto clavado en su sitio y

sin pestañear de sorpresa. Consternado, humillado y lleno de vergüenza, echó á andar hácia su casa; al llegar á la calle de Grenelle, fué saludado por maese Jolibois.

—¡Pardiez! me alegro encontrarle á V., le dijo este tocándole sobre el hombro, porque tengo que darle un aviso. Dígales V. á los La Rochelandier, que si vuelven á su palomar de Bretaña procuren andar derechos, porque yo, Estéban Jolibois, comisario general de la república en los departamentos del Oeste, estoy decidido á no perdonarles nada.

—¡Comisario general de la república! exclamó Mr. Levrault estupefacto: ¿conque, es decir, mi querido Jolibois, que ya lo tenemos á V. hecho todo un prefecto, ó cosa parecida?

—¿Yo prefecto? ¡Bah! Dictador, todo un Dictador, amigo mio; ni más ni menos. Mis poderes son ilimitados; no tengo que responder de mis acciones á nadie más que á mi conciencia. A mi llegada quedarán suspensas ó destituidas todas las autoridades. Las provincias que la república me confia, no tienen otras leyes que mi sola voluntad. La magistratura y el ejército están á mi disposicion. Si se le escapa á V. una palabra, un gesto contra la democracia, de una plumada lo mando á la cárcel á él, á su yerno y á todo fiel cristiano. Yo soy la ley viva, los tribunales nada tienen que ver en lo

que yo resuelva. De consiguiente, repito á V., mi querido Levrault, que tanto V. como todos los suyos procuren andar en un pié. Ya conoce V. desde tiempo hace la inflexibilidad de mis principios; á pesar de la amistad que nos une, jamás faltaré á mi deber.

—Los principios de V. y los míos, Sr. Jolibois, todos son unos. Las últimas faltas de la monarquía han acabado por descorrer la venda que cubría mis ojos. ¡Qué feliz es V. en poder servir á la República! ¡Qué gloria la suya! ¡Cuánto se la envidio!

—Usted lo ha querido, y de consiguiente con su pan se lo coma; se empeñó en tener por yerno á un marqués, y ahora recoge el fruto. Por lo demás, mi querido Levrault, siempre encontrará usted en mí un fiel amigo. Dentro de dos días parto; si puedo servirle de alguna cosa, recurra V. á mí; ahí van mis señas.

Y así diciendo, Jolibois se despidió del ex-fabricante, y este regresó á su casa, entregado á las más tristes reflexiones. De los dos yernos que había desechado, el uno era cónsul general en la Oceanía y el otro comisario general de la República. El que había escogido, lejos de poder servir para su engrandecimiento, era más bien un obstáculo. Por este motivo no pudo ménos de mostrarse de un humor pésimo aquella noche con la marquesa, Gaston y Laura.

—¡Ahí tiene V.! decía á la marquesa: el vizconde de Montflanquin, de quien tan sin piedad murmuraba, se halla en camino de ser el día ménos pensado embajador en Viena; y lo mismo digo á usted respecto á Jolibois, á quien se empeñó en que le cerrara las puertas de mi casa á pretexto de que era un San-Culotte. Por de pronto, ya es el primero cónsul general en Oceanía y el segundo comisario general de la República.

—¡Pues no cabe duda, repuso la marquesa, en que el Gobierno ha hecho un par de elecciones acertadas!

—Que las elecciones sean malas ó buenas, lo cierto es que ambos tienen buenos empleos, y que esto vale más que el cruzarse de brazos.

—Se equivoca V., caballero, replicó Gaston; más vale condenarse á la inacción que obtener puestos importantes por una cobardía. Además, que en estos tiempos á cada cual le está designada la senda que debe seguir. Para servir á la Francia no hay necesidad de entregarse á la República.

—La Francia y la república, yerno mío, repuso secamente Mr. Levrault, no son más que una misma cosa.

—Sepa V. caballero, dijo altivamente la marquesa, que la Francia de San Luis no es la Francia de Robespierre.

—Respeto las preocupaciones de V., señora, dijo Mr. Levrault con un acento de piedad generosa, pero, á Dios gracias, no participo de ellas.

Al ver empeñada la trifulca tomó, como de ordinario, el partido de retirarse. Así que Mr. Levrault y la marquesa se quedaron solos, dieron libre curso á sus recriminaciones, y en vano procuró Laura apaciguarlos. La disputa iba envenenándose cada vez más, y ya se disponían á pasar del epigrama á las invectivas, cuando el canto de la Marsellesa, entona lo en la calle por más de treinta voces, hizo callar á uno y á otro; el miedo los había puesto en armonía.

Antes de regresar á su aposento, M. Levrault fué á hacer una visita al ciudadano Solon, á quien no había visto en toda la mañana. El herido estaba arrimado á la chimenea, con los piés sobre los morillos, y fumando su pipa.

¡Qué tall! ¿seguís bien, ciudadano Solon? le preguntó el ex-fabricante con voz afectuosa; ¿chais de menos alguna cosa? ¿os vais aclimatando ya á vivir bajo el techo de Guillermo Levrault?

—Ciudadano, repuso con áspero acento Solon; dentro de pocos días espero hallarme completamente restablecido, y abandonar vuestra casa, que no se ha hecho para mí. No diré que no se me haya cuidado bien; pero Solon no debe dormir bajo el mismo techo que un marqués.

—Aquí no hay marqués que valga, amigo mio: ya sabe V..... es decir, ya sabéis, ciudadano Solon, que los grandes patriotas que se reúnen en el Hotel de Ville han arrojado al fuego todos los pergaminos. Pero aun cuando así no fuese, ¿qué debe importaros mi yerno? ¿No os hallais en mi casa, esto es, en la de Guillermo Levrault, tejedor de lana, y tan obrero como vos ú otro cualquiera?

—Pues para ser un obrero, no estais del todo mal alojado. Se conoce que habeis pescado buenos tiempos y un amo que os diese una parte decente en sus beneficios. ¿Habeis comprado por ventura esta casa con lo que rezaba vuestra libreta de la cajade ahorros? Vamos, vamos, lo que es Solon no se duerme arrullado por semejantes consejos. Demasiado bien sé yo donde me hallo. Vos sois un fabricante y vuestro yerno un aristócrata. De consiguiente, así que mi herida se halle cerrada del todo, iré en busca de mis hermanos. Aquí no estoy en mi sitio. Yo aborrezco la riqueza, pero no soy ingrato: para daros, pues, una prueba de mi reconocimiento, olvidaré el camino de esta casa. Mis camaradas no permanecen en ella con otro objeto que con el de hacerme compañía; partiremos juntos.

—¡Partir! ¿por qué, ciudadano? ¿no os hallais aquí como en vuestra propia casa? ¿No estais vi- viendo con un hermano?



— ¡A mí con esas! ¿Me tenéis acaso por sordo y ciego? ¿Creeis que no veo ni oigo lo que pasa en torno mío? ¿Me consideran también como un hermano vuestra hija, vuestro yerno y su madre? Estoy seguro que tienen fuertes ganas de perderme de vista; pero en cambio, su placer en verme partir no será mayor que el que yo siento en largarme.

En vano se deshacía el ex-fabricante en protestas de republicanismo; Solon respondía únicamente con un gruñido sordo, y le echaba á la cara bocanadas de humo de pipa. El bueno de M. Levrault procuró aguantar cuanto pudo, á trueque de no pasar plaza de aristócrata; pero al verse envuelto en una nube, y conociendo que su larínge iba á hacerle traición, tocó retirada.

Al meterse en el lecho repasó en su memoria las impresiones todas que recibiera durante el día, y el ciudadano Solon, que era quien, á su juicio, debía protegerle y salvarle, le llenaba de espanto por el amargo lenguaje con que se expresaba. Un sueño terrible vino á aumentar la angustia de M. Levrault. Soñaba nuestro hombre que una turba de furiosos habia invadido la casa, llevando en sus manos la tea del incendio, y que Solon, en vez de rechazarlos, iba conduciéndolos de habitación en habitación, animándolos al pillaje, participando del botín, y excitándolos, por último, á

que prendiesen fuego á la casa por todos cuatro costados. Figurábasele además estar viendo sucesivamente que Laura y la marquesa, con el cabello suelto y á medio vestir, sa'taban de cuatro en cuatro los escalones, huyendo de las llamas; que Gaston, armado hasta los dientes, las precedía; que el árbol de la libertad, plantado en el patio de su propia casa se trasformaba en una horca de gigantescas proporciones; que la bandera colocada sobre él se venia á tierra, dejando en descubierto á Solon con una cuerda en la mano; que la marquesa, Laura y Gaston se hallaban ya en la eternidad, y que los tinantes que habian saqueado su casa danzaban encima de la horca como un corro de caribes; que á su vez le habia tocado á él el turno; que Solon le echaba al cuello el nudo escurridizo.... y en este momento supremo despertó lleno de sobresalto y bañado en un sudor frío. Su primer ademán fué echarse mano al cuello, y dió muchas gracias á Dios de encontrarse sano y salvo en su cama. Acto continuo encendió una bujía y se puso á pensar en el partido que podria convenirle mejor para salvar su vida y su fortuna. Por otra parte, su encuentro con Montflanquin y Jolibois habia sobreescitado su ambicion. Ninguna duda le cupo, por tanto, de que era preciso decidirse á servir á la república á la faz del mundo. Recordando entonces las ofertas que le habia hecho

Jolibois, resolvió ir á buscarle al despuntar el día.

En efecto, apenas asomó la luz, cuando M. Levrault saltó del lecho, y despues de vestirse se echó á la calle. Al entrar en casa de Jolibois encontró la antecámara y el salon poblados de pretendientes. Un criado le preguntó el nombre, y al cabo de una hora de antesala, fué admitido á presencia de aquel.

—Dígame V. en dos palabras lo que quiere, dijo el comisario general al ex fabricante, al verle asomar á su despacho.—Tengo tasado el tiempo, mi querido M. Levrault, y de consiguiente...

—Toda la noche, repuso el padre de Laura, he estado pensando en nuestra conversacion de ayer. Estoy, pues, decidido á servir á la república, y vengo á que hable V. por mí. Jamás pedí nada al gobierno caido, cuya política he desaprobado siempre. Si V. no es mi yerno, mi hija tiene la culpa; en cuanto á mí asegúrole á V. que me hubie-ra complacido en extremo que fuese el marido de mi hija. Nuestra fé y nuestros principios políticos en nada se diferencian: la república corresponde á todas mis esperanzas. Mi dicha mayor será poder consagrar á su servicio mi fortuna y mi vida.

—Excelentes sentimientos son esos, M. Levrault; mas ¿qué méritos cuenta V. para entrar al servicio de la república? Veamos: ¿ha estado usted

preso? ¿ha conspirado V.? ¿combatió en el claustro de Saint Merry? ¿ha jurado sobre un puñal la muerte de todos los reyes?

M. Levrault se quedó como aplanado bajo esta granizada de preguntas.

—Ya comprenderá V., prosiguió Jolibois re-creándose con la turbacion del ex-mercader, que la república debe exigirle garantías antes de confiarle el manejo de sus intereses. ¿Ha sufrido usted por nuestra santa causa?

—¡Ay! respondió M. Levrault con aire consternado: jamás he sufrido ni combatido por la república, pero estoy resuelto á servirla.

—Ya sé la conducta que V. ha tenido despues de la caida del tirano; me consta que ha recogido V. en su casa un herido y que lo ha cuidado bien; pero eso no basta. Su nombre no figura en mi lista de los donativos patrióticos. ¿Por ventura ha dejado V. de suscribirse para los heridos del mes de Febrero?

—Todavía no me he suscrito, respondió el ex-mercader lleno de confusion.

—Pues si V. quiere que le recomiende, amigo, es preciso que su nombre figure mañana en el *Moniteur* y en el primer tercio de la lista de donativos. No olvide V. que tiene graves culpas; que vive en el barrio de San German; que está aliado con los la Rochelandier, y que se ha enri-

quecido á costa de sus operarios. Ya es tiempo de que restituya V. al pueblo una parte de lo que le ha quitado.

—Yo no he quitado nada al pueblo, repuso monsieur Levrault; más para aliviar sus privaciones, estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio.

—Oiga V., prosiguió Jolibois con acento paternal; M. de Rothschild se ha suscrito por valor de diez mil francos; es un extranjero y no era más que baron.

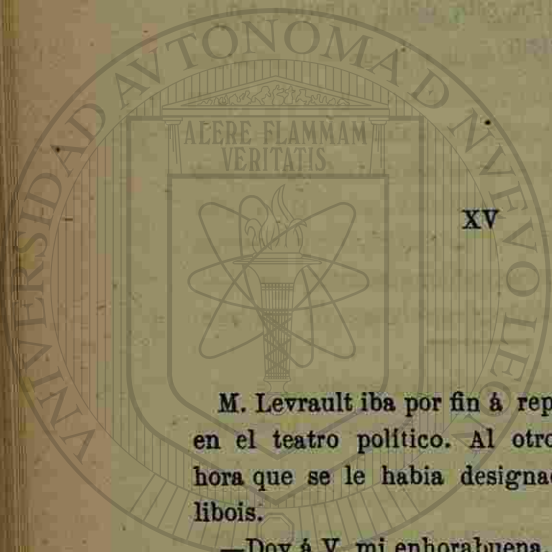
—Pero yo no soy nada, replicó M. Levrault con orgullo; yo he despreciado constantemente los títulos.

—¿Y su yerno no era marqués? Repito á V., mi querido Levrault, que tiene mucho que perdonar. Lleve, pues, su vajilla de plata al Eliseo, suscribase generosamente para los mártires de la libertad, y vuelva á verme mañana. El gobierno provisional nada me niega: cuente V. conmigo; con tal de que se porte bien, me comprometo á proporcionarle á su eleccion un alto puesto administrativo ó diplomático.

—Mi eleccion ya está hecha, querido Jolibois, repuso M. Levrault con alegre semblante. En todos tiempos me he sentido con grandes disposiciones para la diplomacia.

—Pues bien, será V. servido á medida de su gusto, dijo Jolibois.

Aquel mismo dia llevó M. Levrault su vajilla de plata al Eliseo, y entregó veinte mil francos en la caja de los heridos de Febrero. A la siguiente mañana apareció inscrita esta doble ofrenda en las columnas del *Moniteur*.



M. Levrault iba por fin á representar un papel en el teatro político. Al otro día acudió á la hora que se le habia designado á casa de Jolibois.

—Doy á V. mi enhorabuena, le dijo el comisario general: he leído esta mañana su nombre en el *Moniteur*, y confieso que se ha portado V. como un excelente ciudadano, como un verdadero patriota. La república no será ingrata, y sabrá recompensarlo á V. dignamente. Ayer noche ví al subsecretario de Negocios extranjeros, el cual nos aguarda en este momento; conque... vámonos. El puesto que á V. destina será una verdadera ganga; estoy seguro de ello. Aprovechemos, pues, la oca-

sion, por aquello de que, cuando pasan rábanos, comprarlos.

M. Levrault no cabia en sí de gozo, y se deshacia en cumplimientos. Una hora despues, maese Jolibois introducía á su cliente en el despacho del subsecretario.

—Tengo la honra, mi querido amigo, le dijo Jolibois, de presentar á V. el candidato de quien le hablé anoche.

—Sea V. bien venido, caballero, respondió el interlocutor de Jolibois, volviéndose hácia M. Levrault: tome V. asiento, y hablemos de su pretension.

El ex-mercader, cuya vista se desvanecía, y cuyas piernas temblaban, se dejó caer más bien que se sentó en una butaca.

—Estéban Jolibois, prosiguió el subsecretario, me ha comunicado ya parte de las intenciones que aquí le traen. Desde luego debo decirle que su nombre no me es desconocido, y que no ha sido una de las menores faltas que cometiera el gobierno anterior la de no haber utilizado su persona. Si la familia de Orleans hubiese colocado su confianza en hombres de la estofa de V., á buen seguro que no se vería hoy en Claremont.

M. Levrault se inclinó sin encontrar palabras que responder.

—Es increíble, en efecto, que la monarquía

no haya apelado á sus héroes; el ministro me habló ayer acerca de V. en los términos más li-sorjeros.

—Yo no me quejo de la monarquía, dijo M. Levrault, cuya lengua se desató al fin; la monarquía nada me ha ofrecido, ni yo habria aceptado nada de ella. Inalterable en mis principios, fiel á mis condiciones, he aguardado pacientemente la hora de la reparación.

—Ya se lo habia yo á V. dicho, exclamó Jolibois; el ciudadano Guillermo Levrault es un ciudadano neto.

—A Dios gracias, repuso el subsecretario, la república no es tan ciega como la monarquía; la república, M. Levrault, sabe muy bien lo que V. vale, y va á darle una prueba de ello. El cuerpo diplomático necesita ser renovado con cierto discernimiento, cada misión requiere un hombre especial; y si bien habia yo pensado nombrarle á V. representante del comercio francés en las ciudades anseáticas, el ministro se ha empeñado en conferirle una embajada, porque una misión comercial (me dijo) ¡es indigna del ciudadano Levrault!

—¡Cómo! ¿se ha dignado el ministro hablar á V. de mí en esos términos?

—He repetido á V. sus propias palabras. A ellas añadí de allí á poco. «¿Pero qué embajada le dare-

mos? Ayer he dispuesto de las de Lóndres y Viena; San Petersburgo y Berlin están ya medio prometidas. Madrid es de poca importancia: ¿ Cree V. (me preguntó) que aceptará la de Constantinopla? Ya iba yo á contestar á nombre de V., cuando el ministro me cortó la palabra, diciendo: «ya sé lo que le conviene: un hombre como él es digno de una misión excepcional; una misión sin precedentes. La Francia ha reconquistado los despojos de Napoleon; su honor y su dignidad están interesadas en recobrar los despojos de Carlo Magno.»

—Acepto, acepto, dijo M. Levrault.

—Réstame al presente dar á V. instrucciones, use V. arrogantemente del lenguaje del derecho y de la verdad; obligue á la Rusia á que nos devuelva la cabeza de Carlo-Magno, y dentro de tres meses habremos reconquistado nuestras fronteras del Rin, y la Francia agradecida saludará á usted como á su libertador, puesto que habrá logrado hacer trizas los tratados de 1815.

—¡Ah! ¡Los tratados de 1815! repitió M. Levrault, ¿y si la Prusia me rehusa la cabeza de Carlo-Magno?

—No se atreverá á ello; háblela V. en nombre de la Francia. El gobierno de Berlin verá detras de usted 100.000 bayonetas, y su voz será escuchada. La misión de que va V. á encargarse es tanto más honrosa, cuanto que no se halla exenta de peli-

gros; tal vez quepa á V. igual suerte que á los enviados franceses en Rastadt.

—¿Qué suerte? preguntó M. Levrault.

—Pero si osasen atentar contra la vida de V., en tal caso, nada le importe; la Francia le vengaría cruelmente.

—Pero, ¿cuál fué la suerte de los enviados en Rastadt?

—Fueron cobardemente asesinados.

—¿Asesinados!

—¿Cómo! ¿retrocedería V. ante el peligro?

—¡Eso jamás! exclamó temblando M. Levrault.

—Respondo de él, añadió Jolibois. Si ha palidecido al escucharle á V., ha sido de indignacion, no de miedo.

—¿Y cuándo he de partir? preguntó el ex-mercader con un acento que revelaba sus terrores.

—Cuando lea V. su nombramiento en el *Moniteur*, venga á recoger sus credenciales, y en seguida se pondrá en camino. Recomendando á V. la discrecion más absoluta; ¡cuidado con decir una palabra á nadie acerca de su mision! Es preciso que su ida á Berlin sorprenda á todas las cancillerías de Eurcpa.

Jolibois y M. Levrault acababan de salir del ministerio, y el segundo iba entregado en cuerpo y alma á las palabras que acababa de oír.

—Al presente, mi querido Levrault, le dijo el

ex-aprendiz de notario al llegar al boulevard, ya tiene V. el pié en el estribo; de su cuenta corre ahora el encaramarse. ¡Qué carrera tan magnífica se extiende delante de sus ojos! Si logra V. escapar de una suerte análoga á la de los enviados franceses en Rastadt, es muy posible que á su regreso le sea confiada la cartera de Estado.

M. Levrault guardó silencio, y Jolibois continuó:

—Fácilmente podrá V. poner á salvo su vida; con tal de que se provea de una buena cota de malla á prueba de balas y de puñales, y con tal de que la lleve V. oculta bajo su traje diplomático, ya puede desafiar arrogantemente todos cuantos complots se tramen contra él.

—Confieso, dijo al fin M. Levrault melancólicamente, que hubiera preferido representar al comercio en las ciudades anseáticas.

—¿Cómo! ¿habla V. seriamente? repuso Jolibois con tono severo. ¡Rehusaría V. acaso, por la poltronería de no arriesgar el pellejo, servir á la república, cuando ella, á guisa de la más generosa de las madres, le depara tan buena ocasion! ¿Me habría yo engañado, por ventura, en el concepto que he formado de V.? ¿Sería su corazon menos intrépido de lo que yo creía, y su alma menos republicana? ¿Habré cometido una torpezá al adelantarme á recomendarle? Yo he respondido de

Guillermo Levrault como de mí mismo; ¿será cosa de que tenga que arrepentirme de ello? ¿Retira usted la palabra empeñada al subsecretario? Aun es tiempo; pero antes piénselo V. bien, porque si se decide á no partir, yo no respondo ni de su vida ni de su fortuna.

—Partiré, partiré, replicó M. Levrault; yo le respondo á V. de que no tendrá que avergonzarse de haberse interesado por mí. Solo que.... á decir verdad, yo creía, y aun lo he oído á infinidad de personas, que la de un agente diplomático era sagrada; si he de hablar á V. francamente, mi querido Jolibois, yo no sabia ni una palabra acerca de los enviados franceses muertos en Rastadt.

—Amigo mio, repuso Jolibois, la diplomacia republicana está muy lejos de ser, como lo era la diplomacia monárquica, una vida de placeres, de regalo y de ociosidad; es más bien una lucha tan activa y peligrosa como la militar; ¿lo ignoraba V.?

—He dicho que estaba resuelto á partir, y partiré, dijo M. Levrault con la resignacion de una víctima á quien se envía al suplicio.

—A propósito, exclamó Jolibois; ¿ha pensado usted en el traje? cuidado, que el tiempo urge, y quién sabe si no aparecerá mañana mismo su nombramiento en el *Moniteur*. Ya conocerá usted

el uniforme de los agentes diplomáticos de la Francia regenerada.

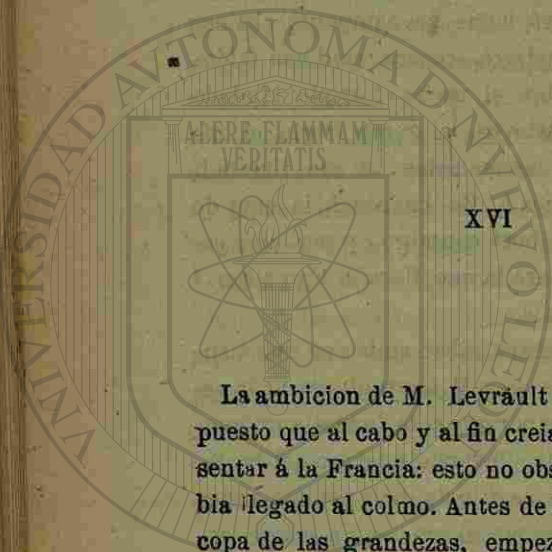
—¡Ay! ¡no!

—Pantalon *collant*, botas de campana, chaleco blanco á lo Robespierre, casaca azul con faldones flotantes, y sobre el pecho el triple símbolo de la república; esto es, el gorro frigio, el nivel y dos manos estrechadas, ó sea libertad, igualdad y fraternidad. En cuanto á la cota de malla, véngase V. ahora conmigo, y por cien escudos le proporcionaré la que llevaba Francisco I en la batalla de Pavía.

Media hora despues entraban ambos en una tienda del muelle Malaquais, y M. Levrault pagó, sin regatear, cien escudos por una cota de malla milanesa, con la cual cargó, llevándola debajo del brazo.

—Con esa camisa, le dijo Jolibois asi que anduvieron algunos pasos por el muelle, ya puede usted dormir á pierna suelta; porque á no ser que los sicarios de la tiranía le hieran en la cabeza, nada tiene V. que temer.

Y así diciendo, estrechó la mano de su compañero, y lo dejó más muerto que vivo con su cota de malla debajo del brazo. ¿Será necesario añadir que la mision que iba á confiarse á M. Levrault era una jugarreta? ¡Pluguiese á Dios que esta pesada broma hubiese sido la única bufonería de aquel tiempo!



XVI

La ambición de M. Levrault estaba satisfecha, puesto que al cabo y al fin creía él que iba á representar á la Francia: esto no obstante, su terror habia llegado al colmo. Antes de haber saboreado la copa de las grandezas, empezaba ya á echar de menos su oscuridad y su trastienda de la calle de los Bourdonnais. Sin haber leído los versos de Lucrecio sobre el náutico que sentado en la costa contempla con faz tranquila el navio destrozado por la tormenta, nuestro hombre comprendia ya todo el precio del reposo, y la perfidia toda de las esperanzas humanas. Hallábase suscrito al *Moniteur*, y todas las mañanas lo desplegaba con mano trémula, y no respiraba á su gusto hasta despues de haber recorrido la parte oficial.

Todas las noches se le representaba en sueños la cabeza de Carlo-Magno, y cuantas veces alargaba la mano para cogerla, se ocultaba de él rechinando los dientes. Lo único que le consolaba en medio de sus angustias, era que la cota de malla de Francisco I le sentaba tan bien como un guante. ¡Consuelo bien ineficaz por cierto! La política extranjera absorbía toda su atención. La Europa ardía en revoluciones. ¡Berlín se hallaba agitado! ¡Qué ocasion de consiguiente tan inoportuna para ir á buscar la cabeza en cuestion! El bueno del ex-mercader, por lo tanto, no podia pensar en su misión sin acordarse al propio tiempo y sin compararse modestamente con Daniel, cuando este se hallaba en el foso con los leones. Su terror, sin embargo, tenia aun que subir de punto. Cierta dia que recorrió en todas direcciones los barrios de San Antonio y de San Martin, regresó á su casa en un estado que renunció á describir á mis lectores. Habia visto y contado algunos centenares de banderas negras colocadas sobre las casas de propietarios recalcitrantes que se obstinaban en cobrar sus alquileres. Habia oido una porción de gritos siniestros, tales como los de: ¡mueran los ricos! ¡mueran los aristócratas! ¡mueran los fabricantes! Los grupos, con los cuales se aventuró á confundirse, lo habian contemplado con ojos de desconfianza! Al regresar á su casa, por



último, los rumores que oyó eran tan formidables, que nuestro hombre estuvo á punto de caer desvanecido; anunciábase para aquella misma noche el saqueo del barrio de Saint-Germain!

Lo primero que le dijeron así que entró en su casa, fué que todos los amigos de Solon acababan de salir. Gaston se hallaba ausente. M. Levrault encontró á Laura y á la marquesa solas en el salon; el ex-mercader les contó todo cuanto habia visto y oído.

—¡Un solo hombre puede salvarnos! exclamó al terminar su narracion: ese hombre no es otro que el mismísimo Solon, ese ciudadano á quien ustedes no han querido recibir, á quien se han obstinado Vds. en negarle un asiento en nuestra mesa! Todos sus amigos se han marchado, y ¡sabe Dios cómo y con quién volverán! Tan solo Solon es quien puede protegernos, defendernos y salvarnos! Si esos tunantes vuelven por aquí, es preciso que lo encuentren sentado en medio de nosotros, como si fuera el mejor de nuestros amigos, como si fuera un hermano. Voy, pues, á buscarle ahora mismo y á traerlo aquí; espero que procurarán ustedes ponerle buena cara.

—¡Qué venga en buen hora! exclamó la marquesa juntando las manos.

De allí á pocos instantes volvió á la estancia M. Levrault, dando el brazo al vencedor de Febre-

ro. Solon, que hasta entonces únicamente habia sido visitado por el ex-mercader, se dejó guiar sin gran resistencia: su orgullo se lisonjeaba en extremo con una invitacion, la cual no se habia atrevido á esperar nunca. La marquesa no fué dueña de reprimir un gesto de disgusto al ver la blusa y la barba del obrero; Levrault sin embargo, la contuvo con una mirada. Solon se sentó en una butaca magnífica, y trabó conversacion con sus huéspedes. A pesar de la originalidad de sus modales y de la extravagancia de sus principios, era un excelente diablo. El extraño lenguaje que usaba en defensa de sus opiniones, más bien escitaba la curiosidad que la cólera. Laura y la marquesa le escuchaban con resignacion; M. Levrault aplaudía y celebraba todas sus salidas, llevando su deseo de congraciarse con su huésped, hasta el punto de rogarles que refiriese su historia.

—Contádnosla, ciudadano Solon, le dijo; referidnos, camarada, cómo habeis llegado á descubrir los principios sublimes que hoy profesais. Confieso que hasta aquí nada habia oído que fuese parecido á ellos. Acabais de revelarme un mundo nuevo; ¿quién os lo ha revelado á vuestra vez?

—Mi ciencia es la historia de mi vida, repuso Solon acariciándose la barba con orgullo.

—¡Pues bien! contadnos vuestra historia.

La marquesa lanzó un suspiro al pensar en la narracion de que se veía amenazada.

—En mí estais viendo, empezó Solon, una victima de nuestra civilizacion depravada. Yo no he conocido á mis padres. A la edad de tres años fui recogido por un mercader, el cual se hallaba desesperado de no tener hijos despues de veinte años de matrimonio. Su alegría al verme instalado en su hogar fué tan grande, que no quiso dar paso alguno para descubrir el nombre y las señas de mi familia. Nada me hizo falta allí: bien alimentado, bien vestido y bien alojado, nada me restaba que desear; mi alma naturalmente generosa se abandonaba á la gratitud; mas no tardé mucho en comprender el fin egoista de mis presuntos defensores. Acababa de cumplir los nueve años, cuando cierto dia me llamó mi padre adoptivo para echarme un largo sermon sobre las ventajas del trabajo, y en seguida me mandó á la escuela. En ella fué donde comprendí por primera vez los dos grandes vicios de nuestra sociedad; la desigualdad y la injusticia. A la hora del almuerzo saqué de mi cartapacio un bollo de manteca, y el niño que estaba á mi lado mordía una torta de confitura. Aun cuando yo no tenía mas que nueve años, aquella torta me iluminó con una claridad sublime, y fué para mí la primera revelacion de la verdad social.

—¡Vaya Vd. viendo! ¡á los nueve años! exclamó M. Levrault.

—En la mañana del siguiente dia, prosiguió Solon, tres muchachos se hallaban de rodillas en medio de la escuela y con las orejas de burro sobre la cabeza: uno de ellos era yo. ¿Sabeis por qué se nos impuso aquel castigo? porque no habiamos querido hacer nada. Así, pues, la torta de confitura me habia revelado la desigualdad, y las orejas de burro en la escuela son la imágen fiel de la sociedad. En el transcurso de mi vida, tan fecunda en azares, he vuelto á encontrar despues todo cuanto la escuela me habia enseñado. Halagado por la esperanza loca de una próxima independencia, me resigné á escuchar las lecciones que se me daban, y á fé que he espiado cruelmente mi imprudencia. Apenas supe leer, escribir y contar, cuando mi padre adoptivo me llamó otro dia para sermonearme sobre la necesidad de tomar un oficio. Pasando, pues, en calidad de aprendiz á casa de un diamantista, descubrí allí desde los primeros dias una de las llagas mas repugnantes de nuestra miserable sociedad; esto es, la explotacion del hombre por el hombre. Allí, lo mismo que en la escuela, el trabajo, es decir, la estúpida servidumbre del hombre reducido á la condicion de máquina, era recompensado por un salario corruptor; la ociosidad, ó sea el ejercicio constante del libre albedrío,

se veía anatematizada con el nombre de pereza, y condenaba á la pobreza al obrero apasionado por la reflexion. Todas las mañanas nos distribuía un amo, que miraba sin el menor respeto la humana dignidad, nuestra tarea, y nos tenía amarrados al trabajo como los bueyes á una carreta. Poco tardé en comprender que los talleres degradan en nosotros las mas elevadas facultades. Meditando, pues, sobre el problema del trabajo y del descanso, ó hablando en términos mas propios, sobre el problema de la servidumbre y de la libertad, un gran acontecimiento vino á mostrarme cuál era mi verdadera mision. Al oír los tiros que se disparaban desde las barricadas de Julio, sentíme llamado á guiar, á regenerar la humanidad. Entonces escasamente habria cumplido aun los quince años; mas ¡ay! ¡cuán pronto se envejece en la escuela de la opresion! Acabábamos de poner en fuga á los satélites extranjeros pagados por la tiranía, y yo fui el primero que penetró en el Louvre.

Indignada la marquesa con semejante lenguaje, queria levantarse y abandonar el salon; clavóla, empero, en su butaca el himno de los *Girondinos*, entonado en la calle por centenares de voces.

Solon continuó de allí á poco:

—Al recorrer las salas doradas de ese palacio, teatro de tantas y tan innobles intrigas, conocí que se redoblaba mi ódio hacia la riqueza y mi amor

hácia la igualdad, al propio tiempo que no pude menos de persuadirme que era el elegido por la Providencia para derribar, de manera que no puedan levantarse nunca, la aristocracia, la clase media y el trono. Fiel á esta conviccion, hace ya diez y siete años que he tomado parte en cuantos golpes de mano y cuantas insurrecciones políticas se han fraguado ó estallado en París. Mi padre adoptivo, que no comprendia toda la sublimidad de mi mision, se olvidó de sí mismo, hasta el punto de dirigirme algunas exhortaciones, y yo le volví la espalda. En vez de enervar mi inteligencia con un trabajo mercenario y servil, como han hecho otros tantos de mis hermanos, en cuya mente no han penetrado todavía las luces de la verdad social, he procurado engrandecerme en esa vida independiente que los idiotas han dado en llamar holgazanería, y que yo califico de apostolado. Mientras que mis hermanos, sumidos en las tinieblas de la ignorancia, sudaban la gota gorda como el puño para proporcionarse el pan nuestro de cada dia, mientras que á fuerza de trabajar ganaban para el sustento de sus mujeres y sus hijos, y, preocupados locamente con la idea de un porvenir que solo pertenece á Dios, se condenaban á los ahorros, yo me sentaba á su mesa y les pagaba pródigamente mi escote, distribuyéndoles el pan de la verdad. Afiliado á las sociedades secretas y

trabajando sin descanso en la mina de la monarquía, soy uno de los que han preparado el gran día de Febrero.

—De modo, dijo M. Levrault, que ya estareis contento, puesto que habeis conquistado la República; la hora del reposo ha sonado al fin para vos.

—¡Reposo! No le habrá nunca para mí. Esa es precisamente la razón por que mis hermanos me han puesto el apodo de *Marche Toujours*. La revolución de Febrero no es mas que una jornada insignificante en la marcha de la humanidad. Los perezosos y los obcecados desean ya hacer un alto; pero yo vuelvo á ponerme en camino como un andarín infatigable, y cortar despiadadamente todas las malezas que obstruyen nuestro paso.

—¡Ah! ¿Conque según eso, preguntó Mr. Levrault, no es la República vuestra última palabra?

—Nuestra última palabra no la encontrará sino el último hombre. La República está ya fundada, y de consiguiente hay que echarla por tierra. Yo soy (y me complazco en decirlo á la faz del mundo) enemigo declarado de todo lo que es, porque presiento lo que será.

—Pues ¿qué es lo que presentís? preguntó M. Levrault tímidamente.

—¡Presiento un porvenir magnífico! exclamó Solon, levantándose con entusiasmo.

—¿Qué porvenir es ese?

—Ciudadano, lo que me pedís es nada más que la verdad social; ¿estais preparado, no diré para comprenderla, sino para oirla solamente? La inteligencia plena de la verdad social, prosiguió Solon gravemente, no es dable sino á los hombres que se nutren con la médula de los leones y de los osos; mas faltaria á los deberes que me prescribe mi apostolado, rehusando el comunicaros la luz. Abrid, pues, los ojos, y procurad que el resplandor de ella no os deslumbre. Sí, repito que preveo un porvenir brillante; pero ¡cuán trabajosa no tendrá que ser la conquista de un mundo nuevo! ¡Qué de sangre, qué de ruinas, antes de tocar á la tierra de promision! Toda la historia de lo pasado es únicamente un juego de niños y tortas y roscones, comparada con las batallas que tendrá que dar la humanidad para apoderarse del nuevo bellocino de oro guardado por los celosos dragones, que se llaman aristocracia é industria.

—¡Sangre y ruinas! exclamó Mr. Levrault, lleno de espanto. Pues ¿qué es lo que queda ya en pié? ¿No han ido ya por tierra la aristocracia y la industria? ¿No somos ya todos hermanos?

—Todavía estoy yo viendo en pié una porción de majaderías deificadas y adornadas por una multitud ignorante. Mientras que estas majaderías no sean destronadas, echadas al fuego y esparcidas al aire sus cenizas como un polvo inútil, no hay que

pensar en el entronizamiento de la verdad social. Preciso es acabar con las preocupaciones que tienen encadenada á la humanidad: la propiedad, la herencia, la familia, son vejezes cuyo reinado es ya tiempo de que termine.

—¡La propiedad, la herencia, la familia! ¿Conque es decir que vos aspirais á que todo se lo lleve la trampa á la ruina universal!

—Precisamente, ciudadano, replicó Solon con autoridad: la ruina universal es mi caballo de batalla. ¿Qué cosa es, pues, la sociedad? Un insulto á la justicia. Y la familia ¿qué otra cosa es más que un insulto para los niños expósito?

—¡Vea V. qué cosa! dijo Mr. Levrault con timidez; ¡y yo, tonto de mí, que creía ver algo de bueno en la familia!

—La familia, repuso Solon, es egoismo organizado, es una coalición contra la verdad.—¿Qué sería de mí mismo á estas fechas, si la Providencia, que tenía, por lo visto, sus miradas sobre mí, no me hubiera separado de mis parientes? Tal vez me estaría columpiando en la ignorancia y figuraría entre los opresores! Es posible que poseyera á estas horas las riquezas, pero no poseería de seguro la verdad social, porque, á no dudarlo, yo he nacido en medio de la industria.

—¡Jóven apreciableísimo é interesante! exclamó M. Levrault:—¿No sabrias decirnos por qué extra-

ño accidente, por qué catástrofe os habeis visto separado de vuestra familia?

—Nada más sencillo. En la noche de un día de fiesta, mi padre, que era un pobre hombre; me llevó á la plaza de la Concordia, y me levantó en sus brazos para que viera una función de pólvora.....

—¡Gran Dios! exclamó el ex-mercader; ¿qué es lo que estais diciendo? ¡Una función de pólvora!... ¡qué rayo de luz!.... Acabad, amigo mio; acabad.—Deciais que en la plaza de la Concordia..... que vuestro padre acababa de tomaros en sus brazos.....

—Eso es; acababa de extinguirse el arbol de fuego, y toda la plaza quedó en la más profunda oscuridad. Los vaivenes de la multitud, semejantes al oleaje del mar, me separaron de los brazos de mi padre, y fui recogido al extremo de la calle de San Florentino por el hombre que, segun ya he dicho, queria explotarme despues.

—¡Oh Santa Providencia! ¡Cuán impenetrables son tus miras! exclamó M. Levrault, levantando los brazos al cielo. Proseguid, amigo mio; decidme, ¿no teniais sobre vos alguna cosa que pudiera darnos luz sobre quiénes eran vuestros padres?

—¡Ay! Yo iba vestido como el hijo de un privilegiado; mi camisa se hallaba guarnecida de encajes.

—¿Y marcada además con una T y una L? preguntó M. Levrault con vehemencia.

—Justo, repuso Solon sorprendido.

—¿No teneis una señal en el pecho?

—Sí, una mancha de color de escarlata, emblema sin duda que debia yo verter para la emancipacion de la humanidad, replicó Solon entreabriendo su blusa.

—¡Timoleon!... exclamó M. Levrault; ven á mis brazos, hijo mio; ven, porque ya has encontrado á tu padre.

Y así diciendo, estrechaba fuertemente á Timoleon, y mojábale la barba con sus lágrimas, mientras que su hijo hacia los mayores esfuerzos por desasirse de los apretones paternales. La marquesa contemplaba con estupor aquella escena imprevista, y Laura, que nunca habia conocido á su hermano ni lo habia echado tampoco de menos, no se mostraba muy satisfecha de encontrarlo bajo las facciones de Solon *Marche-Toujours*.

—Pero ¿qué es esto? exclamó la marquesa, sofocada por la cólera; ¿no ha dicho V. que habia perdido á su hijo?

—Y he dicho á V. la verdad. Lo habia perdido, y hoy vuelvo á encontrarlo.

—¡Oh! me ha engañado V. torpemente, repuso la marquesa.

—Si V. no ha olvidado mis palabras, recordará

que jamás la he dicho que mi hijo hubiese muerto. De veintisiete años acá, ignoraba lo que habia sido de él. Hoy me lo devuelve la Providencia, y á fé que no sé por qué extraña V. el que me regocije de ello.

—¡Me ha engañado V. de la manera más indigna! repuso la marquesa, no siendo ya dueña de reprimirse.

—¿De qué se queja V., señora? ¿Teme por ventura que Timoleon vaya á hacer daño á Gaston? ¿Recela V. que va á reclamar su parte de herencia? ¡Bah! ¿ha olvidado V. sus principios generosos y sus doctrinas fraternales? Mi hijo no quiere ni pide más que el entronizamiento de la justicia y de la verdad.

—¡Alto ahí! exclamó Timoleon, vuelto en sí de su sorpresa; no embrollemos los asuntos. Cierto que yo deseo el reinado de la justicia y de la verdad; pero eso no lo hemos de ver nosotros, ni nuestros hijos, ni nuestros nietos. El mundo nuevo de que yo os he hablado, está muy lejos aún: de consiguiente, mientras que llega el día en que el género humano ponga el pié sobre la nueva tierra de Canaan, sometámonos á las antiguas rutinas de la civilizacion.

La marquesa salió de la estancia como un torbellino, lanzando á M. Levrault una mirada indignada.

Laura la siguió en silencio.

Así que Timoleon se quedó á solas con su padre, el mozo se halló mucho más á su gusto, porque mal de su grado, imponíanle cierto respeto los modales de la marquesa.

El socialista dió pronto tregua á las expansiones de su padre, y despues de haberle preguntado sobre el estado de su fortuna con la insistencia y el esmero que pudiera un procurador, prosiguió con voz solemne:

—¿Quién habia de decirme, que encontraria un día á mi hermana casada con un marqués? Cuando mis amigos sepan que soy vuestro hijo, cuando me pregunten sobre este extraño casamiento, ¿qué demonios podré responderles?

—¡Ay hijo mio! repuso M. Levrault con ademán y acento contrito: tu hermana me ha dado disgustos y no flojos. Yo habia escogido para que fuera su esposo á un excelente republicano, al eminente Jolibois, á quien sin duda conoces; pero Laura ha dejado fallidas todas mis esperanzas. Séame Dios testigo, que he hecho todo lo posible por imbuirla en la fé republicana, mas sus amigas de colegio le trastornaron la cabeza, y Laura se empeñó en ser condesa á todo trance. Decirte lo que he sufrido con semejante union, seria cuento de nunca acabar: ¡verse un hombre de mi estofa, todo un Guillermo Levrault, aliado con la aristocracia!

¡Dar yo voluntariamente mi hija á un marqués educado en la ociosidad! ¿Podrias creer semejante cosa?

—Vamos, vamos, repuso Timoleon; me avengo á perdonar á V. el casamiento de mi hermana, pero dudo que mis hermanos os lo perdonen tan fácilmente. Para rescatar pecado tan enorme, en defecto de espiacion, hay que dar algunos gajes á nuestra santa causa.

—¡Gajes! repuso M. Levrault asustado; explícame, Timoleon; ¿qué hay que hacer?

—Es preciso probarles por medio de un generoso sacrificio que es V. partidario acérrimo de la justicia y de la igualdad. Nuestra santa causa carece hasta el presente de un órgano: dadme cien mil escudos para fundar un periódico que llevará por título *La Verdad Social*.

—¡Cien mil escudos! exclamó M. Levrault; ¡cien mil escudos por una verdad, cuyo advenimiento, segun tú mismo has dicho, no lo hemos de presenciar nosotros! ¡Cien mil escudos por una verdad de la cual no conozco aun una sola palabra!

—¿Creeis, acaso, que un día, una semana, un mes, son bastantes para explicaros lo que constituye el pensamiento de toda mi vida? Dadme con qué fundar la *Verdad Social*; vuestros ojos se abrirán entonces á la luz, y os bendecirán todos nuestros hermanos.

En vano insistió M. Levrault por saber la palabra del enigma; Timoleon se envolvió en un velo impenetrable y se mostró sordo á todas las preguntas.

Acababan de dar las dos de la mañana. Convencido M. Levrault, aunque un poco tarde, de los verdaderos principios de Timoleon respecto á la herencia, y pesaroso de haber abierto con tanta imprudencia los brazos á su hijo, conocia que no le era fácil ni lícito rehusar á este cien mil escudos despues de haber dado cuatro millones de dote á su hermana.

En este supuesto prometió, pues, contribuir á la fundacion de la *Verdad Social*.

Padre é hijo se separaron en seguida para ir á acostarse; M. Levrault, pensando en los medios de salvar su bolsa, y Timoleon resuelto, desde que sabia que era heredero, á despedir lo más pronto posible á sus camaradas, los cuales andaban á la husma de las talegas de su padre.

## XVII

La casa de Levrault hallábase convertida en un verdadero infierno. Timoleon habia formado empeño de entrar inmediatamente en el goce de todas las ventajas anejas á su nueva clase. Mientras que llegaba el caso de entregarle la suma pedida para la fundacion de la *Verdad Social*, habia aceptado unos cuantos puñados de oro y arrinconado su blusa. Trasformándose en un abrir y cerrar de ojos de pies á cabeza, hablaba á los criados con voz dura y altanera, contradecia abiertamente á la marquesa y á Gaston, burlábase de su padre, y reconvenia sin cesar á su hermana por la alianza desventajosa que habia contraido. Habia despedido, además, á sus camaradas, y ya no hablaba de



En vano insistió M. Levrault por saber la palabra del enigma; Timoleon se envolvió en un velo impenetrable y se mostró sordo á todas las preguntas.

Acababan de dar las dos de la mañana. Convencido M. Levrault, aunque un poco tarde, de los verdaderos principios de Timoleon respecto á la herencia, y pesaroso de haber abierto con tanta imprudencia los brazos á su hijo, conocia que no le era fácil ni lícito rehusar á este cien mil escudos despues de haber dado cuatro millones de dote á su hermana.

En este supuesto prometió, pues, contribuir á la fundacion de la *Verdad Social*.

Padre é hijo se separaron en seguida para ir á acostarse; M. Levrault, pensando en los medios de salvar su bolsa, y Timoleon resuelto, desde que sabia que era heredero, á despedir lo más pronto posible á sus camaradas, los cuales andaban á la husma de las talegas de su padre.

## XVII

La casa de Levrault hallábase convertida en un verdadero infierno. Timoleon habia formado empeño de entrar inmediatamente en el goce de todas las ventajas anejas á su nueva clase. Mientras que llegaba el caso de entregarle la suma pedida para la fundacion de la *Verdad Social*, habia aceptado unos cuantos puñados de oro y arrinconado su blusa. Trasformándose en un abrir y cerrar de ojos de pies á cabeza, hablaba á los criados con voz dura y altanera, contradecia abiertamente á la marquesa y á Gaston, burlábase de su padre, y reconvenia sin cesar á su hermana por la alianza desventajosa que habia contraido. Habia despedido, además, á sus camaradas, y ya no hablaba de

su apostolado. La marquesa, por su parte, había formado más de veinte veces el proyecto de regresar al castillo de Rochelandier; aplazólo, empero, otras tantas, porque no se sentía con fuerzas suficientes para renunciar á aquella vida opulenta, y además desconfiaba de Timoleon, y quería, por ende, quedarse á cuidar el grano; luego, como la República, cuyo nombre le había espantado en un principio, se mostraba tan clemente para con los vencidos, empezó á levantar la cabeza y á tomar parte en todas las intrigas que se agitaban en las tinieblas. Gaston se preguntaba con ansiedad qué papel escogería en aquellas circunstancias, y se había decidido á esperar. Laura, que había pasado toda su vida abrigando un solo pensamiento, lloraba amargamente la irreparable ruina de sus esperanzas, como si la córte, al separarse de las Tulle-rías, se hubiese llevado en pos de sí la gracia, la belleza y la juventud.

Timoleon, entre tanto, reclamaba con instancia los cien mil escudos que le había prometido su padre, el cual quería conocer á fondo, antes de abrir la bolsa, los pensamientos íntimos de Timoleon. Cierta día que su hijo volvió á la carga, díjole el ex-mercader:

—Ya estoy dispuesto á cumplir mi palabra; pero antes de aflojar mis escudos, desearía saber lo que es la verdad social.

—Repito á V., padre mio, que no podría ménos de asustarse de la inmensidad de ella. Luego, hay una distancia tan enorme de las preocupaciones groseras en que V. ha envejecido al pensamiento sublime que yo tengo que revelarle, que si tal hiciese, temería por su razon.

—¡No le hace! Aun cuando me muriera de sobresalto, aun cuando mi razon se extravíe, prefiero satisfacer mi curiosidad. Quiero á todo trance conocer la verdad social.

—¿Con que es decir, preguntó Timoleon, que se empeña V. en mirar al sol cara á cara?

—Sí, respondió M. Levrault, estoy resuelto á ello.

—Perfectamente. ¿Supongo que no habrá V. olvidado lo que le tengo dicho de la propiedad, de la herencia y de la familia? Pues bien, la abolicion de estas tres monstruosidades nos conduciría directamente al descubrimiento de una verdad mucho más elevada. Mi sistema político se resume en dos palabras. En los largos ratos de descanso que he debido al trabajo servil de mis hermanos he procurado estudiar á los filósofos. Ya sabe V. que Hobbes está por la tiranía: su opinion, de consiguien-te, ni aun merece ser refutada. Enfatuado Montesquieu con las ideas inglesas, se pronuncia por el gobierno representativo, ó sea por una máquina usada que acaba de hacerse pedazos á nuestros pro-

pios ojos. ¿Ha leído V. el tratado de Ciceron sobre la República?

—Jamás, repuso M. Levrault.

—Peor para V., replicó Timoleon. Si V. lo hubiera leído como yo, sabría cuántos absurdos se encierran en las entrañas de la República. La fórmula de Hobbes, esto es, la tiranía, no es pura y simplemente otra cosa que un crimen de lesa humanidad. La República, á pesar de todos los argumentos aducidos por Ciceron, es estéril para la fraternidad. Y en cuanto al gobierno representativo, tan pomposamente ponderado por Montesquieu, es un sistema bastardo, digno cuando más de entretener á los inmortales de la academia; el tal sistema no es ni carne ni pescado. No quiero tampoco hablar á V. de Aristóteles, porque supongo que no habrá leído V. su política.

—Aquí no se trata de Aristóteles, sino de tu sistema.

—Aristóteles, que previó tantas cosas, ni soñó siquiera con la verdad social; por mi parte, hallándome como me hallo en posesion de la verdad social, solo compasion me inspira el tal filosofuelo.

—Dejemos á un lado á Aristóteles, dijo M. Levrault, cuya impaciencia iba creciendo de punto.

—La República de Platon, si bien es más generosa y más grande que la de Ciceron, está llena tambien, sin embargo, de miserias. Y eso que de-

bemos mucho respeto y consideraciones á aquel filósofo por cuanto suprimió la familia; quedóse, empero, á mitad de camino, y lo echó á perder. A mí era á quien Dios reservaba el descubrimiento de la verdad social.

—A tu sistema, á tu sistema.

—Moisés emitió en el Deuteronomio y en el Levítico algunas ideas justas en detalle; pero este legislador tan ponderado jamás concibió una idea general aplicable á la humanidad entera. En honor á la verdad algo debemos á Salomon por la elasticidad que dió al vínculo del matrimonio.

—Por los clavos de Cristo, exclamó Mr. Levrault; explícame, si quieres, la verdad social.

—¿Quiere V. que le hable de Saint Simon y de Fourier, de ese par de solemnes charlatanes? Pues voy á confundirlos en dos palabras.

—No, no, repuso Levrault; los doy por confundidos; lo único que te exijo es que me digas la verdad social.

—¿Sabe V. por qué estan destinados á caer los gobiernos todos, aun cuando el mismísimo Marco Aurelio regresase á la tierra?

—Confieso con harta vergüenza mia que no lo sé.

—¡Pues bien! repuso Timoleon con gravedad; todos los gobiernos han perecido porque eran gobiernos. Para evitar, pues, las desgracias sin fin que acarrea la caída de uno, sea el que fuere, he-

descubierto un método soberano. Yo suprimo el gobierno. Cuando mi fórmula llegue á enseñorearse en el mundo, tampoco será posible violar las leyes, porque también las suprimo. Héme propuesto, pues, fundar el reinado de la igualdad absoluta sobre las ruinas de todas las legislaciones. Con mi sistema no habrá ni grandes ni chicos, ni ricos ni pobres, porque todos tendrán una talla y los bienes se repartirán por igual, mediante á que pertenecerán á todo el mundo. De una plumada suprimiré todas las pasiones, desde la envidia hasta la ambición. ¡Figúrese V. qué mundo de delicias será el mío! ¡Es mucho cuento eso de que todos los hombres han de ser semejantes entre sí, hasta el punto que dude uno si el primer transeunte con quien se encuentre es un extraño, ó si es él mismo!

—Ya ardo en curiosidad de saber cómo vas á campaneártelas para realizar ese hermoso sueño.

—¡Pues no lo he de realizar! exclamó Timoleon.

—¡Conque es decir, preguntó M. Levrault, que el objeto de la verdad social es el hacer á todos los hombres parecidos!

—Justamente.

Y al ver Timoleon que su padre no había comprendido gran cosa de aquel galimatías, prosiguió de allí á poco:

—¡Bien decía yo que no entendería V. ni una palabra de la verdad social!

—Hablando con franqueza, respondió humildemente M. Levrault, no adivino cómo diablos vas á componerte para poner en obra tu sistema.

—Pues hasta aquí, me he limitado á exponerle á V. el fin de mi proyecto; réstame ahora revelar los medios que pienso poner en práctica para alcanzarlo; antes empero de correr el velo del Santuario, debo exigir á V. un juramento solemne.

—¿Qué juramento? preguntó M. Levrault, creyéndose afiliado á alguna logia masónica.

—El de que á nadie revelará el secreto que voy á confiarle. Tenga V. en cuenta que va mi gloria en ello, y que si algún otro llegase á traslucir lo que voy á comunicarle, explotaría á su favor la gran verdad social. Júreme V., pues, guardar la discreción mas severa é impenetrable.

—Tranquilízate; juro no revelarlo á nadie en el mundo.

—Pues ahora, padre mío, redoble V. la atención: mi teorema es de un rigor matemático; pero si pierde V. de él una sola palabra, tendríamos que volver á empezar de nuevo.

—Soy todo oídos.

—Pues á ello y sígame V. como pueda. Cada cinco años se sortearán las profesiones. El derecho de entrar en suerte se adquirirá á los 25 años, en cuya edad el hombre vale para todo. Nadie podrá quejarse de su lote, puesto que la suerte trazará

los deberes de cada uno, y el siguiente sorteo ofrecerá la debida compensacion á los ciudadanos. Como es indispensable que tengan la misma talla, el mismo abdómen y los mismos mofletes, cada cinco años se pesarán los que han de entrar en suerte, á fin de imponer un trabajo ligero á los flacos y á los gordos una ocupacion que los desgaste. De esta manera se logrará corregir poco á poco la desigualdad de fuerzas y de abdómen. Unos alimentos para todos, una educacion uniforme y el ejercicio alternado de todas las profesiones, restablecerán entre todos la identidad de carácter y la igualdad absoluta de inteligencia. Prosigase, pues, animosamente la aplicacion de mi sistema, y antes de dos siglos no habrá ya en el mundo mas que un solo hombre y una sola mujer. ¡Tal será la semejanza del género humano!

M. Levrault creia estar soñando. A pesar de las dudas que aun le quedaban respecto á la verdad social, de muy buena gana hubiera dado á Timoleon los cien mil escudos á trueque de desembarazarse de él. Pero, ¿de dónde sacarlos? Este era precisamente el valor de su casa cuyas dos terceras partes no habia satisfecho aun. Los gastos de instalacion en la Trelade y en la calle de Varenne habian dado un buen empuje á su capital. La mayor parte de sus fondos los tenia impuestos en una casa de banca y en papel del Estado. Devorado por la

inquietud, iba y venia cien veces al dia á la Bolsa, regresando de ella cada vez mas consternado.

Sobre la casa de banca donde tenia impuestos sus fondos, empezaban á correr ya rumores siniestros. La renta habia bajado un cincuenta por ciento, y amenazaba bajar más todavía. Para no perderlo todo, M. Levrault vendió su papel. A la mañana siguiente volvieron á subir los fondos públicos, y fascinado el ex-fabricante, compró creyendo que iba á desquitarse y en la confianza de que la alza continuaria; pero bajaron otra vez, y encarnizándose M. Levrault en sus especulaciones tardó muy poco á encontrarse en el borde del abismo. Para colmo de desgracia, diariamente recibia noticias más alarmantes acerca de la casa de Elbeuf, donde habia colocado la dote de su hija. ¡Cuántas tribulaciones amenazaban á nuestro hombre, sin contar la de la cabeza de Carlo-Magno!

Cierto dia hallábase la marquesa en el salon principal, contemplando con ojos satisfechos el mueblaje y la riqueza que la rodeaba, y diciéndose á sí misma, halagada por aquella suntuosidad, que la República no seria más que un paréntesis, y que cuando volviera M. de Chambord, y se libertasen, merced á cualquier incidente imprevisto, del tutante de *Marche-Toujours*, aun le permitiría el caudal de Gascon hacer buena figura en la córte. Timoleon, el marqués y Laura hallábanse alre-

dedor de la chimenea; los dos hermanos regañaban con viveza. El socialista había visto á su hermana aquel día por primera vez, y excitado Timoleon por la envidia que le causaba aquella habitación señorial, decía á Laura:

—Es muy extraño que se haga tanto de rogar mi padre para darme trescientos mil francos; y, sin embargo, hará mal en presumir que yo voy á contentarme con esa cantidad. He reflexionado sobre mi posición, y me parece que nada hay más justo que el que me entregue lo que me habría dado al llegar á la mayor edad: harto hago con perdonarle los gastos de mi educación.

—Pues qué, ¿no estás contento, le dijo Laura, con la vida que haces aquí? ¿Qué te falta? ¿Concibes por ventura algún deseo que no sea satisfecho al punto?

—¡Ay Dios mío! exclamó Timoleon, mis deseos no pueden ser más modestos: tú te has llevado un millón de francos de dote; pues bien, que me dé padre quinientos mil francos por ahora, y á su muerte partiremos por igual.

Al oír estas palabras, la marquesa aguzó el oído, y exclamó de allí á poco indignada:

—¡Quinientos mil francos para un apóstol! ¡Y esperanzas de heredarle por añadidura! No será mal loco M. Levrault si afloja la bolsa. Además de que, ¿quiere V. decirnos cómo prueba que es real-

mente su hijo? ¿Cree V. que la mancha de escarlata es una prueba bastante? Eso cualquiera la tiene: el último de los aventureros, si viene á mano.

—¿Qué está V. diciendo de aventureros? exclamó Timoleon amoratado de cólera: mi vida ha sido, en efecto, una vida de aventuras y de peligros; pero no tengo que echarme en cara lo más mínimo por lo pasado. Esta es mi casa, y cuando reclamo una cantidad igual á la que mi hermana ha llevado en dote, nadie puede tacharme de ambicioso. Quiero, pues, quinientas mil pesetas, y se me darán ó nos oirán los sordos.

—¡Qué tiene eso que hacer! exclamó desdeñosamente la marquesa.

—Vamos, madre mía, dijo Gaston; no se hable más del asunto.

Y volviéndose en seguida hacia Timoleon, añadió el marido de Laura:

—Es V. muy dueño de hacer valer sus derechos, caballero; mas no es á nosotros á quienes toca el juzgarlos. Permítame V., no obstante, que me sorprenda un poco de lo que acabo de oírle, puesto que los principios que V. profesa, así como su apostolado, anunciaban un poco más de desinterés.

—¡Bah! repuso Timoleon; ya pasó el tiempo en que los apóstoles caminaban descalzos cuando iban á conquistar el mundo. En la era actual el

oro es una palanca, y yo faltaría á mi apostolado si no reclamara la riqueza que me pertenece.

A esta razon abrióse la puerta de la estancia y M. Levrault penetró en ella, pálido, con el semblante descompuesto y llevando una carta en la mano.

—¡Estoy arruinado! exclamó con voz llorosa.

—¡Arruinado! repitieron á la vez Timoleon, Laura y la marquesa.

—Enteramente arruinado y sin recursos de ningún género, dijo M. Levrault, dejándose caer sobre una butaca.

—En ese caso, caballero, le dijo Gaston, disponga V. del dote de su hija.

—¡Del dote de mi hija! ¡Ah! Lea V. esta carta que acabo de recibir hace un momento.

El dote de Laura acababa de naufragar en una bancarrota.

—Ya no me resta otra cosa que ofrecer á ustedes, continuó el ex-mercader, que la hospitalidad en el castillo Levrault.

—¡Y mis cien mil escudos! exclamó Timoleon con voz estentórea. ¡Condenacion eterna! El destino se encarniza en mí de la manera más despiadada: ¡naufragar á la vista del puerto! ¡Verme arruinado antes de haber disfrutado de nada!... Pero... es imposible que hable V. seriamente; no puede ser que se halle V. completamente arruinado. ¿De veras no le queda á V. alguna cosa?

—Absolutamente nada más que un castillo ruinoso en Bretaña, en el cual ofrezco á todos ustedes un asilo.

—¡Ir yo á Bretaña! ¡Vivir en un semillero de aristócratas! eso jamás, exclamó Timoleon. Solon Marche-Toujours, prosiguió gravemente, va á ponerse otra vez en camino. Puesto que V. no puede ya darme cien mil escudos para enseñar pacíficamente la verdad social, vuelvo á agarrar mi fusil, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga: no ha de faltarme un sitio en la mesa y bajo el techo de mis hermanos.

Ocho dias despues, Laura y Gaston, M. Levrault y la marquesa, partieron en la diligencia Laffitte y Caillard. Laura no tenia ya el título que habia querido comprar con su dote; Gaston no poseia ya la riqueza que habia pagado con su nombre.

sido solos sus escudos los que se fueron con la honra del diablo. La pérdida de su fortuna, por otra parte, le había libertado de Timoleon y del compromiso de ir á Berlin á desgarrar los tratados de 1815.

La víspera de su marcha había escrito al ministro de Negocios extranjeros participándole que renunciaba á mision tan gloriosa. La oscuridad y la pobreza parecíanle ya un puerto de salvacion, y merced á ellas, ni temía el saqueo, el incendio y el asesinato, ni le helaba de terror la suerte de los enviados franceses en Rastadt. Su pensamiento, por último, se fijaba en el chasco de la marquesa, y bajo este aspecto se regocijaba de su propia ruina.

Al observar el ademan adusto y el avinagrado gesto de la madre de Gaston, reía se el ex-mercader en sus barbas, y se frotaba las manos, como si se hubiese arruinado adrede y solo por vengarse de las decepciones que había experimentado. La satisfaccion de haber salvado el pellejo, el movimiento del carruaje que la conducía lejos del foco de las revoluciones, la perspectiva de una vida tranquila y la figura de madame de la Rochelandier, habían comunicado á M. Levrault cierto no sé qué de picante y de picaresco que nunca se había notado hasta entonces en su persona. El diablo del hombre jamás había estado de tan buen humor. Al llegar á Nantes espresó se en uelos términos

## XVIII

El regreso de nuestros personajes al castillo de la Rochelandier fué alegre como un cortejo fúnebre. Gaston y Laura no osaban mirarse el uno al otro. La marquesa, por su parte, creíase juguete de una terrible pesadilla; pero la presencia de M. Levrault, el cual iba sentado al frente de ella, la convencía bien pronto de la realidad. Pobre, como antes del matrimonio de su hijo, regresaba á vivir en su castillo de la Rochelandier con el apéndice del ex-fabricante por contera. El menos triste y el menos consternado de los cuatro era M. Levrault. Ya se ve; había atravesado en aquellos últimos tiempos tan azarosos días, que solo aspiraba al reposo: el ex-fabricante no quería ser ingrato con el destino, y se contemplaba feliz con que hubieran



tan extraños, que acabaron de exasperar á la madre de Gaston.

—Al fin, amiga mia, decia á la marquesa imitando el acento cariñoso que empleaba ésta en el umbroso parque de la Trelade, ya tocamos al término de nuestros padecimientos. De aquí á algunas horas descubriremos los torreones del castillo Levrault, donde nos aguarda la felicidad. Al presente, amiga mia, conozco de un modo perfecto las inclinaciones de V.; y veo que ni ama ni ha amado nunca el bullicio del mundo. Ha buscado V. siempre la soledad y el silencio, así como otros buscan el esplendor y el ruido. Ya sé cuánta abnegacion y sacrificios necesitó V. hacer para renunciar á sus hábitos sedentarios, y puede estar segura de que en toda mi vida olvidaré prueba de afecto semejante. Dóime, pues, el parabien por el desastre que acabo de sufrir, y bendigo mi ruina, puesto que, merced á ella, logro devolverla á V. á su valle solitario y á todos los dulces goces para los cuales había nacido, segun sus mismas palabras. ¡Qué existencia tan feliz vamos á pasar, amiga mia, en el lindísimo castillo que yo debo á su generosidad! Cierto que en él no hallará V. la hospitalidad espléndida que me ha ofrecido y he disfrutado en la casa la Rochelandier; pero ¿qué son los goces de la fortuna, comparados con los goces del corazón? Con razon se dice que ni el oro ni

las grandezas nos hacen dichosos. La verdadera felicidad consiste en la union de las almas, y la verdadera riqueza en la modestia de los deseos. Siendo, pues, esto así, ¿quién puede considerarse de tejas abajo más rico y más feliz que nosotros?

La marquesa tascaba el freno y solo respondia á los discursos del ex-fabricante con miradas de pantera pronta á lanzarse sobre su presa.

Al caer la noche, llegaron los cuatro viajeros en un modesto carruaje que tomaron en Nantes, al patio del castillo Levrault. La marquesa subió rápidamente la escalera y se dirigió á su aposento sin cuidarse de sus huéspedes, porque sentia una gran necesidad de exhalar libremente su cólera. La vista de M. Levrault le era odiosa, y á duras penas encontraban gracia ante sus ojos las bellezas y la juventud de Laura. Gaston comprendia de muy distinta manera los deberes que le imponia la ruina de su suegro y se ocupó en la instalacion de su mujer con toda la galantería que le caracterizaba. Monsieur Levrault, por su parte, se consideraba en su casa, y mandaba por ende en el castillo como señor absoluto, yendo y viniendo de un lado á otro, riñendo á los criados, dando órdenes para las comidas, y dando tales voces que llegaban hasta el aposento de la marquesa de la Rochelandier.

—¿No le oyes? exclamaba la marquesa dirigiéndose á Gaston, que acababa de entrar en su estan-

cia; el muy camueso toma este castillo por un meson. ¡Qué vergüenza! ¿Sufrirás, hijo mío, que ese ganapan tome asiento á nuestro lado? ¿No hallarás un medio para que nos desembaracemos de él? Solo hacia ya falta para colmo de nuestras desdichas que viniera el tunante de Timoleon. ¡Oh! ¡Cuánto aborrezco al tal M. Levrault! ¡Maldita sea la hora en que su hija atravesó el dintel de nuestro castillo! Si ese hombre prosigue aquí, te prevengo que voy á partir para Frohsdorf.

—V. es quien lo ha querido, madre mia, respondió Gaston. M. Levrault no hace más que usar del derecho que V. misma le ha concedido. Si toma nuestro castillo por su propia casa, es porque tambien V. se posesionó de la casa Levrault, como si fuera nuestro propio castillo. Por lo demás, si alguno se olvidase de las consideraciones que á usted son debidas, yo sabré imponerle respeto; pero entiendo al propio tiempo que debe tratarse aquí con la misma deferencia á la mujer que lleva mi nombre.

La marquesa bajó los ojos y no halló nada que responder.

Los papeles se habian cambiado. M. Levrault tronaba en el castillo de La Rochelandier como la marquesa lo habia hecho en la casa de la calle de Varennes. La madre de Gaston procuró en vano hacerle callar en un principio, resistiendo á la vo-

luntad del ex-fabricante. Convencida luego de la inutilidad de este expediente, volvió á tomar su acento patético y su sonrisa afectuosa, á fin de ver si lograba que se alejase aquel maldito é incómodo huésped.

Cierta noche hallábanse ambos sentados á la chimenea. M. Levrault se habia estendido cómodamente en la mejor butaca; guardaba silencio, y de vez en cuando echaba una mirada burlona sobre madama de La Rochelandier, la cual procuraba reprimirse, á fin de estimularlo á que tomase el portante y á que volviese á emprender la vida activa.

—Temo, amigo mío, le decia con acento cariñoso, que le fastidie á V. nuestra vida solitaria. Hace algunos dias que lo observo á V. y que lo estoy estudiando, y veo con la mayor inquietud que enflaquece de una manera visible, y que sus brillantes facultades se van enervando en la inacción.

—La amistad de V., señora, se alarma sin motivo, respondió M. Levrault con extremada bondad: jamás me he encontrado mejor, ni comido con más apetito. Duermo bien, y cuando despierto por las mañanas saludo con alegría los rayos del sol que llegan hasta la cabecera de mi cama. El aire puro que respiro y el silencio y la paz que nos rodean me va remozando; á veces hasta se me figura que apenas tengo veinte años de edad.

—Pues yo le aseguro á V., amigo mio, que no me alarmo sin razon, porque cada día está V. más pálido y más flaco. La vida de los campos; por otra parte, no puede conformarse tampoco al carácter ni á los hábitos de su persona. Una inteligencia como la de V., habituada al movimiento de los grandes negocios, no debe hallarse bien en la soledad. Diga V., pues, lo que quiera, es imposible que se halle bien en este castillo, ni que sea en él feliz. Usted ha nacido para el movimiento, para la lucha: la inquietud misma es para usted una necesidad.

—Desengañese V., amiga mia, el movimiento y la lucha serán buenos para otro; en cuanto á mi, puedo decirle que me hallo aquí como el pez en el agua, y con tal de que lo porvenir se parezca á lo presente, me doy por satisfecho.

—¿Es posible, amigo mio, que ignore V. hasta tal punto lo que vale, y que desconozca tan extraordinariamente las verdaderas necesidades de su naturaleza? No dude V. que va desmejorándose visiblemente, y que el fastidio le consume sin que se aperciba de ello: ándese V., pues, con cuidado, porque pocos meses bastarán para minar su salud.

—Tranquílcese V., marquesa, la construccion de mi individuo es sólida si las hay; mi padre y mi madre vivieron hasta la edad de cien años, y yo abrigo la confianza de que he de seguir su

ejemplo. Un secreto presentimiento me dice, amiga mia, que hemos de envejecer juntos como Filemon y Baucis.

—Confieso que me inspira V. admiracion, y que me cuesta gran trabajo el comprenderle. ¡Qué ilusion tan extraña! Con todo, debo decir á V. que hay en mi familia un ejemplo muy triste de lo que á V. le sucede, y que me inspira grandes temores por su salud. Uno de mis hermanos, oficial de marina, renunció, siendo todavía jóven, al servicio activo; se empeñó en sepultarse entre estas mismas paredes, y al cabo de poco tiempo empezó á enflaquecer y á ponerse pálido en tales términos, que murió en mis brazos. Créame V., amigo mio, no se duerma con una loca seguridad. El espíritu de V. necesita un objeto, una ambicion; ¿por qué no ha de volver V. á emprender sus negocios? ¿por qué no ha de intentar nuevamente la reparacion de su fortuna? ¿No seria para V. en extremo glorioso volver á presentarse en la lid con el objeto de desafiar la injusticia de la suerte y de reconquistar por medio de su talento las riquezas de que sabe hacer tan noble uso?

—No he aguardado á que V. me lo aconsejara para pensar en ello, respondió M. Levrault, moviendo de un lado á otro la cabeza.

—¡Pues bien! ¿qué es lo que le detiene á V. entonces? exclamó la marquesa con aire de triunfo,

creyendo que su hombre iba cayendo ya en el garlito. ¿La fatalidad de los tiempos por ventura? ¡Bah! el enriquecerse en circunstancias normales y en épocas de prosperidad, quédase tan solo para los talentos mezquinos: luchar contra la desconfianza del público, y atraer hácia sí el oro que se escurre, ciertamente que es una empresa harto difícil, pero digna por lo mismo de una capacidad tan elevada como la de V.

—No digo que empresa tan árdua no sea bastante para tentar á un hombre de mi calibre; pero desgraciadamente debo renunciar á ella.

—¿Por qué?

—Porque, aun cuando no soy más que un pobre demcnio que se enriqueció una vez vendiendo paños vara á vara en la calle de los Bourdonnais, comprendo todos los deberes que me impone mi alianza con una familia tan respetable y tan noble como la de los La Rochelandier. La República habrá podido abolir los títulos; pero el nombre de usted y el de mi yerno me impiden volver á los negocios. Cuando uno ha alcanzado la distinguida honra de relacionarse y medirse con una raza tan privilegiada, no debe abusar de su posición. ¿Qué dirían los abuelos de Gaston y todas esas figuras venerables que nos están contemplando, y que nos escuchan, si el suegro de un La Rochelandier se mezclase en asuntos de comercio ó de industria?

Yo no tengo blasones, es verdad; mas no por eso debo de cuidar ménos del esplendor de los de usted.

—Esos escrúpulos, amigo mio, le honran en extremo; mas se me figura que los lleva V. demasiado lejos. Estoy segura de que Gaston, á pesar del respeto profundo que profesa á sus antepasados, le vería á V. sin pena y sin enojo comenzar de nuevo el edificio de su fortuna, y yo misma tampoco lo llevaría á mal.

—Comprendo bien, amiga mia, cuánta magnanimidad hay en esa indulgencia; pero ni quiero ni debo abusar de ella. Yo profeso y profesaré siempre el respeto de los vencidos: el título que V. lleva es tanto más sagrado á mis ojos, cuanto que la revolucion lo ha despojado de él.

—¡Pues bien! dijo la marquesa, la cual no renunciaba aun á sus esperanzas; si V. no quiere rehacer su fortuna ante nuestros ojos, si teme que nuestro nombre se mezcle con sus especulaciones, ¿no puede V. pasar los mares é irse á América? Con el talento y actividad que V. tiene, pocos años le bastarán para encontrar lo que ha perdido, y al cabo de ellos podrá regresar entre nosotros á disfrutar del producto de su genio.

—¡La América! Ya he pensado en ello algunas veces, porque allí es en efecto donde pueden repararse los desastres en pocos años. Precisamente

hay un ejemplo en mi familia que no se me olvidará tan así como quiera. Uno de mis tíos, droguero en la calle de los Lombardos, marchó arruinado á América, y al cabo de poco tiempo volvió con un inmenso capital.

—¡Y vacila V. despues de un ejemplo tan brillante! exclamó la marquesa. Vamos, amigo mio, ¿qué aguarda V.? Por reducido y modesto que haya quedado nuestro patrimonio, si es preciso, para proporcionarle algun cargamento, vender unos pedazos de tierra, no retrocederemos ante ningun sacrificio.

—¡Qué bien reconozco en ese rasgo, generosa amiga mia, su gran corazon!; asegúrola á V. que sabré mostrarme digno de amistad tan franca.

—¿Con que es decir que ya ha adoptado V. su proyecto?

—De una manera irrevocable.

—¿Y cuándo piensa V. ponerse en marcha?

—Repito que me mostraré digno de la amistad de V. y que no me separaré jamás de su lado. ¿Ha podido V. creer ni por un momento que renunciase yo á las delicias de su intimidad por ir á buscar unos cuantos miserables escudos al otro lado del Océano? No me crea V., amiga mia, tan apasionado por las riquezas, y aprenda á conocerme. Nada vale tanto para mí como la felicidad de verla á V. y de escucharla.

La marquesa ahogó á duras penas una explosion de rabia, porque conocia que el hombre de quien se habia burlado largo tiempo empezaba á tomar su desquite. Debemos hacer, sin embargo, la justicia á M. Levrault, de que si bien saboreaba con fruicion su venganza contra la marquesa, habia no obstante en sus palabras gran parte de sinceridad, puesto que, despues de tantas tempestades, se encontraba muy á gusto con la calma bonancible del castillo Levrault. Semejante al naufrago que llega á tocar la playa, bendecia á la Providencia que le habia salvado, y ya no lamentaba la pérdida de sus tesoros sepultados en las ondas. Su mision en Berlin, tan imprudentemente aceptada, le habia curado para siempre de su ambicion, y sobre todo de la ambicion diplomática. Si alguna vez echaba una mirada pesarosa sobre su casaca bordada, bastábale para disipar su tristeza tender los ojos hácia la cota de malla de Francisco I, la cual tenia suspendida á los piés de su cama. Háblale proporcionado la opulencia tantos disgustos y sinsabores tantos, que se resignaba sin grandes esfuerzos á la medianía. Los restos del dote de Laura, unidos á los del dominio de La Rochelandier, permitian á aquella reducida colonia vivir con algun desahogo, y M. Levrault no pedia más. La desgracia habia desarrollado en él un buen sentido completamente imprevisto. Lejos del es-

trépito de los motines, desembarazado de Timoleon, á quien esperaba no volver á ver tan pronto, felicitábase cada día más de la seguridad profunda de que gozaba. Aquel valle pacífico le parecía un asilo impenetrable, al cual no podía llegar nunca el viento de las revoluciones. Todo era paz y tranquilidad en torno suyo. Las locas esperanzas de la marquesa tardaron bien poco á verse frustradas. Gaston, por su parte, lejos de participar de la ceguedad de Mme. de La Rochelandier, se había dedicado á pacificar los espíritus, porque conocía que el papel de la Vendée había terminado ante la Francia entera, llamada á deliberar acerca de su propio destino. M. Levrault, empero, no había agotado aún la copa de sus tribulaciones.

Después de una tregua de algunos días, la marquesa volvió á tomar el tono agresivo y la actitud provocadora. M. Levrault, que, lejos del peligro, no tenía ya razón alguna para ostentar principios republicanos, hacia alarde de ellos y los defendía con tenacidad tan solo por sofocar á la marquesa. Entre aquellos dos amigos la cosa más insignificante se convertía en objeto de una acalorada disputa; detestábanse mutuamente, y sin embargo no podían vivir el uno sin el otro. Ayudándose recíprocamente á matar el tiempo, este mortal enemigo de las gentes desocupadas, cada uno de ellos encontraba en el despecho de su interlocutor un ma-

nantial inagotable de regocijo. La marquesa maldecía la república, y M. Levrault hablaba de borrar el escudo de armas de la familia, procuraba abrumar con toda su ironía á aquellos últimos vástagos del feudalismo, y preguntaba si no era ya tiempo de convertir en palomar un torreón aspillerado cuya defensa heroica se hallaba consignada en el archivo de los La Rochelandier. Estas disputas sin cuento, á las cuales permanecían extraños Laura y Gaston, se prolongaban frecuentemente hasta bien entrada la noche. Una tarde, en que por la centésima vez estaban engrescados con la eterna cuestión de los blasones y las almenas, callaron ambos repentinamente al ruido de un coche que entraba en el patio, y se miraron uno á otro, no sin gran sorpresa. De allí á poco, abrióse violentamente la puerta y entró en la estancia maese Jolibois, ceñido con su correspondiente faja tricolor, y seguido de un sargento de gendarmes. La marquesa y M. Levrault permanecieron clavados en sus sillones.

—¡Perfectamente! exclamó Jolibois cruzando los brazos sobre el pecho; ¡no me había yo engañado en mis conjeturas! Está visto que el castillo de La Rochelandier es un semillero de aristócratas, un nido de facciosos, un foco de reacción. ¡Hé aquí de qué manera se reconoce y agradece la clemencia y la mansedumbre del pueblo! Mas si la repú-

blica es paciente, no aconsejaré yo á nadie que abuse de ella, porque..... pero esto no viene ahora al caso. Lo que al presente importa es que ustedes conspiran, y que yo estoy seguro de ello; escusan Vds. disculparse, porque es tiempo perdido; mis gentes me han dado cuenta de todo lo que aquí se hace.

M. Levrault, cuya conciencia estaba tranquila, echó sobre la marquesa una mirada de inteligencia, como quien dice: Con V. es con quien reza todo eso. Nuestro hombre abría ya la boca para justificarse, cuando se le anticipó la marquesa diciéndole:

—¡Qué tal! ¿tenía yo razon en anunciarle á usted lo que hoy está sucediendo? Su intemperancia en el lenguaje, su afan por murmurar del mundo entero y por burlarse de todo no podían menos de tener este resultado. En soltando la lengua, amigo mio, habla V., y habla, y habla..... ¡Vamos, bien le decia yo á V. que sus ataques contra la república no quedarian impunes, y que su viperina lengua nos habia de acarrear hoy ó mañana algun disgusto! Mis predicciones se hallan cumplidas. Lo que hoy le sucede le está bien empleado; por mi parte, me lavo las manos en el asunto, y salga V. como pueda del atolladero.

Aturdido M. Levrault con estas palabras, no sabia qué responder, quedándose mudo de sorpresa, de indignacion, de espanto y de cólera.

—¡Cómo! ¿Conque es V., exclamó Jolibois, el que denigra á la república? ¿Conque es V., pigmeo miserable, el que conspira contra ella y trata de derribarla?

—¡Yo! exclamó al fin el ex-fabricante, más encarnado que la cresta de un gallo; si alguien ha pretendido en esta casa denigrar á la república, no he sido yo, seguramente, sino esta señora que.....

—¡No hay tal, no hay tal! exclamó vivamente la marquesa; quien se ha permitido ofensas semejantes ha sido V., que ha tratado de vengarse del miedo que le infundiera la proclamacion de la república con miserables y ridiculos sarcasmos.

—¡Cómo! señora, ¿se atreve V. á acusarme? replicó M. Levrault fuera de sí; ¿osa V. por ventura atribuirme sus rencores y sus ódios? Felizmente son bien conocidas mis opiniones, y las de usted tampoco son desconocidas para nadie. Yo he sido toda mi vida partidario acérrimo de la república, y V. la ha detestado.

—Convengo en que no he sido nunca partidaria de ella, replicó la marquesa; pero la he aceptado con resignacion, inclinándome ante la voluntad de la Francia. La elevada inteligencia del señor comisario general, secundada por su noble corazon, comprenderá sin gran trabajo todas las consideraciones y respetos que yo debo á las tradicio-

nes de mi familia. Repito, pues, que no he gustado nunca de la república; esto, no obstante, la veno, lejos de mofarme de ella como V., y puedo asegurar que no me inspira la más mínima aversión.

—¡Lo está V. oyendo, ciudadano Levrault! exclamó Jolibois con tono severo; y no es la acusación de un agente la que le condena, sino la de uno de los individuos más respetables de su familia, la de la madre de su yerno. De consiguiente, á pesar de la tierna amistad que nos une, ya no me es posible diferir por más tiempo el cumplimiento de mi deber: véngase V. conmigo.

—¡Con V.! ¿Y á dónde quiere conducirme? preguntó M. Levrault, sosteniéndose en pié á duras penas.

—A la cárcel, contestó Jolibois.

—¡A la cárcel! repitió el ex-mercader, pálido de espanto.

Y habiendo hecho un ademan de huir, el sargento de gendarmes le aplicó su pesada mano sobre el hombro, y una sonrisa imperceptible plegó los labios de la rencorosa marquesa. Maese Jolibois dió la señal para la marcha, y se llevó con sigilo al infortunado Levrault, el cual tomó asiento á su lado en la testera del coche. Despues de recrearse algun tiempo con el terror de su preso, Jolibois rompió al fin el silencio, diciendo á su víctima:

—¿Por qué tiembla V., amigo mio? ¡Qué diablo! Un hombre no debe abatirse nunca hasta ese extremo. Además de que, si bien se mira, aun cuando la falta de V. es enorme, y aun cuando irremisiblemente será juzgado, la República es clemente y la pena de muerte por delitos políticos se halla abolida. Lo peor que podrá sucederle será el ser condenado á la deportacion.

—¡A la deportacion! balbuceó el ex-fabricante; pero señor, si soy inocente; si no hay ni una palabra de verdad en todas esas inculpaciones abominables de la marquesa!.... Ya me conoce usted, mi buen Jolibois.

—¡Ay, amigo mio! Por eso mismo doy un gran peso á la acusacion de la marquesa. ¡Cómo se entiende! Despues que yo mismo lo presenté al subsecretario de Estado, despues que, constituyéndome en abogado y patrono de V., logré á fuerza de trabajos que le confirieran una mision honrosa, una embajada sin precedentes, va V. á dimitir con la mayor cobardia! ¡V., amigo mio, cuyo valor habia yo comparado con el de los leones! Vamos, vamos, calcule V. si despues de todo esto puedo yo dar fé á sus palabras! Si V. ama sinceramente á la República, ¿por qué no ha tratado de servirla?

—¡Ah! mi querido Jolibois; séame Dios testigo de que hubiera ido con gozo, con orgullo, á Berlin á pedir la cabeza de Carlo Magno; pero en el mo-



mento mismo en que iba á ponerme en marcha supe mi ruina, y conociendo que ya no era posible representar dignamente á la Francia, creí que debía renunciar la mision que habia aceptado.

—¿Qué importan á un verdadero patriota la pobreza ó la riqueza cuando se trata de servir al país! La república no tiene necesidad de servidores engalanados con casacas cuyas costuras estén bordadas de oro, así en lo interior como en lo exterior; sólo exige de sus agentes abnegacion é intrepidez. Aquí me tiene V. á mí, que soy dueño de la Bretaña entera, que mando en la provincia como un verdadero dictador, y sin embargo, á no ser por mi faja de tres colores, se me confundiria con un cualquiera, con un Perico de los palotes.

—Puedo asegurar á V. que, á pesar de mi pobreza, aun me hubiera decidido á partir, si hubiese estado solo; érame preciso, no obstante, velar sobre el porvenir de mi hija y recoger los restos de su dote.

—¡Miserable subterfugio! exclamó Jolibois: la familia no vale nada ante la pátria. ¿Sabe V. lo que su pusilanidad cuesta á la Francia? La ocasion que ha desperdiciado V. ya no volverá á presentarse nunca. A pesar de todas mis exhortaciones y advertencias no supo V. contener su lengua, y el secreto de su mision llegó hasta Berlin, hasta Viena y hasta San Petersburgo. La Rusia, el Aus-

tria y la Prusia están alertas: ¡quién sabe si nos veremos obligados á renunciar á nuestra frontera del Rin y á tolerar todavía por largo tiempo los tratados de 1815! ¿Y á quién deberemos semejante humillacion? ¡A V., ciudadano Levrault, á V. solo!

—Si el secreto de mi mision llegó á traslucirse, no es á mí á quien puede acusarse de indiscrecion, puesto que no lo he revelado á nadie. A todas las preguntas de mi yerno y de mi hija sobre mi cota de malla, me he mostrado sordo é impenetrable; nada tengo, pues, que echarme en cara.

—¡Nada! Pues qué, ¿no tienen significacion sus murmuraciones temerarias é injuriosas contra la democracia, sus conciliábulos liberticidas y sus manejos subterráneos en el país?

—¡Ay! mi querido Jolibois; esa condenada marquesa me calumnia indignamente, y V. quiere condenarme á la deportacion por una falta que no he cometido.

—Precisamente, amigo mio; la deportacion es la pena de que está V. amenazado. El tribunal le juzgará despues de haber oído á su defensor, y debo manifestar á V. que necesitará de un buen abogado. Vea V. lo que tiene el juntarse con malas compañías. Se empeñó V. en enmarquesarse hasta las orejas, y hoy paga ese gustazo á buen precio.

En aquel instante cruzó un relámpago por el fir-

mamento, estalló el trueno, y una fuerte tempestad de granizo, mezclada con una copiosa lluvia, cayó sobre la llanura y azotó los cristales del carruaje. El comisario y el ex-mercader guardaron silencio; maese Jolibois se quedó abismado en una profunda meditacion. M. Levrault le contemplaba con ojos inquietos, y como si hubiese querido leer su destino sobre la frente del dictador. La tempestad arreciaba por momentos. Los caballos caminaban á duras penas por los fangosos baches del camino. Por la frente de Estéban Jolibois cruzó entonces un rayo de clemencia, y rompiendo al fin el silencio, dijo á su victima, como si obrara impelido por una súbita inspiracion:

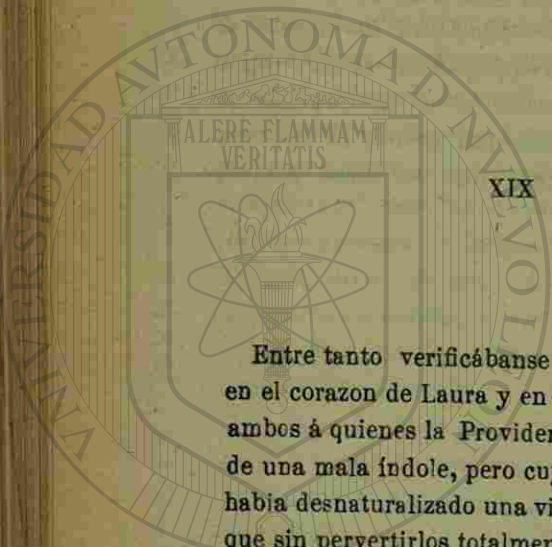
—A pesar de todas sus faltas y de la mayúscula cobardía que V. ha manifestado, confieso, mi caro M. Levrault, que no puedo prescindir de nuestro antiguo afecto: de consiguiente, y atendiendo á que si llega V. á comparecer ante la justicia, ya no me será dable hacer nada en obsequio suyo, puesto que los magistrados se empeñarán en aplicarle la ley, solo me ocurre un medio para salvarle.....

—¿Cuál? preguntó M. Levrault con ansiedad.

—El devolverle la libertad ahora mismo; márchese V. pronto, amigo mio, y cuidado con volver á pecar.

Y al acabar estas palabras, Jolibois abrió la por-

tezuela del coche y M. Levrault saltó en tierra sin aguardar nuevas explicaciones, y sin detenerse á dar las gracias á su libertador. Acto continuo púsose en camino hácia La Rochelandier, y al cabo de hora y media llegó calado hasta los huesos al castillo, á cuya puerta empezó á llamar con recios golpes. Adivine el lector cómo se quedaria la marquesa al ver regresar tan pronto al huésped maldito de quien se creia libre por largo tiempo.



XIX

Entre tanto verificábanse alteraciones notables en el corazón de Laura y en el de Gaston, jóvenes ambos á quienes la Providencia no habia dotado de una mala índole, pero cuyas buenas cualidades habia desnaturalizado una viciosa educación, aunque sin pervertirlos totalmente. Gaston se mostró en un principio muy sensible á la ruina de su mujer y de su suegro; acordándose despues, sin embargo, de que así no podia echársele en cara su afán por las riquezas, tenia una especie de satisfaccion en ella. Laura, por su parte, creíase tambien desquitada con la abolición de los títulos, y hallándose libres uno y otro, observábanse con extraordinaria curiosidad, y sorprendíanse mucho de encontrarse mutuamente tesoros cuya existencia

ni siquiera habian soñado. Laura, que solo habia pensado al casarse en los saraos y fiestas de la córte, y que al ver desvanecida su quimera se creyó amenazada de un eterno fastidio, no podia notar sin sorpresa que los goces de la vanidad no son los únicos goces de este mundo. Su vanidad habia muerto de inanición. Recuérdese que la señorita Levrault habia estudiado con fruto en el colegio la pintura y la música. Laura se hallaba, pues, establecida en un aposento del castillo que Gaston habia amueblado con elegante sencillez, y volvió á dedicarse al estudio con una aplicacion infatigable, consiguiendo de esta manera que las habilidades que habia olvidado en medio de las distracciones de su opulenta vida, la consolasen y entretuviesen en medio de la pobreza y de la soledad. La primavera renacia por entonces, y Laura la recibió como una dicha inesperada.

Quizás no habrá olvidado el lector que el mismo dia en que Laura vió á Gaston por la vez primera, los campos y los bosques se habian revelado vagamente á su jóven imaginacion; este poético sentimiento, sin embargo, no habia resistido á las preocupaciones enteramente mundanas que la agitaban entonces. Al presente, empero, su emocion á la vista del mismo espectáculo fué más duradera y más profunda, y la revelacion quedó enteramente á descubierto. Gaston, que era aficionado á los

poetas, había reunido en la habitación de su mujer unos cuantos libros escogidos con bastante gusto, y Laura encontraba en ellos con un secreto orgullo la expresión pura y precisa de sus pensamientos é ilusiones. Cada día iba desarrollándose más su inteligencia y abriéndose su corazón á sentimientos más tiernos. Los poetas le explicaban la naturaleza, y ésta á su vez le enseñaba á comprender mejor á los poetas.

Una tarde, hallándose sentada al piano y Gaston paseando en el parque, los últimos rayos del sol se filtraban al través de la enramada. Después de recorrer el teclado con algunos brillantes preludios, púsose á tocar una de las mejores composiciones de Luis Lacombe, *le Soir*, sonata que viene á ser un gracioso idilio, en el cual se refieren con una maravillosa precisión, con una delicadeza exquisita, todos los rumores, todos los susurros, todos los murmullos de la llanura al declinar el día; poema campestre, en que se oye el balido de los corderos conducidos al redil, el canto de los pastores, el toque del *Ave Maria* y todos esos ruidos confusos que se elevan á la caída de la noche, como una plegaria dirigida desde la tierra al cielo. Gaston acababa de apoyarse en el antepecho exterior de las ventanas de Laura, cuyos lindos dedos volaban sobre el piano. La brisa de la tarde agitaba blandamente los rizos de su cabellera, y su garganta

se balanceaba muellemente como el cuello de un cisne. Gaston la contemplaba con tanta sorpresa como si aquella hubiera sido la primera vez que la veía; Laura, efectivamente, era para él en aquel momento una mujer distinta. Conmovidá, enternecida, penetrada, sin reparar en ello, de un sentimiento religioso, comenzó con voz clara, vibrante y sonora, un salmo de Marcelo.

Su voz, desnaturalizada otras veces por un afectado amaneramiento, sonaba pura y límpida, y cantaba con una sencillez poderosa la divina melodía del maestro inspirado á quien hacemos referencia. Así que Laura acabó de cantar, Gaston se alejó con mesurados pasos y ademán meditabundo; comprendía confusamente todo el precio del tesoro que poseía, y se avergonzaba de haberlo ignorado y descuidado por largo tiempo. ¿Qué era preciso, en efecto, para cultivar aquel campo cuyas riquezas había desconocido? Nada más que escaudar algunas cizañas pueriles, uno que otro deseo frívolo, y tal cual idea mezquina que habían brotado y crecido á causa de su indiferencia: la desgracia, empero, había logrado lo que Gaston no había sabido hacer.

Laura, por su parte, que tampoco había considerado hasta entonces á Gaston más que por su título, veía al presente en él un hombre distinto. Gaston la había tratado en efecto hasta aquel día con

una extraordinaria indiferencia; el orgullo y el temor de pasar por un cortesano de la opulencia, helaban en sus labios todas las palabras que pudiesen parecer afectuosas; al desvanecerse este temor, habían despertado en el joven todos sus buenos instintos, y ya no hacia uso de esa impasible cortesía que somete todos los movimientos á las leyes de la etiqueta, y que rodea la vida de una atmósfera glacial. Aquí Gaston, tan frívolo algunos meses antes, y que solo se cuidaba de carruajes, perros y caballos, habíase convertido de repente en un hombre pensativo y grave y solía tener con su mujer conversaciones íntimas y profundas. Laura le escuchaba con mucha deferencia, y á su vez se reconvenía por haberle desconocido. Así, pues, por una pendiente insensible iban llegando al amor en el cual ni siquiera habían pensado; pero el recuerdo de su matrimonio, pactado bajo los auspicios de una doble promesa y seguido de una doble decepcion, encadenaba en sus labios todas esas confianzas familiares, con las cuales se nutren los afectos nacientes. La vergüenza contenía la mútua confesion de su ternura; uno y otro se amaban sin creerse correspondidos, y ambos reconocían á sus solas que nada habían hecho para merecérselo.

Gaston comprendió, al fin, que había llegado el momento de renunciar á la inaccion, de conducir-

se como hombre, y de ganar el corazón de su mujer reconquistando su propia dignidad. Sus rentas, aunque bastante escasas, le permitían vivir en París sin hacer mella en el bienestar de su familia, y en esta atencion resolvió partir solo, comenzar una carrera y trabajar afanosamente para libertar á su esposa de la triste vida que hacia en el castillo de La Rochelandier. ¿Cuáles eran sus planes? Gaston no había deliberado aun ninguno fijo; pero tenía veinticinco años, inteligencia y valor, y contaba además con la Providencia, la cual acude siempre en auxilio de las gentes que trabajan por lograr buenos fines.

En este estado se hallaban las cosas, y el marido de Laura no había confiado á nadie todavía su resolución, cuando un incidente inesperado vino á aplazar el cumplimiento de su proyecto.

Era el mes de Mayo. Laura y Gaston, M. Levrault y la marquesa acababan de comer, cuando de improviso oyeron ruido confuso de voces en el vestíbulo. De allí á poco presentóse en el comedor un mozo de labranza, anunciando que un hombre vestido con una blusa, y de barba larga, quería penetrar á todo trance en el castillo. Timoleon se apareció en aquel momento, y derribó por tierra á un criado que se empeñó en detenerle.

—¡Mi hijo! murmuró M. Levrault, ocultando la cabeza entre sus manos.

—¡Bergante! exclamó la marquesa indignada: ¿qué viene V. á hacer aquí?

—¿Podría V. creer, dijo Timoleon dirigiéndose á su padre y sin cuidarse del apóstrofe inhospitalario que acababa de encajarle la marquesa, que estos camuesos querian vedarme la entrada en el castillo de Levrault? Por más que les he dicho que era hijo del propietario, se me han hecho los sordos, hasta que..... Pero, en fin, hállome proscrito y perseguido por los sicarios de la reaccion; ¿seria usted capaz de rehusarme un asilo?

Y sin andarse en más cumplimientos, se sentó á la mesa.

—Puesto que se halla V. proscrito, dijo Gaston con un tono que no admitia réplica, nosotros le ocultaremos; pero sepa V. que aquí no se halla en su casa, sino en la mia: Preciso será que en el término de ocho dias, á lo más tardar, abandone usted la Francia: elija, pues, el punto que mas le acomode, y nosotros le costaremos el viaje.

Timoleon se quedó solo con su padre y le contó á su manera el *aturdimiento popular* del 15 de Mayo.

El bueno de *Marche-Toujours* era uno de los *aturdidos* que habian invadido la Cámara, y así que terminó su narracion, dijo al ex-mercader:

—Hállome proscrito, como ya he dicho hace poco; mas no vaya V. á creer por eso que al venir

aquí no me trae otro objeto que el de mi salvacion. Puesto que Paris rehusa seguirnos, vamos á hacer prosélitos entre los rurales. Sé muy bien, padre mio, que V. no es de esos republicanos cobardes que retroceden ante un completo trastorno de la sociedad, que las más avanzadas teorías no le sorprenden, y en este concepto vengo á proponerle una obra admirable, seguro que me ha de secundar.

—¿Cuál es tu proyecto? preguntó M. Levrault estremeciéndose de piés á cabeza.

—Quiero democratizar la Bretaña, rehabilitar la Vendée y moralizar ambas provincias, embrutecidas largo tiempo há por la supersticion y la aristocracia, á fin de que se conviertan en partidarios de la república; quiero, en una palabra, predicar en la Gran Bretaña y en la Vendée la verdad social. ¡Quédese, pues, para nosotros dos, padre mio, el dar cima á empresa tan importante! Convirtamos á los campesinos á la fé nueva; yo seré Jesús y V. San Juan: ¡llevemos la luz á las cabañas é incendiemos los castillos y los palacios!

—Jesús y San Juan no incendiaban castillos ni palacios, Timoleon.

—Pero debieron quemarlos; á nosotros cumple, pues, el completar su obra; entre V. y yo conseguiremos todo lo asequible.

—¡Ah! mi querido Timoleon, exclamó el ex-

fabricante, dispuesto como siempre á bailar en todos los sonos; antes de que tú vinieras, ya habia empezado yo á predicar aquí la nueva fé; pero veo que no conoces lo que son estos campesinos. Los muy badulaques creen todavía á pié juntillo en todas esas vejezes, cuya supercheria conocemos perfectísimamente nosotros; esto es, en la familia y en la herencia. Son tan pobres de espíritu, que se dejarían hacer trizas por defender y salvar el campo de su señor, campo en el cual trabajan por cuenta agena, regándolo con el sudor de su frente. No puedes figurarte hasta dónde llega su estupidez; si se me antojase hoy poner fuego á mi castillo, vendrían á millares á extinguir el incendio. No; no es en esta tierra estéril donde podrá germinar la verdad social.

—Ya sabia yo, padre mio, que la empresa ofreceria inmensas dificultades; pero así será tanto más gloriosa. Mi palabra fecundizará esta tierra ingrata.

—Si tal empeño tienes, cúmplase tu destino, y prosigue enhorabuena tu mision. En cuanto á mí, sé decirte que renuncio completamente á la política, porque, á decir verdad, no me da el naipe para eso del apostolado: esto no obstante, me envanezco de tener un hijo que se eche sobre los hombros tan importante carga, y mis votos te acompañarán por todas partes.

—¡Pues bien! Ya que se envanece V. de tener

tal hijo, espero, añadió Timoleon, que no me rehusará un puñado de ese vil metal que desaparecerá de la tierra regenerada en el momento en que la verdad social llegue á entronizarse; pero que en las actuales circunstancias y en el viejo y corrompido mundo en que vivimos, puede servir para todo, incluso para el bien.

—Pero, ¿no sabes, alma de Judas, que estoy completamente arruinado?

—¡Bah! Siempre le habrá quedado á V. alguna cosa.

En obsequio de la paz, y por hacer alarde al propio tiempo de cierta generosidad y grandeza, M. Levrault sacó un bolsillo y se lo arrojó á Timoleon con toda la gracia y todo el desprendimiento de un marqués del teatro antiguo.

A la mañana siguiente era domingo, y Timoleon se dirigió á una aldea inmediata.

Al salir los campesinos de la iglesia, halló medio para trabar conversacion con dos mozos de labranza, los condujo á la taberna, pidió un jarro del mejor vino, y así que los tres tomaron asiento comenzó á desempeñar entre trago y trago su papel de apóstol. ®

La extrañeza de sus discursos y la longitud de su barba atrajeron bien pronto en torno del predicador un auditorio numeroso. Hallábase explicando la sublime teoría de la verdadera y de la falsa

propiedad, de la division y repartimiento de bienes entre todos los individuos de la *comunidad*, y de la necesidad de abolir la herencia, y ya iba á llegar á las más elevadas cimas de la verdad social, cuando se vió interrumpido en su improvisacion.

—De manera, le preguntó Juan Tomás, que segun esa doctrina, la posesion que á mí me dejó mi padre y que yo he procurado engrandecer y mejorar, agregándole algunos pedazos de tierra y rodeándola de un soto, ¿no podré trasmitirla á mi hijo?

—No; porque la herencia es un sacrilegio, y vuestro hijo no poseeria más que una propiedad falaz y falsa.

—De modo, preguntó el padre Miguel, que en vez de llevar á vender mi trigo al mercado, y de traer á mi casa algunos sacos de buenos y bien acondicionados escudos, segun los principios que nos predicáis, ¿deberia repartirlos entre todos los holgazanes de la comunidad, que pasan la vida con los brazos cruzados, y gastando alegremente en la taberna cuanto llegan á adquirir?

—Precisamente; ese repartimiento debe hacerse en nombre de la fraternidad.

—¿Conque, segun eso, dijo el agudísimo y espabilado Claudio, si tenemos necesidad de un cuarto de buey ó de carnero para hacer albondiguillas, no hay inconveniente alguno en que vaya-

mos al establo ó á los corrales de nuestros señores, y que escojamos en ellos la res que más nos convenga?

—No hay amos ni señores que valgan; sus bueyes y sus carneros son igualmente de la pertenencia suya que de la vuestra.

—¿Y habeis venido ex-profeso de París para enseñarnos todas esas lindezas? le preguntó el socarron Francisco.

—Sí, queridos hijos míos; he venido para ilustraros y hacer que conozcais todos vuestros derechos; para emanciparos de vuestra servidumbre. Vuestros curas, convalachados con vuestros señores, os han predicado ya por espacio de mucho tiempo la esclavitud y la miseria; yo vengo, pues, en nombre de la verdad social á traerlos la libertad y las riquezas.

—Vamos, está visto que este tunante es un socialista, exclamó el auditorio entero.

Y así diciendo, descargaron en el mismo instante sobre Timoleon tal diluvio de puñetazos, que salió de la taberna molido, acardenalado y hecho un *Ecce-Homo*, librándose á fuerza de piernas de aquellas gentes: los campesinos, sin embargo, le fueron á los alcances, y al llegar á un pantano, Claudio el agudo y Francisco el socarron lograron asirle con brazos vigorosos y le soplaron en medio de las fangosas aguas. Cuando los campesinos, satis-



fechos de la doble leccion que acababan de dar al comunista, se alejaron del sitio donde la inmersion habia tenido lugar, Timoleon, cuya larga, espesa y rubicunda barba tenia cierta semejanza con la de una divinidad acuática, se enjugó lo mejor que pudo revolcándose en la yerba de un prado inmediato, y se dirigió en seguida en el estado más lastimoso al castillo Levrault. La leccion habia sido tan buena, que hubo necesidad de meterlo en la cama, y despues de permanecer en ella toda una semana, sorbiendo tisanas y aguantando fuertes fricciones de agua con árnica, llamó á monsieur Levrault á la cabecera de su lecho, y le dijo con ademan contrito:

—Voy conociendo, mi querido padre, que tenia usted razon, y que la verdad social no germinará nunca en esta tierra maldita. Puedo asegurar á usted que siento en el alma verme precisado á reconocerlo así; pero la Bretaña está condenada á quedar sumida eternamente en la ignorancia y la estupidez. Por mi parte, renuncio á moralizar é instruir esa tribu de gañanes cuyas cabezas y cuyas manos son duras como el alcornoque. Ya puede usted, pues, dar la enhorabuena á su yerno, que me recibió tan cordialmente á mi llegada al castillo, y decirle que empiece á regocijarse; he resuelto, porque este es un país estéril para las buenas doctrinas, abandonar la Francia.

—¿Y adónde piensas encaminar tus pasos? le preguntó Mr. Levrault, reventando interiormente de gozo.

—¡A Icaria! que es el último rincon de tierra donde la verdad social cuenta hoy en dia con algunos adeptos instruidos y fervorosos; ¡á Icaria, donde encontraré hermanos capaces de recoger el fruto de mi predicacion!

La reducida colonia del castillo de La Rochelandier se prestó muy gustosa á pagar la travesía del apóstol desterrado, y tres dias despues embarcóse Timoleon en el Havre para la California.

La víspera del día fijado para su marcha, casábase un hijo de sus colonos, y Laura había prometido asistir á la ceremonia y á la fiesta.

Gaston y su mujer subieron á un carro entoldado al efecto, y se dirigieron á la quinta.

Laura con su traje de muselina y con un sencillo sombrero de paja, estaba cien veces más hermosa que anteriormente en la Trelade y en la calle de Varennes con sus brillantes y costosos adornos.

Ambos esposos guardaron el mayor silencio durante el viaje, porque sus pensamientos se abismaban involuntariamente en el día de su matrimonio.

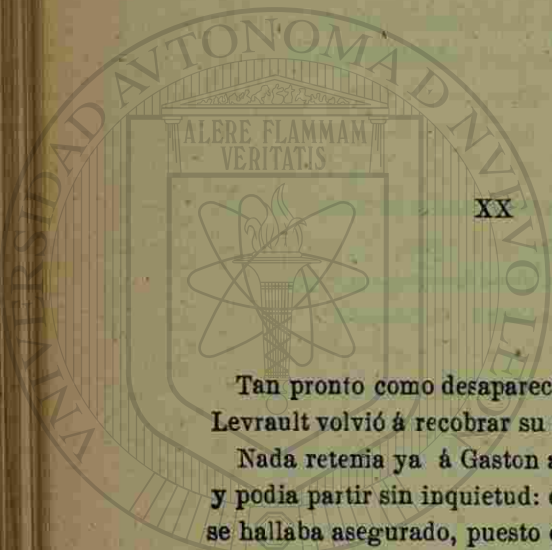
A su llegada viéronse rodeados por sus colonos, que se apresuraron á servirlos, y los acogieron con la mayor cordialidad.

Laura no pudo mostrarse insensible á la alegre y gozosa emoción que leía en todos los semblantes.

Veía que su marido era generalmente amado por aquellas pobres gentes, y no podía menos de tomar parte en el amor que Gaston les inspiraba.

En los ojos de los jóvenes desposados se leía un regocijo franco y una verdadera felicidad.

Laura y Gaston los observaban con tristeza, y cuando sus miradas llegaban á encontrarse, uno y otro volvían la cabeza á un lado, como si ambos



Tan pronto como desapareció Solon, el castillo Levrault volvió á recobrar su aspecto ordinario.

Nada retenía ya á Gaston al lado de su familia, y podía partir sin inquietud: el bienestar de Laura se hallaba asegurado, puesto que la dejaba la mejor parte de sus rentas, y solo reservaba para sí lo estrictamente necesario. La vida de abnegación y de sacrificios únicamente iba á comenzar para él solo.

En el castillo de La Rochelandier nadie sabía una palabra de su resolución, porque á todos se la había ocultado, temiendo las reconvenções de su madre. Su objeto era no comunicar á nadie más que á Laura su determinación, y esto en el instante mismo de ponerse en marcha.

hubiesen tenido miedo de que el otro adivinase lo que pasaba en su corazón.

Los dos esposos que contemplaban delante de sí, no tenían títulos ni riquezas; pero se adoraban, y eran felices.

Laura rompió el baile con el hijo del colono, y Gaston con la desposada. El joven campesino expresaba con ingenuidad lo dichoso que se consideraba con su matrimonio, y Laura le escuchaba con cierta curiosidad mezclada de dolor. La novia por su parte abría su corazón con candidez, y Gaston la escuchaba con melancolía.

Distraídos, preocupados durante el resto de la noche, Laura y Gaston paseaban en torno suyo miradas tristes, y se decían en lo más hondo de su conciencia que es menester bien poca cosa para ser felices cuando se ama, y que la pobreza, lo mismo que la opulencia, tiene sus peculiares goces.

La noche estaba deliciosa, y ambos esposos regresaron á pié al castillo. Conmovidos, agitados por lo que habían visto, y por las ideas que la agena dicha les había sugerido, marchaban silenciosos á lo largo de las avenidas. Era la vez primera que se encontraban en situación semejante, solos, de noche y en medio de los campos. Las estrellas brillaban en el firmamento por encima de sus cabezas; la atmósfera embalsamada con los perfumes de los bosques aumentaba la turbación de sus al-

mas. El sendero que habían tomado para abreviar el camino, era por algunos lados tan angosto, que Laura, asiéndose del brazo de su marido, se estrechaba contra él; su cabellos rozaban el semblante de Gaston, y sus alientos se confundían.

Tan pronto hacían alto para escuchar el susurro de las aguas del Sevres, tan pronto apresuraban el paso mirándose á hurtadillas, escuchando los latidos de sus corazones, sorprendidos, turbados y confusos como si se hubieran casado el día anterior.

No se hablaban palabra, y sin embargo, jamás habían estado tan cerca de comprenderse.

Más de veinte veces tuvieron uno y otro en los labios la declaración de su mútuo amor, y la vergüenza que les inspiraba lo pasado, así como el temor de no ser correspondidos, detuvieron los ímpetus de su cariño.

Laura y Gaston llegaron al castillo de La Rochelandier, sin haber proferido ni una palabra siquiera. En el dintel del aposento de Laura, Gaston cogió á su mujer entre sus brazos, la estrechó con una ternura desusada, la oprimió cariñosamente contra su pecho, y en seguida se puso á contemplarla por algunos instantes.

En el momento de separarme de ella, quizás para siempre, hubiérase dicho que Gaston quería grabar más y más la imagen de su esposa en su

memoria, y beber en el ósculo de despedida la energía y el valor que necesitaba.

Laura creía hallarse ya tocando la felicidad; su marido se separó de ella, sin tener fuerza de ánimo suficiente para anunciarle su marcha.

Así que Laura se quedó sola, empezó á recrearse con delicia bajo la emoción embriagadora de aquel primer abrazo amoroso. Yéndose en seguida al borde de su ventana, abierta de par en par, abismóse en la contemplación del cielo estrellado; jamás le había parecido el aire tan puro ni la brisa tan perfumada: el esplendor de la noche redoblaba todas sus facultades.

El sentimiento de la dicha, sin embargo, tardó muy poco en ser reemplazado en ella por el sentimiento de la inquietud.

¿Qué importancia debía dar á la turbación de su esposo? ¿De qué procedería aquel abrazo convulsivo? ¿Por qué se habría separado de ella después de estrecharla en sus brazos?

El amor se alarma fácilmente; así es que aquella joven esposa, tan indiferente pocos días antes, que veía salir á su marido sin preguntarle á dónde iba, y que jamás aguardaba su regreso para preguntarle en qué había invertido la jornada, recordaba al presente con una triste precisión todas cuantas palabras había pronunciado desde su llegada al castillo de La Rochelandier.

La actitud de Gaston, su ademán distraído, sus palabras evasivas cuantas veces se había tratado del porvenir, todo la inducía á creer que su marido había formado secretamente algún proyecto al cual no quería asociarla.

Su imaginación se exaltaba extraordinariamente en el silencio y la soledad.

Ya habían transcurrido dos horas desde que Laura se hallaba en la ventana de su aposento, y todavía no pensaba siquiera en cerrarla: al tender sus miradas por el parque, vió luz á través de las cortinas de la habitación de Gaston, y al notar aquella vigilia tan prolongada, que en cualquiera otra época no la hubiera preocupado ni un solo instante, su ansiedad llegó al colmo.

Impelida por una inspiración irresistible, se dirigió al aposento de su marido.

Gaston acababa de hacer sus preparativos de viaje, y se disponía para escribir á su madre y á su mujer, cuando Laura entró en el aposento, pálida, trémula y con el cabello destrenzado.

Una sola mirada bastó á la joven para comprenderlo todo.

—¡Ah! ¡vas á partir! le preguntó con vehemencia.

Y viendo que Gaston vacilaba en responder, prosiguió con amargura:

—Sí, te marchas, y solo; ¡sin querer llevarme

contigo, sin dignarte participarme tus proyectos! Comprendo perfectamente, sin embargo, que no haya aliciente alguno para detenerte al lado mio. ¿Con qué objeto habias de quedarte cerca de mí? Demasiado sé que no me amas..... ¡mas no creas que vengo á reconvenirte por tu indiferencia! Lo que sí haré, es preguntarte, porque me parece que tengo derecho para ello, á fuer de esposa tuya, ¿cuáles son tus intentos? ¿á dónde piensas ir?

Gaston asió las manos de su mujer, y sentándola sobre sus rodillas, la dijo con acenío cariñoso:

—Escucha, hija mia; la vida que he traído hasta aquí es muy reprehensible, puesto que he dejado trascurrir en la ociosidad los más preciosos años de mi juventud. Ahora es cuando conozco toda la extension de mi falta, y ha llegado ya el tiempo de repararla. La educacion que he recibido y el loco orgullo de mi familia ha tenido la culpa de que yo haya considerado hasta aquí la inaccion como un miserable puntito de honor. Todavía no soy nada en el mundo, y me avergüenzo de ello. Quiero, pues, cambiar de conducta, tratar de elevarme y cambiar mi destino. Todo hombre debe encontrar en sí mismo una riqueza que esté al abrigo de los golpes de la suerte. Voy á ponerme en marcha para París, donde procuraré buscar medios de emplear mi fuerza y mi inteligencia. El trabajo es una ley comun á toda la humanidad:

quiero, por tanto, obedecer á esta ley, que por tan largo tiempo he desconocido.

—¡Y quieres marcharte sin mí!

—Cree, hija mia, que si pudiera contribuir algo á tu felicidad, no te abandonaria por cuanto hay en el mundo; mas ¿en qué puedo serte útil? Lo que tú buscabas en mí ya no lo tengo.

—Pues qué, ¿no he perdido yo nada por ventura? replicó Laura bajando los ojos.

—No, hija mia, no; tú nada has perdido, dijo Gaston oprimiéndola dulce mente contra su pecho. La suerte no ha podido quitarte tu gracia, tu belleza y tu juventud. Si me amases, yo te diria: partamos juntos; ven á participar de la vida austera que me prometo hacer. Tú serás mi alegría, mi felicidad; tu presencia redoblará mi valor: al considerar que te tenia á mi lado y al trabajar para tí, olvidaria la pobreza. Pero tú no me amas, hija mia. ¿Y por qué habias de amarme? ¿qué he hecho yo para merecer tu ternura?

—¡Oh! ¡Partiremos juntos! exclamó Laura, echándole los brazos al cuello. Eramos dos insensatos, y Dios nos ha castigado por ello; pero ya nos perdona, puesto que nos envia el amor.

Laura y Gaston se detuvieron todavía algunos dias en el castillo de La Rochelandier, porque antes de despedirse de todos aquellos sitios, querian mostrarse regenerados, puros de todo vano deseo

ante los umbrosos bosques de la Trelade, ante la soledad de aquel valle pacífico, y ante todos aquellos lugares, testigos en un principio de su locura, y al presente de su felicidad.

Así que terminaron esta peregrinacion, partieron una mañana al amanecer, mientras que todos se hallaban durmiendo en el castillo.

La marquesa y M. Levrault, que no tenían el recurso del amor para consolarse, despues de lamentar á duo la ingratitud de sus hijos, volvieron á emprender sus antiguas reyertas, como si fueran una partida de juego interrumpida. A la hora en que escribimos estos renglones, la partida dura aun. Maese Jolibois ha vuelto á la vida privada, despues de haber tomado asiento en la Asamblea constituyente. Al verse abandonado de su clientela, consuélase con decir que la República marcha por mal camino.

Gaspar de Montflanquin entretiene los largos ócios de su consulado enseñando el *treinta y cuarenta* y la *ruleta* á los salvajes de la Oceanía.

FIN.

